

# DE ENTRE LAS ESTRELLAS...



**Elena Sant Iago**

## Introducción

*"Celeste miraba hacia arriba, viendo las naves extraterrestres paradas a una altura de unos treinta metros.*

*La joven no estaba para nada extrañada de lo que estaba viendo, e intuía que estaban allí para ayudarla. Y no solo a ella, sino a otras gentes que estaban a su alrededor."*

Y entonces se despertó.

"¡Qué sueño tan bonito y a la vez tan extraño!", pensó, pues nunca antes había ella visto ninguna nave extraterrestre.

Justo en ese momento sonó el despertador y no le quedó más remedio que levantarse para ir a trabajar.

## Capítulo 1

Era el último día de clase y les daba las notas a sus alumnas. Y aunque aún le quedaban algunas semanas más para las recuperaciones de las que no habían aprobado, ya se estaba haciendo a la idea de las vacaciones, y eso la tenía contenta.

Sin embargo, poco le duró el contento. Cuando terminó la jornada, las monjas le dieron una mala noticia: el año siguiente no iban a poder contar con ella, pues vendría de fuera otra monja de la orden que se iba a encargar de su asignatura.

De hecho, el contrato había sido de sustitución de una monja que había enfermado, pero le habían dicho que había la posibilidad de renovar, y ella contaba con eso.

Celeste se llevó un gran chasco, y eso le produjo una mezcla de miedo al futuro, y de impotencia, al verse sin la posibilidad de pelear por el puesto.

En realidad ella sabía que eso podría pasar, pero al no haberla avisado antes, creía que todo seguiría igual, y continuaría trabajando en el colegio. Además había congeniado muy bien con la mayoría de las otras profesoras y con sus alumnas. Aunque también había tenido varios roces con una de las monjas, que llevaba a las niñas más pequeñas, y que era bastante particular. En todo caso, a Celeste le parecía que era dura e insensible.

La joven intuyó que la mala relación con esa monja podría haber sido el motivo de no renovarle el contrato. Y aunque eso la indignó, por otro lado se dijo que al fin y al cabo ella era la externa, y no tenía ninguna posibilidad contra una de las "dueñas del colegio".

Pero esta situación le iba a acarrear una serie de cambios, algunos de los cuales nunca los podría haber sospechado.

Aunque ella tenía derecho a unos meses de prestación por desempleo, mientras no tuviera a la vista otro trabajo, no podía arriesgarse a seguir viviendo sola en el apartamento que había alquilado. Así que tuvo que dejarlo y volver a casa de sus padres.

El problema estaba en que su madre no trabajaba, y el humilde sueldo de su padre servía para dar de comer a una familia compuesta por el matrimonio y tres hijos, de los cuales, dos de ellos eran adolescentes y estaban aún estudiando.

Mientras Celeste trabajaba, podía valerse por sí misma, y además, ayudaba un poco a su familia. Pero ahora la situación estaba muy, pero que muy, ajustada.

Durante varios meses la joven estuvo echando currículums en escuelas y colegios, y también estuvo buscando otros trabajos, pero nada salía...

Logró conseguir dar clases particulares a algunos niños y niñas, pero con eso solo tenía para colaborar un poco en casa.

—Son tiempos difíciles —decía su padre, con tristeza —La riqueza está mal repartida. Unos tienen demasiado, y otros apenas pueden comer.

Y era cierto, pues había muchas familias que lo estaban pasando realmente mal, ya que no llegaban a fin de mes.

Pero la situación en casa estaba empezando a ponerse cada vez más tensa, porque sus hermanos, por alguna extraña razón, no se hacían conscientes de su nivel

económico, y no entendían por qué no podían llevar la vida de sus amigos, los cuales no estaban pasando por la misma situación que ellos.

Pero a veces, cuando menos se lo espera uno, surge algo que puede ser el principio de un cambio total en nuestra vida.

De repente, una mañana recibieron una llamada telefónica inesperada.

Se trataba de Antonia, la única tía del padre de Celeste que aún vivía. Era una mujer mayor que vivía sola, pues su esposo murió diez años atrás, y el único hijo que tuvieron, se decía que había perdido la cabeza, que se había marchado de su casa y que desapareció en la montaña, y que después de buscarlo durante varios días, se encontraron restos suyos. Y de eso hacía ya casi treinta años.

Antonia vivía en un pueblecito llamado Rocangosta, en la Sierra Blanca.

Hasta hacía unos meses, ella había vivido sola desde la muerte de su esposo. Pero últimamente empezó a sentir el peso de los ochenta años, y había contratado a una sobrina que vivía en el pueblo, para que la acompañase y se encargara de las tareas más pesadas de la casa.

Sin embargo, por problemas de entendimiento, la sobrina decidió irse. Y después de mucho cavilar, Antonia se decidió a llamar a su sobrino Timoteo, el padre de nuestra protagonista, para pedirle ayuda.

Él le contestó que le diera un poco de tiempo para buscar una solución. Ella lo comprendió, pero le pidió que no tardase mucho, pues la sobrina le había dado una semana para irse de su casa.

Cuando Timoteo explicó la situación a su mujer, los dos pensaron que al menos tenían que proponerle esa posibilidad a Celeste, a pesar de que sentían cierta pena de verla encerrada en el pueblo, y con la tía Antonia, que al fin y al cabo ya era muy mayor, y seguramente tendría sus caprichos y sus manías...

Cuando se lo dijeron a la joven, esta se quedó sin saber qué responder. Por un lado, sabía que esa podía ser una solución para aliviar un poco la carga de su familia, pero por otro lado, verse encerrada en un pueblo perdido... y con una mujer tan mayor, y seguramente tan amargada por los reveses de la vida... Ella estaba acostumbrada a cuidar de sus hermanos cuando eran pequeños, y su trabajo con niños le encantaba. Pero verse con una anciana deprimida... Y si encima otra sobrina no había sido capaz de aguantarla... En fin, no pintaba muy bien la perspectiva...

La joven no sabía qué hacer. Si aceptar o no.

Así que les pidió a sus padres que le dejaran consultar con la almohada, y al día siguiente les daría la contestación.

Cuando se acostó, estuvo pensando y pensando, y con los nervios en la boca del estómago. Pero un batallar de síes y de noes luchaba en su mente y en su corazón.

Hasta que por fin cayó rendida de sueño y se durmió.

Entonces tuvo el siguiente sueño:

*"Se encontraba junto a un joven algo mayor que ella, y otro hombre de unos cuarenta años, que les decía:*

*—¡Estad atentos y observad! ¡Esto es parte del pasado de la Tierra! ¡Observad atentamente!*

*"La joven vio un Templo cuyas paredes eran plateadas y sus techos de oro, y el marfil abundaba por todas partes. Era el templo de Neptuno, a quien se veía reflejado en*

*una enorme y magnífica estatua de oro en su carro tirado por bellísimos caballos, y con su corte de nereidas.*

*Todos los que había allí, adoraban al Dios Neptuno con gran devoción.*

*A su alrededor se veían bellos y extraños edificios con paredes transparentes. Y a lo lejos, se distinguían naves voladoras."*

Entonces se despertó, y muy quieta y con gran asombro se quedó recordando el sueño.

Con gran asombro, por dos motivos: uno era que aquel sueño le había parecido muy real. Y el otro motivo de su asombro se basaba en el hecho de que el joven que aparecía en su sueño se trataba de alguien que había conocido pocos años antes, pero con el que nunca había mantenido ninguna relación.

Celeste se quedó pensando y se dijo: "Otro sueño con naves voladoras. ¿Qué significará esto? Recuerdo el otro sueño que tuve, y fue justo la noche antes de que me dijeran en el colegio que ya no iban a renovarme el contrato. Fue un cambio enorme, desde luego. Quizás este sueño me esté indicando que tengo que hacer otro cambio. No sé si se trata de eso o no pero, en todo caso, estos sueños son muy curiosos, y sobre todo me parece que la coincidencia de que sea precisamente ahora... Tal vez deba aceptar irme con la tía Antonia. Desde luego es un cambio total. Quizás sea eso lo que necesito. Y por otro lado, si realmente veo que es insoportable, pues me vengo otra vez, y ya está."

Y de esta manera fue cómo Celeste decidió dar el paso.

## Capítulo 2

El fin de semana siguiente Celeste partía con sus padres hacia Rocangosta. La llevaban en el coche por varios motivos prácticos: uno era porque Timoteo quería ver a su tía después de tantos años. Otro, porque sentía la nostalgia de ver su pueblo natal, al que no había vuelto desde antes de casarse. Por otro lado, estando tan lejos y sabiendo que su hija seguramente no iba a poder viajar a menudo hasta su ciudad, llevaban bastante equipaje, lo cual era bastante engorroso para tener que tomar varios autobuses hasta la ciudad más próxima en la que había parada, y luego viajar en el coche de alguien hasta el pueblo. Y por último, no querían pensarlo, pero había la posibilidad de que no hubiera entendimiento entre la tía y la sobrina nieta, y ella se volviera con sus padres de nuevo.

Celeste iba mirando en silencio a través de la ventanilla, diciéndose: "¿Habré tomado la decisión correcta?"

Un poco arrepentida de la misma, se dijo: "En realidad, ¿qué tiene que ver el sueño de la otra noche con esto de venirme a cuidar de la tía de mi padre?"

La joven empezó a ponerse nerviosa, pensando que quizás tendría que haberlo reflexionado mejor.

Intentó recordar de nuevo aquel sueño, y se dijo: "¿Por qué he decidido venirme? ¿Qué es lo que me ha impulsado a decidirme? Yo misma no lo sé."

Entonces recordó a las otras dos personas que estaban con ella. Al hombre no lo conocía, pero al joven, sí. Se trataba de alguien que había conocido en su primer año de magisterio:

*"No sabía su nombre, solo que estudiaba en el último curso, mientras ella acababa de empezar Primero.*

*Hacía solo una semana que habían empezado las clases, y ella ya había hecho amistad con algunas compañeras y algún compañero también. Pero un día que se dirigía sola hacia el aula, un par de chicos, algo mayores que ella, se pusieron a su lado y empezaron a caminar junto a ella invitándola entre risas para que se fuera con ellos a tomarse algo en la cafetería. Ella les dijo con educación que no, pero ellos insistieron acercándose más y cogiéndola por los hombros, tomándose la confianza. La joven se sintió agobiada y tratando de quitarles las manos, les dijo que no insistieran y que la dejaran en paz. Pero ellos seguían insistiendo, y entonces Celeste se paró, les miró enfadada y les dijo:*

*—¡Dejadme en paz de una vez! ¡No quiero ir con vosotros!*

*Los dos jóvenes se rieron y uno de ellos exclamó:*

*—¡Vaya fiera! ¡Qué orgullosa eres!*

*Y los dos siguieron riéndose, hasta que Celeste escuchó detrás de ella:*

*—¿Estáis sordos o es que vuestro cerebro no alcanza a comprender lo que os está diciendo?*

*Los dos miraron al que se acercaba y se ponía al lado de la joven, y de primeras se quedaron callados. Pero inmediatamente uno de ellos le dijo:*

*—¿Y tú por qué te metes en lo que no te importa?*

—Claro que me meto —contestó él — Me meto con todo el derecho porque es de mi familia, y lo que le hacen a mi familia, me lo hacen a mí. Con que ya la estáis dejando en paz.

Los otros dos se sorprendieron y miraron a Celeste y al otro joven, y pusieron cara de fastidio e hicieron ademán de marcharse. Pero entonces el otro joven les dijo:

—¡Un momento!

Los otros se pararon y lo miraron extrañados.

—¿No os falta algo antes de marcharos? —dijo el otro joven.

Los dos jóvenes se quedaron extrañados de la pregunta.

—¿Qué quieres decir? — preguntó uno de ellos, con desprecio.

—Que le pidáis disculpas por haberla molestado.

El que había preguntado, emitió una sonrisa despectiva, y el otro exclamó con enfado:

—¿De qué vas? ¡Si no le hemos hecho nada! ¡Solo la estábamos invitando a tomar algo!

—Vosotros sabéis muy bien lo que estabais haciendo, a no ser que seáis tan tontos de hacer las cosas sin saber que las hacéis. Pedidle disculpas, y enmendaros, porque si no, vais a terminar muy mal. Os lo prevengo. —

Los otros se quedaron callados unos momentos mirando al otro joven, y luego uno de ellos miró a Celeste y le dijo:

—¡Está bien! Perdona si te hemos agobiado. No pretendíamos hacerte daño.

Celeste asintió.

Y el otro la miró y le dijo en un tono bajo, y se diría que forzado:

—Lo siento.

Celeste volvió a asentir, y les contestó:

—Está bien.

Los otros dos se marcharon y el otro joven le preguntó a Celeste:

—¿Estás bien?

—Sí.

Él le sonrió.

—Has sido muy valiente —le dijo. —Pero yo creo que no te molestarán más. Así que, estate tranquila.

Ella asintió.

—Será mejor que nos vayamos a nuestras clases— dijo él —que estarán a punto de empezar.

—Sí.

—Adiós. — se despidió él.

—Adiós y gracias. — contestó ella.

Él le sonrió y asintió, y luego se marchó rápidamente.

Pero aunque no llegaron a presentarse, en el corazón de Celeste había despertado un sentimiento nuevo basado en el agradecimiento y la admiración.

Y aunque ya nunca más tuvieron ninguna relación, ni conversación, ella lo veía a menudo desde lejos, y cuando se cruzaban, solo se saludaban con un simple: "Hola", aunque él solía guiñarle un ojo y le sonreía. Y así, cada vez que ella lo veía, le latía el corazón con más fuerza.

Y poco a poco, fue convirtiéndose en su amor platónico, pues ningún otro chico de su clase o de cualquier otro sitio logró quitárselo de la cabeza y del corazón."

Aunque Celeste y sus padres salieron temprano, llevaban ya siete horas de viaje, y como habían parado para comer, ya quedaban solo un par de horas para oscurecer.

A medida que se iban acercando, Timoteo se fue entusiasmando de ver los paisajes del entorno de su pueblo. Pero Celeste sentía un nerviosismo en el plexo solar, que le producía el miedo de la nueva situación.

Hasta que empezó a fijarse en el paisaje de altas montañas de piedra que parecían gigantes custodiando el camino, y que despedían un cierto aire misterioso. Parecía como si se metiera en otro tiempo, en otra época. La joven sintió una extraña sensación como si se metiera en una dimensión diferente, como si aquello no perteneciera al mundo en el que se había movido hasta entonces...

—Papá, ¡qué impresionantes son estas montañas! ¡Nunca me habías hablado de tu pueblo y de sus alrededores!

Timoteo sonrió y asintió:

—Te gusta, ¿eh?

—Sí me gusta. Es más, me tienen encantada estos paisajes. ¿Cómo es posible que nunca nos hayas traído a conocer tu pueblo?

—Eso mismo me estaba yo preguntando... En realidad, como mis padres ya no vivían y mis hermanos también se habían ido a diferentes ciudades, y la casa de tus abuelos se vendió... Y bueno, la vida te va conduciendo según las circunstancias...

—Pero estaba tu tía, ¿no? ¿Nunca tuviste ganas de venir a verla?

—Pues... hombre no es lo mismo que unos padres. Mi cariño por ella no era lo suficientemente fuerte como para hacer tantos kilómetros.

—Ya, claro. Y sobre todo si es una mujer amargada.

—¿Quién ha dicho que sea una mujer amargada? Puede que tenga ya algunas manías, como les pasa a muchas personas mayores que se acostumbran a una forma de vivir, y les cuesta cambiar. Pero estoy seguro que podrás llegar a ella una vez que os tratéis y os conozcáis mejor. —

—Sin embargo, si yo estoy yendo ahora hacia allí es porque se llevaba mal con tu prima, ¿no es así?

—No se trata de ninguna prima mía. Es una sobrina por parte de su marido, que en paz descanse. Es la hija de una hermana de él, o sea que es la hija de una cuñada de la tía Antonia.

—¡Ah, ya entiendo!

—¡Claro, Celeste! Tú sí eres de su sangre. La otra, no.

—Ya veo. ¡Entonces espero que eso me dé cierta ventaja! — contestó la joven riéndose.

—Seguramente que sí. — intervino su madre — Yo también quiero echarle un vistazo, porque yo tampoco la conozco. Y aunque sé que tanto tu padre como yo somos los que te hemos propuesto lo de verte, si ves que te va muy mal con ella, nos llamas y venimos a por ti, y se acabó.

—¡Tranquila Marta! dijo el padre riéndose — ¡No pongas nerviosa a la niña, que mi tía no es ninguna ogra! —

—Bueno, — respondió la madre — pero quiero que Celeste se sienta tranquila y segura de que cuenta con nosotros si le hacemos falta.

Celeste sonrió y le dijo:

—Ya lo sé mamá. No te preocupes. —Y mirando los alrededores a través de la ventanilla, continuó —Pero algo me dice que todo va a ir bien.

Sus padres se miraron y luego sonrieron.

## Capítulo 3

Rocangosta era un pequeño pueblo situado en un lateral de una de aquellas enormes montañas rocosas. Las casas eran muy diferentes de las de los pueblos de la región en la que vivía Celeste. En su mayoría parecían estar hechas de piedra, con grandes y anchos muros, y con tejados adecuados para resistir la nieve del invierno.

Las pocas calles que tenía el pueblo, eran casi todas en cuesta, e incluso algunas eran con escalones.

Un riachuelo al que llamaban "Carcabeño" pasaba por la parte de abajo del pueblo, con el agua transparente, y sobre el que habían hecho un puentecito de piedra, y algo más lejos, otro de madera. Al otro lado del riachuelo se encontraban la escuela, una pequeña biblioteca, la consulta del médico, y una sala para reuniones.

Timoteo aparcó el coche a un lado del riachuelo, junto a una casa cuya puerta principal era muy antigua y tenía dos hojas independientes: una que cerraba la parte baja, y la otra, la parte alta. Esta última estaba abierta.

Celeste y sus padres salieron del coche, y Timoteo se acercó hasta la puerta y metiendo un poco la cabeza desde la calle, gritó:

—¡Ah de la casa! ¡Tía Antonia! ¡Soy Timoteo! ¡Ya estamos aquí!

Desde adentro se escuchó:

—¡Voy! —

La joven miró expectante a ver qué pasaba.

Entonces salió una mujer de unos cuarenta años y miró a Timoteo, luego a Celeste y luego a su madre.

—¡Por fin! — exclamó la mujer — La tía os está esperando arriba.

Timoteo le sonrió y le contestó:

—¿Cómo estás, Pancracia?

La mujer no sonrió para nada, y contestó:

—¡Pues deseando irme de aquí! ¡No hay quien la aguante! ¡Es una vieja caprichosa y exigente! — Y mirando a Celeste, le dijo —¡Te lo prevengo, lo vas a pasar mal! ¡Muy mal! ¡Te va a hacer la vida imposible! ¡Luego no digas que no te advertí! —

Celeste se sorprendió por la forma en la que le advertía la mujer y sintió un pellizco de miedo en el plexo cardiaco.

—Bueno, Pancracia,— dijo Timoteo muy serio —tú haz lo que tengas que hacer, y déjanos a nosotros ver lo que hacemos. —

—¡Sí, ya! ¡Pero os lo advierto! ¡Lo que tenía que hacer ella es dejar de una vez esta casa, que en realidad era de mi tío, e irse a una residencia para que la aguanten allí! ¡Es una vieja egoísta, interesada, caprichosa y...!

—¡Vale ya! le cortó Timoteo, con cierto enfado —¡Coge ya tus cosas y vete en paz, que nosotros ya veremos! —

—¡No, si yo ya me he llevado todas mis cosas! contestó ella —¡Me voy ahora mismo! —

Y cogiendo una pequeña bolsa que tenía preparada en la entrada de la casa, le dijo a Celeste:

—Si eres lista, te volverías con tus padres. Pero si te quedas... ya nos veremos.

—

Y se marchó.

Celeste miró a su padre, algo asustada, pero este le dijo:

—No le hagas caso. Conozco a Pancracia y veo que no ha cambiado. Estoy seguro de que nada es como ella dice. —

En ese momento apareció la tía Antonia. Era una mujer con el pelo completamente blanco recogido en un moño. Su expresión no parecía ser la de una ogra, ni tampoco de una mujer depresiva, lo cual fue un alivio para Celeste.

Antonia miró a Timoteo unos segundos, y sonrió.

—¡Hola tía Antonia! — le saludó Timoteo.

La mujer le respondió:

—¡Vaya, vaya! ¡Veo que sigues teniendo la misma cara de pillo de cuando eras pequeño!

Timoteo se rio y luego se acercó a ella y le dio un beso.

La mujer no se lo devolvió, pero le miró sonriente. Luego miró a la madre de Celeste y después a Celeste.

—Tía, — dijo Timoteo —te presento a Marta, mi mujer, y a Celeste, mi hija mayor.

Antonia las miró a las dos y asintió.

Y tanto Marta como Celeste se acercaron a ella para darle un beso y saludarla.

—Supongo que estaréis cansados y vendréis con hambre — dijo Antonia — ¡Venga, entrad! La cena está preparada y vuestros cuartos también. Yo misma he hecho la cena, y Pancracia os ha preparado vuestros dormitorios. —

Una vez que Celeste había visto a su tía pensó: "¡Pues no parece la viejecita deprimida que yo me temía!".

Durante la cena Timoteo le contó un poco de su vida a su tía, y esta le escuchaba con atención y asentía de vez en cuando. Luego le preguntó a Marta sobre ella, y sobre sus hijos. Y por último se dirigió a Celeste, y le dijo:

—Cuando llamé a tu padre para pedirle ayuda, pensé que tal vez él o tu madre podían conocer alguna muchacha que buscara trabajo y pudiera servirme de dama de compañía, y también para ayudarme en las tareas más fatigosas de la casa. Pero lo que no me esperaba es que fueran a enviarme a una de sus hijas. Y menos, siendo maestra.

Y dirigiéndose a Celeste, le dijo — Siento que no te vayan bien las cosas, pero por otro lado, me alegro de que estés aquí. Y espero que te guste este pueblo que aunque, como habrás podido ver, está perdido entre las montañas, también tiene gente buena, e incluso ¿quién sabe si al final seas tú la que eche raíces aquí?

Y dijo esto último con una sonrisa enigmática.

Celeste se rio.

— ¡Tía! exclamó Timoteo, riéndose también — ¡No me digas que ahora le vas a buscar novio a mi hija entre los chicos del pueblo! —

Antonia se sonrió y contestó:

—Yo no le voy a buscar a nadie, pero puede que ella lo encuentre solita. —

Y mirando a Celeste continuó:

—Al fin y al cabo, no vas a estar todo el tiempo aquí conmigo. No soy una inválida. Solo necesito un poco de ayuda. Y para ello no necesito que estés conmigo todo el tiempo. —

Celeste sonrió, y en el fondo de ella sintió cierto alivio.

Aquella noche, cuando Celeste se acostó, pensó: "No es tan malo como creía. De hecho, me ha caído bien... Aunque espero que no sea así porque está mi padre delante... ¡Qué tonterías pienso! ¡Ni que fuera Doctor Jekyll y Mr. Hide!".

Y ella misma se rio de la ocurrencia.

"¡En fin, a ver qué me trae esta nueva vida!", pensó.

Y como se sentía muy cansada y tenía sueño, cerró los ojos y se durmió.

Entonces tuvo otro extraño sueño:

*"Estaba junto al hombre y el joven del sueño anterior. El hombre volvió a decirles:*

*— ¡Observad y escuchad atentamente!*

*Otro hombre les decía a las multitudes:*

*— ¡Os advierto! ¡Esta raza atlante perecerá por las aguas y los terremotos! ¡Habéis caído en la degeneración animal! ¡Si queréis salvaros y ser el fruto de la próxima raza, deberéis trabajar intensamente sobre vosotros mismos, acabando con vuestras codicias, vuestras iras, vuestras lascivias, vuestras gulas, vuestras envidias, vuestros egoísmos, y todo aquello que os ha provocado la degeneración en la que habéis caído!*

*Pero las gentes que le escuchaban, se reían y se burlaban de él.*

*Celeste y el joven también vieron a una pareja que hablaban entre ellos:*

*— Es cierto que hay guerras y muchos intereses creados, y mucho egoísmo— dijo el hombre— pero no creo que llegue a tanto. Ya hay muchos que hablan de una época dorada que vendrá pronto. Así que no nos preocupemos por lo que nos dice el Manú.*

*— Sí, yo estoy de acuerdo contigo— contestó la mujer.*

Celeste se despertó, con la misma sensación de las otras veces. Parecía como si lo que había soñado fuera muy real. Y eso le producía una extraña sensación...

## Capítulo 4

Como el padre de Celeste había pedido dos días en el trabajo, él y su mujer se quedaron un par de días en Rocangosta. Timoteo, su mujer y a su hija estuvieron viendo un poco el pueblo. Había cambiado poco desde que él se había marchado. Algunos vecinos habían arreglado sus casas y las alquilaban para vacaciones. Y también habían abierto un pequeño supermercado. Había alguna casa más, pero el resto seguía siendo muy parecido.

En el pueblo vivían dos primos de Timoteo, y sabiendo que él estaba en el pueblo, quedaron en casa de uno de ellos para verse. El padre de Celeste estaba muy contento de ver a sus parientes después de tantos años. Algunos de los hijos de estos también vivían en el pueblo, pero no llegaron a verlos.

Luego Timoteo llevó a su mujer y a su hija a conocer los parajes más frecuentes a los que iba cuando era pequeño y de joven. Tanto Celeste como su madre estaban encantadas. Todo les parecía precioso, y varias veces Marta le regañó a su esposo por no haberlas llevado allí alguna vez. Timoteo se reía, orgulloso de su pueblo.

—Yo os traería de vacaciones con gusto aquí. Pero una casa rural para nosotros resultaría demasiado cara para mi sueldo. En fin, ya veremos de aquí, al verano. —

—Pero la tía Antonia tiene habitaciones libres en la casa —dijo Celeste —Tal vez si se lo preguntaras... —

Timoteo hizo un gesto con la cabeza y contestó:

—No sé, Celeste. Ya sabes cómo son tus hermanos. Ni tu madre, ni yo, podemos con ellos a veces. Están muy rebeldes, y no me gustaría que amargaran esos días a tu tía. Me parece abusar de ella. No, me temo que esa no es solución.

Celeste asintió, y no le rebatió, porque sabía que su padre llevaba razón. Así que ya no volvieron a darle más vueltas al tema.

Y tampoco le comentaron nada a Antonia.

El martes siguiente, los padres de Celeste se marcharon, y la joven se quedó sola con su tía, algo triste.

—Celeste, — dijo Antonia — ¿te encuentras bien?

—Sí, tía. Es un poco de melancolía. Es la primera vez que me separo de ellos.

La tía sonrió.

—¿Te has traído alguna foto de tu familia? le preguntó.

La joven la miró sorprendida.

—No. No se me ocurrió. Tienes razón. Tendría que haberme traído alguna. Aunque les puedo pedir a mi madre o a mis hermanos que me envíen alguna al móvil.

—Si quieres, hazlo, pero yo tengo varias fotos vuestras.

Celeste volvió a sorprenderse.

— ¿De verdad?

—Sí. Espera y verás.

La mujer abrió un cajón del aparador y sacó un sobre y de su interior, varias fotos, y se las mostró a su sobrina.

Ella se llevó una sorpresa: Había una en la que estaban sus padres el día de su boda. Y luego había varias fotos en las que iban apareciendo ella y sus hermanos junto a sus padres en fechas importantes. Y por último, otra en la que estaba ella en su graduación como maestra, rodeada de sus padres y de sus hermanos.

—¡Oh! — exclamó.

Y luego se rio, y le preguntó:

—¿Y cómo es que tú tienes estas fotos?

—Me las fueron enviando tus padres, de tanto en tanto. Fue después de ver esta foto, —señalando la de la graduación— cuando decidí llamar a tus padres, esperando alguna solución a mí problema. Y parece que fue una buena idea.

—¿Pero cuánto hace que te enviaron mis padres la foto? Porque yo terminé hace ya casi dos años. —

—Sí, lo sé. Ellos me la enviaron hace tiempo.

—¡Ah! Como decías que al ver esta foto decidiste llamar a mis padres, pensé que la habías recibido hace poco. —

—No. Esta la tengo desde hace casi dos años. Y las miraba de vez en cuando. Pero hace poco se la enseñé a mi sobrino, y fue él, que sabía el cariño que yo le tenía a tu padre, quien me aconsejó que le pidiera ayuda. Y después de reflexionarlo, decidí hacerle caso. —

—¡Ah, ya! exclamó Celeste — Ayer estuvimos en casa de Venancio y de su mujer y también vimos a su hermano y a su mujer. Son muy simpáticos. Me cayeron muy bien. Pero no conocí a ninguno de sus hijos.

—Bueno, ya los conocerás. Tendrás tiempo para ello.

## Capítulo 5

Los miedos de Celeste a una vida dura, lejos de su familia y con una horrible mujer, se desvanecieron prácticamente desde el primer día, y a lo largo de la semana se reafirmó su seguridad.

Ciertamente el cambio había sido enorme porque no solo estaba lejos de su familia, sino también de sus amigos, y además su nueva vida ya no tenía nada que ver con la que había llevado hasta entonces. Pero dicho cambio no le estaba resultando tan mal: la relación con su tía, a pesar de llevarse cerca de sesenta años, le estaba siendo bastante grata.

Tal y como le habían dicho, ella se encargaba de las labores más pesadas de la casa. Y como Antonia había sido siempre una muy buena cocinera, pues esa había sido su vocación desde muy joven, empezó a enseñarle a su sobrina, y de esta manera las dos fueron sintonizando cada vez más.

Por las tardes salían juntas a pasear por el pueblo, para que Antonia se mantuviera en forma, no solo mentalmente, sino físicamente.

A lo largo de la primera semana ya tuvo oportunidad Celeste de conocer a los hijos de los primos de su padre. Todos le resultaron bastante simpáticos.

Y también coincidió un día con Pancracia en la carnicería.

Esta le dijo:

—Ya veo que te has quedado. ¡Allá tú! ¡Pronto te arrepentirás!

Celeste le respondió:

—No estoy nada arrepentida.

—Pues te arrepentirás, ya lo verás. Que al principio te tratará bien, pero cuando lleves un tiempo, te darás cuenta de que es una vieja caprichosa y egoísta. Y te hartarás de ella. Óyemelo decir. —

La joven se quedó callada, pensando: "No la creo. Ya he visto que tía Antonia es amable y cariñosa. Lo que le pasa a esta es que es una amargada. Paso de ella."

Llegó el sábado y mientras Celeste estaba terminando de fregar el comedor, escuchó una voz masculina llamar desde la entrada:

—¡Tía! —

Antonia, que estaba en la cocina, no lo escuchó, y Celeste, pensando que sería alguno de sus primos, dejó la fregona y salió a ver quién era.

Mas, cuando salió a la entrada de la casa, se quedó completamente paralizada, y sin saber qué decir.

El recién llegado le sonrió y le dijo:

—Me alegra mucho volver a verte.

Ella seguía sin saber cómo reaccionar. Se trataba nada menos que de su amor platónico. Aquel que la ayudó en la escuela de magisterio con aquellos dos pesados. Y aquel que había visto varias veces en aquellos extraños sueños.

Tenía el corazón como un caballo desbocado, y era incapaz de articular ninguna palabra.

El joven se rio y, acercándose a ella, le dijo:

—Así que no me recuerdas, ¿eh?

Ella, a duras penas, asintió, y por fin contestó:

—Sí me acuerdo de ti.

Él volvió a reírse.

Entonces apareció su tía y dijo:

—Bueno, Perseo, por fin vienes a verme.

El joven sonrió y se acercó hasta Antonia y le dio un beso.

—Hola tía. — dijo —Esta semana no he podido llegarme, porque he estado muy ocupado con mis alumnos. Pero sabía que estabas en buenas manos.

Antonia se rio y le contestó:

—Sí. Ahora sí me encuentro muy bien. Y en parte es gracias a ti.

Perseo se rio, pero Celeste aún no entendía bien lo que estaba pasando, y observaba en silencio.

—Celeste,— dijo Antonia —tú conocías a Perseo, ¿verdad?

La joven asintió.

—Sí. Pero solo de vista. Solo hablamos una vez.

El joven sonreía mientras la miraba.

—Pues fue Perseo quien me recomendó que hablara con tu padre. — declaró Antonia.

La joven miró sorprendida a Perseo.

—¿Así que fuiste tú?

Él asintió.

—La tía me enseñó la foto de tu graduación— dijo — y de repente se me ocurrió que tal vez tu padre podría ayudarla.

—¿Pero entonces...tú también eres primo mío? ¿Y por eso aquella vez dijiste que eras de mi familia? dijo Celeste, sintiendo una gran desilusión.

Él se rio, divertido.

—¿Pero por qué no me lo dijiste? preguntó la joven —Si tú me hubieras dicho que eras mi primo...

—No, Celeste. — le cortó él. —En realidad sí somos, de alguna manera, familia, como les dije a aquellos pelmazos. Yo lo sabía porque había visto algunas de las fotos de tu familia que tenía nuestra tía, y también sabía por ella que ibas a estudiar magisterio. Y en cuanto te vi la primera vez, te reconocí. Lo que pasa es que como te veía algo tímida, tampoco quise agobiarte. Pero en realidad no somos primos. Yo soy sobrino nieto de tu tía, pero por parte de mi tío abuelo, su marido. ¿Comprendes ahora?

—¿Quieres decir que en realidad eres su sobrino político?

—¡Eso es! — contestó él, riéndose.

Y Antonia también se rio.

Entonces Celeste sonrió feliz.

—Ahora comprendo todo. — dijo.

—¡Pero te advierto algo! dijo Perseo riéndose y acercándose a su tía para rodear con su brazo sus hombros —¡Que en realidad, político o no político, debes saber que soy su sobrino preferido! ¿A que sí, tiita?

Antonia se rio también.

Celeste se sorprendió, pero luego se rio. Y tomándose la confianza, contestó:

—Eso sería hasta que llegué yo.

Perseo echó una carcajada, y Antonia también se rio.

Luego entraron todos al comedor. La joven recogió rápidamente la fregona y la retiró al patio. Y mientras lo hacía, pensaba, con el corazón laténdole fuertemente:

—¡Es él! ¡Es él! ¡No puedo creer que esto esté ocurriendo de verdad! —

Pero sí era verdad que estaba ocurriendo, y entonces Celeste intuyó que los misteriosos sueños que había tenido últimamente en los que él siempre aparecía, le estaban diciendo algo...

El joven se quedó a comer con ellas, y estuvieron charlando entre otras cosas acerca de su carrera, y de cómo les había ido a cada uno.

Celeste les contó lo del colegio en el que estuvo trabajando, en el que se había encontrado muy bien, a excepción de los enfrentamientos que había tenido con aquella monja cruel. Antonia y Perseo le dieron la razón por no haberse quedado callada en las ocasiones que ella tuvo que enfrentársela.

Y Perseo le explicó que él había conseguido la plaza de maestro del pueblo dos años antes. Estaba contento porque podía vivir allí, y se llevaba bastante bien también con sus alumnos, aunque había alguno que otro bastante travieso, o sea, lo normal en todos los colegios.

Celeste le escuchaba feliz, hasta que de repente se le ocurrió una pregunta:

—Oye, pero ahora que estoy pensando, ¿entonces tú eres hijo de Pancracia?

Perseo la miró de primeras con una media sonrisa y luego le dijo:

—Me ves parecido, ¿eh?

Celeste miró a su tía, y esta los miraba sonriéndose también.

—Pues... la verdad es que... no mucho. — contestó la joven, intentando tener diplomacia.

Perseo se rio y su tía también.

—¡Tranquila! No es mi madre. —contestó el joven — Pancracia es mi tía. Ella es la hermana de mi padre.

—¡Ah, vale! — exclamó ella, aliviada de pensar que él no tenía nada que ver con aquella mujer tan antipática.

Después de pasar un buen rato de sobremesa, Perseo se marchó, pues sabía que su tía tenía la costumbre de echarse una pequeña siestecita en su sillón.

Pero antes de irse, quedó con Celeste para el domingo por la mañana, para enseñarle algo de los alrededores del pueblo, con el beneplácito de la tía Antonia.

Y más tarde, tía y sobrina salieron a pasear por el pueblo, parándose varias veces para charlar con la gente de Rocangosta, y de esa manera hacer vida social.

Celeste ya iba conociendo a muchos vecinos del pueblo, y eso le gustaba.

Por la noche, cuando se acostó, no pudo evitar acordarse de Perseo. De hecho, casi toda la tarde se estuvo acordando de él. Y se decía: "¿Es posible que esto me esté pasando? ¡Y yo que dudaba de si venirme o no!

Con esa dicha fue quedándose dormida, y entonces volvió a tener otro sueño:

*"Una vez más se veía junto a Perseo y el otro hombre. Éste les dijo a los jóvenes:*

*—Ahora veréis el principio de la destrucción de la Atlántida. Las gentes se degeneraron y no hicieron nada por cambiar interiormente. Ya no había conciencia en ellos y la gran mayoría sucumbió. ¡Observad!*

*Entonces Celeste vio como una proyección en la que se veía un terremoto espantoso. El otro joven también se encontraba junto a ella observando todo. Había mucha gente gritando y horrorizada. Estaban en el templo de Neptuno y llamaban a*

*Manú, pidiéndole que les salvara. Pero el sacerdote del templo les gritó: "¡Os lo advertí, y no me creísteis! ¡Ahora pereceréis todos y solo los que trabajaron por su regeneración saldrán ilesos, y de ellos surgirá la nueva raza!"*

*Los terremotos continuaron y poco a poco el templo fue derrumbándose, cayendo sobre las gentes."*

Queriendo gritar, Celeste se despertó sobresaltada, con el corazón que casi se le salía del pecho y exclamó:

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué sueño tan terrible!

Pero entonces encendió la luz de su mesita, y miró su dormitorio. Luego se dijo: "¡Oh Señor! ¡Menos mal que solo fue un sueño!"

Pero le venían las imágenes del sueño muy claras. Nunca hasta entonces había recordado con tanta nitidez sus sueños. Solo esos extraños sueños que había tenido últimamente. Sueños que le parecían tan reales, que ella hubiera jurado que no eran simples sueños, sino recuerdos de mucho tiempo atrás...

## Capítulo 6

Por la mañana Perseo fue a recoger a Celeste después de desayunar.

Pero Celeste aún estaba bajo los efectos del sueño de la noche anterior, y a pesar de que le alegraba estar con el joven, tenía aún ese pellizco en su interior.

Y el joven lo notó:

—¿Hay algo que te preocupa? le preguntó.

Ella lo miró y le sonrió y le contestó que no.

"Tengo que sobreponerme.", se dijo. "No puedo estar todo el rato pensando en ese sueño."

Él la miró pensativo y luego le dijo:

—¿Qué te gustaría ver? ¿El bosque, la montaña o el río?

—Creo que cualquiera me gustará. Te dejo elegir a ti. —

Perseo siguió mirándola, mientras algo rondaba en su cabeza.

Ella se dio cuenta, y no supo interpretar su mirada. Entonces, creyendo que quizás le molestó que ella no respondiera claramente y que tal vez le pareciera que ella pasaba de todo, le dijo:

—Perdona. Hoy estoy un poco distraída. Pero ya me centro. Donde tú digas me parece bien. El domingo pasado estuve con mis padres en el sitio donde solía bañarse mi padre cuando era pequeño. Y también en la vereda que conduce al pino gigante. —

Perseo le sonrió y le dijo:

—No has discutido con la tía Antonia, ¿verdad?

—¡No, qué va! — exclamó ella — ¡Claro que no! Nosotras nos llevamos estupendamente.

Él asintió.

—Pero algo te pasa, ¿a que sí?

Celeste le miró y suspiró.

Y luego asintió con la cabeza.

—A ver, dime qué te ocurre. — le dijo él.

—Es una tontería. Te vas a reír.

—Pues entonces con más razón. Tengo ganas de reírme un poco.

Ella sonrió levemente y mirándolo, recordó que él estaba en todos sus sueños. Entonces se dijo: "¿Y si esos sueños en realidad fueran de verdad recuerdos?"

—Está bien. — dijo, por fin — Estoy un poco... digamos... alterada por un sueño que he tenido esta noche. Fue horrible, y me desperté con el corazón a mil por uno. Y lo peor es que no me lo quito de la cabeza. Ya sé que era un sueño... bueno, al menos eso espero... —

El joven se quedó callado y miró hacia el horizonte. Luego suspiró y la miró y le dijo:

—Bueno, tranquila. No pienses más en ello. Voy a llevarte a un sitio que pocos conocen en este pueblo. —

Eso le llamó la atención a Celeste.

—¿Dices que pocos lo conocen?

—Bueno, en realidad, no sé si alguien lo conoce. Supongo que alguien lo conocerá, digo yo. Pero nunca he oído a nadie hablar de ese sitio, y mis padres, desde luego, no lo conocen.

—¡Ah! ¡Qué misterioso!

Perseo le sonrió y le dijo:

—¿Entonces te apetece ir allí?

—¡Claro! Siempre y cuando no esté demasiado lejos. Que ya sabes que tengo que estar aquí para la hora de la comida.

—Sí. No te preocupes. Estaremos a tiempo.

Así, los dos se dirigieron hacia el coche de Perseo, se montaron y se pusieron en marcha.

Después de unos 15 km de subida por una montaña, él aparcó y comenzaron a andar campo través.

—¿Pero no cogemos ningún camino? le preguntó ella extrañada.

—No. No hay ningún camino hacia dónde vamos.

—¿Pero no nos perderemos?

—No. No te preocupes. Yo conozco bien por dónde ir.

—Bueno.

Fueron subiendo un poco más de montaña y cuando llegaron arriba, todo estaba lleno de árboles muy poblados. Luego descendieron un poco por el otro lado de la montaña, y llegaron a un pequeño claro. Y desde allí vieron, como medio kilómetro más allá, unas ruinas situadas casi al final de una meseta, al borde de un gran vacío cuyo fondo estaba tapizado por enormes rocas. Se trataba de los restos de una edificación antiquísima, cuyas paredes estaban hechas de piedras gigantescas.

—¡Oh! exclamó Celeste —¿Qué lugar es ese?

El joven sonrió:

—¿Te gusta?

—¡Me parece realmente misterioso y, sí, me encanta! ¿Vamos a acercarnos más? Me gustaría mucho verlo desde cerca.

—Claro que sí. ¡Vamos!

Los jóvenes se acercaron hasta las ruinas. Celeste caminaba silenciosa y bastante impresionada. No solo por la belleza del paraje, sino por aquellas ruinas tan antiguas y a la vez majestuosas.

Una vez allí, estuvieron paseando por todos lados y admirando cada pequeño detalle de las piedras, de cómo estaban puestas, con qué maestría, sabiendo que eran tan enormes que ni diez hombres podrían moverlas sin ninguna máquina. Y se suponía que eran tan antiguas que no existían esas máquinas.

—¡Pero estos restos son casi como los de Machu Pichu! — exclamó ella.

Él sonrió y asintió.

—¡O como los de Tiahuanaco! continuó la joven —¡O tal vez como las pirámides!

Perseo volvió a asentir.

Celeste se quedó pensativa y luego dijo:

—Me encantaría conocer la historia de estas ruinas. ¿Quién viviría aquí? ¿Y en qué época? ¿Y cómo vivirían?

Él se quedó callado, pensativo.

Entonces ella volvió a acordarse de sus sueños, y le preguntó:

—Oye, Perseo, ¿tú has oído hablar de la Atlántida?

El joven la miró y le sonrió.

—Sí. Algo. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Y crees que existió?

—¿Tú qué piensas?

Celeste se quedó callada y pensativa y finalmente contestó:

—No lo sé. Quiero decir, que no estoy segura de si sí, o de si no.

Él asintió.

—Entiendo. — dijo — Pero no deshechas que sí existiera.

—¿Pero tú qué piensas? insistió la joven.

—Yo creo que sí existió. — declaró él.

Celeste le miró sorprendida.

—¿Y por qué crees que sí? — le preguntó al joven.

—Pues... porque he tenido ciertos sueños que en realidad creo que no son solo sueños, sino algo más real...

—¡Oh! exclamó ella — ¿Pero tú te veías en esos sueños como en otra época?

—No exactamente. En realidad no es que yo me viera protagonista de lo que ocurría, sino que más bien parecía una proyección como de una película.

—¡Ah, ya! — respondió la joven, mientras pensaba que esa misma sensación había tenido ella. — ¿Y crees que era en la Atlántida?

—Sí.

Celeste se quedó muy sorprendida, y sintiendo un impulso, le confesó:

—¡Yo también he tenido varios sueños sobre eso!

Perseo sonrió y asintió.

—Confieso que esperaba que así fuera. — dijo — Cuando me has dicho antes que estabas preocupada por un sueño que habías tenido, he intuido que tenía que ver con eso. Por ello te he traído aquí. —

—¿Pero entonces tú crees que eso ocurrió de verdad?

—Creo que sí. Y si los dos hemos soñado con ello, me da la razón.

—No entiendo. ¿Qué quieres decir?

—Pues porque, ¿no te parece mucha coincidencia?

—La verdad es que sí.

El joven sonrió y asintió.

Celeste se quedó callada, sospechando que quizás él también la había visto a ella en sus sueños. Y eso le produjo cierta cortedad.

Perseo le sonrió, pero no dijo nada.

Después de dar un paseo por los alrededores y admirar los paisajes que se veían desde lejos, decidieron regresar al pueblo.

Durante el viaje de vuelta, en el coche, Perseo le dijo:

—Celeste, me gustaría que no comentaras con nadie el lugar donde hemos estado.

—¡Claro que no!

—Ni siquiera con la tía Antonia.

—No te preocupes. No le diré nada. Solo que me has estado enseñando muchos paisajes preciosos.

Él sonrió y asintió.

Todo el viaje de vuelta estuvo Celeste tentada a preguntarle qué era lo que él había soñado en relación con la Atlántida, pero finalmente no se atrevió.

Por fin llegaron al pueblo, y él aparcó junto a la puerta de la casa de Antonia.

—Me lo he pasado muy bien. — dijo ella —Muchas gracias por llevarme a un sitio tan maravilloso. Me ha encantado. Espero que volvamos a ir otra vez.

Él le sonrió y asintió. Y luego le dijo:

—Oye, ¿quieres darme tu número de teléfono, por si queremos quedar en otra ocasión?

—¡Claro!

Y los jóvenes se intercambiaron sus números.

Y después Celeste se metió en casa de la tía Antonia, y Perseo se marchó a su casa.

## Capítulo 7

Después de comer, Celeste y Antonia estuvieron un ratito de sobremesa, y luego la joven se fue a lavar los platos, mientras su tía se echaba una pequeña siesta en su sillón.

Cuando la joven terminó de recoger la cocina, pensó ir a su cuarto a coger un libro para leer un rato. Pero al pasar por las escaleras que daban al desván, se quedó parada mirándolas.

"Llevo aquí ya una semana, y todavía no he subido al desván.", pensó. "Me pregunto si habrá solo trastos viejos, o también podría encontrarse algo interesante. Voy a ver."

Así que subió, y como la puerta del desván no tenía llave, entró sin ningún problema.

No había luz corriente, pero sí unos pequeños ventanucos en los laterales, de manera que se podía ver más o menos bien.

Había algunos muebles viejos, entre ellos, un armario muy antiguo bastante bien conservado, y un baúl. También un espejo, un perchero, sillas, y una mesa. Y en otro lado algunas cajas.

La joven abrió el armario y para su sorpresa vio vestidos antiguos de hacía por lo menos cien años.

—¡Oh! ¡Qué bonito! — exclamó en voz alta, mientras sacaba uno de ellos.

—Era de mi abuela. — dijo Antonia por detrás.

Celeste la miró sorprendida y exclamó:

—¡Ay, tía! ¡Qué susto me has dado! ¡No te he oído subir!

Antonia se rio.

—¿Pues quién te creías que era? ¿El fantasma de un antepasado?

Celeste se rio.

—No te sabría decir, porque estaba tan metida en lo que estaba viendo, que hubiera podido ser.

Las dos se rieron.

—Espero que no te moleste que haya subido aquí. — dijo la joven.

—No me importa, claro que no. contestó Antonia —De hecho, hace mucho tiempo que yo no subía. Mira, este vestido era de mi abuela, y este otro, de mi madre. Y estos son míos, de cuando era joven. —

—Son muy bonitos. — dijo Celeste.

Las dos estuvieron mirando entre los trastos, y Antonia le contaba historias que tenían que ver con ellos.

En un rincón, como caídos, la joven vio unos prismáticos. Se veían antiguos, pero a simple vista parecía que funcionaban bien.

—¿Y estos prismáticos? le preguntó a su tía.

Antonia los miró atentamente, y entonces Celeste se dio cuenta de que se le saltaron las lágrimas.

—¡Pero si son los prismáticos de Néstor! ¡No sabía que estaban aquí! Yo pensé que se los había llevado aquella mañana... —

Celeste comprendió que se refería a la mañana en la que desapareció su hijo.

—¡Oh! ¡Vaya! ¡Siento haberte traído ese recuerdo!

Antonia la miró y le sonrió, con dulzura.

—No te preocupes, hija. No pasa nada. Su pérdida ya la superé hace tiempo, con mi esposo. Es solo que no esperaba encontrar esto. Pero no pasa nada.

Entonces Celeste se acordó del lugar tan maravilloso en el que había estado por la mañana con Perseo, pero no se atrevió a preguntarle si podría utilizarlos.

Mas Antonia pareció adivinar sus pensamientos y le dijo:

—Si quieres, úsalos tú en los lugares a los que vayas con Perseo. Solo te pido que los cuides bien.

—Sí, gracias, tía. — contestó ella, agradecida.

Y le dio un beso.

Después de un buen rato curioseando en el desván, y hablando de historias antiguas e interesantes de los abuelos y los bisabuelos de Celeste, las dos se bajaron del desván, y se arreglaron un poco para dar un paseo.

Había un bonito recorrido que partía desde el pueblo y que recorría al lado del riachuelo "Carcabeño", y que estaba bordeado por unas preciosas hayas.

A lo largo del paseo pararon muchas veces para hablar con algunos vecinos del pueblo, y entre ellos, con algunos sobrinos de Antonia. A Celeste le hacía gracia eso de que todo el mundo se conociera en el pueblo, y siempre había alguna cosa que comentar, aunque no tuviese demasiada importancia.

Y cuando regresaban, se encontraron con Perseo.

—Me imaginaba que estabais por aquí. — les dijo, con una sonrisilla algo burlona —Celeste, debes saber que nuestra tía se pone al día de lo que ocurre en el pueblo, dando estos paseos.

Las dos se rieron y luego Antonia replicó:

—No le hagas caso a este provocador. Él sabe muy bien que hacía tiempo que no venía a pasear por aquí.

El joven asintió y le dio un beso a su tía.

—Es cierto. — le dijo a Celeste —A mi tía Pancracia no le gusta demasiado dar paseos.

—¡Oh, vaya! — exclamó Celeste —¡No me digas que no salíais a pasear!

—Salíamos muy poco, sí. — contestó Antonia —Le gustan mucho las novelas, y los fines de semana eran sus días libres. —

—¿Es que no vivía contigo?

—No. Ella vivía en su casa y venía por las mañanas y se iba por las tardes.

—Ya entiendo. Claro, supongo que también tendría familia que atender, ¿no? Me refiero a su marido y a sus hijos.

Perseo se sonrió, pero no dijo nada.

—No. — contestó la anciana —Ella no está casada. Ni tiene hijos, claro.

—¡Ah! se sorprendió la joven —Pero entonces, ¿de qué vive?

—Pues trabaja en lo que le sale. — respondió Antonia — Antes de estar conmigo, trabajaba en el hotel, de limpiadora y en la cocina. Ahora supongo que habrá vuelto.

—Ya comprendo. — contestó Celeste.

Y ya no preguntó nada más, porque ya se imaginó que el problema no era que Pancracia tuviese otras obligaciones cuando trabajaba para su tía, sino la incompatibilidad de caracteres con su tía.

Mas al ver a Antonia que hacía un sutil gesto de tristeza, le dijo:

—Bueno, pues ¿sabes lo que te digo? ¡Que mejor que ya no esté contigo! ¡Así he podido venir yo, y conocerte a ti, y a este pueblo tan bonito, y tantos primos, y...!

Iba a decir "a Perseo", pero eso ya no se atrevió a decirlo, por miedo a que ellos pudieran sospechar sus verdaderos sentimientos hacia él. Así que se mordió la lengua, y evitó mirarlo, mientras sentía que se le aceleraba el corazón.

Antonia sonrió y la abrazó:

—¡Bendita seas, chiquilla! — le dijo.

Celeste la abrazó también y se rio.

Y Perseo también se rio y le dijo:

—Celeste, no puedo estar más de acuerdo contigo. Yo también estoy muy contento de que hayas venido a Rocangosta, y sé que la tía está muy bien acompañada.

La joven se rio al mismo tiempo que notó que se estaba ruborizando y se tapó la cara con las manos mientras, para disimular, decía:

—Bueno, ya vale, ¡que yo tampoco es que sea un angelito!

Su tía y el joven se rieron de nuevo.

Celeste se sentía feliz al tener tan cerca a su amado, y sobre todo porque él la miraba con cariño, y sonriente.

Luego continuaron el paseo de vuelta los tres juntos, hablando de unas cosas y otras.

Y cuando llegaron al portal de la casa, Antonia se metió enseguida en la casa, y los chicos se quedaron un poco hablando fuera.

Celeste le contó al joven que había estado en el desván aquella tarde. También le dijo que había encontrado unos prismáticos del hijo de su tía. Y que aunque eran antiguos, pensaba que podían servirles.

—Lo primero que pensé,— dijo la joven en voz baja y mirando de un lado a otro por si había alguien cerca —fue en el sitio que hemos estado esta mañana, y en que con unos prismáticos quizás podríamos ver otras cosas interesantes. ¿Qué opinas?

—Pues que me parece muy bien. El próximo fin de semana iremos, si hace bueno y si quieres, claro, y los utilizaremos. A ver si encontramos algo más.

—¡Claro que quiero! ¡Estoy deseando que llegue ya el domingo!

El joven se rio, y asintió.

Luego se despidieron, y él se marchó.

## Capítulo 8

La semana pasó tranquila y apacible. Para alegría de Celeste, Perseo se llegó varias veces a ver a su tía, pero no podía quedarse mucho tiempo. El sábado comió con ellas, y al igual que la semana anterior, quedó con Celeste el domingo por la mañana.

Los dos decidieron de mutuo acuerdo volver a las ruinas misteriosas de la montaña. Por supuesto, Celeste no olvidó sus prismáticos, pues estaba deseando utilizarlos desde que los vio.

Desde que salieron del coche, Celeste miraba cada dos por tres con los prismáticos. Perseo se reía y le decía:

—¡Pareces una niñita con un caramelo!

Ella se rio y le dijo:

—Es verdad. Perdona, seguro que tú también querrás ver cosas. Toma.

—No lo decía por eso— contestó él riéndose — pero ya que me los ofreces, miraré un poco.

Poco después llegaban a la zona del claro desde el que se veían las ruinas. Se dirigieron alegremente hacia allá, y cuando llegaron, la joven volvió a pedirle los prismáticos a él y continuó mirando con los prismáticos hacia el fondo del vacío que se presentaba frente a las enormes piedras.

Pero no llegaba a verse claramente. Había muchas rocas intercaladas con árboles y arbustos.

—Debe ser muy difícil bajar ahí abajo, ¿no crees? —preguntó la joven.

—¿Por qué quieres bajar?

—Pues no sé. Tal vez haya algo interesante.

—Quién sabe. Pero no veo ninguna forma de bajar.

—¡Qué pena! exclamó ella — Esperaba que el misterio no se acabara solo en las ruinas.

Él se rio.

—¡Vaya! exclamó — ¡Siento que esta vez estés menos entusiasmada!

—¡No! ¡Si me encanta esto! ¡Es un lugar muy bonito y misterioso!

Él volvió a reírse, mientras miraba los alrededores.

De repente se quedó parado y exclamó:

—¡Vaya, vaya! ¡Esto sí que es raro!

La joven lo miró extrañada.

—¿Qué has visto?

—Parece que hay una cabaña en aquella montaña.

—¿Una cabaña? ¿Ahí perdida?

—Sí. Pero es muy raro, porque es la primera vez que la veo. Anda, déjame los prismáticos. Voy a echar yo también un vistazo. —

Ella se los dio, y él comenzó a mirar, en dirección a la cabaña.

— No sé, tal vez sea un refugio. Pero nunca he oído hablar de él.

—Pues sí que es raro.

—Además, no es que se vea muy clara, pero me da la sensación de que está en buenas condiciones.

El joven dejó de mirar, mientras se quedaba pensativo.

—Déjame ver. — dijo ella.

Él le dio los prismáticos y Celeste buscó con ellos la cabaña, hasta que la encontró.

—¡Es verdad! — exclamó.

La joven miró pensativa a Perseo y este se sonrió, y le dijo:

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—¿Tú estás pensando que si vamos a echar un vistazo?

Él se rio y asintió.

—¿Y nos dará tiempo para ir y volver a la hora de comer? preguntó ella.

Él se quedó pensativo y volvió a mirar en dirección a la casa.

—No estoy seguro. Ten en cuenta que cuando nos metamos entre los árboles seguramente la perderemos de vista y puede que tardemos en volver a localizarla.

—¡Uf! ¡Pues no sé si podré esperar hasta el domingo que viene! Podríamos intentarlo, y si vemos que se empieza a hacer tarde, nos volvemos.

Perseo se sonrió y se quedó pensativo, y luego le dijo:

—Déjame otra vez los prismáticos.

Ella se los dio, y él empezó a mirar detenidamente toda la zona, partiendo desde donde estaban, hasta donde estaba la cabaña.

—Venga, vamos a intentarlo. — dijo por fin.

—¡Vale! — contestó la joven, entusiasmada.

De esta manera, los dos comenzaron a marchar en dirección a la montaña en la que estaba la cabaña.

Conforme se iban alejando de las ruinas, empezaba a haber cada vez más árboles. Pero Perseo tenía un sentido de la orientación excelente, que ya le había llevado a descubrir aquellas ruinas algún tiempo atrás. Él caminaba con paso seguro, y ella le seguía confiada.

Enseguida empezaron a ascender por la montaña, y al cabo del rato en un claro se pararon para admirar las vistas. Desde allí pudieron ver las ruinas, pero desde otra óptica.

Luego continuaron ascendiendo, y utilizando los prismáticos lograron ver mucho más cerca la cabaña.

Muy animados continuaron ascendiendo, y al poco después vieron un claro a lo lejos, y en él se podía ver el tejado de la cabaña.

Conforme iban subiendo, fueron viendo toda la construcción.

Los jóvenes estaban entusiasmados y se acercaron contentos y curiosos.

Mas, de manera inesperada, vieron cómo salía por la puerta un hombre, y les dijo:

—¡Hola muchachos! ¡Os esperaba!

Los dos se quedaron asombrados.

—Yo le conozco. — dijo Perseo.

A Celeste también le sonaba mucho su cara. Pensó: "Debe de ser un vecino del pueblo".

El hombre les sonrió.

—No queda mucho tiempo, y es necesario que comprendáis algunas cosas. — dijo enigmáticamente.

Entonces Celeste recordó quién era: era el hombre que aparecía en sus sueños junto a ella y a Perseo.

—¡Usted es...! — exclamó ella, pero se quedó sin saber cómo continuar la frase.

El hombre asintió.

—Seguramente vosotros pensáis que curiosamente habéis soñado conmigo, pero yo os digo que no fueron simples sueños, sino que nos vimos en el mundo de los sueños, el cual es un mundo real, que se compenetra con este mundo físico de tres dimensiones, pero no se confunde porque pertenece a otra dimensión: se trata del mundo astral que pertenece a la quinta dimensión.

Los dos se quedaron asombrados y entonces Perseo le preguntó:

—¿Quiere decir que lo que he soñado no era una simple fantasía de la mente?

Celeste le miró, igual de sorprendida.

—Así es. — contestó el hombre.

—¿Y en mi caso también? preguntó la joven.

—Sí. También. — dijo el hombre — Los dos habéis despertado algo de conciencia en el mundo de los sueños, y se os mostró de forma directa algo que ocurrió hace mucho tiempo en este planeta. —

—O sea, ¿que eso ocurrió de verdad? preguntó Celeste.

—Sí. — respondió el hombre.

Los dos jóvenes se quedaron callados de la impresión. Hasta que Celeste inquirió:

—¿Se trataba de la destrucción de la Atlántida?

—Sí. Así es. — contestó el hombre.

—¡Entonces no se trata solo de un mito! —concluyó Perseo — ¡Fue una realidad! Pero... ¿y por qué no figura en la Historia del planeta?

—Pues por varias razones. — dijo el hombre — Pero de eso os hablaré en otro momento. Se os hace tarde y debéis regresar.

Los dos jóvenes se sorprendieron de la respuesta, y Perseo miró la hora, y luego dijo:

—Sí. Es cierto. Celeste, tenemos que volver ya.

La joven, aún bajo los efectos de un gran asombro, asintió con la cabeza.

—¿Entonces podríamos vernos de nuevo para hablar sobre todo esto? preguntó Perseo.

—Claro que sí, si vosotros así lo queréis.

Los dos jóvenes asintieron.

El hombre sonrió y les dijo:

—Si os parece bien, podemos encontrarnos el próximo domingo junto a las ruinas. —

Los jóvenes se miraron y al sonreírse, cada uno entendió que el otro estaba de acuerdo, y Perseo contestó:

—Sí. Nos veremos el próximo domingo.

El hombre asintió y les dijo:

—Hasta entonces, pues.

Y los dos jóvenes se dieron la vuelta para regresar.

Cuando habían caminado algunos metros, Celeste miró atrás para ver al hombre, pero este ya no estaba.

"Debe de haberse metido ya en la cabaña", pensó.



## Capítulo 9

Al principio, mientras descendían la montaña, los dos jóvenes iban en silencio, pensativos.

Hasta que Perseo le dijo a Celeste:

—¿Qué piensas de todo esto?

Ella suspiró y le contestó:

—Es algo muy extraño, desde luego.

Él la miró pensativo y luego le dijo:

—Siempre he pensado que lo que vemos y oímos, o sentimos con cualquiera de nuestros sentidos no es todo. Que había algo más que no podíamos captar con ellos. De hecho, fíjate que hay animales que captan muchas cosas que nosotros no podemos ver u oír. Incluso intuyen peligros como terremotos, tsunamis, o incluso la muerte de alguien. Es como si tuvieran ciertas capacidades que nosotros no tenemos normalmente. Aunque también hay gente que es clarividente o tiene ciertas facultades que la mayoría de la gente no tiene. También había escuchado algo sobre el viaje astral, en el que algunas personas tienen la capacidad para salirse de su cuerpo y de moverse en otra dimensión. Y, cómo no, también he oído de mucha gente que ha tenido contactos con extraterrestres. Yo mismo vi hace poco una nave extraterrestre. De hecho, fue gracias a querer seguir su recorrido, por lo que llegué hasta las ruinas.

Celeste le escuchó con atención y con un grado de interés cada vez más creciente.

—¡Oh! ¡Así que de esa manera fue como las descubriste!

Él asintió.

—Pero lo de los sueños que hemos tenido,— continuó él —me ha parecido que han sido por alguna razón concreta, aunque ahora mismo no sé cuál es exactamente.

La joven se quedó callada preguntándose también cuál podría ser esa razón.

—Por lo que nos ha dicho ese hombre,— continuó Perseo —deduzco que tú has tenido los mismos sueños o, más bien digamos, la misma experiencia que yo. Porque yo en esos sueños te veía a ti. ¿Tú no me veías a mí?

Ella sonrió y luego asintió.

Él sonrió también.

Luego continuaron caminando en silencio reflexivos. Hasta que Celeste dijo:

—¿Y por qué crees que nos ha pasado a nosotros? Quiero decir que ¿por qué a ti a y a mí?

Perseo se quedó pensativo un momento y luego contestó:

—Bueno, es que tampoco sabemos si le ha pasado a más gente.

—Eso es verdad. — respondió la joven— Sí, es muy posible. Pero... de todas formas, me pregunto por qué nos ha pasado a los dos juntos. Quiero decir que era la misma experiencia de los dos.

Perseo se quedó callado reflexivo, y luego le contestó:

—Yo creo, o mejor dicho, intuyo que algo nos une.

A Celeste le dio un vuelco el corazón y se quedó callada.

El joven la miró y le sonrió.

—Celeste, quizás va siendo hora de que te diga que tú nunca me has sido indiferente. Como ya te comenté, nuestra tía me había enseñado varias veces las fotos de tu familia, pero cuando te vi la primera vez en la escuela de magisterio, me gustaste mucho. Lo que pasa es que por un lado te veía muy tímida, y por otro lado, quería centrarme en los estudios, y no quería distraerme con romances, ya que mis padres estaban haciendo mucho esfuerzo para poder pagarme la estancia y la carrera, y por eso nunca te dije nada. Sin embargo cuando la tía Antonia me mostró tu foto de graduación me arrepentí de no haberte hablado cuando nos conocimos personalmente. Pero cuando mi tía Pancracia dijo que se iba, sentí una corazonada, y se me ocurrió decirle a nuestra tía que hablase con tu padre. — el joven sonrió y confesó —No puedes imaginar la alegría que me dio cuando unos días después tía Antonia me dijo que eras tú la que se iba a venir con ella.

Celeste caminaba escuchándolo, y poco a poco sintió la dicha acrecentando en su corazón. Hasta que al final, no pudo retener ese sentimiento y le confesó:

—Tú has sido siempre mi amor platónico. Después de conocerte, varios chicos se me declararon, pero aunque siempre creí que no volvería a verte, yo siempre los rechacé porque no podía olvidarme de ti, y mi corazón no me permitía aceptarlos. Así que cuando te volví a ver en el portal de nuestra tía, me quedé paralizada, por un lado por la sorpresa, y por otro, porque volvía a verte, cosa que jamás me hubiera imaginado.

El joven se rio.

—¡Así que tú también sentías algo! — dijo —¿Lo ves? Si después de varios años nuestros sentimientos no cambiaron, yo creo que eso indica que estamos hechos el uno para el otro. Y el hecho de que hayamos tenido esas experiencias juntos, creo que afianza esos sentimientos.

Ella sonrió dichosa. Y luego siguieron caminando cogidos de la mano.

—Ahora los dos ya sabemos lo que sentimos el uno con respecto al otro. — dijo Perseo — Lo que nos queda por saber es el misterio que se encierra en esas experiencias que hemos tenido, y si solo nos están mostrando el pasado de la Tierra, o también el futuro...

—Pues yo intuyo que esto es solo el principio,— contestó Celeste —y que en realidad, tiene mucho que ver con el futuro...

El joven asintió.

—Eso creo yo también.

Los dos jóvenes se miraron y se sonrieron. Y luego continuaron descendiendo la montaña, contándose el uno al otro sobre sus vidas, para conocerse algo más.

## Capítulo 10

Mientras Celeste y Antonia cenaban, la joven, después de pensárselo mucho, se atrevió a preguntarle a su tía:

—Con estas montañas tan altas, supongo que habrá más de un refugio, especialmente para el invierno, ¿no?

—Sí, claro.

Celeste asintió, y se quedó pensando: "¿cómo podría preguntarle sobre las ruinas, sin delatarme?".

—¿A dónde te ha llevado Perseo? —inquirió su tía.

—Pues... no sé cómo se llama ese lugar, pero era entre montañas, y era precioso. —respondió la joven con cautela —En todo caso, a mí me ha encantado.

Antonia asintió y sonrió. Pero después se quedó pensativa, hasta que le preguntó a su sobrina:

—¿Acaso te ha llevado a la Ruta de los Gigantes?

Celeste la miró sorprendida.

—¿La Ruta de los Gigantes? —repitió.

—No, claro que no ha podido enseñártela. ¡Qué tonta soy! — respondió la tía, pensativa —Puede que él tampoco haya ido nunca. De hecho, no sé por qué de repente me he acordado de aquello.

Celeste pensó: "¿Será el mismo sitio en el que hemos estado? Entonces quiere decir que ella conoce ese lugar. Voy a asegurarme que sea el mismo sitio.

— ¿Qué ruta es esa? —preguntó la joven.

—Es una ruta que hay a unos cincuenta kilómetros de aquí, en la que se encuentra una garganta profunda y que luego va abriéndose para subir hasta la cima de la montaña, donde se ve una especie de monolito natural enorme. Pero en fin, supongo que no ha podido enseñártela, porque para ir hasta allí, se necesitaría estar muy preparado físicamente y es un recorrido para el que se tarda al menos un día entero. De hecho, pocos son los que lo han visto. Antonia se quedó pensativa y luego continuó — Mi hijo fue de los pocos que hizo aquel recorrido. Fue con dos amigos que estudiaron con él en la universidad... —la mujer se quedó callada, con la mirada perdida, y entonces se le humedecieron los ojos.

Celeste le puso una mano sobre otra de la mujer y le dijo:

—Siento mucho lo de tu hijo.

—Perdona, hija. — le respondió Antonia — Ha sido recordar aquello, y me han venido muchas cosas. Pero no te preocupes. Ya estoy bien. —Y limpiándose con la servilleta, le dijo — Pero cuéntame, ¿cómo te va con Perseo?

La joven sonrió y le contestó:

—Muy bien, tía. Es un chico estupendo.

Antonia sonrió:

—Sí. Es verdad. Él se parece mucho a mi hijo. Me lo recuerda mucho.

—¿De verdad?

—Sí.

—Entonces es por eso que es tu sobrino preferido, ¿no?

Antonia sonrió pensativa y le contestó:

—Pues no lo había pensado, pero ahora que lo pienso... no creo que sea solo eso. Es que Perseo se hace de querer. Es cariñoso y muy alegre.

—Eso es verdad. — contestó Celeste, mientras recordaba al joven, con una sonrisa en los labios.

—Él te gusta, ¿verdad? — le dijo su tía.

Celeste se rio y asintió.

—Sí. De hecho, hemos hablado, y... digamos que sentimos los dos lo mismo.

—Ya sabía yo que eso iba a pasar. — dijo Antonia sonriendo —Si es que se veía venir. Estaba claro que estáis hechos el uno para el otro.

La joven se rio.

—Y eso tengo que confesarte que me alivia mucho,— añadió Antonia — pues me sentía algo pesarosa por haberte separado de tu familia y de tu ciudad, de tus amigos y de tu estilo de vida.

—Pues no te sientas así. — contestó la joven —Es cierto que al principio, es decir, cuando me lo propusieron mis padres, me costó un montón decidirme a venir, porque te imaginaba muy diferente a como eres y el hecho del cambio y de verme junto a alguien así... me daba bastante aprensión.

Antonia se rio. Y Celeste también se rio y continuó:

—Hasta que ya he visto que no es así. ¡Menos mal!

La mujer se reía divertida y Celeste también.

Después de reír y charlar un rato sobre otras cosas, se levantaron de la mesa y recogieron todo y después se fueron a acostarse.

Mas aquella noche, Celeste volvió a tener otro sueño:

*"Se veía volando mientras atravesaba una garganta de enormes piedras. Llegando al final, continuó flotando y subiendo por una enorme montaña de difícil acceso.*

*Al llegar arriba, encontró un monolito enorme, muy extraño.*

*La joven lo miró sorprendida y se dijo:*

*—Este debe ser el monolito que vio mi tío.*

*—Así es. — escuchó por detrás de ella.*

*La joven se giró y vio de nuevo al hombre de sus otros sueños, y que vio también en la cabaña.*

*—¡Oh! ¿Qué hace usted aquí? — preguntó —¿Cómo ha subido hasta aquí?*

*El hombre sonrió y contestó:*

*—Más o menos como tú.*

*—¿Como yo? ¿Qué quiere decir?*

*—Los dos nos hemos desdoblado de nuestro cuerpo físico, el cual continúa dormido en la cama, y nos hemos movido en el mundo astral, o mundo de los sueños y hemos llegado aquí. —*

*Entonces Celeste se acordó que efectivamente ella se había acostado y se había dormido. Luego había empezado a soñar con lo que le había contado su tía, y era tanto el deseo de conocer aquella garganta de la que le había hablado Antonia, que había empezado a soñar con ella. Pero por alguna extraña razón, empezó a sobrevolarla porque anhelaba conocer el camino que subía hacia la montaña del monolito. Y ese anhelo le empujó a hacerlo, sin plantearse nada más, hasta ese momento, en el que se había dado cuenta de que estaba en medio de un sueño. Pero no se trataba de un sueño*

*subjetivo o surrealista, sino de un sueño vívido, en el que ella era consciente de que estaba soñando, y de que su cuerpo físico estaba dormido en su cama.*

*Pero lo que por un lado le hizo comprender que aquella experiencia fuera de su cuerpo era real, por otro le hizo recordar su cuerpo, y ese recuerdo la hizo regresar de forma inmediata al mismo..."*

Y se despertó.

Sin moverse para nada, recordó el sueño completamente y eso le produjo un extraño sentimiento entre el misterio y el contento.

## Capítulo 11

A la mañana siguiente, Celeste fue a comprar a la tienda del pueblo algunas verduras y frutas, y se encontró allí a Pancracia. Esta le dijo:

—¡Qué! ¿Te has arrepentido ya de haberte venido al pueblo con la vieja?

Celeste sintió que algo se encendía dentro de ella, pero se retuvo y le respondió:

—No me he arrepentido de nada. Me llevo muy bien con mi tía.

—¡Pues entonces una de dos: o eres demasiado dócil o eres demasiado tonta!

La joven se quedó pasmada de ver que la otra la estaba insultando tan tranquila, sin apenas conocerse, ni tener ninguna familiaridad. Pero su orgullo habló y le contestó:

—A lo mejor es que tú eres demasiado inteligente o demasiado disciplente.

La otra la miró sin saber muy bien si la estaba adulando o insultando.

—¿Te estás burlando de mí? dijo, mirándola con cara de pocos amigos.

—¿Yo? ¿Acaso te estabas burlando tú de mí?

—¡Puah! exclamó Pancracia con desdén —¡Aver si tienes un poco más de respeto con los mayores! ¡Que te doblo la edad! Y dirigiéndose a otras personas del pueblo que estaban en la tienda, dijo —¿Habéis visto qué poca vergüenza tienen los jóvenes que vienen de la ciudad? Se debe creer que es más lista que nosotros porque viene tan finolis de la ciudad. ¡Ja! ¡Pero aquí es solo una extraña! ¡Y nunca podrá ser de nuestro pueblo! ¡Aunque quiera!

Celeste se quedó callada, reprimiéndose, para no liarla. Pero al darse cuenta de que todos los que estaban allí la estaban mirando, se sintió muy avergonzada, y de pronto le entraron ganas de llorar. Pero se retuvo diciéndose interiormente: "¡Dios mío, dame fuerzas!".

—Vale ya, Pancracia. — dijo el dueño de la tienda —Deja a la muchacha en paz.

—¡Tú no te metas, Bonifacio! —le contestó Pancracia.

—¿A que la que no se va a meter eres tú? dijo él, enfadado —¿O es que te olvidas que estás en mi establecimiento?

Pancracia resopló, y contestó:

—¡Está bien! ¡Qué humos!

El dueño de la tienda resopló, pero no dijo nada más. Solo miró a Celeste y le sonrió levemente. Y Celeste le devolvió la sonrisa.

Más tarde, en la casa, la joven estuvo a punto de contarle a su tía el incidente con Pancracia, pero pensó que eso podía entristecerla, y no dijo nada.

Sin embargo, por la tarde, mientras paseaban tía y sobrina por el paseo del Carcabeño, se les unió Perseo. Y en un momento dado en el que la tía hablaba con uno de sus sobrinos, Perseo apartó un poco a Celeste y le dijo:

—Esta mañana te ha estado molestando mi tía Pancracia, ¿verdad?

La joven se sorprendió.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Ella misma.

Celeste se sorprendió más aún.

—¿Ella te ha dicho que me ha estado molestando?

—Bueno, no me ha dicho eso exactamente. Lo que me ha dicho es que te ha visto en la tienda y ha empezado a decirme que tienes muchos humos, que te crees que porque eres de la ciudad que no sé qué... En fin, la he parado, claro. Pero conociéndola, me imagino lo que ha pasado.

Celeste miró hacia el suelo, pero no dijo nada.

—Bueno, no te preocupes. — le dijo el joven —No le hagas caso. Ni te apures por lo que pudieran pensar los demás. Ellos la conocen. Ella es así. No es solo contigo. Es que ella es así, y ya está. No se puede hacer nada. Solo aguantar el chaparrón. Porque si te encaras con ella... es mucho peor. Se enzarza y no hay manera. Tiene demasiado orgullo y no va a permitir a nadie que la deje por debajo. Así que lo mejor es no responderle, y ya está. Lo siento por ti, pero es lo mejor. Y de todas formas, todo el mundo la conoce. Porque ya muchos han tenido sus más y sus menos con ella. Es simplemente una persona conflictiva y no se la puede cambiar.

Celeste le escuchó muy atentamente y luego le respondió:

—¿Pero por qué es así? Algo le ha tenido que pasar para que esté así de amargada.

—Pues... no te sabría decir. No lo sé. Yo la recuerdo así desde pequeño.

—¡Ah! ¡Vaya! —exclamó la joven —Sin embargo yo creo que ella ha tenido que sufrir o algo le ha tenido que pasar, porque así porque sí... no me parece normal.

Él se quedó pensativo y luego le contestó:

—Sí, puede que lleves razón. Pero cualquiera sabe...

—Muchachos,— les dijo Antonia un poco más allá —me voy a quedar un rato con Antoñico. Iros vosotros a daros una vueltecita.

Los dos jóvenes la miraron y le sonrieron.

—Vale. —contestó Perseo.

Y de esta manera, los dos pudieron seguir paseando contándose sus cosas.

## Capítulo 12

El domingo siguiente quedaron los jóvenes más temprano, y se marcharon poco después de desayunar.

Cuando llegaron a las ruinas, allí les esperaba el hombre de la cabaña, sentado sobre una roca con forma cúbica.

—¡Hola muchachos!

Ellos le saludaron igualmente.

—Sentaos y hablemos un poco, ¿os parece? —dijo el hombre.

Los jóvenes se sentaron sobre la hierba. Y Perseo le preguntó:

—¿Qué nos puede decir sobre la Atlántida?

El hombre sonrió y le contestó:

—Quizás deberíamos empezar por el principio. Al igual que existe el año terrestre, existen los años siderales. Como sabéis, el año terrestre dura lo que tarda la Tierra en dar una vuelta completa al Sol. El año sideral es lo que tarda este Sistema Solar en dar la vuelta completa al Cinturón Zodiacal. El año terrestre tarda 365 días y fracciones de minutos y segundos. El año sideral tarda 25.968 años con minutos. El año terrestre tiene sus cuatro estaciones, que las conocéis de sobra: Primavera, Verano, Otoño e Invierno. El año Sideral también tiene sus cuatro estaciones: la Primavera, que es la Edad de Oro; Verano, la Edad de Plata; Otoño, la Edad de Cobre; Invierno, la Edad de Hierro. Y si el año terrestre tiene sus doce meses, también el año sideral tiene sus doce Eras que se corresponden con los doce Zodiacos.

El hombre hizo una pausa y después continuó:

—Toda la Humanidad que puebla la Tierra se considera una raza, y vive lo que tarda un Año Sideral. Cuando el Año Sideral acaba, la raza se acaba, y comienza otra. En la Edad de Oro, la raza tiene un nivel de conciencia despierta absoluta. Todo es felicidad, no existen las guerras, ni lo tuyo, ni lo mío. No existe el egoísmo, ni los odios, ni el rencor, ni la violencia, ni el deseo, etcétera. Es la Primavera del Año Sideral. En la Edad de Plata aún hay felicidad, pero digamos que con matices, pues ya no hay tanto resplandor en las conciencias de la Humanidad. En la Edad de Cobre ya continúa la decadencia y empieza a existir el Egoísmo, el deseo, la violencia, etcétera. Y por último, viene la Edad de Hierro, en la que prácticamente la conciencia brilla por su ausencia, pues el Ego ha crecido de manera desmesurada en la Humanidad y se ha caído en la degeneración, aumentando de forma exponencial la violencia, el asesinato, el robo, el fraude, el engaño, etcétera. Nosotros vivimos actualmente en la edad de Hierro de la quinta raza de este planeta. Es la quinta raza llamada raza Aria, en la que se engloba toda la Humanidad que puebla la Tierra. ¿Habéis entendido?

Los jóvenes asintieron. Y el hombre continuó explicando:

—La raza anterior fue la Atlante. Esta se desarrolló en la Atlántida. Ésta ocupaba gran parte de lo que hoy es el océano Atlántico. Llegaba desde la zona de lo que ahora es Escocia y por el otro lado desde la Península del Labrador, hasta parte de lo que ahora es Brasil. Los Atlantes tenían una altura de hasta 3 metros. Fue una poderosa civilización que avanzó científicamente mucho más que la actual. Podían hacer trasplantes de todo tipo, incluso de cerebro. También hacían viajes espaciales con cohetes atómicos a todos los planetas de este sistema solar. Y combinaron la magia

con tecnología muy avanzada, pero se degeneraron y la raza fue destruida. Hubo una serie de cataclismos que duraron muchísimos años y entre terremotos e inundaciones, la Atlántida se sumergió en el fondo del mar y emergieron nuevas tierras que formaron la nueva raza, que es la que habitamos ahora. Ya todo el mundo sabe que en el fondo del océano Atlántico hay ciudades enteras sumergidas. Este cataclismo es lo que se conoce en las tradiciones antiguas como el diluvio de Noé.

Los jóvenes se quedaron callados e impresionados por el relato.

—Antes de la raza Atlante,— continuó el hombre — existió la raza llamada Lemur, que habitó el continente Mu, el cual estaba situado en lo que ahora conocemos como el Océano Pacífico. Los lemures también eran gigantes de cuatro, cinco y seis metros. También cuando llegó el final del Año Cósmico o Sideral, se sepultó después de miles de años de grandes terremotos y maremotos. Aún quedan vestigios de esas tierras en la Isla de Pascua y en Australia.

De nuevo una pausa, y como los jóvenes esperaban atentos, el hombre continuó las explicaciones:

—Antes de la raza Lemur, hubo otra: la Hiperbórea. Esta estaba situada en lo que es hoy el casquete polar norte. Fue una raza semifísica semietérica. Es decir estaba entre la cuarta y la tercera dimensión. Y anteriormente estuvo la raza protoplasmática, también semietérica, semifísica. De ellas os hablaré otro día. Pero sí os diré que cada una de estas razas que os he nombrado duraron un Año Sideral, tras el cual, había cambios más o menos drásticos, según la degeneración de esa Humanidad, y volvía a nacer una nueva raza en un nuevo o nuevos continentes, a partir de la gente que se salvó.

Hizo otra pausa y luego les dijo:

—¿Tenéis alguna pregunta?

—Sí. — dijo Perseo —¿Esos esqueletos de gigantes que se encuentran de vez en cuando en tierras suramericanas o en Asia, o incluso en Europa, son restos de razas anteriores?

—Así es. Se han conservado muy bien por las condiciones ambientales y por eso se logran encontrar.

—Si las otras razas acabaron destruyéndose, ¿quiere decir que esta raza actual va a acabar como las otras? preguntó Celeste.

—Así es. —contestó el hombre.

—¿Pero cuándo? inquirió la joven.

—Bueno, la fecha exacta ninguna persona la sabe. Solo el Creador. Pero sí puedo deciros que nos encontramos al final de la quinta raza. Y que todo está por suceder. Este cambio no es de la noche a la mañana, sino de forma paulatina y el cambio total de la corteza terrestre se hace a lo largo de muchos años. Por ahora quiero dejarlo aquí para que podáis asimilar esta información. Vosotros pudisteis ver en el mundo de los sueños una imagen retrospectiva de la destrucción de la raza atlante. Habéis tenido esa oportunidad porque en vosotros existe una posibilidad de cambio interior. Este cambio está basado en un trabajo psicológico muy preciso con el fin de Despertar vuestra Conciencia y eliminar el Ego de vuestro interior.

—¿Se refiere a esforzarse por ser buenas personas, y hacer el bien? — preguntó Celeste.

—Bueno,— dijo el hombre sonriéndole —más o menos vendría a ser algo así. Pero este Trabajo del que os hablaré el próximo día no es algo a la ligera de intentar

ser buenos y de no hacer el mal. Es algo mucho más profundo. Pero, como os he dicho, hablaremos el próximo día.

—¿Pero también nos hablará de la cuarta dimensión y algo más del mundo de los sueños? preguntó Celeste.

—Sí, pero todo a su tiempo. —respondió el hombre —Hay muchas cosas que tenéis que aprender.

Los dos jóvenes se quedaron callados, pensativos, y entonces Perseo le preguntó:

—¿Quién es usted? No es del pueblo. Yo conozco prácticamente a todos los del pueblo, y a usted nunca lo he visto por allí. ¿Acaso siempre ha vivido en la cabaña de la montaña?

El hombre sonrió y le contestó:

—Me llamo Botan. Y no, en esa cabaña solo estoy de paso.

Los jóvenes se quedaron callados, y Celeste pensó: "¡Qué misterioso es este hombre!".

Y acordándose del sueño que tuvo, le dijo:

—Sin embargo sabe cómo ir a la montaña del monolito.

Botan sonrió y le contestó:

—Ya iremos un día, si queréis.

Celeste asintió, mientras Perseo la miraba pensativo.

—En fin, chicos,— dijo Botan —si os parece bien, seguiremos hablando la próxima vez.

—¿El próximo domingo? —preguntó la joven, con ganas de que llegara.

—Sí.

—Muy bien. — dijo Perseo —Sobre la misma hora de hoy estaremos aquí.

Botan sonrió y levantándose, les dijo:

—Os dejo. Tengo qué hacer.

Los jóvenes también se levantaron y le dijeron:

—Hasta el Domingo. —dijo Celeste.

—¡Adiós y gracias! añadió Perseo.

Mientras, le vieron marcharse hacia la montaña del lado contrario de la montaña en la que estaba la cabaña.

Los dos se quedaron mirando el lugar por el que ya habían dejado de ver a Botan, callados y pensativos, y luego se miraron y Celeste le preguntó:

—¿No te parece muy extraño todo esto?

—Me parece muy extraño, sí.

—¿A dónde crees que iba por ahí? Ha dicho que tenía algo que hacer. ¿Pero qué puede tener que hacer por ahí en la montaña?

—No tengo ni idea. —contestó él, pensativo.

Tras unos momentos de silencio, él le dijo a ella:

—Déjame los prismáticos.

La joven se los dio y Perseo los cogió y se puso a mirar con ellos hacia la montaña por la que se había ido Botan.

—¿Lo ves? —inquirió Celeste.

—No. —contestó él.

Luego continuó mirando el resto del paisaje, hasta que dándose la vuelta miró en dirección a la montaña en la que estaba la cabaña.

—¡Um! ¡Qué raro! —exclamó el joven.

—¿Qué pasa?

—No localizo la cabaña.

Celeste miró hacia allá y le dijo:

—Estaba más o menos por la zona de aquellos pinos más altos.

—Estoy buscando pero no la encuentro.

—A ver, déjame a mí. — dijo ella.

El joven siguió mirando un poco más y luego le pasó los prismáticos a Celeste.

Perseo cuando la muchacha miró, por más que buscó, tampoco logró dar con la cabaña.

—Yo tampoco la veo. — dijo.

Luego los dos se miraron y Celeste le dijo:

—¡Pues sí que estamos tontos que no la localizamos!, ¿no?

Perseo sonrió con ternura y le besó en la frente, y luego la abrazó, mientras le decía:

—La verdad es que no sé qué está pasando. Todo esto es muy raro. Una cabaña que no había visto antes, luego la veía y ahora no la encuentro. Un hombre que conocemos de nuestros sueños, aparece y luego se va y desaparece. Y todo en estas ruinas tan extrañas. Y después de hablarnos de la Atlántida y de otras civilizaciones anteriores, y de razas de gigantes...

—Sí. Es muy raro, desde luego.

Finalmente los jóvenes decidieron regresar tranquilamente dando un paseo.

Mientras marchaban, él le preguntó:

—Oye, ¿y por qué le has preguntado acerca de la montaña del monolito? ¿Te ha hablado nuestra tía de ella?

—Sí. Me dijo que su hijo fue en una ocasión allí.

—¡Ah, ya!

Perseo Celeste no le dijo nada del sueño que había tenido, porque sintió algo en su interior que le decía que no debía contárselo, al menos de momento.

## Capítulo 13

La semana siguiente continuó la rutina de las semanas anteriores, y por las tardes, tía y sobrina paseaban por el pueblo, por el paseo del Carcabeño, o por la carretera, la cual era local y apenas tenía circulación de coches. Y algún día se les incorporó Perseo.

Pero el jueves Celeste volvió a tener otro encuentro con Pancracia. Esta vez fue en la panadería. La joven había llegado antes que Pancracia, pero esta se quiso colar porque solo quedaba una bolsa de magdalenas, y le dijo al panadero:

—Romualdo, apártame esas magdalenas, que me las voy a llevar.

Celeste, que justamente iba a comprar magdalenas para su tía, pues le gustaba merendárselas, le dijo:

—Lo que pasa es que yo pensaba comprar magdalenas también.

—Pues te aguantas, porque ya las he apartado yo. — contestó Pancracia.

La joven la miró mientras sentía que en su interior se encendía algo, pero no se atrevió a contestarle, temiendo que se podía liar.

Pero el panadero le contestó:

—Lo siento Pancri, pero si la muchacha ha llegado antes, tiene derecho a llevárselas ella. Ven mañana. —

—¡De eso nada! A ver, ¿quién te las ha pedido antes? ¿Ella o yo? ¡Así que no me vengas con tonterías, y me las reservas a mí!

El panadero miró a Celeste, y suspirando le dijo:

—Lo siento muchacha, ven mañana, que te guardaré una bolsa. Llévate unas tortas, que seguro que a tu tía no le importará el cambio.

Celeste asintió, porque no le quedaba más remedio.

—Y si le importa,— añadió Pancracia —pues se aguanta. Que está acostumbrada a quedarse con todo lo que pilla.

Celeste la miró sorprendida y sin comprender qué quería decir. Pero tampoco se atrevió a preguntarle a qué se refería, por miedo a que dijera alguna barbaridad.

Pero el panadero le regañó a Pancracia:

—¡Ya está bien, Pancracia! ¡Ya te he dicho que te voy a guardar las magdalenas! ¡Que siempre tienes que estar protestando!

—¡Oye, a mí no me grites! le contestó Pancracia —¡Que si yo quisiera, compraba las magdalenas de la tienda! ¡A ver si te vas a creer que me importa comprar magdalenas de las otras!

—¡Bueno, ya está bien! ¡Ya te he dicho que te las voy a guardar! ¡Deja ya de protestar!

—¡Pues deja tú de gritarme!

El hombre resopló, y miró a Celeste unos momentos y luego le dijo más calmado:

—Toma, las tortas te las regalo yo.

La joven se quedó cortada, pero le dijo:

—No, no hace falta. No se preocupe.

—No te preocupes tú. Anda, llévale estas tortas a tu tía de mi parte. Y le dices que mañana le tendré magdalenas.

—Está bien, gracias. —contestó la joven sonriéndole al panadero.

Pancracia miró a Celeste con un gesto de desprecio, pero no dijo nada.

Luego la joven pagó y se fue a casa de su tía, con una emoción bastante negativa de rabia contenida.

Cuando llegó a la casa, no le contó nada a su tía, para no hacerla sufrir. Pero su mente no paraba de recordarle la escena y las ganas que le daban de responder a Pancracia.

Su tía notó que estaba rara y le preguntó:

—¿Te preocupa algo?

—No tía.

—¿Seguro? ¿Va todo bien con Perseo?

—Sí. Muy bien.

Antonia sonrió y le dijo:

—Se le ve que está muy enamorado de ti.

Celeste la miró, y por unos momentos se olvidó de Pancracia y sonrió.

—Es muy bueno. —contestó.

Antonia asintió y le dijo:

—Sí, es un muchacho muy noble. Me recuerda mucho a mi hijo.

Celeste sonrió.

—Tú le habrías gustado. — dijo su tía, pensativa —Era un muchacho muy bueno.

La joven se quedó pensando y le dijo:

—Oye tía, dime una cosa, ¿por qué Pancracia tiene tan mal genio?

La tía se sorprendió por la pregunta y le preguntó ella:

—¿Has tenido algún problema con ella?

—¡No, no! Era solo curiosidad.

La tía se quedó pensando y luego le contestó:

—De muy pequeña era una niña alegre, pero durante la adolescencia cambió.

Se volvió amargada, y no le gustaba nada, todo le parecía mal. Y conforme ha ido pasando el tiempo, ya no se lleva bien con casi nadie. Yo le propuse que trabajara para mí, ayudándome. Pero todo le parecía mal. Siempre estaba protestando. Nunca estaba contenta. Al final, vivir con ella me resultaba un infierno. Casi prefería vivir sola. Pero ya sabes que ahora algunas cosas me cuestan mucho, y por eso le pedí ayuda a tu padre.

—¿Pero nunca ha tenido amigas y amigos?

—Pues no te podría decir, porque aunque yo siempre he tenido una buena relación con mis cuñados y mis sobrinos, de estos últimos, no sabía gran cosa de sus vidas íntimas.

—Sí, claro, lo comprendo.

Por la noche Celeste tuvo otro sueño:

*"Se vio junto a una arboleda que se encontraba por delante de una montaña de grandes rocas.*

*La joven se metió entre los árboles y cuando los atravesó se encontró frente a la gran montaña. Entonces vio una gruta que parecía oculta y de repente escuchó un gruñido desde dentro. Esto la asustó y miró a ver de qué se trataba. Entonces vio*

*aparecer un monstruo con cabeza de cocodrilo, cuerpo de gorila, y unas patas peludas terminadas en garras.*

*Con el corazón a mil por uno, se quedó de primeras paralizada, pero al ver que el monstruo se abalanzaba sobre ella, la joven pegó un grito que le salió de su interior y se enfrentó a la bestia, tratando de defenderse con sus propias manos, sacándole las uñas."*

Acto seguido se despertó. Y muy impresionada, se preguntó cuál sería el significado de ese sueño...

## Capítulo 14

A las ocho de la mañana del domingo, Celeste se levantó muy contenta e ilusionada por el hecho de ir a las ruinas con Perseo para encontrarse con Botan.

Antonia acostumbraba a levantarse temprano, pero la joven después de haber desayunado sola, al ver que su tía no se levantaba, se empezó a preocupar y se acercó al dormitorio de la anciana para ver si estaba bien.

La mujer dormía, y la joven no sabía si despertarla. Por fin decidió dejarla dormir un poco más. Pero eran ya más de las nueve y media, y sabía que Perseo podría llegar enseguida. Así que volvió a entrar en el dormitorio de su tía y la llamó.

—Tía. —le susurró muy cerquita —Tía, ¿te encuentras bien?

La mujer se despertó y la miró sorprendida.

—¿Qué ocurre, niña?

—¿Estás bien? Como sueles levantarte pronto, me ha preocupado ver que no te levantabas. ¿Te encuentras bien?

La mujer miró a su alrededor y luego le contestó:

—Sí. Es solo que esta noche me desperté y no podía dormirme. Y se ve que me he dormido de madrugada.

—¿Tenías insomnio? Anoche no cenaste demasiado.

—No. —contestó Antonia, pensativa —Lo que pasa es que tuve un sueño... algo perturbador, y me desvelé.

—¡Oh, vaya! ¿Una pesadilla?

—Pues... la verdad es que...he soñado con Néstor.

—¡Oh! ¡Ya entiendo!

Antonia volvió a quedarse pensativa, como recordando, pero luego reaccionó y le preguntó a Celeste:

—¿Qué hora es?

—Son casi las diez menos cuarto.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó la mujer, incorporándose —¡Qué tarde! ¡Ay, querida niña, que va a llegar Perseo y estás aquí entretenida conmigo!

—No te preocupes tía. No pasa nada. Le llamaré y le diré que quedamos más tarde.

—Nada de eso. No te necesito esta mañana. Me las apaño muy bien sola.

—Ya sé que te apañas sola, pero me da no sé quéirme antes de...

—Antes de... nada. No te preocupes. ¡Venga, chiquilla, termina de arreglarte que enseguida estará aquí Perseo!

Celeste la miró y luego le sonrió y contestó:

—Está bien, voy a terminar de prepararme.

Poco después llegaba Perseo y después de saludar a su tía, los dos jóvenes se marcharon.

Cuando llegaron al lugar donde aparcaban siempre el coche, vieron a Botan allí esperándoles.

Los dos jóvenes se sorprendieron, pues esperaban encontrárselo en las ruinas.

Ellos se bajaron del coche y Botan les sonrió.

—Chicos, ¿qué os parece si hoy hacemos una pequeña excursión?

Celeste, como no conocía nada más que la ruta por la que le había llevado siempre Perseo, asintió. Y al mirar a Perseo, este parecía algo sorprendido, pero también asintió.

—Vamos entonces. —dijo Botan.

Entonces empezó a caminar, pero no tiró por la ruta que seguían siempre los jóvenes, sino que empezó a desviarse hacia la izquierda y comenzó a subir una colina.

—Botan,— dijo Celeste, mientras andaban —el otro día nos hablaba de despertar la Conciencia y eliminar el Ego. Yo me he preguntado varias veces si al hablar del Ego se refiere a que seamos muy orgullosos. ¿Se trata acaso de ser más humildes?

—El Ego— empezó a decir Botan —no es algo individual. El ser humano no posee individualidad psicológica. Vemos un cuerpo, pero la psiquis es algo muy diferente. La psiquis del ser humano no está individualizada sino que es un conjunto de distintos yoes. Yoes de ira, yoes de envidia, yoes de gula, yoes de codicia, yoes de lujuria, yoes de pereza, yoes de odio, yoes de orgullo, etcétera. Cada "yo" tiene sus propias ideas, sus propios sentimientos, sus propios deseos. Y cada "yo" lucha por dominar la situación. Ante las diferentes situaciones de la vida, surgen unos u otros yoes en el ser humano. Por ejemplo: alguien nos insulta, y salta un "yo" de amor propio que se siente herido. Pero detrás de ese "yo" de amor propio, sale a su paso otro de ira, que termina insultando también a la persona que nos insultó. Otro ejemplo: vemos a alguien que posee algo que nos gusta mucho y surge un "yo" de envidia que también lo desea, y que tal vez se alíe con un "yo" de odio hacia la persona envidiada. Un "yo" de lujuria puede surgir de formas muy diferentes, con bellas y románticas palabras, o en forma violenta, aliándose por ejemplo con el del egoísmo, o con el de los celos, etcétera. Sin embargo cada "yo" es diferente y autónomo. Y todos y cada uno de los "yoes" que hemos creado y alimentado a lo largo del tiempo, tienen su propia independencia.

Botan calló un momento y luego continuó:

—Otra cosa muy diferente es la Conciencia, que de momento también podemos llamar Esencia, y que es lo más bello y original que existe en el ser humano. La Esencia es nuestra verdadera naturaleza. Ella es algo inocente, limpio, y divinal. Cada "yo" encierra un porcentaje de la Esencia y vive precisamente de ella. Cada vez que nos identificamos sin más con las circunstancias, es decir con lo que ocurre a nuestro alrededor, con lo que nos dicen, con lo que nos pasa, con lo que vemos que les pasa a otros, etcétera, estamos dejando que un "yo" u otro esté manifestándose y atrapando cada vez más conciencia. Pero si alguien efectúa un trabajo interior revolucionario de eliminación del ego, o sea de eliminación de esos "yoes", entonces empieza a liberar esencia atrapada que es la virtud contraria al "yo" en cuestión, y por tanto va recuperando conciencia. En la actualidad se puede decir que en general la humanidad solo tiene un tres por ciento de conciencia libre, y un noventa y siete por ciento de conciencia atrapada por el ego. Digo en general, porque hay gente que ya no tiene nada de conciencia libre, como asesinos, violadores, estafadores, grandes ladrones, etcétera.

—¿Y en qué consiste ese trabajo interior revolucionario? —preguntó Perseo.

—Pues primero de todo es necesario aprender a recordarse a sí mismos, es decir, estar atentos a nuestro interior, sin identificarse con nada de lo que ocurre a

nuestro alrededor, y autoobservar nuestros pensamientos, nuestras emociones y nuestros impulsos instintivos, motores, o sexuales. Mirad, la máquina humana es una máquina muy perfecta que tiene cinco centros a través de los cuales se manifiesta el Ego. Estos son el centro intelectual, el centro emocional, el centro motor, el centro instintivo y el centro sexual. Estos centros son de naturaleza psicofisiológica. Por eso un pensamiento, una emoción, un deseo, una sensación, etcétera... no se ven, pero existen y todo el mundo lo puede sentir en su interior. Pues bien, el ego se manifiesta a través de esos cinco centros. Cuando alguien está atento a lo que ocurre en su interior ante cada circunstancia, puede auto—observarse y ver directamente la manifestación de los diferentes "yoes". ¿Comprendéis?

—Más o menos. —contestó Perseo.

—Veamos algunos ejemplos. —dijo Botan —Si alguien viene insultándonos o burlándose de nosotros, tenemos dos opciones: una es identificarnos con el insultador y entonces posiblemente reaccionará un "yo" de amor propio que se siente herido y que en el centro intelectual está diciendo: "Esta persona se está burlando de mí." Pero inmediatamente otro "yo" de ira surge. Entonces veremos que en el centro emocional, el corazón empieza a palpar muy fuertemente, en la zona del plexo solar sentimos un pellizco, incluso sentimos que el centro instintivo manda una sensación que recorre todos nuestros brazos, etcétera. Todo esto ocurre muy rápidamente y sin que medie nuestra voluntad. Pero si en vez de identificarnos, estamos en un estado interior de recuerdo de sí mismos, en estado de autoobservación psicológica, auto-observando los pensamientos, emociones, instintos, impulsos motores, o sexuales, entonces algo cambia porque ya empezamos a conocernos a nosotros mismos. Y nos damos cuenta de que nuestro enemigo real no es la persona que nos ha insultado, sino nuestro propio Ego que nos maneja como si fuésemos marionetas tiradas por hilos. Por eso es necesario ver todo lo que nos ocurre en la vida como un gimnasio psicológico en el que vamos a vernos a nosotros mismos de forma psicológica: pensamientos, deseos, emociones, instintos, e impulsos sexuales. ¿Entendéis?

Los chicos asintieron.

—Otro ejemplo. — continuó Botan — Vemos a alguien del sexo opuesto que nos habla o se comporta con nosotros de forma muy amable. Si nos identificamos, es muy posible que un "yo" de lujuria de forma inmediata surja desde nuestro interior con pensamientos lujuriosos, con emociones que pueden ir desde sentimientos románticos, a emociones quizás más violentas. El centro motor, ese "yo" de lujuria puede manejarlo desde con una simple mirada o una sonrisa, o unas bellas palabras, o si es muy fuerte, lanzará una mirada lasciva, y las palabras ya no serán tan bellas. En el centro instintivo también sentirá sensaciones en el bajo vientre. Y en el centro sexual, también tendrá otra sensación peculiar. Sin embargo, si en vez de identificarnos con esa persona, en realidad estamos más pendientes de lo que ocurre en nuestro interior, auto—observando pensamientos, emociones, instintos, gestos, sensaciones, movimientos, hábitos... entonces en vez de estar alimentando ese "yo", ese defecto psicológico, estaremos activando nuestra conciencia despierta, y dándonos cuenta de que tenemos un enemigo que está en nuestro interior.

Los dos jóvenes le escucharon atentamente, y cuando Botan terminó, Celeste le preguntó:

—¿Y de esa manera vamos entonces despertando más conciencia?

—De esa manera, vamos empezando a conocernos a nosotros mismos. — contestó Botan —Pero para poder despertar más conciencia, es necesario acabar con el Ego. Es necesario desintegrar los distintos "yoes", y liberar la conciencia que tienen atrapada. Pero para eso, el primer paso es aprender a no identificarse con las distintas escenas de la vida y volverse más introvertidos, en el sentido de llevar la atención hacia adentro y auto—observarse para poder conocer nuestro propio Ego, que como os he explicado no es algo individual, sino colectivo, pues lo que llamamos Ego es un conjunto de diferentes Yoes. Y conociendo cómo se manifiestan los distintos Yoes, nos damos cuenta de cómo se alimentan, y cómo nos perjudican de muchas maneras. Porque tengo que decir también que estos defectos psicológicos son los que provocan la mayoría de las enfermedades y la muerte. De manera directa o indirecta. Y también la mayoría de los problemas que tenemos en la vida tienen como origen unos "yoes" u otros.

Los jóvenes asintieron.

—En todo caso, recordad siempre que cada situación es un gimnasio psicológico que nos sirve para auto-descubrirnos, pero para ello, hay que hacer el esfuerzo de no identificarse con la situación en sí, porque lo que realmente nos interesa, si queremos llevar a cabo este trabajo, es conocer al Ego, a los distintos yoes, pues ese es el primer paso para poder eliminarlos de nuestro interior.

Los chicos volvieron a asentir, mostrando su comprensión.

Cuando llegaron a lo alto de la colina, vieron al otro lado una hilera de árboles muy juntos situados por delante de una montaña rocosa.

—Vamos por aquí. —dijo Botan, continuando la bajada de la colina.

Celeste se quedó muy sorprendida porque aquella arboleda le recordó mucho la del sueño de hacía varias noches. Entonces miró a Perseo y le notó muy pensativo.

Mientras caminaban, le dijo en voz baja:

—¿Tú conoces este sitio?

Él la miró pensativo y luego le contestó:

—No sabría qué decirte. No estoy seguro.

A ella le hubiera gustado contarle lo del sueño, pero no se atrevió a decirle nada, delante de Botan.

Minutos después se acercaban a la arboleda.

Celeste empezó a sentir un poco de miedo, y le dijo a Botan:

—Botan, ¿qué lugar es este?

El hombre la miró y le sonrió.

—No os preocupéis. No os va a pasar nada. Vuestros sueños tienen un significado, pero no tenéis nada que temer ahora.

Ella se quedó más tranquila.

—Seguidme. —dijo Botan.

Los tres atravesaron la arboleda y se vieron delante de una pared de roca enorme.

Luego Botan continuó andando al lado de la roca hasta unos arbustos. Los chicos le siguieron, y cuando llegaron hasta él, éste se metió por una especie de camino oculto detrás de los arbustos y siguiéndole, los chicos llegaron hasta la gruta.

Botan volvió a tranquilizarlos.

—No tengáis miedo. Vamos a entrar en la cueva.

—Botan, no tenemos linternas. — dijo Perseo.

—Pero yo, sí. — contestó Botan.

Y entonces sacó tres linternas de una bolsa de tela que cargaba, y les dio una a cada uno de ellos. Y luego les dijo:

—Seguidme.

Los dos jóvenes se miraron asombrados, y Perseo le dijo a Celeste:

—No temas, creo que estamos seguros con él.

La joven asintió y siguió a Botan, y detrás de ella iba Perseo.

Al entrar en la cueva, Celeste sintió un frío seco. La joven enfocó hacia las paredes y solo pudo ver roca con distintos matices de colores claros. Y al enfocar al suelo, vio que estaba seco sin piedras desprendidas que obstaculizaran su paso.

Conforme iban avanzando, de repente vieron un grupo de luciérnagas que surgieron de las paredes de la cueva y se fueron adentrando hacia el interior de la misma, dejando unas estelas de luz que maravillaron a la joven.

—¡Oh! exclamó Celeste —¡Qué bonito!

—¡Y que lo digas! —dijo Perseo.

Botan sonrió y les dijo:

—Sigámoslas.

Los jóvenes asintieron.

Después de andar unos cincuenta metros, la cueva se acababa. Pero los jóvenes se quedaron asombrados al descubrir una sala en cuyas paredes pudieron ver unas pinturas rupestres en las que se mostraban muy claramente platillos voladores y personajes que parecían extraterrestres.

Los dos jóvenes se quedaron muy sorprendidos.

—¿Cómo es que esto no lo conocen en el pueblo? —preguntó Perseo.

—Porque esta parte siempre ha estado oculta para miradas profanas. — contestó Botan.

—Pero estas pinturas son muy antiguas. —dijo Celeste —¿Y ya conocían nuestros antepasados la existencia de extraterrestres?

—Por supuesto. —contestó Botan — Los extraterrestres juegan un papel muy importante en todo lo que os hablé el otro día. Ellos intentan ayudar a la Humanidad cada vez que hay un cambio de raza. De hecho, ya está habiendo mucha gente que está teniendo contactos con extraterrestres en los que les hablan de la urgencia de un cambio interior. Pues como os dije el otro día, la última época de un raza es lo que llamamos Kali-yuga o Edad de Hierro en la que el Ego se ha fortalecido demasiado en el ser humano y se ha creado la sociedad que ya conocéis, donde triunfa el egoísmo, la violencia, el odio, los abusos, el robo, los asesinatos, el engaño, etcétera.

Los jóvenes asintieron.

Botan les sonrió y les dijo:

—Muy bien. Y ahora, si os parece, salgamos, pues se os va a hacer tarde y vuestra tía os espera.

Tanto Celeste como Perseo se sorprendieron por el comentario, pues ninguno de los dos le había hablado a Botan de Antonia. Pero ninguno de los dos se atrevió a preguntarle.

—¿Creéis que sabréis regresar solos hasta el coche? les preguntó Botan.

Los dos se volvieron a sorprender por la pregunta, pero Perseo contestó:

—Sí. ¿Pero usted no viene con nosotros?

—No. Yo tengo qué hacer. —volvió a decir, como hizo el día anterior.

—De acuerdo. — fue lo único que se le ocurrió a Perseo decir.

Y mientras los chicos se volvieron por donde habían venido, Botan se metió entre los árboles y después desapareció.

—¡Este hombre no deja de sorprenderme! — dijo Perseo.

Celeste se quedó pensando en él y luego le contestó:

—Sí, a mí también me tiene asombrada. Desde luego no parece un hombre normal y corriente.

Los dos continuaron pensativos, hasta que Perseo le dijo:

—¿Y si en realidad él es un extraterrestre de los que vienen a advertir a los humanos sobre la necesidad del cambio interior?

La joven le miró sorprendida y después le contestó:

—¡Oh! ¡Pues... puede que lleves razón!

## Capítulo 15

Las enseñanzas de Botan no cayeron en saco roto, pues Celeste las puso en práctica al menos cada vez que se acordaba de hacerlo. La misma puesta en práctica le hacía darse cuenta de muchas cosas que antes no había percibido, como por ejemplo un yo de pereza que le surgía cuando se tenía que levantar por la mañana. O uno de gula cuando veía la comida que preparaba su tía. O uno de lujuria cuando recordó el beso que le dio Perseo al despedirse la noche anterior.

Pero definitivamente un buen gimnasio psicológico fue cuando se encontró con Pancracia tres veces en la misma mañana del miércoles.

Aquella mañana su tía le dijo que se había acabado la miel, y le pidió que después de la panadería y de la carnicería, fuera a la tienda a comprar miel y jalea real.

La muchacha iba muy contenta a hacer el encargo.

Cuando llegó a la panadería, vio a Pancracia pagando al panadero. Luego esta miró a Celeste y le dijo con retintín, mientras le enseñaba una bolsa de magdalenas:

—Lo siento, pero hoy también me llevo yo las últimas magdalenas.

La joven la miró, y sintiéndose picada, le dijo:

—Pues mejor para ti. De todas maneras, yo hoy no iba a comprar.

Pancracia se rio y le dijo en un tono de burla:

—¡Sí, claro!

Celeste miró al panadero y vio que este estaba resoplando y negando con la cabeza.

Pancracia se marchó, y otra mujer que había en la panadería le dijo a Celeste:

—¡Ay qué ver cómo le gusta chincar!

La joven suspiró, pero no contestó nada.

—¡Es venenosa como una serpiente! — exclamó la mujer.

—Vale ya, no te pases Remedios. — dijo Romualdo.

—¡Como si no fuera verdad! rebatió la tal Remedios.

—Ya sabes que no me gustan los chismes en mi panadería. — dijo él.

—¡Hijo! ¡Qué picajoso eres! — exclamó la mujer.

Pero Romualdo suspiró y ya no hizo ningún comentario.

Celeste los miró, callada y pensó: "¡Pues anda que la mujer ésta, también tiene tela!".

Entonces algo surgió en su interior, y se dio cuenta de que había estado identificada todo el tiempo desde antes de llegar a la panadería, y se lamentó de haberse dejado llevar.

Mas cuando llegó a la carnicería, también estaba allí Pancracia.

Celeste saludó con un "buenos días" a todos los que estaban allí, y luego pidió la vez. La joven pensó: "¡Otra vez me encuentro con doña metiche!".

Como si Pancracia hubiera leído sus pensamientos, la miró y le dijo:

—¿Qué vas a comprar?

Celeste la miró y pensó: "¿A que es capaz de pedir lo que yo voy a comprar?".

—¿Qué vas a comprar tú? le preguntó a su vez a Pancracia.

—¡Qué respondona eres! — le contestó Pancracia —¿No te han enseñado a respetar a tus mayores?

Otra señora que estaba siendo atendida, las miró curiosa, y Celeste se dio cuenta, cosa que le avergonzó. Y con el corazón latiéndole fuerte por un yo de ira, intentó reprimirlo, pero el yo del orgullo le dijo a Pancracia:

—Voy a comprar varias cosas.

Pancracia se sonrió.

—Con que no me lo quieres decir. —y se rio —¡Hija! ¡Ni que fuera un secreto! ¡Qué desaborida eres!

Celeste tenía ganas de irse de allí, pero no le quedaba más remedio que aguantar, pues su tía le había encargado un par de cosas.

La mujer que estaba comprando terminó, y le tocó el turno a Pancracia.

Esta pidió lo que quiso. Mientras tanto fueron entrando varios clientes más, que fueron pidiendo la vez. Y cuando Pancracia terminó, miró a Celeste y le dijo con retintín:

—¡Anda! ¡Pide ya lo que quieras, que a mí me importa un rábano!

Y se marchó.

Celeste se quedó con un mal sabor psicológico, porque se dio cuenta de que se había identificado con la situación. Aunque el Ego le traía el recuerdo de las palabras de Pancracia y no terminaba de des-identificarse de ellas.

Sin embargo, el gimnasio psicológico con Pancracia no acabó ese día ahí, porque al entrar en la tienda, se volvió a topar con ella.

Lo primero que le vino a la cabeza fue: "¡Puf! ¡Otra vez está aquí la tonta esta! ¡Vamos a ver si me vuelve a liar, como siempre!", mientras sentía que el corazón le empezaba a latir más rápido, y en la zona del estómago notaba un pellizco bastante fuerte. Y por otro lado notó como si se le pusiera más rígida la mandíbula.

—Buenos días. — saludó.

—Buenos días— dijo Bonifacio, el dueño de la tienda.

Pancracia la miró y luego le dijo con cierto retintín:

—¡Chica!, ¡Parece que quisieras siempre ir a donde yo voy! ¡Ni que me estuvieras persiguiendo! —

Y luego se rio de forma burlona.

Celeste notó que el pellizco emocional era más fuerte y los latidos del corazón se aceleraban aún más y con más fuerza.

Pero entonces se dio cuenta y se paró a autoobservar todo lo que estaba pasando en su mundo interior, y se dio cuenta de que era un yo de ira el que estaba por saltar, pero no queriendo dejarse llevar, se contuvo un poco e intentó disimular delante de Pancracia contestándole:

—Digo yo que como el pueblo tampoco es muy grande será normal que nos veamos a menudo, ¿no?

Pero la otra pareció ofenderse y le dijo:

—¡Vaya! ¡Ya salió la de la gran ciudad! ¡Pues mira rica, si nuestro pueblo te viene pequeño!, ¿por qué no te vas?

El dueño de la tienda hizo un gesto con la cabeza, como de estar empezando a enfadarse.

Pero Celeste se quedó sorprendida por las palabras de Pancracia y se volvió a olvidar totalmente del trabajo de autoobservación y le contestó, intentando reprimirse lo más que podía:

—Yo no he dicho que no me guste este pueblo. En realidad me encanta.

—¡Pues no se nota, por tus comentarios!

—¿Ya estamos, Pancracia? —le regañó Bonifacio.

Esta le miró y le contestó:

—¡Eso digo yo! ¿Ya estamos metiéndonos en las conversaciones de los clientes?

—¡Ya te he dicho muchas veces que no quiero historias en mi tienda!

—¡Qué pesado! — dijo ella, resoplando — ¡Que esto es una cosa entre ella y yo! ¡Que lleva todo el día siguiéndome como si no tuviera otra cosa que hacer!

Pero un "yo" de amor propio en el interior de Celeste empezó sentirse verdaderamente herido, no solo por las palabras de Pancracia en sí, sino por el tono en que las decía. Y el "yo" de la ira se fue calentando cada vez con más fuerza, pero la joven ya no se paró a auto—observarse, sino que intentó reprimir, lo cual le estaba convirtiendo en una bomba de relojería.

No pudiendo soportarlo más, se dirigió al tendero y le dijo:

—Mira, Bonifacio, dentro de un rato vendré.

El otro asintió, resoplando.

Y Celeste se marchó rápidamente de allí.

La joven se había identificado plenamente con las palabras de Pancracia, y con sus defectos de amor propio y de ira. Sintiendo unas ganas enormes de llorar, se fue hacia al paseo del Carcabeño, que a esas horas no había nadie, y luego se sentó en uno de los bancos, para calmarse y reflexionar.

Después de calmarse, y hacerse consciente de que se había "olvidado de sí misma" y del trabajo interior que quería hacer con el fin de conocerse a sí misma, se dijo: "No es muy fácil este trabajo, no. Sobre todo si te están agobiando con burlas e ironías."

Por la tarde, hablando con Perseo, los dos llegaron a la conclusión de que ese trabajo psicológico no era algo tan fácil como ellos habían creído al principio.

## Capítulo 16

—Me pregunto a dónde nos llevará hoy. — le dijo Celeste a Perseo, mientras iban en el coche hacia el lugar de encuentro de cada domingo con Botan.

El joven se sonrió.

—Oye,— dijo Celeste mirándole —¿le vas a preguntar si es un extraterrestre?

Él se rio.

—Pues no sé. — contestó —Quizás él nos lo diga a su debido tiempo. No quiero forzar la situación. Pero dime, si él nos ratificara que es un extraterrestre, ¿qué harías tú?

Celeste se quedó pensando.

—¡Hombre, desde luego está claro que él lo que quiere es ayudarnos! — contestó —Da igual si es un extraterrestre o no. Aunque reconozco que la idea de estar hablando con un extraterrestre resulta muy emocionante.

Perseo se rio y asintió.

—Sí. Eso es verdad.

Poco después llegaban al lugar donde aparcaban el coche. Botan no estaba allí.

—¿Qué hacemos? dijo la joven —¿Vamos donde las ruinas, o donde la cueva?

Perseo se quedó pensando y luego contestó:

—Vamos a las ruinas.

—Vale.

Los dos se encaminaron hacia allá muy animados. Y al llegar, vieron a Botan, que les estaba esperando sentado sobre la piedra cúbica.

El hombre les sonrió y les dijo:

—Sentaos. Hablaremos un poco.

Los dos jóvenes se sentaron sobre la tierra y Botan empezó a hablar:

—Ya sabéis cómo conocer el Ego. Ahora os explicaré cómo podéis eliminarlo de vuestro interior para que la conciencia que tiene atrapada pueda salir a la luz.

Celeste y Perseo asintieron muy conformes.

—El domingo pasado os hablé de la conciencia y del Ego. Sin embargo en nuestro interior también tenemos a nuestra propia Divinidad. Nuestro Real Ser interior profundo es nuestro propio Dios interno. No debemos buscar a Dios afuera de nosotros, porque en realidad es nuestro verdadero Ser. El Ser es una unidad con múltiples facetas o múltiples partes que cada una ejerce su trabajo en nosotros. No confundáis al Ego, al Yo o mejor dicho a los Yoes con el Ser. Los Yoes son agregados psicológicos que se han ido creando a lo largo de esta existencia y de existencias anteriores, y que van atrapando la conciencia, y nos van durmiendo psicológicamente. El Ser es algo muy diferente. Es nuestra verdadera Realidad. Pero que no puede manifestarse plenamente en nosotros mientras tengamos Ego, porque como ya os expliqué el otro día, cada Yo contiene atrapada una porción de conciencia que es la virtud contraria al defecto en cuestión. Nuestro Ser es incompatible con el Ego y por ello, se mantiene aparte, no se manifiesta en su totalidad en nosotros. Cuando alguien ha eliminado totalmente el Ego, el Ser se manifiesta plenamente. Sin embargo hay partes del Ser que no pueden ser atrapadas por el Ego porque son partes superiores. Por ejemplo, una parte de nuestro Ser es nuestro Padre interno que, entre otras cosas,

es el que mueve la inquietud en nuestra conciencia para buscar cómo salir del estado de sueño en que se encuentra. También tenemos a nuestra Madre interna o Madre Divina que también tiene diferentes misiones. Una de sus misiones es la de desintegrar cada Yo que hayamos previamente auto—observado, y del que hayamos comprendido la necesidad de eliminarlo. La técnica es muy sencilla, pero totalmente efectiva si se hace conscientemente. Cada vez que descubráis un defecto psicológico o digamos un Yo en vuestro interior a través de la autoobservación, os concentraréis en vuestra Madre Divina y le pediréis interiormente con fuerza que elimine ese Yo de vuestro interior. Algo así: "¡Madre mía, sácame este defecto y desintégralo!".

Botan hizo un silencio mirando a los jóvenes y luego continuó:

—El ego empezará a verse reducido, hasta su eliminación total. Debéis estar muy atentos a pequeños detalles que quizás nunca les habéis dado importancia, pero que en realidad sí la tienen. Por ejemplo, un Yo de ira puede manifestarse con grandes gritos, con emociones muy fuertes en el plexo solar, o en el corazón, con violencia motora, utilizando manos para golpear o piernas para dar patadas, etcétera. Pero también puede manifestarse muy sutilmente con palabras irónicas, con gestos faciales, etcétera. Pero cuando se está en autoobservación, uno capta detalles que desde fuera aparentemente parece que no pasa nada, pero que en realidad está habiendo mucho movimiento en nuestro interior. Eso puede pasar con cualquier defecto. Gestos, acciones, pensamientos, emociones que parecen inofensivas, si uno está en recuerdo de sí y en autoobservación se puede dar cuenta de que detrás hay un ego, un Yo, porque surge solo sin que medie la conciencia. Cualquier manifestación de ese tipo que auto—observéis, le pedís a vuestra Madre Divina que lo desintegre, e inmediatamente sentiréis los resultados. ¿Habéis comprendido?

—Sí. — contestó Perseo.

—Sí. — respondió también Celeste —Yo he intentado muchas veces retener por ejemplo la rabia, pero al final, yo creo que casi era peor.

—Claro. — dijo Botan —Es que queriendo reprimir un ego, en esa lucha al final el ego se está fortaleciendo más. Por eso es necesario estar muy atentos de momento en momento a nuestro interior, recordándose a sí mismos, y en el momento en que ante cualquier situación de la vida surge el más mínimo detalle de tipo egoico, apelar a esa Fuerza que es nuestra Divina Madre interior, y pedirle sinceramente que saque de nuestro interior ese defecto y lo elimine. E inmediatamente notaréis la diferencia.

Los chicos asintieron.

Botan les sonrió y les dijo:

—¿Tenéis más preguntas?

—¿En realidad, cómo y cuándo creamos el Ego? —preguntó Perseo.

—Bueno, lo que es el origen del Ego es algo que os explicaré otro día porque necesitaría explicaros algunas otras cosas. Sin embargo, te podría decir que en realidad el ego, los diferentes yoes se crean cuando no sabemos transformar las impresiones que nos llegan a través de los cinco sentidos. Nosotros captamos el mundo a través de impresiones. Nosotros vemos estas ruinas, pero en nuestro cerebro no entran las ruinas, sino la impresión que llega a través de nuestra vista. Sentimos el aire como una impresión a través de nuestra piel, a través de nuestro tacto. Escuchamos las palabras de otros o cualquier otro sonido, pero ese sonido no entra directamente a nuestro cerebro, sino que es una impresión que nos llega a través de nuestros oídos. Olemos el

perfume de las flores, porque es una impresión que entra por nuestra nariz. Y cuando saboreamos una fruta por ejemplo, entra como una impresión a través de nuestro gusto. Todo en la vida entra en forma de impresiones. También cuando vemos a alguien que nos insulta, en realidad los insultos en sí no nos pueden herir, porque son solo palabras. Distinto sería si fuera por ejemplo un cuchillo o un arma de fuego. Pero las palabras de un insultador solo tienen el valor que uno le quiere dar. Las de un adulator, lo mismo. Si nosotros nos olvidamos de nosotros mismos y nos identificamos con esas palabras, algo en nuestro interior se viene a alimentar. Eso que se viene a alimentar es el Ego. Podría ser un Yo de orgullo, o uno de amor propio, uno de ira, o de miedo, etcétera. Y eso pasa con todo. Vemos por ejemplo a alguien que nos está insultando o se está burlando de nosotros, y si nos olvidamos de nosotros mismos y nos identificamos con lo que esa persona dice o hace, crearemos o alimentaremos un yo de amor propio que se sentirá herido, o uno de ira, que tronará y relampagueará. O por ejemplo con una persona del sexo opuesto, puede ser que nos identifiquemos con ella y creemos o fortalezcamos un yo de lujuria. O nos identificamos con cualquier plato de comida y de esa manera creamos o alimentamos un yo de gula, etcétera. Cuando uno se olvida de sí mismo, se identifica con todas las impresiones que le llegan de la vida. Pero si nos tomamos la vida como un gimnasio psicológico que nos sirve para entrenarnos en este Trabajo interior para liberar y despertar la conciencia, entonces, en vez de identificarnos con cada situación, y dejar pasar las impresiones de forma mecánica a nuestro interior de manera que se van creando nuevos yoes o se van fortaleciendo los que ya existen, en lugar de eso, si estamos pendientes de nosotros mismos, recordando este Trabajo interior, lograremos transformar de forma consciente las impresiones que nos llegan y de esta manera, no solo no se robustecerá el Ego, sino que la conciencia conseguirá más Fuerza para trabajar sobre sí misma. En resumen: cada vez que nosotros nos olvidamos de nosotros mismos, nos identificamos con lo que ocurre a nuestro alrededor, y con el apego a las sensaciones, creamos nuevos yoes, o alimentamos los que creamos anteriormente. Y como he comentado antes, la represión también robustece el ego aunque sea de una forma indirecta.

—Ya comprendo. — dijo Perseo.

Celeste asintió.

Botan sonrió y levantándose les dijo:

—Creo que por hoy es suficiente. Seguiremos hablando otro día.

Los jóvenes asintieron.

Luego se despidieron y Botan se marchó como en dirección hacia la cabaña.

Perseo y Celeste se quedaron comentando sobre lo hablado y cuando decidieron volverse hacia el pueblo, Perseo miró hacia la montaña por donde se había ido Botan, y le dijo a Celeste:

—Déjame los prismáticos.

Ella se los dio y él se puso a mirar con ellos en dirección hacia la montaña.

—¡Aja! exclamó el joven —¡Ahí está!

—¿Botan?

—No. La cabaña.

—¿Y cómo es que el otro día no la veíamos?

—Pues eso mismo digo yo. Está ahí. Se ve muy claro.

—Déjame ver a mí. —dijo la joven.

Él le pasó los prismáticos y miró. Efectivamente, allí se veía la cabaña muy claramente...

## Capítulo 17

Celeste y su tía se llevaban realmente bien. Las dos habían congeniado verdaderamente. Pero Celeste tenía un pequeño pellizquito en su interior y es que en más de una ocasión le dieron ganas de hablar con su tía de los encuentros con Botan y las explicaciones que les daba.

Una tarde de las que paseaban por el pueblo decidió comentárselo a Perseo, para ver qué opinaba él.

El joven se quedó pensativo y luego le dijo:

—Yo creo que aún tiene que haber muchas cosas por aprender con Botan. Pero por otro lado creo que llevas razón. Quizás podríamos empezar a hablar algo de lo que sabemos con otras personas. No digo con todo el mundo, claro, sino con personas que veamos que tienen algún tipo de inquietud como nosotros.

Celeste asintió.

—Estoy de acuerdo contigo. —dijo.

—De todas formas, es solo cuestión de empezar a hablar un poco con ella, y según como vaya reaccionando, puedes continuar, o no. Porque si ves que se interesa, sigue adelante. Pero si ves que no, pues simplemente cambias de tema y no profundizas más. Lo que sí te diría es que por si acaso, no le nombres a Botan, ni le comentes nuestros misteriosos encuentros con él.

La joven volvió a asentir.

—Sí. Haré eso.

Y así hizo.

Aquella noche, mientras cenaban, Celeste empezó a hablarle de las contradicciones del ser humano. Al principio su tía la escuchaba pensativa, pero luego empezó a manifestar estar de acuerdo. Entonces la joven le siguió hablando de la multiplicidad psicológica y de los distintos yoés, y cómo tenían atrapada la conciencia.

Antonia la escuchaba muy atenta y de vez en cuando asentía. Ella creyó que Celeste había aprendido eso en la ciudad en algún curso de los de magisterio, pero la joven ni se lo negó, ni se lo afirmó. Solo decidió esperar un poco a que se diera la ocasión de explicarle cómo había aprendido todas esas cosas.

Y al día siguiente continuaron hablando un poco más sobre lo que había aprendido la joven, de manera que en pocos días Celeste había logrado poner al día a su tía de todo lo que ella sabía.

Pero la prueba de fuego para la tía y la sobrina vino el mismo jueves de esa semana, pues ocurrió un incidente que las movió interiormente.

Celeste fue a la panadería, como hacía cada día. Pero al entrar se encontró con que varias mujeres del pueblo, entre ellas Remedios, estaban hablando entre risas.

—¡Ahora se va a enterar de lo que vale un peine! — dijo una.

—¡Es que ella misma se lo ha buscado! — dijo otra.

—¡Pues yo me alegro! ¡Se lo merece por lo buscapleitos que es! —exclamó Remedios.

Celeste, que no sabía de qué hablaban, miró al panadero y lo vio muy serio, incluso la joven hubiera jurado que más que serio, parecía triste.

—¡Bueno, ya basta! — dijo el panadero —¡Si queréis chismorrear, hacedlo fuera! ¡Aquí no quiero cotilleos, y menos en ese tono!

Las mujeres lo miraron como ofendidas y Remedios le contestó:

—¡Vamos, Romualdo! ¡Que me vas a decir que a ti no te ha tratado igual que a los demás! —

Él se quedó mirándola callado por unos momentos y luego le contestó:

—No estamos hablando de eso. Y ella será como sea. Pero al menos podíais tener un poco de piedad. Y si no tenéis piedad, en todo caso no quiero ese tipo de comentarios en mi panadería. Y eso es todo.

—¡Bueno, hombre, tampoco te lo tomes así! — replicó una, mirando a las otras.

—¡Bueno, ya está! — dijo el panadero —A ver, ¿qué es lo que quieres?

La mujer le pidió lo que quiso, mientras las otras se quedaban calladas.

Después de que las tres mujeres se marcharon, Celeste, que estaba intuyendo que habían estado hablando de Pancracia, no pudo más con la curiosidad y le preguntó al panadero:

—¿Estabais hablando de Pancracia? ¿Es que acaso le ha ocurrido algo?

Él la miró detenidamente y le contestó:

—Sí. Y si no sabéis nada tu tía y tú, debéis de ser las únicas del pueblo que no se han enterado.

—¿Qué le ha pasado?

El panadero se quedó mirándola de nuevo y luego le contestó:

—Anteayer tuvo un accidente.

Celeste sintió un pellizco de susto en el corazón, a pesar de que no se había llevado nada bien con Pancracia.

—¡Oh, vaya! ¿Qué le pasó? ¿Acaso está...?

La joven no se atrevió a terminar la pregunta.

—No. —respondió Romualdo— No ha sido tan grave como para matarse.

Celeste respiró aliviada.

Él se dio cuenta y le sonrió levemente.

—Se ve que cayó rodando por las escaleras de su casa, y se fracturó varios huesos de los dos tobillos, y tiene varios moratones en el resto del cuerpo. Ahora está en cama, prácticamente impedida para moverse.

—¡Oh, pobre! — exclamó.

El panadero asintió pensativo, y Celeste le preguntó:

—Pero tengo entendido que ella vive sola, ¿no?

Él asintió, y la joven le preguntó:

—Supongo que se la habrá llevado alguno de sus hermanos a su casa ¿no?

—Pues he oído que no. — dijo el panadero suspirando —Porque se llevaba muy mal con sus cuñadas.

—¿Pero entonces, cómo se va a apañar?

—No lo sé. Nadie quiere hacerse cargo de ella. Siento decir esto, pero esas mujeres llevaban razón, Pancracia está cosechando ahora lo que ha sembrado.

El panadero se quedó callado con la mirada perdida, y luego dijo:

—Lo siento por ella. Lo siento mucho.

Celeste se quedó pensando, mientras sentía una gran piedad por Pancracia, y entonces le vino un impulso.

—Bueno, yo he venido a por el pan, y dame también una bolsa de magdalenas, por favor.

—Claro. — le contestó el panadero.  
Y le sirvió.

## Capítulo 18

Poco después Celeste llegaba a casa de su tía y le contó todo lo que sabía.

Antonia se quedó callada reflexiva.

—¡Esta muchacha! — exclamó — ¡Siempre tan impulsiva!

Antonia llamó por teléfono al padre de Perseo y este le dijo que ni su mujer ni la de su hermano querían meterla en sus casas. Habían pensado en turnarse para llevarle algo de comida, y poco más, porque contaban que al estar ella en cama, poco se ensuciaría la casa, y poca ropa tendrían que lavar.

—¡Pero no podéis dejarla abandonada! —exclamó Antonia — ¡Es vuestra hermana pequeña!

Pero su sobrino le dijo:

—Sí y lo siento mucho. Pero no estoy dispuesto a poner en riesgo mi matrimonio. Ya sabes cómo es mi hermana, no sabe hacer otra cosa que crear cizaña, y es muy egoísta. Quizás esto le sirva para reflexionar.

Antonia suspiró y le contestó:

—Está bien. Lo comprendo.

Y tras despedirse, colgó el teléfono, miró a Celeste y le dijo con tristeza:

—Definitivamente ninguno de sus hermanos quiere hacerse cargo de ella.

Celeste se quedó pensativa, debatiéndose por dentro, hasta que por fin le dijo:

—Quizás pueda pagar a alguien para que la cuide, ¿no crees?

—No lo creo, no. Además si no trabaja, ¿con qué dinero va a vivir? Ella vive siempre con lo justo. La casa la heredó de sus padres, pero no tiene ningún otro salario que el que le daban en el hotel. O cuando estaba conmigo. Pero no creo que la tuvieran dada de alta. No sé cómo se las va a apañar. —

La joven se quedó pensando en Pancracia imaginándose en la cama escayolada medio cuerpo, y sola. Y eso le produjo una gran piedad.

—Tía, no es que Pancracia sea santo de mi devoción, pero...

Celeste miró a su tía y su tía la miró a ella. Luego Antonia le sonrió y le dijo:

—¿Qué es lo que quieres decirme? ¿Que nos la traigamos a casa?

Celeste sintió como vértigo de pensarlo, pero le contestó:

—Ya sé que es una locura.

—Sí. Es una locura. —contestó su tía.

Celeste empezó a dar vueltas por el salón, pensando lo que podría pasar si Pancracia vivía con ellas mientras estaba impedida.

Luego volvió a mirar a su tía y esta le miró a ella y le sonrió.

—Bueno,— dijo Antonia —en caso de que se nos haga muy cuesta arriba siempre podemos apoyarnos la una en la otra, y además tenemos ese trabajo psicológico del que hemos estado hablando, ¿no crees?

Celeste le sonrió y asintió.

—Sí. Es todo un reto, y puede ser un buen gimnasio psicológico para las dos. Pero siento que es una crueldad dejarla sola.

Antonia sonrió y asintió.

Su sobrino se quedó asombrado cuando Antonia le contó lo que querían hacer, pero como vio que su tía estaba completamente decidida, quedaron en que él iría con Celeste por la tarde para ir a ver a Pancracia, mientras la tía preparaba un cuarto adecuado para la enferma.

Por la tarde, finalmente Perseo acompañó a su padre a casa de Pancracia. Y cuando vio a Celeste en la puerta le dijo:

—¿Estáis seguras de lo que vais a hacer? Mira que una vez que la metáis en casa, si la cosa va mal, va a ser más difícil decirle que no puede estar allí. ¿Lo tenéis claro?

Por un momento Celeste sintió el pinchazo de un yo de miedo, pero acordándose de su Divina Madre le pidió que lo desintegrara, y se sintió más relajada.

—Sí. Ya lo hemos hablado la tía y yo. Y vamos a arriesgarnos. Pero es que nos parece muy cruel dejarla sola.

Perseo le sonrió y le dio un beso en la frente.

—Eres muy valiente. — le dijo a la joven —Yo os ayudaré en todo lo que pueda.

Celeste le sonrió y le dijo:

—Gracias. Tu apoyo me ayuda mucho.

Y más animada entró en casa de Pancracia con Perseo y con el padre de este.

Aunque la enferma no estaba escayolada de medio cuerpo, tal y como Celeste se la había imaginado, pues en realidad, solo eran las dos piernas desde la rodilla hacia los pies, sí que era cierto que no podía andar, y por eso estaba recostada en su cama, sin poder levantarse, y mucho menos, caminar.

Pancracia se quedó sin habla cuando Celeste le dijo que se la llevaban a casa de su tía y no podía creer lo que le decían.

—¿Acaso queréis burlaros de mí? —exclamó.

—No. contestó Celeste —Estoy hablando en serio.

La enferma se quedó callada pensativa y luego gritó:

—¡No quiero la piedad de nadie! —

Pero luego se ve que lo reflexionó mejor, y se puso a llorar.

—¿Qué puedo hacer? ¿Por qué Dios me castiga tanto? ¿Qué he hecho yo para merecer tantas desgracias?

Celeste se acercó a ella y le dijo:

—Pancracia, tú sabes que las familias tienen que ayudarse. Y tú eres parte de nuestra familia. Si todas ponemos de nuestra parte, seguro que todo ira muy bien y te recuperarás muy pronto. —

Pancracia lloraba en silencio hasta que le dijo:

—¿Creéis que no sé que, aunque parezca que me queréis ayudar, vais a hacerme pagar todo lo que os he dicho y hecho?

—No, Pancracia. Todas vamos a poner de nuestra parte. — contestó Celeste.

Pancracia decía que no con la cabeza, mientras se le notaba en la cara una gran lucha interna. Era la lucha entre un Yo de soberbia y otro de miedo a quedarse sola sin poder valerse por sí misma.

—Dejadme sola un poco. —dijo por fin —Quiero pensarlo bien.

—De acuerdo,— dijo Celeste —Esperaremos fuera.

Y la joven, Perseo y su padre se salieron al salón.

Poco después Pancracia los llamó y les dijo, con cierta aspereza:

—Está bien, me iré con vosotras. Pero si veo que me tratáis con desprecio, llamaré a mi hermano para que me vuelva a traer aquí. Prefiero morirme antes que tener que arrodillarme ante vosotras. —

Celeste tuvo que hacer un trabajo de petición a su Madre Divina, porque sintió un Yo de ira revolviéndole las entrañas. Pero al separarse psicológicamente de tal yo y al hacer la petición, sintió que se aliviaba completamente la tensión emocional que aquel defecto psicológico le había producido.

Así que sonrió a Pancracia y le contestó:

—Serás bienvenida.

Y Pancracia relajó sus gestos y contestó:

—Está bien.

## Capítulo 19

Antonia recibió a Pancracia con una sonrisa y le dijo:

—Hija, ya ves que la vida nos da sorpresas y esta vez nos vuelve a unir. Y en esta ocasión te voy a devolver yo el favor que me hiciste cuando te viniste conmigo para ayudarme en las tareas.

Pancracia la escuchó de primeras sorprendida por el comentario y luego se quedó callada.

—Claro que sí. —dijo Celeste —¡Verás qué bien vas a estar aquí!

—No hace falta que me deis tanta coba. —contestó, por fin, Pancracia, con amargura —Me vengo porque no me queda más remedio. Pero las tres sabemos de sobra que ninguna quiere pasar por esto. Así que lo mejor será que me llevéis al cuarto que me habéis reservado, y vosotras sigáis haciendo vuestra vida normal.

—¡Pancri! —exclamó su hermano en tono de enfado —¡Mira que eres desagradecida! ¿Así le hablas a nuestra tía?

—¡Puf! exclamó con desgana la enferma —¡Es que ya sabes que no me gusta la gente hipócrita!

—¡Ya vale! le regañó su hermano —¡Lo que te pasa es que no sabes ver la generosidad porque desconoces...

—¡Basta ya! — exclamó Antonia —¡Dejad de discutir! ¡Tú, Bartolomé, lleva con Perseo a tu hermana al dormitorio, y ayúdala a acostarse!

Su sobrino se calló y empujó la silla de ruedas al dormitorio que Antonia había preparado, y luego, con ayuda de su hijo, la cogieron y la pusieron en la cama.

Antonia y Celeste les siguieron, y una vez que acostaron a la enferma, su tía le acomodó la almohada para que pudiera estar a gusto.

—Supongo que el traslado te habrá dejado agotada, ¿no es así? le dijo Antonia.

Pancracia se encogió de hombros pero no contestó nada. Aún se la veía enfadada.

—Lo que vamos a hacer,— dijo Antonia— es dejarte descansar un poco, y en un ratito te traemos la cena. ¿Te parece?

Pancracia volvió a encoger de hombros.

—Como queráis. — dijo —De todas formas estoy a vuestra merced. No tengo opción.

Antonia le sonrió y le dijo:

—Entonces descansa un poco.

Y dirigiéndose a Celeste, a Bartolomé y a Perseo:

—Vamos hijos, dejémosla sola un ratito.

Los cuatro salieron del dormitorio y se fueron al salón.

Bartolomé suspiró y dijo:

—Tía, tengo que decirte que te admiro por lo que vas a hacer. Es mi hermana pequeña, sí, pero es la persona más inaguantable que he conocido en mi vida.

—¡Ya está bien! —le regañó su tía — ¡No sigas con eso!

—Está bien. — contestó Bartolomé.

Luego él miró a Celeste y le sonrió y le dijo:

—Ya veo que mi hijo tiene muy buen gusto.

Celeste no entendió bien y le miró con extrañeza.

Bartolomé se rio y le dijo:

—Me refiero a ti. Eres una muchacha muy solidaria y dispuesta.

Ella se sonrojó un poco y se rio de la vergüenza.

Perseo se sonrió y la cogió por los hombros y luego dijo:

—¡Claro que sí! Y además es una chica muy valiente.

—Ya veo. — contestó su padre —Y muy guapa también.

Celeste volvió a reírse y exclamó, mientras se tapaba las mejillas:

—¡Que me vais a hacer que me ponga colorada! ¡Pero también debéis saber que no es oro todo lo que reluce, que también tengo mis cosillas...! —

Perseo la miraba sonriente.

Antonia también se rio y dijo:

—Bartolomé, hijo, lo que te puedo decir es que Perseo ha encontrado a su alma gemela. Y con eso te digo todo.

Bartolomé asintió riéndose.

—¡Ya lo veo, ya! — dijo.

Poco después Bartolomé y Perseo se marcharon y Antonia y Celeste fueron a ver cómo estaba Pancracia.

Cuando entraron en el cuarto, vieron que estaba despierta.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Celeste.

Pancracia se encogió de hombros.

—¿Cómo quieres que me encuentre? ¡Pues mal! ¡Mira que la pregunta! ¡Las he visto más listas!, ¿eh?

Celeste tuvo que hacer un súperesfuerzo para no dejarse llevar por el Yo de amor propio que se había sentido herido, y por otro de ira que bramaba como un toro salvaje. Y acordándose de su Madre Divina, hizo una petición instantánea.

—Quería decir que si habías descansado un poco. —contestó la muchacha — Pues me imagino que el traslado ha sido bastante incómodo.

—¡Si solo fuera incómodo! — exclamó Pancracia.

—¡Bueno, poco a poco! —dijo Antonia, intentando suavizar la tensión — Es normal que al principio cueste. Pero poco a poco verás que vas mejorando.

Pancracia miró a su tía, pero no respondió nada.

—Celeste, —dijo Antonia —¿por qué no le ordenas su ropa en el armario, mientras yo preparo la cena?

—¡Claro que sí! ¡Ahora mismo!

—¡Claro que sí! — repitió Pancracia intentando imitar la voz de Celeste y en tono de burla —¡Ahora mismo! — y luego con desprecio — ¡Hay que ser babosa!

Celeste la miró, con toda una colección de Yoes pujando por salir: orgullo, ira, venganza, odio... Pero aunque no podía pararse a trabajar instantáneamente todos de una vez, le pidió Fuerza a su Madre Divina, y la eliminación de la Ira, que era el que más le estaba surgiendo.

—¡Vale ya, Pancracia! — le regañó Antonia: — Todas tenemos que hacer el esfuerzo de llevarnos bien, porque llevarnos mal no nos va a conducir a ningún sitio. Así que mientras tú sigues descansando, y Celeste termina de ordenar tus cosas, yo, mientras, iré a preparar la cena. — dijo Antonia.

Celeste y Pancracia se miraron, pero no se dijeron nada. Y Celeste, ya calmada, se puso a deshacer la maleta y a colocar la ropa de Pancracia y sus cosas en el armario.

Tras un silencio, Pancracia le dijo:

—Así que estás saliendo con Perseo.

—Sí.

—¡Pues sí que habéis sido rápidos en ennoviaros!

Celeste se sonrió y luego le contestó:

—Lo que pasa es que nosotros nos conocíamos de antes.

—¿De antes?

—Sí. Nos conocimos en la escuela de magisterio. Él estaba varios cursos más avanzados que yo, pero nos veíamos a menudo.

Pancracia la escuchó muy atenta.

—¿Y ya salíais juntos? —inquirió.

Celeste sonrió pensando en aquellos días.

—No, en realidad solo hablamos una vez. Las demás veces solo nos saludábamos.

—¡Ah! — exclamó Pancracia —Pero entonces cuando decidiste venirte con la tía, ¿sabías que Perseo estaba en el pueblo?

—¡No, qué va! No tenía ni idea de que él también era sobrino de la tía, pero por la parte del tío, y claro, me llevé una buena sorpresa cuando lo vi aquí.

Pancracia se quedó pensativa con aire triste y luego dijo:

—Habéis tenido mucha suerte los dos en encontraros. No todo el mundo tiene esa suerte.

Celeste se quedó mirándola y le dijo:

—Pancracia, ¿tú nunca te has enamorado?

La mujer la miró con cara de amargura:

—¿Yo? ¿Quién podría quererme a mí? ¡No soy ni guapa, ni culta, y no tengo ningún encanto! ¡No me lo dice nadie a la cara, pero yo sé que todos me odian! ¡Que les resulto insoportable! Pero ya estoy acostumbrada. ¡Y si todos me odian, pues yo siento lo mismo por ellos!

Celeste sintió que se le encogía el corazón.

—No deberías decir eso, Pancracia. — dijo.

—¿Por qué no? ¿Acaso no es verdad? ¡Tú misma me odias! Debe ser que te gusta martirizarte, pero estoy segura de que si fuera por ti, yo no estaría aquí.

Celeste sintió tristeza por aquella criatura tan amargada, y le dijo:

—Puedes pensar lo que quieras de mí, pero yo digo una cosa, que ya que vamos a vivir juntas una temporada, podemos hacer un paréntesis e intentar llevarnos lo mejor que podamos.

Pancracia la miró pensativa y luego miró sus piernas y después dijo:

—Está bien. Supongo que no tengo ninguna otra opción.

Un rato después Antonia le trajo una bandeja con comida a Pancracia. Celeste le acompañó mientras comía, por si necesitaba ayuda, mientras su tía les contaba historias de cuando era joven.

## Capítulo 20

Al día siguiente Celeste y su tía se trazaron una disciplina para poder llevar su nueva vida con Pancracia, pues su llegada había modificado completamente su vida, no solo a nivel emocional, sino en cuanto a horarios y actividades.

Como entre las dos no podían levantar a Pancracia, esta tuvo que permanecer en la cama toda la mañana. Pero a mediodía se llegó a la casa Perseo unos momentos, y entre él y Celeste la sentaron en la silla de ruedas y la llevaron al comedor.

Pancracia pareció alegrarse un poco del cambio, y aunque no les dio las gracias, se abstuvo bastante de lanzarles alguno de sus habituales comentarios desdeñosos o quejumbrosos.

Y por la tarde Celeste y su tía dejaron a Pancracia disfrutar de las novelas, aunque ellas no las estaban siguiendo.

Más tarde regresó Perseo y le propuso a Pancracia sacarla a pasear en su silla de ruedas.

Al principio Pancracia dijo que no. Que no estaba dispuesta a ser la burla y comidilla de todo el pueblo. Que sabía que todos estaban riéndose de su desgracia, y contentos de no verla por un tiempo.

Pero Perseo le dijo:

—¿Y qué más te da lo que piensen los demás de ti? Al menos siempre he pensado que nunca te ha importado. Que siempre has sido un espíritu libre que hacías lo que querías.

Pancracia le miró sorprendida.

—¿Eso pensabas de mí?

—¡Claro! Siempre has dicho lo que has querido y te ha dado igual lo que pensarán los demás.

La mujer se quedó callada mirándole y luego bajó la cabeza con un cierto matiz de tristeza.

Pero Perseo insistió:

—Y además, si lo que crees es que los vecinos del pueblo están riéndose de tu desgracia, es una buena manera de mostrarles que no estás tan mal, y que no te vas a quedar encerrada en casa.

Pancracia se quedó pensativa.

—Hija,— intervino su tía —en todo caso, te vendrá bien que te dé un poquito el sol y el aire. Así te recuperarás más rápido.

Pancracia siguió pensativa y luego miró a Celeste.

—¿Y tú qué dices?

—Pues yo creo que una buena manera de demostrarle a los demás que eres mucho más fuerte de lo que puedan pensar, es salir a dar un paseo. ¡Y allá cada cual lo que piense! ¡Al fin y al cabo cada uno puede pensar lo que quiera!

Pancracia disimuló una media sonrisa y tras pensárselo un poco, dijo:

—Está bien. Os haré caso.

Los demás sonrieron y Antonia dijo:

—¡Ea, Celeste!, ¡vamos a ayudarla a arreglarse un poco!

Y así hicieron.

Poco después salían los cuatro de paseo. Al principio Pancracia estaba muy tensa, pero Celeste y Perseo se pusieron a hablarle y se le fue pasando.

Yendo hacia el paseo del Carcabeño, se encontraron con varios vecinos del pueblo. De primeras todos se sorprendían, pero luego se acercaban a ellos y saludaban a todos y luego le preguntaban a Pancracia cómo estaba.

Esta también se sorprendió al principio de que le preguntaran cómo estaba. Pero alguna extraña magia pareció apoderarse de ella pues no respondió a nadie de mala gana, sino que les contestaba cosas como:

—¡Nada! ¡Que me escurrí y me caí! ¡Y ya veis lo que me ha pasado! ¡Menos mal que mi tía y mi prima me han acogido y me están ayudando mucho!

Los demás le decían que lamentaban lo que le había pasado, o que tenía que cuidarse, o que esperaban que se recuperara pronto.

Pancracia estaba realmente asombrada de las muestras de apoyo de sus vecinos.

Y así, parando cada dos por tres para hablar con gente del pueblo, apenas les dio tiempo de hacer el recorrido del paseo del Carcabeño.

Cuando regresaron, Pancracia parecía más animada. Incluso se reía comentando la cara que pusieron algunos cuando la vieron.

—¡No se esperaban que iba a salir! dijo riéndose — ¡Les ha sorprendido mucho!

—Sí,— contestó Perseo — pero les ha sorprendido gratamente, porque todos se han interesado mucho.

—Es que has sido muy valiente saliendo a darte el paseo. — le dijo su tía.

Pancracia asintió sonriendo y pensativa.

Luego Antonia preparó la cena con ayuda de Celeste, mientras Perseo se quedaba charlando un poco con su tía Pancracia, y después cenaron todos juntos.

Y un poco más tarde Perseo y Celeste ayudaron a la enferma a acostarse.

Y Pancracia les dijo a los dos:

—Gracias.

Los jóvenes le sonrieron y Celeste le contestó:

—De nada.

—Ha sido un verdadero placer. — dijo Perseo.

## Capítulo 21

Poco a poco parecía que Pancracia se iba adaptando a su nueva situación, para alivio y alegría de Celeste y de Antonia.

El sábado Perseo volvió a acompañarlas a pasear por el pueblo por la tarde.

Y como el día anterior, la gente seguía parándose a saludar a la enferma. Y esta les contestaba muy animada.

También se acercaron a ellas Remedios y otra mujer más joven. Celeste ya había coincidido varias veces con Remedios cuando hacía los recados, y a la otra la había visto alguna vez por el pueblo, pero nunca habían hablado.

Las dos saludaron, pero luego, mientras Remedios hablaba con Pancracia y con Antonia, la más joven miró pensativa durante unos momentos a Celeste, y luego se dirigió a Perseo:

—Perseo, quería comentarte una cosa. ¿Podemos hablar un momento?

—Dime.

La mujer miró de nuevo a Celeste y luego, dirigiéndose a Perseo le dijo:

—Es privado.

Perseo la miró pensativo y contestó:

—De acuerdo.

Y los dos se apartaron un poco del grupo.

Celeste los miró curiosa, y fijándose en ella, pensó: "¡Um! Me da la sensación de que le gusta Perseo."

Pero entonces Remedios la sacó de sus pensamientos dirigiéndose a ella:

—¿Y tú? ¿Cómo llevas ahora el cambio? Porque ahora te ha tocado la china de atender a tu tía y a Pancracia.

La joven se quedó pasmada por la falta de tacto de la mujer, aunque tampoco le extrañó mucho, porque ya la había visto hablar en otras ocasiones. Pero miró a Antonia y a Pancracia, temiendo su reacción y vio que se miraron entre ellas.

Entonces Celeste, antes de que Pancracia pudiese decir algo, le contestó rápidamente a la mujer:

—Estamos muy bien compaginadas las tres. Cada una ayuda en lo que puede. No todo es ir a hacer los recados. Hay muchas cosas necesarias que si no las hacen unas, las hace otra. Y ya está.

La mujer se quedó callada y asintió. Luego miró a Perseo hablando con la más joven y dijo:

—¡Angustias! ¡Vamos, que no me gusta estar parada tanto tiempo, que luego me duelen las piernas!

La otra le miró y le contestó:

—Ve delante madre, ahora te cojo.

—No, hija. Que ya sabes que no me gusta pasear yo sola.

La otra hizo un gesto de fastidio y le dijo algo en voz baja a Perseo y luego se acercó a su madre. Luego miró fijamente a Celeste unos segundos, y luego le dijo a su madre, como enfadada:

—¡Vamos mamá!

Y se marcharon en sentido contrario al grupo.

Celeste se quedó mirando a las dos mujeres y luego miró a Perseo, que seguía apartado pensativo.

Pero este se dio cuenta de que lo estaba mirando y le sonrió y se acercó a ella y le dijo:

—¿Qué está pasando por esa cabecita?

La joven le contestó en voz baja:

—La madre no parece tener mucho tacto, pero la hija tampoco se ve muy simpática, que digamos.

Perseo se sonrió.

Pero Pancracia le dijo:

—Perseo, menuda te ha caído con esa fiera.

Antonia miró a Pancracia y le dijo:

—No debería decirlo, pero estoy de acuerdo contigo.

Y luego las dos resoplaron.

Celeste las miró sin comprender.

—¿Qué pasa? —dijo.

Perseo se rio y le pasó el brazo alrededor de los hombros a su novia.

—No les hagas caso a estas dos. — dijo – Se están metiendo conmigo, porque saben que soy inofensivo, y que no les voy a contraatacar.

Antonia y Pancracia se rieron, y Celeste continuó sin comprender qué pasaba:

—Bueno, ¿pero me queréis decir de una vez por qué os reís? —exclamó.

Perseo le contestó, medio riéndose:

—Ya te digo que no les hagas caso. Angustias es mi compañera de trabajo. Es la otra maestra de la escuela. Ella lleva a los más pequeños, y yo, a los mayores.

—¡Ah, ahora entiendo! —exclamó Celeste.

—¡Tú veras! — exclamó Pancracia – ¡Teniendo que trabajar de lunes a viernes con la fiera!

Pero ese comentario le recordó a Celeste aquella monja tan antipática que daba clases a las niñas más pequeñas, y pensó: “¡Vaya! ¡Pobres niños!”.

Pero se dio cuenta de que en ese momento le había surgido un yo de antipatía por aquella mujer, y rápidamente pidió a su Madre Divina la eliminación de ese defecto, y sintió el alivio de la paz interior.

El joven la miró sonriendo y como si hubiera adivinado sus pensamientos, le dijo:

—No es tan terrible como aquella monja perversa. Yo me llevo bien con Angustias. Y aunque tiene un carácter algo... especial, no es mala con los niños. Lo que pasa es que nuestras tías tienen ganas de bromear.

Y luego se rio, y Antonia y Pancracia también.

Celeste sonrió y asintió.

Y el joven les dijo a todas:

—¿Seguimos el paseo?

Las tres asintieron, y continuaron.

Por la noche, cuando Perseo se despedía de Celeste, esta le dijo:

—¿Qué vamos a hacer mañana? No creo que podamos ir a ver a Botan, porque no me parece bien dejar a nuestra tía sola con Pancracia.

—Sí. — contestó él pensativo —Ya lo había pensado. En fin, si Botan sabe tanto como creemos que sabe, tal vez comprenda por qué no hemos ido.

—Sí, claro. — respondió la joven con resignación —Aunque también echaré en falta sus explicaciones.

—Ya, y yo. Pero esto que estamos haciendo, creo que es bueno. ¿Te has dado cuenta de que mi tía Pancracia ha cambiado bastante? Creo que la idea que tuvisteis nuestra tía y tú, ha resultado muy buena.

Celeste sonrió y le dijo:

—¿Pero te has dado cuenta tú de que la gente del pueblo también ha reaccionado bien con ella? Tal vez aparte la pongan verde, pero al menos la tratan con cordialidad, e incluso diría con simpatía.

Perseo asintió.

—Sí. Esto está resultando mucho mejor de lo que yo me podía imaginar.

La joven le sonrió y asintió también.

Luego se despidieron y Perseo se marchó a su casa.

Aquella noche Celeste tuvo un sueño:

*"Estaba con Perseo. Los dos estaban subiendo una montaña muy escarpada. Entonces vieron a Botan mirándoles arriba del todo, como si estuviera esperándoles.*

*Al verlo, los dos se animaron y continuaron subiendo poco a poco.*

*—¡Animo, chicos! — les gritó Botan —¡Os queda poco!*

*Los dos asintieron y siguieron ascendiendo.*

*Al cabo de poco llegaron a la cima. Pero cuando estaban allí, Celeste se sorprendió al ver el monolito.*

*"¡Ah!, ¡no me había dado cuenta que esta es la montaña del monolito", pensó.*

*Perseo estaba muy asombrado al verlo y le preguntó a Botan:*

*—¿Qué lugar es este? ¿Acaso formó parte también de la Atlántida?*

*—Sí. Así es.*

*—¡Vaya! — exclamó el joven gratamente sorprendido.*

*De repente vieron tres naves extraterrestres que aparecieron por el horizonte y se acercaron hasta ponerse encima de ellos.*

*Los chicos las miraron entusiasmados. Y Botan sonrió.*

*Entonces una de las naves bajó y aterrizó muy cerca de ellos.*

*Mas para mayor sorpresa de la joven, se abrió una compuerta y un hombre y una mujer salieron de la nave y se dirigieron hacia ellos, sonrientes.*

*Celeste los miró asombrada, pues tenían la apariencia de un hombre y una mujer normales y corrientes, solo que vestidos con un traje plateado, con un extraño cinturón.*

*Luego la nave se elevó a la altura de las otras, sin esperar que ellos regresaran.*

*Y tras eso, todas las naves se marcharon.*

*Los jóvenes se quedaron asombrados, mirando a los extraterrestres que se habían quedado con ellos.*

*Luego Botan se acercó a ellos, y sonriendo, les dijo:*

*—Llegó vuestra hora. Es tiempo de llevar a cabo vuestra misión.*

*Y los extraterrestres asintieron, y miraron a Celeste y a Perseo y les sonrieron."*

Celeste se despertó y se quedó muy quieta tratando de recordar aquel sueño tan maravilloso.

## Capítulo 22

El teléfono de Celeste sonó antes de que se levantara.

Era Perseo.

El joven la llamó para decirle que su padre le había dicho que iba a ir por la mañana a casa de su tía Antonia para sustituirlos.

Celeste se sintió muy contenta y se levantó con entusiasmo.

Un rato después llegaban Perseo y Bartolomé. Y Celeste y el joven pudieron irse mucho más tranquilos, como cada domingo.

Llegando a las ruinas, vieron a Botan sentado, como otras veces, en la piedra cúbica.

Ellos le sonrieron y le saludaron muy contentos.

Este les sonrió y les dijo:

—Sentaos. Hablemos un poco sobre el mundo de los sueños. ¿Qué os parece?

Los dos jóvenes asintieron contentos y se sentaron directamente sobre la tierra.

Y Botan comenzó:

—Ya habéis podido verificar que el mundo de los sueños no se trata solo de una fantasía que se proyecta mientras nuestro cuerpo físico duerme. En realidad lo que ocurre mientras dormimos es que nuestra conciencia y el ego salen del cuerpo y se mueven en la quinta dimensión o mundo astral. El mundo físico es el que captamos a través de los cinco sentidos, pero no es la única dimensión que existe en la naturaleza. Existen más dimensiones: la cuarta dimensión o mundo vital es el mundo en el que viven los elementales, los espíritus o almas de las plantas y minerales. También todos los seres humanos tienen su cuerpo vital o etérico que es el asiento energético del cuerpo físico. El ego y la Esencia se salen del cuerpo físico y se mueven en el mundo astral para que el cuerpo vital pueda revitalizar o recargar las distintas energías del cuerpo físico de los desgastes diarios. De manera que todo el mundo cuando se acuesta por la noche, se sale de su cuerpo y viaja en el mundo de los sueños, en el mundo astral. Lo que ocurre es que normalmente el ser humano se desdobra con la conciencia dormida y no es consciente de que se ha salido de su cuerpo. Lo que hace es proyectar sus sueños en el astral. Proyecta sus deseos, sus miedos, sus frustraciones, etcétera. Es decir que en realidad es el Ego, o sea los distintos yoes que proyectan sus propias fantasías. Fijaos que durante el día, especialmente cuando os encontráis solos, si no habéis estado atentos a vosotros mismos, os habréis dado cuenta de que vuestra mente va pasando de un pensamiento a otro que se le relaciona y luego a otro que ya no tiene nada que ver con el primero, y luego a otro... y así, durante un rato, hasta que uno se da cuenta de que está pensando en algo que no tiene nada que ver con lo primero que pensó. Pues eso en el mundo de los sueños se ve como si fuera una realidad, porque lo que el ego proyecta se ve como si fuera real. Por ejemplo, si alguien ve en sus sueños cualquier cosa que le induce a pensar que puede ser peligroso, el yo del miedo le hace que lo que está proyectando se convierta en un monstruo, por ejemplo. O un yo de lujuria puede proyectar sus deseos como si lo que viera fuese real. Pero seguidamente puede haber otro yo, pongamos de gula que proyecta un manjar, etcétera. Es decir que el ego proyecta sus sueños como si fueran realidades en el astral,

mientras la conciencia se mantiene mucho más dormida de lo que está durante el día. Sin embargo, si uno hace el esfuerzo de trabajar sobre sí mismo durante el día, eso se va viendo reflejado poco a poco en sus sueños. ¿Comprendéis?

Celeste y Perseo asintieron.

—Si nosotros hacemos el esfuerzo de despertar conciencia en el mundo físico, cuando nuestro cuerpo físico está despierto, poco a poco ese esfuerzo se verá reflejado en el mundo astral. Para ello, el primer trabajo que hay que hacer es el de trabajar con el recuerdo de sí, la auto—observación y con la muerte del Ego, para ir recuperando conciencia. En segundo lugar os voy a explicar una técnica que os puede ayudar a saber si en un momento dado estáis en el mundo de los sueños. Tened en cuenta que normalmente cuando se está soñando uno se cree que está despierto. Así que hay que aprender a diferenciar la dimensión en la que nos encontramos. Por ejemplo, ¿os habéis visto volando alguna vez en sueños?

Los dos asintieron.

Botan sonrió y asintió también.

—Eso es porque en el mundo astral no existe la ley de la gravedad. Vamos a utilizar esa diferencia para comprobar si estamos en el mundo físico, o si estamos en el mundo astral. Si vosotros durante el día veis algo raro, una situación fuera de lo normal, o sentís algo extraño, preguntaos sinceramente si estaréis en el mundo físico o en el mundo astral, y comprobadlo dando un salto con la intención de flotar. Entonces veréis que si estáis en el mundo físico, seguidamente regresaréis inmediatamente al suelo. Pero si en realidad estáis en el mundo astral, es decir, mientras vuestro cuerpo físico duerme, entonces veréis que podéis flotar en el aire. Y eso os hará despertar conciencia de que estáis fuera del cuerpo. Una vez que os veáis en el mundo astral, no tenéis por qué asustaros, pues, como os he dicho antes, eso es algo muy normal que hacéis cada noche, solo que no os dais cuenta. Entonces podéis viajar a cualquier parte del mundo que queráis. Podéis ir volando, o simplemente pedidle a vuestra Madre Divina que os lleve a donde ella vea que podéis aprender. ¿Habéis comprendido?

Los dos jóvenes asintieron, entusiasmados.

—También podéis comprobar la dimensión en la que os encontráis tirándoos de un dedo de una mano. Si estáis en el físico, no pasará nada. Pero si estáis en el astral, podréis comprobar que este se puede alargar.

—¿Como un chicle? —preguntó Celeste

—Muy parecido, sí. — contestó Botan —Pero acordaos de hacerlo no de una forma mecánica, sino que os preguntéis sinceramente, con un verdadero interés por saber en qué dimensión os encontráis, si estáis en el físico o en el astral.

Los dos jóvenes asintieron.

—Botan, — dijo Perseo — esta madrugada tuve un sueño, pero no tengo claro si fue una proyección o fue algo real.

Celeste se acordó del sueño que había tenido ella, en el que se veía subiendo la montaña con Perseo hasta llegar a la zona del monolito, y en la que luego aparecían varias naves extraterrestres.

—Fue una visión real. Pero no era del presente. Más adelante lo veréis. contestó Botan —Bueno, ¿habéis comprendido el experimento, y la importancia que tiene para despertar conciencia en el mundo de los sueños?

Los dos jóvenes asintieron.

—Pero Botan,— dijo Perseo —aparte de la cuarta dimensión, o mundo vital y de la quinta o mundo astral, ¿hay más dimensiones?

—Por supuesto. Perteneciendo también a la quinta dimensión pero en otra vibración, está el mundo mental. Más sutil es el mundo causal en la sexta dimensión. Y luego hay más dimensiones superiores, pero no nos vayamos tan lejos. Mejor es que vayáis aprendiendo paulatinamente. —

Los jóvenes asintieron.

Botan les sonrió y le dijo:

—El próximo día veremos otro tema. De momento ya conocéis las técnicas para despertar, no solo en el mundo físico de instante en instante, sino también en el mundo de los sueños. —

Celeste y Perseo también se levantaron.

Luego Botan se despidió y se marchó por donde se fue la primera vez que se vieron en las ruinas, por la montaña contraria de donde se encontraba la cabaña.

Rápidamente Perseo cogió los prismáticos y buscó a Botan, pero ya no logró verlo. Luego miró hacia la cabaña.

—¡Me lo temía! — exclamó.

—¿No está? —inquirió Celeste, comprendiendo a qué se refería Perseo.

—No.

Los dos se miraron pensativos. Luego Perseo se miró el reloj y luego la miró a ella.

—¿Y si vamos a ver si la encontramos? — propuso él.

—¿Crees que nos dará tiempo?.

—Yo creo que sí. Vamos, lo comprobamos, y luego nos regresamos.

Celeste se entusiasmó y contestó:

—¡Vale!

Y los dos se encaminaron hacia la cabaña.

Conforme se acercaban, iban viendo que no estaba. A Celeste le latía el corazón, de la emoción.

Y cuando llegaron al lugar en el que se suponía que debía estar, efectivamente, allí no había nada.

Los dos jóvenes se quedaron boquiabiertos.

—¿Qué significa esto? —exclamó Celeste.

—Esto es lo más raro que yo he visto en mi vida. —contestó Perseo.

Entonces Celeste dijo:

—¡Ah! ¿Y si resulta que estamos en el astral y no en el físico?

Y seguidamente dio un salto para comprobar si podía flotar, pero no flotó.

Perseo también saltó, y tampoco flotó.

Después de dar una vuelta por los alrededores, emprendieron el camino de vuelta.

Los dos regresaban por un lado muy asombrados, pero por otro, muy entusiasmados con la nueva técnica que les había explicado Botan. Y fueron comentando sobre eso, y luego sobre otras cosas.

## Capítulo 23

El lunes por la mañana cuando Celeste fue a la panadería, vio que había varias clientas, entre ellas Remedios, la madre de Angustias. Esta le preguntó por Pancracia.

—Dentro de lo que cabe lo lleva bastante bien. —contestó la joven —Como viste el otro día, está muy impedida con las piernas escayoladas, pero creo que poco a poco se va a ir recuperando.

Una de las mujeres le dijo riéndose:

—Así que la habéis sacado a pasear por el pueblo. ¡Como a una anciana! ¡Jajaja! ¡Resulta irónico que la saque a pasear su tía que tiene más de ochenta años!

Las otras mujeres se rieron.

Celeste sintió un pellizco en el estómago y frunció el ceño, y ahí se dio cuenta de que se trataba de un yo de Amor propio por extensión. Pero antes de que ella pudiera contestar, dijo el panadero en tono de regaño:

—¡No entiendo por qué os reís de la desgracia ajena! Lo que le ha pasado a Pancracia le podría haber sucedido a cualquiera de cualquier edad, incluso a un niño.

—¡Tal vez! contestó la mujer —¡Pero me rio de ella todo lo que quiera porque ella me ha tratado siempre muy antipática! ¡Así que para qué voy a mentir! ¡Me alegro de que le haya pasado lo que le ha pasado! ¡A ver si viéndose así, se le bajan los humos!

—¡Eso mismo! — dijo la otra mujer.

Celeste miró al panadero y este la miró a ella y suspiró.

—¡Bueno, ya está bien! —dijo él —¡A ver, a quién le toca!

Las mujeres no siguieron hablando del tema, y pidieron lo que querían y luego se fueron.

—Creí que la gente había cambiado con respecto a Pancracia. —le dijo Celeste al panadero —En los paseos la gente le hablaba bien y le preguntaba cómo estaba, amablemente. La verdad, me han sorprendido esos comentarios.

—Ya. — contestó el panadero —Hay mucho rencor, porque son ya muchos años en los que raro es el que no ha tenido algún enfrentamiento con ella.

—Pero entonces, ¿es todo hipocresía?

El panadero se quedó pensativo y luego contestó:

—No sé muy bien qué es. Pero he observado que a veces actuamos de una forma con alguien, y en otras circunstancias actuamos de otra. O por ejemplo personas por las que tenemos sentimientos encontrados, a veces creemos que las queremos y a veces sentimos que no las soportamos... En fin creo que el ser humano es un animal racional con muchas contradicciones.

Celeste se quedó sorprendida de lo que acababa de escuchar, y entonces le dijo:

—¿Es como si nosotros no fuésemos una persona a nivel psicológico, sino una multiplicidad? ¿Como si dentro de este cuerpo fuésemos muchos yoes distintos?

El panadero se quedó pensativo y luego asintió:

—Sí, eso es. ¿Tú también te has dado cuenta de eso?

Celeste le sonrió y asintió.

Él siguió pensativo mientras la miraba.

Pero llegó otro cliente, y tuvieron que parar la conversación.

El panadero terminó de atender a Celeste, y esta pensó si quedarse un poco más para hablar con él, pero llegaron tres clientes más y vio que no era el momento apropiado.

Mas cuando iba a salir, el panadero le dijo:

—¿Dónde vais a ir esta tarde?

Ella le miró y comprendió que se refería al paseo que hacían cada tarde.

—Pues creo que iremos por la carretera, en dirección al puente de los Tilos.

El panadero le sonrió y le guiñó un ojo:

—Tal vez nos veamos luego. — dijo.

Celeste sonrió y asintió. Y luego se marchó.

Por la tarde, después de que terminó la novela que tanto le gustaba a Pancracia, llegó Perseo.

Entre Celeste y Antonia ayudaron a vestirse a Pancracia y luego se fueron los cuatro muy animados por la carretera, camino del puente de los Tilos.

Como iban juntos todo el tiempo, Celeste no pudo hablarle nada a Perseo de su conversación con el panadero.

Pero a lo largo del paseo se encontraron, como siempre, a otros vecinos del pueblo que les saludaron amablemente. Entre ellos encontraron a Venancio, el primo del padre de Celeste, con Petra, su mujer, y estuvieron hablando un poco.

Poco después vieron al panadero que se acercó hasta ellos. Celeste le sonrió y él le respondió con otra sonrisa.

—Buenas tardes, familia. —saludó él.

—Buenas tardes. —contestaron casi a la par todos.

Luego el panadero se dirigió a Pancracia:

—Pancri, ¿cómo estás? Me alegra ver que sales a pasear con tu familia. Y te veo buen aspecto.

Ella se quedó mirándole como sorprendida y luego le contestó:

—Sí, bueno. En realidad me cuidan mucho. Son todos muy amables.

El panadero le sonrió y asintió.

Luego se dirigió a Antonia.

—¿Y tú Antonia? Hace tiempo que no te veo. Como ahora no vienes a mi panadería. — dijo riéndose.

Antonia también se rio.

—Pero no por ello dejo de comprarte. —contestó.

El panadero se rio también.

—Tú también tienes buen aspecto. —le dijo a Antonia.

—A mí también me cuidan mucho. —contestó ella.

El panadero volvió a reírse.

—Sí, ya conozco a tu sobrina nieta. Es una buena muchacha.

Celeste se rio, algo avergonzada y respondió:

—No tanto, no tanto.

—Di que sí. —contestó Antonia al panadero —Es igual que su padre de pequeño. Que era un pedazo de pan.

El panadero asintió, riéndose y mirando a Celeste.

Y Perseo miró a su novia sonriéndole y guiñándole un ojo.

Pero ella se dio cuenta de que Pancracia estaba bastante seria escuchando al panadero hablando con su tía. Y después de esa conversación, de repente se quedó cabizbaja pensativa y luego miró a Perseo y le dijo:

—Perseo, no quiero estar parada, ¿quieres empujarme para seguir el paseo?

—¡Claro, tía! —dijo él empezando a empujarla.

Celeste pensó que tal vez no le sentara bien que el panadero hablara tanto con su tía en vez de dirigirse más a ella. Pues eso era lo que solían hacer todos: hablar con ella, y de esta forma se convertía en el centro de atención.

Sin embargo Antonia, al ver que Perseo había continuado con Pancracia, le dijo al Panadero, riéndose:

—¡Qué prisa tienen estos chicos! ¡Celeste hija, que parece que Pancracia quisiera echar una carrera!

La joven se rio, pero vio que el panadero solo se sonrió, mientras miraba a Perseo y a Pancracia marchando un poco más adelante.

Antonia llamó a Perseo y le dijo que le esperara, y el joven obedeció riéndose. Pero el panadero, se dirigió a Celeste y le dijo:

—Me gustaría hablar un poco sobre lo que estábamos hablando esta mañana. Me interesa mucho lo que me has dicho.

La joven se alegró de que volviera a sacar el tema y empezó a explicarle un poco sobre la multiplicidad psicológica, de las manifestaciones de los distintos yoes, y de cómo atrapan un porcentaje de conciencia.

El hombre parecía muy interesado, porque le escuchaba muy atentamente y asintiendo de vez en cuando con la cabeza.

Sin embargo al cabo de un poco, Perseo echó de menos a su novia y se paró un momento para mirar atrás. Antonia y Pancracia también les miraron.

Celeste iba muy entusiasmada hablando con el panadero y no se dio cuenta de que los otros estaban esperándola, hasta que llegaron hasta ellos.

Entonces la joven vio que Perseo la miraba extrañado, y Pancracia también la miraba con un gesto que no supo interpretar.

Celeste miró a Perseo y le sonrió.

El panadero también debió darse cuenta de que los otros le miraban y dijo:

—Bueno, tengo que irme, que mañana me tengo que levantar a las cinco. Que el oficio de panadero es de dormir poco.

Antonia y Perseo se rieron y Celeste sonrió, pero Pancracia solo miró hacia el suelo, como pensativa.

Y el panadero dio la vuelta y se marchó.

Luego Celeste se puso al lado de Perseo y este la miró con una media sonrisa, y le dijo en voz baja al oído:

—¿Tengo motivos para ponerme celoso?

Ella se sorprendió y lo miró y le contestó algo molesta:

—¡Claro que no, tonto!

Perseo se rio y luego le dijo en voz baja:

—¡Ya lo sé, tonta! ¡Solo quería ver la cara que ponías!

Ella entonces se rio y le dio un puñetazo cariñoso en el brazo.

Pero luego se dio cuenta de que Pancracia la miraba muy pensativa.

Más tarde, después de regresar a la casa, cenar, y ayudar a Pancracia a acostarse, Perseo y Celeste se despidieron como cada noche en la entrada de la casa.

—Oye,— dijo Celeste — ¿te has dado cuenta de que Pancracia ha estado mucho más callada esta noche? La he notado como absorta.

—Sí me he dado cuenta, sí. Es raro, ¿verdad? Al principio de la tarde estaba mucho más animada.

Celeste se quedó pensativa y luego le contestó:

—A mí me ha parecido que cuando nos hemos encontrado con Romualdo, le ha sentado mal que se haya puesto a hablar con nuestra tía, en vez de hablarle más a ella.

Perseo contestó:

—Es posible. Todo el mundo le habla a ella, y Romualdo no le ha hecho mucho caso, no. Desde luego es un poco raro. Tal vez le guarde algún rencor.

Celeste negó con la cabeza y le contó al joven lo ocurrido en la panadería aquella mañana, y luego la conversación con él.

—¡Vaya! exclamó Perseo —¡Nunca había pensado que Romualdo estuviera tan interesado en estos temas! La verdad es que yo he tenido poco trato con él, y eso que es muy amigo de mi padre, pero mira por dónde, la vida te da sorpresas.

Celeste asintió sonriendo.

—Oye,— dijo —¿Romualdo no está casado?

—No. — contestó Perseo.

—¡Qué raro! —dijo Celeste —A mí me parece una persona muy agradable y comprensiva

—Pues sí... Pero si no ha encontrado la persona adecuada... — comentó Perseo, pensativo.

—¿Qué edad tendrá? — inquirió Celeste.

—Pues de la edad de mi padre. Ya te digo que son amigos de toda la vida.

—¡Ah, ya! —asintió ella pensativa — Pero bueno, hablando de otra cosa, lo que yo echo de menos es poder pasear nosotros solos.

Perseo le sonrió y mientras la rodeaba con sus brazos asintió:

—Yo también. Pero ahora toca esto, no podemos hacer otra cosa.

Ella asintió suspirando y luego se despidieron y él se fue a su casa.

## Capítulo 24

—Celeste, hija,— dijo Antonia —¿quieres llevarle el desayuno a Pancracia?

—¡Claro, tía! ¡Ahora mismo!

La joven organizó la bandeja con todo y se fue a ver a Pancracia.

—¡Buenos días, Pancracia! — saludó Celeste mientras depositaba la bandeja en el tocador.

Pancracia la miró, pero no le contestó.

Celeste se extrañó, pero se hizo la disimulada y se puso a abrir la persiana para que entrara luz.

Luego miró a la enferma y le preguntó:

—¿Has dormido bien?

—¿Qué te importa a ti si he dormido bien o no?

Celeste pensó: "Debe estar enfadada aún por lo de Romualdo porque no le hizo más caso".

—Pues me alegraría mucho saber que sí has dormido bien. —contestó la joven.

—¡Pues no te alegres, porque apenas he dormido! —replicó Pancracia — ¡Aunque a lo mejor eso te alegra más!

Celeste ya no pudo más y le regañó:

—¿Se puede saber qué te pasa?

Pancracia le dijo, con un matiz de rencor:

—¿Te parece poco estar aquí impedida y tener que soportar a hipócritas como tú?

Celeste se identificó con lo que le dijo Pancracia y dejando que un Yo de amor propio se sintiera herido, abrió las puertas para otro de ira, pero en vez de contestar a la enferma, hizo un esfuerzo ímprobo para retener la ira y le respondió:

—¿Vas a querer desayunar o no?

—Y si no quiero, ¿qué? ¿Me vas a obligar o me vas a dejar en paz?

—¡Muy bien! contestó la joven, asintiendo —Si eso es lo que quieres, me lo llevaré a la cocina.

Y cogió la bandeja y se marchó a la cocina.

Su tía se quedó sorprendida al verla entrar con la bandeja, dejarla encima de la mesa de la cocina, y luego sentarse en una silla con la cabeza baja.

En realidad, aunque aún sentía la ira, se sintió muy mal porque se dio cuenta de que se había dejado llevar y había perdido los estribos por haberse identificado con las palabras de Pancracia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Antonia.

Celeste continuó callada unos momentos y luego miró a su tía. Entonces dio un suspiro y le contestó:

—Pues nada, que hoy se ha despertado la Pancracia de siempre, y me he identificado y... me he dejado llevar.

Antonia le sonrió y le puso la mano en la cabeza y le dijo:

—Menos mal que tú sabes cómo revertir esta situación, ¿no?

Celeste la miró y luego le contestó, suspirando:

—Supongo que sí.

Antonia sonrió y le dijo:

—De todas formas, si quieres le llevo yo el desayuno.

De buena gana Celeste le hubiera dicho que sí, pero cuanto antes solucionara el tema, mejor sería para ella.

—No, lo voy a intentar de nuevo. — dijo — Pero si veo que no marcha la cosa, entonces te llamo a ti, como última posibilidad.

Antonia asintió sonriendo.

Así que de nuevo la joven cogió la bandeja y se fue al dormitorio de Pancracia.

Esta la vio entrar, y giró la cabeza para otro lado.

—¿Ya estás aquí otra vez? —dijo con desdén.

—Sí. Y esta vez no me voy hasta que hayas comido, aunque sea un poco.

—¿Y cómo vas a conseguirlo, si me niego?

—Pero no te vas a negar, porque en realidad, algo de hambre seguro que tienes. Y yo que tú, me daría prisa en decidirme porque el café con leche frío no está tan bueno como caliente. Y la tostada se te va a quedar tiesa.

Pancracia la miró a ella y luego miró la bandeja.

—¿Te crees que soy una cría o qué? —dijo.

—Pues sí. Me parece que eres una cría. Y sé por qué estás de mal humor.

Pancracia la miró sorprendida y le dijo:

—¡Ah, sí! ¡Venga, lista! ¡Habla!

—No antes de que desayunes.

Pancracia siguió mirándola pensativa y luego le dijo:

—Está bien, acércame la bandeja.

Celeste se la puso en la mesita de noche y comenzó a ayudarla a preparar su tostada.

Al verla comer, sintió piedad por ella y le dijo:

—Necesitabas desayunar. Anoche cenaste muy poco.

Pancracia la miró y le preguntó:

—¿Te diste cuenta?

—Claro que sí. Y además apenas hablaste. No debes estar triste por tu situación actual. Muy pronto estarás bien y podrás llevar tu vida normal.

Pancracia paró de comer y bajó la cabeza pensativa.

—Sí. Volveré a mi vida normal. — dijo, con amargura.

—¿No es acaso eso lo que quieres? inquirió la joven.

Pancracia se encogió de hombros, pero no dijo nada.

Luego siguió comiendo en silencio.

Pero cuando terminó y Celeste estaba recogiendo todo en la bandeja para llevársela, Pancracia le dijo:

—A ver, ¿no me ibas a decir por qué estaba de mal humor?

Celeste la miró y le sonrió y le dijo:

—En realidad no lo sé, pero te he dicho eso para que desayunaras.

Pancracia se quedó callada sorprendida, pero luego se rio.

Celeste también se rio.

—¡Ya veo que eres muy astuta! — le dijo Pancracia.

Celeste siguió riéndose y negando con la cabeza.

Entonces Pancracia se la quedó mirando y luego le dijo:

—¿Si te hago una pregunta, me la contestarás sinceramente?

Celeste se dijo: "¡Cuidado con lo que respondes, Celeste! ¡No vaya a ser una trampa de ella!".

—Bueno, a ver qué pregunta es y si te la puedo contestar.

Pancracia la miró fijamente y entonces le preguntó:

—¿De qué hablabais ayer Romualdo y tú?

Celeste se quedó sorprendida.

—¡Oh! Pues... de cosas de la vida en general.

—¿De cosas de la vida? —repitió Pancracia sorprendida.

—Pues sí, más o menos.

—¿Y de qué cosas, por ejemplo?

Celeste se quedó bloqueada sin saber muy bien qué decirle y no sabiendo cómo salir del atolladero le contestó:

—Pues...en realidad hablábamos de cómo somos los seres humanos. De las contradicciones que tenemos muchas veces.

Pancracia se quedó pensativa.

A todo esto entró la tía Antonia y mirando la bandeja del desayuno, le dijo a Pancracia:

—¿Ya has desayunado?

—Sí. —respondió Pancracia.

—Muy bien, hija. — le dijo Antonia — ¿Quieres algo más?

—No, no quiero nada. — respondió Pancracia

—Bueno, mientras Celeste va a hacer algunos recados, yo voy a preparar la comida de hoy. Mientras tanto, tú descansa. — le aconsejó Antonia.

Pancracia se encogió de hombros pero no dijo nada.

Pero cuando Celeste pudo hablar a solas con Antonia, le dijo:

—Hoy creo que está algo deprimida. Debe hacersele muy aburrido estar toda la mañana en la cama. Si al menos tuviésemos algún libro para darle... Aunque no sé si le gustará leer... Y por otro lado, entre nosotras dos no vamos a poder levantarla.

—Sí. — dijo Antonia — Ya noté anoche que no estaba tan contenta como los días anteriores. O se ha cansado de estar así, o algo le pasa.

Celeste asintió pero no le dijo cuáles eran sus sospechas.

A mediodía, cuando vino Perseo a verlas, Celeste le habló del tema. El joven se quedó pensando y le dijo:

—Comprendo que las mañanas se le deben hacer eternas, sin poder distraerse con nada. Tal vez pueda escaparme durante el recreo de los chicos, y me llevo para levantarla. Así al menos puede sentarse en el salón y ver un poco la tele.

—Sí, me parece bien. Creo que lo agradecerá.

Por la tarde pudieron pasear por el pueblo, y de nuevo todo el mundo se acercaba a la comitiva formada por ellos. Pancracia les agradecía a todos su interés, pero Celeste se daba cuenta de que había algo que la seguía afectando, porque no la veía reír como los días anteriores, ni conversar tanto con los demás. Y de vez en cuando miraba a su alrededor, como buscando algo...



## Capítulo 25

—¡Buenos días tía! — saludó la joven al entrar en la cocina — ¡Menuda tormenta cayó anoche! ¡Qué susto! ¡Nunca había oído unos rayos tan fuertes!

Antonia se rio.

—¡Hija, esas tormentas son lo más normal del mundo en este pueblo! ¡Aquí estamos todos acostumbrados!

—¡Uf! —exclamó Celeste — ¡Pues yo creí que se venía la casa abajo!

Antonia volvió a reírse.

—Lo malo es que sigue muy nublado. —dijo — Vamos a ver si podemos salir esta tarde.

—Eso digo yo. — respondió la joven.

Las dos desayunaron, y luego, calculando que Pancracia ya se habría despertado, Celeste fue a verificarlo para ver si le llevaba el desayuno.

Pero la enferma estaba dormida, y Celeste la dejó descansar.

Entonces su tía le dijo:

—Aunque sea temprano, ¿por qué no vas ahora a por el pan y compras también unas magdalenas? Solo queda una, y ya sabes que a Pancracia le encantan. Y tráete también algunas tortas. Y luego pásate por la tienda y compra esto que te he apuntado en la lista. Si se despierta Pancracia, yo le llevaré el desayuno.

Celeste asintió, y así hizo.

En la panadería había varias mujeres hablando, como solía pasar. Ella saludó a todo el mundo, pero se dio cuenta de que entre las mujeres vio a una que no había visto antes. Esta la miró pensativa. Celeste se dio cuenta, pero saludó a todos por educación.

La mujer también le saludó, mientras la miraba detenidamente. La joven empezó a ponerse un poco nerviosa mientras pensaba: "¿Y esta? ¿Por qué me mira tanto? ¡Ni que tuviese monos en la cara!".

Pero recordándose a sí misma, se dio cuenta de que un Yo de Amor propio se había picado con la mujer esa. Así que hizo el trabajo psicológico de petición a su Madre Divina, y se calmó totalmente.

Luego miró al panadero y este estaba atendiendo a una de las mujeres.

De repente la mujer de antes se acercó a ella y le dijo:

—Tú eres Celeste, ¿verdad?

Las otras mujeres parecieron escucharla y se quedaron calladas mirando a Celeste.

La joven se quedó un poco sorprendida por la expectación y asintió.

—Sí.

Entonces la mujer sonrió y le dijo:

—¡Vaya! ¡Veo que eres una muchacha muy guapa!

Celeste se sorprendió más aún y se dijo: "¿Estaré en el físico o en al astral?".

Y se dio un tirón de un dedo para comprobar si estaba en el mundo físico o en realidad estaba en un sueño. Pero como no se estiró, y comprendió que estaba realmente en el mundo físico, rápidamente le contestó a la mujer:

—Perdone, pero ahora mismo no caigo en quién es usted.

La mujer se rio y las otras también.

Y luego la mujer le cogió por los hombros y le dijo:

—Te voy a dar una pista: mi hijo me ha hablado mucho de ti.

Celeste se quedó pensando: "¿Su hijo? ¿Y quién será su hijo?". Hasta que de repente le vino la lucecita:

—¡Ya entiendo! — exclamó la joven — ¡Eres la madre de Perseo!

La mujer se rio y asintió. Y las otras mujeres también se rieron

Entonces Celeste se rio también.

—¡Anda, ven y dame un beso, chiquilla! — dijo la mujer.

Y las dos se dieron un par de besos. Y la mujer le dijo:

—Como siempre estás tan ocupada con Antonia, no hemos tenido tiempo para conocernos.

Celeste asintió riéndose.

—Sí, es verdad. —dijo — A Bartolomé sí lo he visto un par de veces, pero ya me preguntaba cuándo te conocería a ti.

—Pues se ve que entre unas cosas y otras, hasta ahora no hemos coincidido. — contestó la mujer

—Seguramente es porque tenemos distintos horario para los recados. — dijo Celeste —Porque yo suelo hacerlos más tarde.

La mujer asintió.

—Me imagino que andarás ocupada ayudando a Antonia. Y encima, — dijo la mujer dando un suspiro —ahora os ha tocado cuidar a mi cuñada.

—¡Oh, bueno! ¡Si te refieres a Pancracia, lo estamos llevando muy bien!

La madre de Perseo hizo un gesto de incredulidad y una de las mujeres intervino:

—Sinforosa, ya te hemos dicho que parece que se le han bajado un poco los humos.

El panadero, que estaba atendiendo a otra cliente, terminó de darle el pedido, y dijo:

—¿A quién le toca?

—¡A mí! —dijo Sinforosa —Dame dos barras y unas tortas.

Y luego se dirigió de nuevo a Celeste:

—¿De verdad está más aplacada? Me parece increíble. ¡Porque mira que es venenosa! ¡No le gusta nada más que la discordia!

Celeste le contestó:

—Bueno, las personas también pueden cambiar, ¿no?

—¡A ver! — le dijo el panadero a Sinforosa —¿Quieres algo más?

—No. Toma, cóbrate. — contestó ella, y luego se volvió a dirigir a Celeste — Seguramente lo que le pasa es que se siente humillada por lo que le está pasando. Y en realidad me alegro, así nos deja en paz un tiempcito. ¡Hija, lo siento por Antonia y por ti, pero al menos los demás nos libramos de tener que aguantar sus venenosas palabras!

—¡Eso es verdad! — dijo otra de las mujeres.

—¡Toma el cambio! — le dijo el panadero a Sinforosa con cara de enfado — Y deja ya el temita, que siempre estáis hablando de lo mismo. ¡Ya sabéis que en mi panadería no quiero chismorreos! ¿A quién le toca ahora?

Una de las mujeres contestó que a ella, y las demás se quedaron calladas y Celeste miró a Romualdo y le sonrió.

—Bueno,— dijo Sinforosa —de todas formas, a ver si vienes algún día a casa.

—Sí, gracias. — contestó la joven — Aunque ahora es difícil. En todo caso me alegro de conocerte por fin.

La mujer sonrió y le contestó:

—Yo también. Pareces una buena chica.

Y luego saludando a todos los demás, se marchó.

Cuando por fin le tocó a Celeste, el panadero le atendió y como no había más clientes, le preguntó cómo iba la enferma.

—Pues... si te digo la verdad, creo que está un poco decaída. Lleva un par de días así. Supongo que es normal teniendo en cuenta la poca movilidad que tiene y la dependencia absoluta de los demás.

Él asintió pensativo.

—Esta tarde creo que va a llover bastante. No podréis salir.

—¡Vaya! Pues será un poco duro. Intentaremos distraerla con algo

El panadero se quedó pensativo y le dijo:

—Espero que podamos tener la oportunidad de hablar un poco más sobre el tema del otro día. Me interesa mucho.

Celeste sonrió y asintió.

Mas como llegaron otros dos clientes, la joven se marchó en dirección a la tienda para comprar lo que su tía le encargó.

## Capítulo 26

Efectivamente aquella tarde se aventuraba bastante aburrida porque desde mediodía no paró de llover.

Y lo peor es que Pancracia se veía muy apagada. Desde luego no era la de siempre, con sus palabras hirientes, ni con insultos, pero había perdido el entusiasmo de los primeros días en casa de Antonia.

Ni siquiera la novela parecía entretenerla, pues Celeste se dio cuenta de que apenas la miraba, e incluso se quedó dormida en el sillón.

Sin embargo, a la hora en la que se preparaban normalmente para ir a darse el paseo, se presentó Perseo acompañado de su padre y del panadero.

Antonia y Celeste se pusieron muy contentas, y Pancracia pareció muy sorprendida.

—¡Pancrili!,— le dijo Bartolomé —¿recuerdas cómo jugar a las cartas? ¡Venimos dispuestos a ganarte sin trampas! Aquí traigo varias barajas.

Pancracia le miró y luego miró a Romualdo, que le sonrió, y entonces ella se quedó callada, como no sabiendo qué decir.

—¡Pues yo también quiero jugar! — dijo Antonia.

—¡Claro que sí, tía! — dijo Bartolomé cogiendo una silla para sentarse — Romualdo, siéntate tú en esa.

El panadero se rio y se sentó, y Perseo dijo:

—Hacedme sitio que yo también juego. Celeste, siéntate tú también.

—Pero ¿a qué jugáis? dijo Celeste mientras se sentaba —Que yo sé solo algunos juegos.

—Pues para empezar, a la brisca. — dijo Bartolomé.

—¡Ah sí! —contestó la joven — A eso sí sé, que cuando era pequeña, jugaba con mi padre y mis hermanos.

—¡Si es que tu padre era también de nuestra pandilla! — le dijo Bartolomé, riéndose y mirando a Romualdo.

Este también se rio.

—¿De veras? —Celeste sonrió, recordando a su padre.

Una vez todos sentados, quedaron en jugar los hombres contra las mujeres. Los hombres armaban mucho jaleo y todo el tiempo jugando como que hacían trampas, y las mujeres se reían mucho con sus bromas.

En todo caso Celeste se divirtió mucho, pero también pudo observar a Pancracia, que había cambiado su ánimo totalmente. Se la veía muy risueña e incluso a Celeste le pareció que se lo estaba pasando realmente bien. Eso le dio una gran alegría. Y varias veces miró a Perseo y vio que él también se lo estaba pasando estupendamente.

Pero después de unas pocas partidas, paró de llover un poco, y Perseo le propuso a Celeste, si quería darse una pequeña vuelta. Y como esta asintió, los dos jóvenes se marcharon para un pequeño paseo y dejaron a los otros con las cartas.

—¡Qué buena idea habéis tenido! — le dijo Celeste a Perseo, mientras caminaban — ¡Pancracia ha dado un cambio asombroso!

—Sí, es verdad —contestó Perseo — Se le ocurrió a mi padre. Al fin y al cabo es su hermano mayor.

Celeste sonrió y le preguntó:

—¿Y cómo es que también ha venido Romualdo?

—Es que mi padre y él son muy amigos. Formaban una pandilla con tu padre y con Bonifacio. Y aunque tu padre ya se fue, ellos siguen teniendo mucha amistad.

—¿Bonifacio, el de la tienda? —dijo Celeste.

—Sí. Pero él trabaja por la tarde. ¡Si no, es capaz de apuntarse también! — dijo Perseo riéndose.

Celeste también se rio.

—Por cierto,— dijo ella —Hoy he conocido a tu madre.

Perseo sonrió.

—Lo sé, me lo ha dicho. Creo que le has gustado.

Celeste sonrió y le explicó:

—Se ve que ella suele ir a comprar más temprano y por eso nunca hemos coincidido. A tus hermanos tampoco los conozco todavía. Con eso de que siempre estoy con nuestra tía... Y nunca he coincidido con ellos.

—Es que los dos viven en Valdosos. Es un pueblo que está a unos treinta kilómetros de aquí. Mi hermano trabaja allí y el marido de mi hermana es de allí también.

Celeste sonrió. Y luego ella también le contó acerca de sus hermanos.

Luego continuaron un buen rato paseando y hablando de sus cosas. Y después regresaron a casa de tía Antonia.

Los jugadores terminaron su última partida y Bartolomé y Romualdo se despidieron y se fueron. Perseo se quedó con ellas a cenar, y luego ayudado por Celeste, acostaron a Pancracia. Y luego se fue a su casa.

## Capítulo 27

Cuando Celeste entró a darle las buenas noches a Pancracia, le dijo:

—¡Qué tarde tan divertida! Nos lo hemos pasado, bien, ¿eh?

Pancracia la miró detenidamente y de repente se echó a llorar.

Celeste se sorprendió enormemente.

—¿Pero qué ha pasado? ¿Por qué lloras? ¡Yo creí que tú también te lo habías pasado bien!

—¡Ay Celeste! — dijo Pancracia entre lloros —¡Qué buenas estáis siendo mi tía y tú, conmigo! ¡Y qué bueno Perseo! ¡Y mi hermano! ¡Y Romualdo! ¡No merezco lo que hacéis por mí! ¡Yo, que siempre os he tratado tan mal a todos! ¡No lo merezco! ¡No lo merezco!

Celeste se enterneció y la abrazó diciéndole:

—¡Ea, ea! ¡No llores más! ¡Lo importante es que tú estés bien y seas feliz!

Más lloraba Pancracia con esas palabras.

—¡Ay! ¡Si es que yo no merezco nada de esto!

—¡Venga mujer! ¡Anímate!

Entonces Pancracia se separó un poco de ella, la miró y dejó de llorar.

Celeste le dio un pañuelo de su mesilla, para que se secara las lágrimas.

—Celeste,— dijo Pancracia, mientras se las secaba y se limpiaba la nariz — quiero contarte algo que nunca le he contado a nadie y que en realidad fue el origen de un gran tormento que he llevado durante muchos años dentro de mí.

La joven la miró sorprendida y le contestó:

—Si eso te puede ayudar a desahogarte, aquí me tienes.

Pancracia asintió y comenzó:

—Cuando yo era pequeña tenía una amiga con la que estaba siempre. Era como una hermana para mí, porque como sabes, en mi casa mis dos hermanos son varones, y encima me llevaba varios años con ellos. Muchas veces mi amiga dormía en mi casa, y otras, dormía yo en la suya, y siempre íbamos juntas, porque ella tampoco tenía hermanas. Teníamos los mismos gustos, nos hacía gracia lo mismo, nos molestaban las mismas cosas, y nunca discutimos. Siempre nos llevamos bien y nos queríamos mucho. Lo que le hacían a la una es como si se lo hicieran a la otra. Y así fue desde que éramos unas niñas que apenas andábamos, hasta llegar a la adolescencia.

Pancracia hizo una pausa, y luego continuó:

—Un día estaba Bartolomé hablando con Romualdo en la puerta de mi casa. Yo necesitaba la ayuda de mi hermano para ir a buscar las ovejas de mi padre para recogerlas, pero él me dijo que no podía porque había quedado con su novia y tenía que irse en ese momento. Entonces yo le dije que yo no podía recogerlas sola, y que nuestro hermano ya estaba ocupado y tampoco me podía acompañar. Bartolomé insistió en que no podía venir conmigo. Entonces yo, no sabiendo qué hacer, me quedé bloqueada y le dije medio llorando que cómo me las iba a apañar yo sola. Entonces Romualdo intervino y me dijo que él me acompañaría. Al principio me sorprendió, pero mi hermano me dijo que esa era una buena idea, y como no tenía otra opción, acepté su ayuda. Yo estaba acostumbrada, desde que tenía uso de razón, de ver a

Romualdo con Bartolomé, e incluso a veces tanto él como los otros jugaban a hacernos rabiar a mi amiga y a mí.

Pancracia hizo otra pausa y Celeste pensó: "¿A dónde irá a parar esta historia?".

Pancracia continuó:

—Pero lo que jamás en la vida hubiera yo pensado, ocurrió. Cuando Romualdo me acompañó, empezó a hablarme y a contarme cosas muy interesantes, y también cosas muy graciosas, y de repente, en una de esas veces le miré y me pareció el muchacho más guapo que había visto jamás, y que hablaba tan bien, y era tan agradable...

Pancracia volvió a quedarse callada con la mirada perdida y con una sonrisa en los labios.

"¡Ajá!", pensó Celeste, "¡Con que era eso! ¡Está enamorada de Romualdo!".

—En definitiva,— continuó Pancracia —me enamoré perdidamente de Romualdo.

Celeste le sonrió y le dijo:

—Es una historia muy bonita.

Pancracia hizo un gesto como si quisiera llorar y negó con la cabeza.

—Es que la historia no termina ahí — dijo — Lo que pasó después fue que yo, no sé si fui tonta o qué, pero le confesé a mi amiga que me había enamorado de él. Ella nunca se había fijado en Romualdo, pero desde que se lo dije, empezó a fijarse, y también se enamoró de él. Y lo peor es que siempre que lo veíamos, intentaba llamar su atención. Eso empezó a sentarme mal, porque sentía que de alguna manera ella se había aprovechado de mi confesión. Sin embargo ella se dio cuenta y entonces me dijo que teníamos que hacer un pacto. Y el pacto consistía en que ninguna de las dos haría nada para llamar su atención. Pero que si él se fijaba en alguna de las dos, pues la otra tendría que aceptarlo, sin rencores. A mí ya me parecía que había hecho, de alguna manera, trampa desde el principio, pero al fin y al cabo tuve que aceptar el pacto.

—¿Y qué pasó? preguntó Celeste, muy conmovida.

—Pues que ella no cumplió el pacto, y a escondidas iba a verlo y trataba de hacer lo posible para gustarle. Pero entonces yo me enteré y me enfadé mucho con ella. Estuvimos un día sin hablarnos. Pero al final, ella vino a mi casa y me pidió perdón. Y yo, como estaba deseando hacer las paces, la perdoné. Entonces aquella misma tarde, decidimos ir a bañarnos. Fuimos a una parte que llaman "la Poza de los osos". Allí, casualmente estaban también mi hermano Bartolomé y sus amigos. Ellos se estaban bañando y divirtiéndose. Pero entonces me di cuenta de que mi amiga no dejaba de mirar a Romualdo. Eso me molestó mucho. Pero más me molestó cuando vino mi hermano y me dijo que si ya me había convencido mi amiga a ir allí. Yo no comprendía por qué me preguntaba eso, pero entonces me enteré que ella los había visto irse allí y sabía dónde estaban y por eso me propuso ir al mismo sitio, para poder ver a Romualdo. Entonces me enfadé mucho con ella, y discutimos. Luego, no queriendo escucharla, me metí en el río y me puse a nadar hacia la otra orilla. Ella también se metió, pero de repente debió tener un corte de digestión y desapareció de la vista de todos. Yo empecé a gritar y los chicos empezaron a buscarla. Tardaron un poco hasta que la encontraron, porque fue arrastrada por la corriente.

Pancracia se puso a llorar al recordar todo aquello.

Celeste la abrazó y le dijo:

—¡Tranquila Pancracia, ya pasó todo!

Y le dio un pañuelo.

Entre lloros, Pancracia continuó:

—La encontraron muerta. Ya no había nada que hacer. Ha sido lo más horrible que he vivido en mi vida.

Celeste le dijo:

—Lo siento mucho, Pancracia.

Pancracia siguió llorando un poco más y luego, después de limpiarse las lágrimas y la nariz, continuó:

—Entonces me sentí muy mal, porque pensé que la discusión fue la que le produjo el corte de digestión, y que murió por mi culpa.

—No digas eso. Eso no tuvo que ver. Las dos estabais enfadadas y a ti no te pasó nada. No puedes echarle la culpa.

Pancracia seguía llorando en silencio y luego le dijo:

—Por eso decidí que tenía que olvidarme de Romualdo. Él siempre me había tratado con simpatía, por ser la hermana pequeña de Bartolomé. Y después de lo sucedido, muchas veces se me acercó queriendo hablarme, pero yo me sentía sucia, y mala amiga, y una mala persona y siempre lo rechazaba hablándole mal. Y así, poco a poco, sin querer, me fui volviendo huraña, y desconfiada con todos, porque por otro lado también me había sentido traicionada por mi amiga. Y supongo que también los demás empezaron a odiarme y a sentir rechazo por mí. Pero yo no me quería venir abajo delante de ellos, e intentaba mostrar mi fortaleza queriendo hacerles ver que no me importaba nada lo que pensarán de mí. Pero luego, sola en mi casa, me he sentido durante todos estos años muy desgraciada, hipócrita, e incluso insoportable para mí misma.

—¡Oh, Pancracia! ¡Cuánto has sufrido innecesariamente! —exclamó Celeste, abrazándola.

—Hasta que has llegado tú. — dijo Pancracia —Tú has dado un vuelco a mi vida. Mi tía también me ha demostrado que estaba totalmente equivocada con ella. ¡Y Perseo! ¡Mi buen Perseo! ¡Él siempre me ha tratado bien!

—¿Y Romualdo? ¿Qué me dices de él? ¿Sigues sintiendo algo por él?

Pancracia la miró y tras un pequeño silencio le dijo:

—A Romualdo también lo he tratado como a los otros. Él me ha regañado a veces, cuando ha visto que me he pasado, pero nunca me ha tratado mal. Pero eso es todo. Nunca podrá haber algo entre él y yo. Es un hombre muy noble y bueno. Y no combinaría nunca con alguien como yo.

Celeste pensó: "Desde luego él siempre la ha defendido ante las murmuraciones de la gente. Pero será mejor que no le diga nada a Pancracia, porque eso no significa que él la quiera."

—Bueno,— dijo Celeste —vamos a hacer lo siguiente: a partir de ahora, borrón y cuenta nueva. Ahora lo importante es que tú te cures, y puedas comenzar una nueva vida. Date cuenta que este accidente también te ha hecho acercarte más a la gente del pueblo. Han visto una nueva faceta de ti. La faceta alegre, y amable. Esto es quizás una nueva oportunidad que se te da para que cambies.

Pancracia la escuchó atentamente y luego le dijo:

—¿A esto te referías el otro día cuando me hablaste de las contradicciones que tenemos los seres humanos?

Celeste le sonrió y asintió.

—Algo así, sí.

Entonces Celeste empezó a hablarle de la psicología del ser humano, de la multiplicidad psicológica y de los diferentes intereses de cada Yo. También le explicó cómo auto—observarse y estar en recuerdo de sí misma.

Pancracia la escuchó muy atenta y de vez en cuando asentía.

Como ya llevaban mucho rato hablando, Celeste le propuso que continuaran hablando el día siguiente, y que procurara descansar. Y Pancracia asintió.

Entonces Celeste le dio un beso y le dijo:

—Buenas noches, Pancracia.

—Buenas noches, Celeste. Y gracias—contestó Pancracia, sonriendo.

## Capítulo 28

Al día siguiente Celeste continuó explicándole a Pancracia acerca del Trabajo de auto—observación y eliminación de los defectos psicológicos con su Madre Divina particular.

Pancracia la escuchaba muy atenta y asentía como señal de comprensión.

Antonia se unió a ellas, y al saber que Celeste y Pancracia hablaban sobre el autoconocimiento de sí mismos, también intervino en la conversación, y así estuvieron hablando las tres un ratito.

Sin darse cuenta a causa del entusiasmo de las tres, se hicieron las once de la mañana y de repente escucharon a Perseo llamar.

El joven había cogido el rato del recreo de sus alumnos para acercarse a casa de su tía abuela, ya que la escuela estaba justo en frente, para levantar a Pancracia de la cama, para que no tuviera que estar toda la mañana acostada.

Pancracia se lo agradeció mucho:

—¡Gracias por venir a levantarme! ¡Ay Perseo, que a pesar de mi mal genio siempre has sido bueno y cariñoso conmigo! ¡Cuántas cosas te tengo que agradecer!

Perseo se rio y le dijo:

—¡No tienes que agradecerme nada! ¡Al fin y al cabo eres mi única tía por parte de mi padre!

Pancracia le sonrió.

Celeste también estaba muy contenta de verle, y a solas le dijo que había estado hablando con Pancracia acerca del trabajo psicológico con Pancracia y con Antonia. El joven se quedó gratamente sorprendido y dijo:

—¡Me parece increíble! Pero eso demuestra que a veces nos suceden cosas en la vida que aparentemente son una desgracia o en general algo negativo, pero que detrás de eso, luego vienen cosas o situaciones que quizás no habrían venido si no hubiese habido esos contratiempos anteriores.

La joven asintió.

Y él se marchó rápido, pues no podía dejar a los chicos tanto tiempo.

Y cuando Celeste fue aquella mañana a la panadería, no había ningún cliente y al ver a Romualdo pensó: "Así que él es el amor secreto de Pancracia."

—Buenos días. — dijo el panadero —Estás muy pensativa, ¿no?

Celeste le sonrió.

—Sí, un poco.

Él sonrió.

—¿Qué te doy? dijo.

—Hoy dame dos barras.

Romualdo se las envolvió con un papel y se las dio.

—Romualdo,— dijo entonces Celeste —muchas gracias por venir ayer a casa de mi tía Antonia. Nos lo pasamos muy bien todos. Incluso Pancracia.

El panadero sonrió y asintió:

—Bartolomé, Bonifacio y yo solemos juntarnos los sábados por la tarde y los domingos para echar unas partiditas y charlar un poco. Pero ayer me dijo Bartolomé

que iba a casa de vuestra tía a distraer a su hermana y me dieron ganas de apuntarme. Pensé que podría ser divertido.

Celeste se rio.

—¡Así que formabais una pandilla desde pequeños! —dijo.

—Sí. Tu padre también era de la pandilla.

Celeste se quedó pensando en su padre y sonrió.

—¿Y cómo le va a tu padre? —le preguntó Romualdo.

—Pues bien. Trabaja mucho, el pobre. Él es conserje de un instituto. Pero por lo demás, él lo lleva bien.

—Me alegro mucho. Espero que la próxima vez que venga, podamos vernos.

Celeste asintió y contestó:

—Hablamos de que quizás pudieran venir este verano toda mi familia, pero no sé si podrá ser. ¡Ojalá que sí! ¡Les echo de menos!

—Es natural. — dijo Romualdo.

Celeste asintió.

—Hoy hace bueno. —dijo él — Supongo que saldréis esta tarde.

—Sí. Seguro que sí.

—¿Iréis al paseo del Carcabeño?

—Sí. Hoy iremos por allí.

El panadero sonrió y le dijo:

—Tal vez me llegue y, si puedes, podrías seguir hablándome de ese trabajo psicológico del que hablábamos el otro día.

Ella sonrió y asintió.

Pero entró un cliente, y tuvieron que cortar la conversación. Celeste le pagó y cuando se iba a marchar, el panadero le dijo:

—¡Si hablas con tu padre, dale saludos de mi parte y dile que a ver cuándo viene, que tenemos muchas cosas de las que hablar!

Celeste se rio y contestó:

—Vale. Se lo diré.

Pero de camino a casa de su tía, sintió cierta melancolía por su familia, hasta que se dio cuenta de que en realidad era un Yo de apego a su familia, y pidió a su Madre Divina que lo eliminase.

Por la tarde, tal y como Celeste le había dicho a Romualdo, fueron de nuevo al paseo del Carcabeño. Y poco después apareció por allí Romualdo.

El panadero saludó a todos, incluyendo a Pancracia. Esta también la saludó con cierta timidez, y eso dejó a Romualdo algo pensativo.

Entonces Perseo le dijo:

—Romualdo, me ha dicho Celeste que estás interesado en el estudio y trabajo sobre la psicología múltiple del ser humano.

El panadero se sorprendió y asintió, y luego miró a Celeste, a Antonia y por último a Pancracia.

Celeste le sonrió, y Antonia le dijo:

—No te sorprendas. A mí también me interesa mucho ese tema. Y hemos hablado largamente sobre ello.

Y Pancracia, que hasta ese momento, no se había atrevido a hablar directamente con Romualdo, le dijo muy serenamente:

—Y a mí también. Celeste y yo hemos hablado sobre esos temas.

El panadero estaba realmente sorprendido, mientras se quedaba mirando primero a Pancracia, y luego a los demás.

—¡Vaya! ¡Pues entonces... si alguien puede hablarme sobre ello!

—¡Claro! — le dijo Perseo.

De esa manera el joven y Romualdo se pusieron a pasear juntos mientras hablaban, y Celeste con Pancracia y su tía les siguieron más tranquilamente.

Como en ocasiones anteriores, los vecinos con los que se cruzaban, se paraban un poco para hablar con ellas. Pancracia se veía tranquila y contenta.

—Así que a Romualdo también le has hablado del trabajo psicológico. —le dijo Antonia a Celeste.

—Sí, tía. Es que un día en la panadería salió la conversación, y lo vi muy interesado. Por eso el otro día que nos lo encontramos, él vino al paseo porque sabía que íbamos a estar aquí. Y me quedé explicándole un poco sobre el tema, pero claro, no nos dio tiempo a mucho.

Pancracia se quedó pensativa.

—¡Así que por eso os quedasteis hablando más atrás!

—Sí. Por eso.

Pancracia asintió y le sonrió.

Después de un buen rato de paseo, regresaron a casa de Antonia, acompañados de Romualdo. Luego este se despidió y los demás entraron en casa para preparar las cenas.

Por la noche, cuando Celeste le daba las buenas noches a Pancracia, esta le dijo:

—¡Qué tonta fui el otro día! ¡Estaba enfadada contigo porque estaba celosa! Te vi hablando a solas con Romualdo y me sentí muy celosa por eso. Y muy triste.

Celeste le sonrió y asintió:

—Ya comprendo. ¿Pero ya lo tienes claro?

—Sí. ¡He sido tan tonta tantos años!

Celeste le sonrió y le dio un beso:

—Buenas noches, Pancracia.

—Buenas noches, Celeste.

Aquella noche Celeste tuvo un sueño:

*"Se veía en una especie de plataforma por encima de una montaña con Perseo y con Botan. Estaban rodeados por una muralla formada de piedras megalíticas que llegaban hasta una edificación de unos cinco metros de alto a la que se podía entrar por un pasaje central.*

*Botan les dijo:*

*—Fijaos bien en este lugar.*

*Los jóvenes miraron, y Celeste, al darse cuenta de que todo lo que estaba viendo era algo muy extraño, dio un salto para comprobar si estaba despierta o soñando. Y flotó.*

*Perseo hizo lo mismo.*

*—¡Estamos en el mundo de los sueños! — exclamo Celeste.*

*Botan les sonrió y les dijo:*

—Muy bien. Estáis poniendo en práctica lo que os he enseñado. Si seguís trabajando, podréis experimentar muchas más cosas.

Celeste asintió, contenta.

—¿Qué lugar es este? — preguntó Perseo.

—Son los restos de un mausoleo atlante.

—¡Oh! — exclamó Celeste.

Perseo también se quedó muy sorprendido y luego preguntó:

—¿Pero esto que estamos viendo es algo que está solo en el mundo astral o tiene también repercusión en el mundo físico?

Botan sonrió y le respondió:

—Muy pronto lo comprobaréis por vosotros mismos.

Los jóvenes se quedaron callados.

—Mientras tanto,— continuó Botan —seguid enseñando lo que sabéis a otros que os den señales de buscar algo más...

Celeste pensó en Pancracia y ese pensamiento le hizo distraerse, y tras eso, regresó rápidamente a su cuerpo físico...”

... y se despertó.

## Capítulo 29

El resto de la semana se fue desarrollando sin muchos cambios. Y el domingo, como habitualmente, Celeste y Perseo se fueron a las ruinas.

Al llegar, vieron que Botan no estaba allí.

Los dos se miraron sorprendidos.

—¿Y ahora qué hacemos? dijo Celeste

—Tal vez esté en la cabaña. —contestó Perseo.

—¡Sí, claro, puede ser!

Celeste miró con los prismáticos y en dirección hacia donde vieron la primera vez la cabaña.

—No está allí. — dijo la joven.

—¿Botan? —dijo Perseo.

—¡Ni Botan, ni la cabaña! — respondió Celeste.

Perseo se sonrió.

—¡No sé por qué ya no me extraña!

Celeste le miró y le preguntó:

—¿Qué hacemos, entonces?

Perseo se quedó pensativo y luego miró hacia la otra montaña, por la que otras veces Botan se había marchado.

—¿Y si investigamos un poco por ese lado? —propuso el joven.

Celeste sonrió y respondió entusiasmada:

—¡Vale!

Y de esta manera, los dos comenzaron a caminar en dirección hacia la montaña del otro lado. Estuvieron marchando hasta llegar a un bosque.

—¿Tú conoces esta zona? —preguntó ella a Perseo.

—No. Por aquí nunca he venido.

—¡No nos perderemos!, ¿verdad? —exclamó la joven

Perseo se sonrió y, mientras seguía subiendo la montaña a través del bosque, le contestó:

—Espero que no.

Celeste no se quedó muy conforme.

—¿No deberíamos dejar rastros?

—Seguramente sí. Pero nos arriesgaremos.

—Pero... ¿y si nos perdemos?

—Pues nada, nos quedaremos a vivir aquí en la montaña. — le dijo él, mirándola con una sonrisilla traviesa— ¿No te gusta la idea?

—¡No! ¡Claro que no me gusta!

—¡Vaya! ¡Y yo que pensé que te resultaría romántico!

Celeste le miró y luego le dijo:

—¡Déjate de bromitas! ¡Que ya me estoy empezando a preocupar!

Perseo se rio y se acercó a ella y la abrazó.

—¡Tranquila, tontona! Aunque nunca he venido por aquí, puedo orientarme. No te preocupes. Además, intuyo que vamos a encontrarnos con Botan muy pronto. Celeste suspiró aliviada.

—Lleva razón Perseo. — escucharon decir.

Los dos jóvenes miraron y vieron a Botan un poco más arriba, al lado de un enorme pino.

Perseo sonrió y Celeste se rio, contenta de verlo.

Botan les sonrió y les dijo:

—Venid hasta aquí. Quizás os suene este lugar.

Los dos jóvenes continuaron subiendo la montaña hasta Botan, y luego se quedaron asombrados con las vistas que se presentaban al otro lado. No solo se trataba del bellissimo paisaje que rodeaba a la montaña, sino que desde allí pudieron ver otros restos arqueológicos muy particulares, pues se trataba del mismo mausoleo atlante que noches anteriores Celeste había visto en su sueño.

—¡Oh! — exclamó la joven.

—¡Vaya, vaya! —exclamó a su vez Perseo, sonriéndose.

Botan también les sonrió.

—Venid conmigo. —les dijo.

Y Botan caminó hacia el mausoleo, seguido por los dos jóvenes.

Cuando se acercaron a la entrada, Celeste no pudo más y le dijo:

—O sea que entonces no era solo algo del astral, sino que también estaba en el mundo físico.

Botan sonrió y asintió.

—Yo lo que me pregunto es que siendo restos atlantes, — dijo Perseo — ¿cómo es posible que hayan durado tan bien hasta ahora?

Y Botan le respondió:

—Bueno, no debe extrañaros, tú mismo comentaste el otro día que en muchas partes del planeta quedan restos de civilizaciones anteriores, de Humanidades anteriores. Algunos de estos restos se han descubierto hace tiempo, otros se están descubriendo en la actualidad, y otros, se descubrirán más adelante. Muchos de estos descubrimientos pasan desapercibidos hasta que un día alguien los encuentra de manera digamos que casual...—

Perseo sonrió y asintió.

—¿Pero hay restos de alguien? —preguntó Celeste.

Botan sonrió, y sacando una vez más las linternas de su bolsa de tela, le dijo:

—Tomad y entremos y veamos.

Y se puso a caminar hacia el pasadizo que entraba al mausoleo.

Los dos jóvenes se miraron y luego le siguieron.

Cuando entraron, se quedaron atónitos, pues allí se veía una especie de entrada principal a la que daban tres estancias. En cada una de ellas se encontraba un sarcófago de unos seis metros de largo, por unos dos de ancho y por unos dos de alto. Pero todos los sarcófagos estaban abiertos.

Celeste estaba muy impresionada. Y acordándose del sueño, dio un salto para verificar si estaba en el mundo astral o en el físico. Y como no flotó, pudo darse cuenta de que esta vez no estaba en un sueño.

—¿Pero hay alguien dentro? —preguntó.

—No. Ya no. —contestó Botan. —Sin embargo, seguidme por aquí.

Y Botan salió del mausoleo seguido de los jóvenes.

Mientras se dirigía hacia la entrada de la muralla que rodeaba el mausoleo dejó que los jóvenes se pusieran a su lado y empezó a hablarles mientras continuaban marchando un poco más abajo pero hacia el lado contrario de donde habían venido.

—Aquí hubo restos en su momento, pero hace unos noventa años hubo alguien que los descubrió y una institución que se dedica a investigarlos se encargó de llevárselos. Sin embargo, no sabían que existían más restos en otros lugares cercanos.

Celeste miró muy impresionada a Perseo y este la miró a ella y le sonrió.

Entonces Botan se paró y cogió dos palos fuertes que había muy cerca y dándole uno de ellos a Perseo, le dijo:

—Ayúdame a levantar esta piedra.

Perseo obedeció, y entre los dos levantaron una piedra con forma plana que había entre otras muchas.

Lo que apareció debajo de la piedra dejó completamente asombrados a los dos jóvenes. Se trataba de restos de un cráneo de un humano gigante.

—El resto yace debajo de estas otras piedras. — explicó Botan —Pero no creo necesario abrir más.

Celeste estaba realmente atónita. Y volvió a dar el salto, preguntándose si estaría en el mundo astral o en el físico, pues aunque ya lo había probado antes, quiso volver a comprobarlo. Y Perseo hizo lo mismo.

Botan les sonrió y asintió.

—O sea que es verdad que los hombres y mujeres de las civilizaciones anteriores eran gigantes. —dijo Perseo.

—En realidad para ellos era la altura normal. —contestó Botan — Lo que ocurre es que cada raza posterior, los cuerpos físicos son cada vez más pequeños. —

—¿Entonces la raza que viene después de la actual, también serán más pequeños que somos ahora? preguntó Celeste.

—Así es.

Los dos se quedaron callados, reflexivos.

—¿Pero cuándo será eso? —preguntó Celeste.

—Como ya hablamos el otros día, —dijo Botan — la fecha exacta no os la puedo decir, pero sí podréis ver signos de que en la Humanidad va creciendo el egoísmo, la crueldad, los asesinatos, violaciones, abusos de todo tipo, etcétera. Que se está acabando con el planeta, y sus especies, tanto en la fauna como la flora. Conocéis el grado de contaminación del aire, y de los ríos y mares, la deforestación masiva de bosques, la extinción de muchos animales, etcétera. Y por otro lado, tenemos tiranos en muchos países, organizaciones gubernamentales que se dejan guiar por empresas privadas con grandes intereses que les pagan para que manipulen a los ciudadanos. Todo eso es a causa del fortalecimiento del ego, y no solo de eso, sino de gentes que trabajan por el mal y para el mal. Con intereses oscuros que buscan dormir más las conciencias de la Humanidad, y acabar con sus posibilidades para convertirse en verdaderos hombres y mujeres en el sentido más superior de la palabra. Hay muchos que no son conscientes de todo esto, pero también hay unos pocos que sí se dan cuenta del estado de sueño psicológico en que vive la Humanidad. Pero solo trabajando sobre sí mismos, con las técnicas que os he enseñado de auto—observación psicológica y de petición a vuestra Madre Divina para que elimine los defectos psicológicos que hayáis descubierto, podéis conseguir una transformación real, un cambio real.

Los dos jóvenes asintieron.

Botan les sonrió y les dijo:

—Bien, por hoy creo que es suficiente. Será mejor que regresemos.

Y emprendieron la marcha de regreso.

Celeste le comentó a Botan que tanto ella como Perseo habían estado enseñado muchas cosas a su tía, a Pancracia y a Romualdo. Y este le contestó:

—Una de las acciones que más ayudan a alguien que quiere despertar es precisamente el compartir las Enseñanzas que ha aprendido. Porque de esa manera la Enseñanza puede llegar a muchos y no se acaba. Así se forma una cadena de enseñanza. Es muy importante no ser egoístas y no guardarse para uno lo que aprende. Cuanto más damos, más recibimos. Otro día se os hablará del karma.

Poco después llegaron a las ruinas de siempre, y allí se separaron y Botan se fue por su lado, y ellos por otro.

Aquella noche Celeste volvió a tener otro sueño enigmático:

*“Estaba en la montaña del monolito. Muy cerca se encontraba Perseo, pero también había otras personas, algo alejadas de ellos y no lograba distinguir sus caras.*

*Encima de ellos, en el cielo, había varias naves extraterrestres paradas.*

*Aunque la joven las observaba sin ningún temor, de repente se dio cuenta de que eso no era algo muy corriente y se preguntó si estaría en el mundo astral o en el mundo físico.*

*Dio el salto para comprobarlo, y pudo verificar que se hallaba en el mundo astral.*

*Entonces recordó que Botan les había explicado que los Extraterrestres estaban visitando el planeta Tierra para ayudar a la Humanidad.*

*Pero eso le hizo acordarse de su familia y de que ellos no conocían las técnicas que ella estaba aprendiendo, lo cual le entristeció, pues al fin y al cabo, sus padres y sus hermanos eran sus seres más queridos.*

*Y al dejarse llevar por la pena, se le durmió la conciencia por la identificación, y olvidó que estaba en el mundo astral. Y continuó soñando con su familia.”.*

Cuando se despertó, al no moverse absolutamente nada, recordó toda la experiencia que había tenido y el sueño posterior. Y se lamentó de haberse dejado llevar por ese sentimiento de pena.

## Capítulo 30

—¿Te apetece venir conmigo hoy a comprar el pan? le preguntó Celeste a Pancracia cuando terminó de desayunar.

Pancracia la miró sorprendida, y luego repitió:

—¿Contigo? ¿A la panadería?

—Sí. ¿Por qué no? En cuanto venga Perseo a ayudarnos a levantarte, te ayudo a arreglarte y vamos juntas. ¿Qué te parece?

—Pero yo... voy a ser un estorbo.

—No sé por qué piensas eso. Será más divertido ir las dos juntas, que ir yo sola.

Pancracia se quedó pensativa y luego le dijo:

—Si se te está ocurriendo algo relacionado con Romualdo, quítatelo de la cabeza.

—No sé qué tiene que ver Romualdo con que vayas conmigo a la panadería.

Pancracia se rio.

—Celeste, puede que yo no sea demasiado lista, pero veo que dos y dos son cuatro. Y lo que yo te quiero decir es que no pienses que pueda haber nada entre Romualdo y yo. Aquello pasó hace mucho tiempo, y todo ha cambiado. Es verdad que él está siendo amable conmigo, pero es porque él es así. Además, él nunca se fijó en mí. ¿No ves que yo solo era la hermana pequeña de su amigo? Y por supuesto tampoco supo nunca lo que yo sentía por él. Y además, eso pasó ya hace muchos años. Yo todavía era muy niña, y ahora... pues ya soy una vieja.

—No digas tonterías. — le contestó Celeste, mientras le buscaba algo de ropa en el armario —Tú no eres una vieja. ¿Cuántos años tienes? ¿Treinta y cinco o treinta y seis?

—Tengo cuarenta y uno.

—Pues todavía eres joven. Así que no me vengas con discursos.

Pancracia se quedó mirándola pensativa.

Antonia entró en ese momento.

—Celeste,— dijo — te he hecho una lista con tres o cuatro cosas que quiero que te traigas de la tienda.

—Muy bien, tía. Pancracia va a venir conmigo hoy.

—¡Ah! — exclamó Antonia mirando a Pancracia— ¡Pues muy bien! ¡Me parece muy bien!

Pancracia se removió un poco y contestó:

—Pues a mí no me parece tan buena idea.

—¿Cómo que no? —dijo Antonia —Te va a venir estupendamente, porque aquí encerrada ni te da el sol, ni el aire, ni nada. Así te curarás antes.

—¡Pero si ya salgo por la tarde! — contestó Pancracia riéndose.

—¿Y eso qué tiene que ver? — replicó Antonia.

Pancracia se sorprendió por la respuesta y finalmente se rio.

—Está claro que os habéis puesto las dos de acuerdo. — dijo.

—Nada, nada. Que te ayude Celeste a arreglarte y vais las dos a los mandados.

—Está bien. —contestó dócilmente Pancracia.

Antonia miró a Celeste y sin que Pancracia la viera, le guiñó un ojo a su sobrina nieta.

Poco después llegó Perseo y la ayudó a levantarse. Celeste ya la había ayudado a arreglarse y las dos salieron acompañadas de Perseo a la calle.

Luego el joven se fue a la escuela y las otras dos se fueron en primer lugar a comprar el pan.

Cuando llegaron a la panadería, había varias mujeres, y entre ellas estaba Sinforosa, la madre de Perseo y cuñada de Pancracia.

Sinforosa se quedó sorprendida al verla, al igual que las otras mujeres.

—¡Vaya, cuñada! —exclamó Sinforosa —¡Esto sí que no me lo esperaba!

Pancracia, de primeras, se quedó mirándola callada, pero luego miró a Celeste y luego a Romualdo, el cual le sonrió, y después volvió a mirar a Sinforosa.

—Pues si te digo la verdad,— contestó Pancracia —yo tampoco me esperaba esta mañana verme aquí. Ha sido una decisión de última hora.

Sinforosa la miró muy pensativa y luego le contestó:

—En todo caso, te veo buen aspecto. A pesar de todo.

Pancracia se quedó de nuevo callada unos momentos y luego le respondió:

—Sí. La verdad es que me están cuidando todos mucho. Y gracias a la tía, a Celeste y a Perseo y a Bartolomé, — aquí se paró un poco y miró a Romualdo — y en fin, a todo el mundo, voy notando mejoría cada día.

Celeste se sonrió y miró con disimulo a Romualdo, el cual estaba también escuchando a Pancracia con una sonrisa, mientras liaba una barra de pan.

Sinforosa parecía estar sorprendida porque miraba todo el tiempo a Pancracia como si fuera la primera vez que la veía.

—Pues me alegro de tu mejoría. —contestó Sinforosa.

—Yo también me alegro. —dijo una de las mujeres.

—Y yo también. —dijo la otra.

Pancracia sonrió y contestó:

—Gracias. Sois todas muy amables.

Sinforosa miraba a Pancracia cada vez más sorprendida.

Celeste pensó: “Está totalmente asombrada del cambio de Pancracia. Y es que realmente Pancracia ha comprendido tan bien la necesidad de trabajar psicológicamente sobre ella misma, que se le nota ya en su forma de actuar y de hablar.”.

Luego Sinforosa miró a Celeste y le sonrió.

—También me alegro de verte a ti.

—Gracias. —contestó Celeste —Y yo a ti.

Luego las mujeres siguieron hablando con Pancracia, mientras el panadero les atendía una a una. Y cuando les llegó el turno a Celeste y a Pancracia, Romualdo le dijo a Pancracia, mientras les envolvía el pan:

—Ya ves, Pancri, que se han alegrado mucho todas de volver a verte. Y yo también me alegro de que te hayas decidido a salir también a los recados.

Pancracia se sonrojó un poco y contestó:

—Gracias.

Y luego mirando a Celeste, continuó:

—Aunque en realidad ha sido porque Celeste se ha empeñado, porque al principio no estaba yo muy segura de que fuera buena idea.

—Pues ha sido una muy buena idea. — contestó el panadero.

Pancracia le miró sonriendo durante unos momentos, y él también le miró sonriente. Pero entonces Pancracia se empezó a sonrojar de nuevo y bajó la cabeza.

Celeste, que se dio cuenta, salió en su ayuda, y le dijo al panadero:

—¡Ya me olvidaba! Dame una bolsa de pan rallado.

Él la cogió de la estantería y se la metió en la bolsa, junto con el pan y las magdalenas.

Cuando terminaron de comprar, aunque habían llegado nuevas clientas, el panadero le preguntó a Pancracia:

—¿Iréis esta tarde al paseo del Carcabeño?

Pancracia se quedó cortada y miró a Celeste.

—¡Claro! —respondió Celeste.

Pancracia miró a Romualdo y asintió con la cabeza, sin decir nada.

El panadero le sonrió y les dijo:

—Entonces nos veremos.

Pancracia se puso seria y asintió pero enseguida miró hacia otro lado. Entonces Celeste le sonrió al panadero, contestándole:

—Muy bien. Por allí estaremos.

Luego salieron de la panadería y Celeste le dijo a Pancracia:

—¿Estás bien? Me ha parecido que te has puesto muy seria cuando Romualdo ha dicho que nos veríamos esta tarde.

Pancracia se quedó callada, como reflexiva y luego contestó:

—Me he puesto un poco nerviosa.

Celeste se quedó sorprendida de primeras y luego sonrió.

—¿Lo ves? Todavía sientes algo por él.

Pancracia le miró y negó con la cabeza, pero luego le sonrió y le dijo:

—No quiero hacerme ilusiones. Es solo que él es amable. Sería una tonta si pienso otra cosa.

Celeste le sonrió y le respondió:

—Está bien. Dejemos que transcurran las cosas a su ritmo.

Pancracia asintió.

Aquella tarde, efectivamente se vieron en el paseillo del Carcabeño. Pero lo más sorprendente fue que se encontraron con Bartolomé y Sinforosa. Ellos sabían por Perseo que iban a ir por allí, y decidieron ir a su encuentro.

Como los padres de Perseo, y Romualdo se habían unido al grupo, el joven y Celeste aprovecharon para poder pasear solos y hablar de sus cosas, pues, salvo los domingos por las mañanas, no tenían nunca oportunidad de estar juntos sin nadie más.

## Capítulo 31

Por la noche, cuando Celeste ayudaba a Pancracia a acostarse, esta le dijo:

—Hemos pasado muy buena tarde, ¿verdad?

La joven le sonrió y asintió.

—Sí, es verdad.

De repente Pancracia se puso a llorar, y Celeste se quedó sorprendida.

—¿Qué te pasa? —exclamó — ¿Por qué lloras? ¿No has estado a gusto?

Y Pancracia, entre lloros, le respondió:

—¡Cuántos años he perdido inútilmente por haberme dejado llevar por yoes de culpabilidad, de rencor, de amargura, y de odio! ¡Y cuánto daño he hecho a mi familia y a todos los que me rodeaban! ¡Qué mal me he portado!

Celeste se emocionó al verla así, y la abrazó y le dijo:

—Todos cometemos errores. Todos tenemos yoes de todo tipo. A unos se les manifiestan de una forma, a otros de otra. Pero lo importante es que nos demos cuenta, y que seamos capaces de auto—observarnos y de localizar los diferentes defectos psicológicos que hay en nuestro interior, y luego pedirle a nuestra Madre Divina que haga el trabajo de desintegración de cada defecto que hayamos descubierto.

Pancracia, aún compungida, asintió y contestó:

—Yo lo estoy haciendo. Aunque muchas veces me olvido y me dejo llevar.

Pero estoy esforzándome porque realmente quiero un cambio interior total.

Celeste asintió sonriendo.

—Pues eso es lo importante.

Pancracia se fue calmando y entonces miró a la joven fijamente unos momentos y luego le preguntó:

—Celeste, ¿esto te lo enseñaron en la escuela de magisterio?

Esta se quedó callada unos momentos, buscando una respuesta que no le resultara rara.

Pancracia la miró expectante.

—En realidad... no. — respondió Celeste —No fue en magisterio. Fue alguien muy especial que no es como la mayoría de la gente.

—¡Claro! — contestó Pancracia —No debía serlo, si te enseñó a vivir de una manera diferente, no identificándose uno con las cosas de la vida.

Celeste asintió y le sonrió.

Pancracia también le sonrió y Celeste le dio un beso de buenas noches y luego se fue a su dormitorio.

Cuando Celeste se iba a acostar, le mandó un mensaje a Perseo para ver si dormía.

Y como el otro le contestó que no, ella le llamó.

—¿Ocurre algo? —le preguntó el joven.

La joven le contó que Pancracia le había preguntado sobre quién era el que les había hablado del trabajo interior.

—¿Tú crees que deberíamos de hablarles de Botan? —le preguntó.

Perseo se quedó callado unos momentos y luego le contestó:

—El problema es que cómo les explicamos que lo vemos cada domingo y que aparece y desaparece de la nada, y todo lo que nos ha explicado hasta ahora, que no es poco...

—Pues eso es lo que yo me digo. Pero es que por otro lado, tal vez deberíamos de hablarles de todo lo demás que sabemos.

Perseo volvió a quedarse callado.

—Escucha,— dijo tras unos segundos —¿y si lo consultamos con la almohada?

Celeste se rio.

—¿Con la almohada? —dijo.

—¡Es un decir, mujer! Quiero decir que ahora estamos demasiado cansados para reflexionar. Vamos a pedir ayuda esta noche antes de dormirnos a nuestro Padre interno, para que nos haga ver claro qué debemos hacer.

—¡Vale! —respondió Celeste —¡Eso haremos!

Luego se dijeron un par de frases cariñosas, y después colgaron.

Una vez acostada, Celeste cerró los ojos y se concentró en su Padre Interno y le pidió que le hiciese ver claro qué debía hacer.

Y así se fue durmiendo.

*“Estaba acostada en su cama y de repente escuchó a Pancracia que la llamaba. La joven se sorprendió y temiendo que algo le pasara, se levantó rápidamente y se dirigió al dormitorio de Pancracia. Pero antes de llegar, se la encontró en el pasillo de la casa.*

*Celeste se quedó sorprendida de verla de pie.*

*Pancracia parecía muy confusa y le dijo:*

*—Celeste, ¿qué me está pasando? ¿Cómo es que puedo andar? ¡No entiendo nada!*

*Entonces la joven se dio cuenta de lo que ocurría. Dio un salto y efectivamente pudo flotar.*

*Pancracia se quedó muy asombrada.*

*Celeste le sonrió y le dijo:*

*—No tengas miedo. Lo que pasa es que estamos en el mundo de los sueños. Nuestros cuerpos están durmiendo en nuestras camas, y nuestras almas están fuera del cuerpo en otra dimensión.*

*—¿Quieres decir que nos hemos muerto?*

*—No. Solo es que nuestros cuerpos físicos de carne y hueso están dormidos en la cama. Esto ocurre todas las noches, lo que pasa es que normalmente este proceso nos ocurre con nuestras conciencias dormidas. Lo que suele pasar es que mientras nuestro cuerpo físico descansa y se repara del día, nosotros nos salimos del cuerpo, pero normalmente proyectamos en esta dimensión nuestros deseos, frustraciones, miedos, etcétera, o sea son proyecciones del Ego, de los distintos Yoes, que van de una cosa a otra, y esas proyecciones no nos dejan darnos cuenta de que en realidad estamos fuera del cuerpo, en otra dimensión. Eso pasa todas las noches, cuando dormimos. Aunque a veces, tenemos la fortuna de despertar un poquito la conciencia dentro del sueño. Y eso es lo que nos ha pasado hoy a ti y a mí.*

*—¡Vaya! exclamó Pancracia — Pues no tenía ni idea de nada de esto.*

*Celeste le sonrió y asintió.*

*—La mayoría de la gente no se da cuenta de ello. —dijo.*

*Pancracia dio un salto y vio que podía flotar. Eso la ilusionó mucho, así que volvió a dar otro salto, y pudo desplazarse un poco flotando en el aire.*

*Luego se rio y dijo:*

*—¡Qué maravilla!*

*Celeste se rio también.*

*Entonces Pancracia le dijo:*

*—¡Lástima que con mi cuerpo no puedo andar todavía!*

*Y de pronto desapareció.*

*“¡Vaya!”, se dijo Celeste “Se ha acordado de su cuerpo y se ha visto atraída por él.”*

*Esa misma reflexión le llevó a querer ver su propio cuerpo, y se dirigió a su dormitorio. Efectivamente, allí estaba, arropado debajo de la manta.*

*Pero la joven no contó con que eso la iba a impresionar, y...”*

*Y se despertó.*

*“¡Vaya! ¡Qué tonta he sido!”, se dijo.*

*Pero luego se sonrió y pensó: “De todas formas ha sido una buena experiencia... Me pregunto si Pancracia recordará mañana algo de lo ocurrido.”*

## Capítulo 32

Cuando Celeste le llevaba el desayuno a Pancracia pensó: “Voy a esperar a ver si ella me dice algo. Si no me dice nada es que no recuerda lo que pasó.”

Cuando entró en el dormitorio, saludó como cada día a la enferma y dejó la bandeja en la mesita de noche, y fue a abrir la persiana para que entrara luz.

Luego se acercó de nuevo a Pancracia y la ayudó a sentarse para poder desayunar, mientras le preguntaba:

—¿Cómo has pasado la noche?

Pancracia la miraba muy fijamente y le contestó:

—Bien.

Celeste asintió, mientras pensaba: “No se acuerda de nada.”

Luego se sentó junto a la cama, para ayudarle a untar la mantequilla en el pan.

—Celeste, anoche soñé contigo.

La joven la miró y se sonrió.

—¿No quieres saber lo que soñé? —le dijo la enferma.

—Si me lo quieres contar...

—Soñé que me podía levantar y luego hablaba contigo.

Celeste asintió.

—Está bien. dijo —Ya que por lo visto te acuerdas, te diré que eso fue algo que ocurrió realmente.

Pancracia la miró muy fijamente y luego le preguntó:

—¿Quieres decir que lo que pasó fue real? ¿Qué yo estaba realmente fuera del cuerpo y que te vi, de verdad? ¿Qué no fue solo un sueño?

—Exactamente. Las dos nos desdoblamos, es decir, nos salimos del cuerpo de forma consciente y nos vimos.

Pancracia estaba realmente asombrada.

—¿Pero cómo es posible? Nunca había oído nada parecido.

Celeste sonrió y le pasó la tostada, para que comiera mientras ella le hablaba.

—Mira, existen diferentes dimensiones en la naturaleza. Todas se compenetran porque tienen un tipo de vibración diferente. Por ejemplo, nosotros vemos la televisión, ¿no? ¿Cómo llegan las imágenes desde donde se emiten hasta nuestro televisor? No las vemos, ¿no? O las ondas de radio. O las que nos permiten comunicarnos con nuestros teléfonos móviles, ¿no? Hay muchas cosas que nosotros no podemos captar con nuestros cinco sentidos, pero que existen. Fíjate que hay animales que pueden captar cosas que los humanos no podemos. Pero aunque no podamos captarlas con nuestros cinco sentidos, existen. Pues, como te decía, hay diferentes dimensiones en la naturaleza, lo que pasa es que son de vibraciones diferentes y eso permite que se puedan compenetrar unas con otras sin confundirse. Cuando nuestro cuerpo físico, que es este que utilizamos ahora mismo, se duerme en la cama, lo que somos nosotros realmente, nuestro... espíritu o nuestra alma, podríamos decir, se sale del cuerpo físico y se mueve en la quinta dimensión, en el mundo astral. Hay gente que se sabe salir a voluntad, pero la mayoría de las personas lo hace inconscientemente. Y somos inconscientes, porque lo que hacemos cuando nos desdoblamos es proyectar nuestros sueños en esa dimensión, de manera que parecen reales. Pero al no ser

conscientes, no nos damos cuenta de dónde estamos realmente. Es como alguien que está hipnotizado, que no ve la realidad, sino lo que el hipnotizador quiere que vea. En este caso, el hipnotizador o mejor dicho, los hipnotizadores son los distintos yoes. Y como son muchos, con diferentes intereses, uno nos hace proyectar una historia, pero al poco otro que no tiene nada que ver proyecta otra historia, y luego un tercero que tampoco tiene nada que ver con los otros, proyecta otra historia... Y así, se nos pasa la noche, con sueños que parecen surrealistas, pero es por eso, porque a cada momento un yo diferente proyecta sus propias fantasías, deseos, anhelos, miedos, venganzas, etcétera. ¿Comprendes?

Pancracia asintió.

—Sí, lo comprendo. —dijo, pensativa —El caso es que recuerdo que cuando era pequeña, muchas veces me veía volando en mis sueños. Era feliz entonces. Pero luego de mayor, no. Y creo que tienes razón, porque normalmente lo que sueño son cosas de las que me pasan durante el día.

—Claro. —dijo Celeste.

—La experiencia de anoche fue muy bonita. Me gustaría mucho poder repetirla. ¿Cómo podría hacerlo?

Celeste se quedó callada, pues realmente ella tampoco sabía cómo hacerlo.

—La verdad es que no lo sé. —dijo —Pero sí puedo enseñarte una técnica para reconocer si estás en el mundo astral o en el mundo físico.

—¡Sí, por favor! ¡Enséñamela!

Y así la joven le explicó la técnica de preguntarse cada vez que viera algo extraño o simplemente cada vez que quisiera verificar en qué dimensión se encontraba, si estaría en el mundo astral o en el físico. Y luego le enseñó la técnica de estirarse un dedo de la mano. Y aunque Pancracia no podía levantarse, también le explicó el truco del saltito, para que la supiera.

—Gracias, Celeste. Me interesa mucho esta práctica. Voy a llevarla a cabo.

Celeste le sonrió y asintió.

El día transcurrió muy parecido al día anterior, y también los siguientes días de la semana.

Por la tarde, se daban el paseo, bien junto al riachuelo “el Carcabeño”, bien por otras zonas del pueblo, bien por la carretera.

Bartolomé y Sinforosa se aficionaron a encontrarse con ellos cada tarde, y el panadero, también se les añadía un rato.

Y el sábado, Sinforosa decidió invitar a Pancracia, a Antonia y a Celeste a comer en su casa. Y por la tarde también les visitaron el hermano de Bartolomé y de Pancracia, con su mujer.

Así Celeste conoció a los otros tíos de Perseo, y todos pasaron una velada muy agradable.

Esa noche Pancracia se acostó realmente contenta, pues era la primera vez que su cuñada la invitaba a comer en su casa, y no solo eso, sino que se habían juntado los tres hermanos por primera vez desde hacía muchos años.

## Capítulo 33

Otro domingo llegó, y de nuevo los dos jóvenes se fueron muy contentos hacia las ruinas.

Conforme se acercaban, vieron que Botan no estaba allí.

—Me pregunto dónde le encontraremos hoy. —dijo Celeste.

Perseo se sonrió y contestó:

—Vamos a ver.

Cuando llegaron hasta las ruinas, miraron con los prismáticos hacia la cabaña, y aunque esta sí estaba, no había rastros de él.

Luego miraron hacia la otra montaña que conducía al mausoleo, y tampoco le vieron.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo Celeste.

Perseo suspiró y respondió:

—No sé qué decirte.

La joven echó otro vistazo con los prismáticos, pero Botan no se veía por ningún lado.

Luego miró hacia adelante y quiso volver a mirar el precipicio con los prismáticos, porque aunque ya lo había mirado otras veces, seguía llamándole mucho la atención. Así que dio un rodeo a la construcción para poder mirar de nuevo.

—¿Dónde vas? — le preguntó Perseo.

—Voy a mirar el precipicio. —

—¿Crees que va a estar ahí?

—No creo. Lo que pasa es que quiero mirar si hay alguna forma de bajar.

Perseo se sonrió.

—Siempre estás con eso. —le contestó siguiéndola —¡Mira que eres cabezota! Pero ya que te empeñas, espérame, que esa zona es peligrosa y no quiero arriesgarme a que te caigas. Que me ha costado muchos años encontrarte.

Celeste se rio y le contestó:

—¡Qué tonto eres!

El joven la alcanzó, y los dos juntos fueron andando despacito entre las rocas bajando la montaña. —

—Coged la senda que hay a la derecha. —escucharon decir un poco más abajo.

Los dos miraron en dirección a la voz y vieron a Botan, sentado tranquilamente sobre una gran roca.

Celeste se puso muy contenta, y Perseo se rio.

Botan les sonrió y les dijo:

—No tengáis miedo, solo sed cautos.

Los dos jóvenes siguieron aquella senda que hasta que Botan no se lo dijo, no la habían visto, y enseguida llegaron a donde estaba él.

Entonces vieron que debajo de las ruinas quedaban también restos arqueológicos, de la misma naturaleza y antigüedad, de una población entera.

Y desde allí abajo, separándose un poco, miraron hacia las ruinas que quedaban arriba, y los dos se quedaron asombrados de ver una perspectiva tan bella y enigmática a la vez.

—¿Entonces esto era todo un pueblo? — preguntó Perseo.

—Aquí hubo una gran ciudad. Esto que veis, es solo una ínfima parte de aquella ciudad, que el tiempo ha ido enterrando y ocultando.

Los dos jóvenes se quedaron callados de la impresión.

Botan les sonrió y les dijo:

—Bueno, ahora dejemos un poco aparte la historia, y pongámonos con la práctica. Hoy quiero enseñaros a desdoblaros conscientemente en astral. Que aprendáis a salir del cuerpo físico a voluntad.

Los jóvenes se sentaron cerca de él, muy contentos.

—Como ya os expliqué anteriormente, todos nos salimos del cuerpo cuando este duerme. En principio, basta con que aprendáis a vigilar vuestro sueño. Es decir, que cuando os acostéis, cojáis una postura cómoda, de manera que no tengáis que estar cambiando de posición al poco tiempo. Luego pediréis ayuda a vuestro Ser interno, para salir conscientemente del cuerpo. Luego, relajados, os concentráis en observar cómo va viniendo el sueño a vosotros. Sin moveros, observad vuestros pensamientos. Poco a poco iréis viendo que ya no son solo pensamientos los que surgen en vuestra mente, sino que también escucháis voces que vienen de vuestro interior. Voces conocidas y también desconocidas. Seguí concentrados, y también empezaráis a ver imágenes en vuestra mente. Incluso podréis escuchar vuestra respiración como algo más lejana. Cuando sintáis que estáis entre dormidos y despiertos, y notéis como una vibración en el cuerpo, sin pensarlo más, levantaos de la cama. Una vez que os levantéis, dad un salto para comprobar si os habéis desdoblado. Si flotáis, ya sabéis que estáis fuera del cuerpo, si no flotáis, es que os habéis levantado con el cuerpo físico.

Los jóvenes asintieron.

—Una vez que os hayáis desdoblado,— continuó Botan — pedid a vuestro Padre Interno o a vuestra Madre Divina que os lleven a donde tengáis que aprender. Tened en cuenta que es muy importante practicar la técnica de auto—observación y recuerdo de sí mismos durante el día, para ir fortaleciendo la conciencia que tenéis despierta y por supuesto trabajar con la eliminación de los defectos para ir recuperando más conciencia. Cuanta más conciencia tengáis en el mundo físico, más conciencia tendréis en el astral. Si durante el día estáis identificados con todo lo que os ocurre, en el sueño también notaréis los resultados de forma negativa, es decir que estaréis soñando todo el tiempo. Y eso es una verdadera pena, que pudiendo estar despiertos, se esté soñando.

—Pero Botan,— dijo Celeste — ¿qué nos puede decir de los sueños que hemos tenido con usted en los que veíamos el pasado de la Tierra? ¿U otros sueños en los que éramos conscientes? ¿Por qué ahí sí estábamos conscientes?

—A veces nuestro Ser puede darnos un regalo para incentivar nuestras conciencias hacia el Trabajo interior. Eso os ha pasado a vosotros, y también le sucedió el otro día a Pancracia. Fue un regalo, una experiencia que le regalaron para que tuviese más fe, y debido al esfuerzo que está haciendo para cambiar su vida.

Celeste sonrió muy contenta. Perseo, que no sabía nada, la miró sorprendido, pero no dijo nada.

—Precisamente, a propósito de eso,— dijo Celeste —como estamos explicando muchas de las cosas que estamos aprendiendo con usted, nos gustaría saber si podemos hablarle a otras personas de usted.

Botan sonrió y les contestó:

—No hay problema. Podéis hacerlo, si así lo sentís.

Entonces intervino Perseo:

—Pero en realidad, ¿quién es usted?

Botan sonrió.

—Yo solo soy uno más de la Cadena. Cuando alguien aprende algo del gran Conocimiento que es el Conocimiento de sí mismo y, como consecuencia, el Conocimiento del Universo y de los Dioses, debe cumplir el deber de enseñar a otros lo que sabe. El que sabe un poco, enseñará lo poco que sabe. El que sepa más, enseñará más. Y de esa forma se crea esa gran Cadena en la que el Conocimiento no se pierde porque pasa de unos a otros. Fijaos que cuando os hablo de Conocimiento, no me estoy refiriendo a conocimientos intelectuales, sino Conocimiento con mayúsculas que se basa en la experiencia. Por eso, si vosotros enseñáis lo que sabéis, estáis formando parte de esa Cadena. ¿Comprendéis?

Los dos jóvenes asintieron.

Botan sonrió y les dijo:

—Y ahora id y compartid lo que sabéis.

Celeste asintió y Perseo contestó:

—Así haremos.

Botan se levantó, se despidió y se marchó por entre las piedras de las ruinas.

Celeste suspiró y Perseo le sonrió y le dijo:

—¿No te parece que somos afortunados?

—Sí. Creo que somos muy afortunados. —contestó ella.

## Capítulo 34

La semana siguiente transcurrió muy tranquila, y parecida a días anteriores.

Sin embargo Celeste les habló a su tía Antonia y a Pancracia sobre el desdoblamiento astral, y cómo hacerlo.

Las dos mujeres parecieron muy entusiasmadas con ese tema y dijeron que iban a ponerlo en práctica.

También Perseo se lo explicó a Romualdo uno de los días en que se unió al grupo durante los paseos que daban por la tarde. Y por otro lado, hizo algunos comentarios a sus padres, pero a estos no parecía llamarles la atención esos temas, así que aunque al joven le hubiera gustado compartir con ellos todo lo que estaba aprendiendo, respetó que no les interesara.

Celeste estaba muy animada con las últimas explicaciones de Botan, y cada noche ponía en práctica lo que les habían enseñado.

La primera noche tuvo pequeños resultados, lo cual le incentivó a no dejar de seguir practicando cada noche. La segunda noche, también logró desdoblarse conscientemente. Pero las siguientes, su mente no paraba pensando en contratiempos o en algo que le había dicho alguien, u otro tipo de pensamientos, y no lo consiguió.

Y así, llegó el fin de semana.

El sábado por la noche Celeste tuvo un sueño:

*“Estaba con Perseo en las ruinas y Botan se acercó a ellos y les dijo:*

*—Chicos, ha surgido algo y no voy a poder estar con vosotros durante un tiempo.*

*Los dos jóvenes manifestaron su desilusión.*

*—¡Oh, vaya! —exclamó Celeste.*

*Botan sonrió.*

*Perseo dijo:*

*—Echaremos de menos sus explicaciones, pero comprendemos que tenga otras misiones. En todo caso, le agradecemos infinitamente todo lo que nos ha enseñado.*

*—¡Sí, claro! dijo Celeste —¡Por supuesto que se lo agradecemos! ¡Perdone por mi comentario anterior! ¡Usted nos ha enseñado muchas cosas que nos han cambiado la vida!*

*Botan le sonrió y les respondió:*

*—Y aún os queda por aprender mucho. Y aprenderéis, si vosotros así lo queréis. Pues no estaréis solos. Por lo pronto, seguid practicando todo lo que sabéis, y seguiréis recibiendo ayuda.*

*Los dos jóvenes asintieron.*

*—Pero entonces, ¿volveremos a encontrarnos? preguntó Celeste.*

*—Depende de vosotros. —contestó enigmáticamente Botan.*

*Los dos jóvenes se quedaron callados, y Celeste se dijo: “Espero que sí.”*

Y ahí se acabó el sueño, pues Celeste se despertó.

La joven se dijo: “¿Sería eso un simple sueño, o fue real? ¡Oh, espero que solo fuera un sueño! ¡Tengo todavía tantas preguntas sobre tantas cosas!”.

La joven se sintió triste por aquel sueño. Pero enseguida se dio cuenta de que estaba dejándose llevar por un Yo de apego a Botan, y pidió a su Madre Divina que lo eliminara. Pero aún conservaba la esperanza de que solo se tratara de un sueño simbólico.

Por la mañana Perseo fue a buscarla a la hora de siempre.

Ella no le dijo nada acerca del sueño, pues antes que nada él ayudó a Pancracia a levantarse y la llevó al comedor. Y además Antonia también estaba con ellos.

Y después de intercambiar algunas palabras con sus tías, Perseo le dijo a Celeste:

—¿Nos vamos?

Ella asintió, mientras en su interior se dijo: “Si él no ha tenido ese sueño, es que solo fue algo simbólico para mí. Así que no le diré nada.”

Pero cuando se metieron en el coche, Perseo iba silencioso y entonces Celeste empezó a sospechar que posiblemente no era la única que había tenido aquel sueño con Botan.

—Perseo, ¿te pasa algo? Estás muy silencioso. ¿Te preocupa algo?

El joven la miró un momento y luego siguió mirando hacia la carretera.

—No sé si encontraremos a Botan hoy. —dijo.

Celeste asintió.

—O sea que tú también has tenido ese sueño. O esa experiencia.

Perseo la volvió a mirar unos momentos y luego, mirando de nuevo la carretera, contestó:

—Ya veo que no ha sido un simple sueño, cuando sabes de lo que te hablo.

Celeste asintió y exclamó:

—Yo también confiaba en que no fuera verdad.

Perseo se quedó callado.

—¡Y yo que tenía un montón de cosas que preguntarle! exclamó Celeste.

El joven se sonrió.

—Ya. —dijo — Yo también.

—¿Y entonces qué hacemos? preguntó ella.

—Bueno, si te parece bien, iremos a las ruinas y veremos si está o no. Si no lo encontramos, querrá decir que el sueño era real.

—Sí, claro. — contestó ella.

Y efectivamente, no estaba en las ruinas.

—Tal vez esté en la cabaña. —dijo Celeste, aún esperanzada.

Perseo miró con los prismáticos, y luego contestó:

—Me temo que la cabaña tampoco está.

—¡Oh, vaya!

Los dos jóvenes se miraron y Celeste dijo:

—¿Y ahora qué hacemos?

Perseo se quedó cabizbajo y pensativo unos momentos y luego la miró, le sonrió y le contestó:

—Pues démonos un paseo por los alrededores, y disfrutemos de la naturaleza.

Celeste sonrió y le dijo:

—¿Un paseo romántico?

Él se rio.

—¡Claro! ¡Ya nos tocaba!, ¿no?

Ella se rio, y asintió.

Y de esa manera, estuvieron paseando por los alrededores.

—Lo que muchas veces me cuesta es concentrarme. —dijo Celeste —Me pongo a hacer el desdoblamiento, pero se me va la mente con tonterías, con conversaciones, o con cosas que han pasado durante el día, y así no hay manera. Me gustaría haberle preguntado a Botan qué podía hacer para concentrarme mejor.

—Ya. Eso también me pasa a mí. ¡En fin! Supongo que habrá que esforzarse más. —

Y así, hablando de todas las cosas que habían aprendido con Botan y que les habían servido tanto a ellos, como a sus tías y a Romualdo, se les hizo la hora de volver y regresaron a casa.

## Capítulo 35

Al día siguiente, Celeste volvió a ir a la panadería con Pancracia.

Cuando entraron, se encontraron a la mujer de Venancio, uno de los primos del padre de Celeste.

—Hola, Celeste. Hola, Pancracia. —saludó amablemente la mujer.

—¡Hola Petra! — saludaron ellas.

Luego Petra se interesó por el estado de mejoría de Pancracia. Está le agradeció el interés, y le dijo que iba notando la mejoría.

—Me alegro mucho. —dijo Petra.

En ese momento entró otra mujer de unos treinta y cinco años, que Celeste nunca había visto antes.

La mujer saludó a todos:

—Buenos días. —dijo.

Todos respondieron.

Petra la miró un poco, pero luego se volvió a dirigir a Pancracia:

—¿Estás yendo a revisiones?

—No. —dijo Pancracia —De momento no tengo que ir hasta pasados al menos cuarenta días desde que me pusieron la escayola.

Petra le contestó:

—Pues seguramente la próxima vez que vayas te encontrarás al nuevo médico.

Pancracia se sorprendió.

—¿Hay un nuevo médico? ¿No está Don Fructuoso?

—No. Por lo visto se ha ido de vacaciones varias semanas, con su esposa.

—¡Ah! ¡Pues no, no sabíamos nada! —contestó Pancracia.

Romualdo, que había estado escuchando la conversación, le dijo:

—Se lo tiene bien merecido. No recuerdo cuándo fue la última vez que el doctor tuvo algún descanso. Siempre ha estado ahí cuando se le ha necesitado, y siempre tan amable con todos.

—Sí, es verdad. —dijo Pancracia, pensativa.

Y Petra asintió.

Celeste, como no había llegado a conocerlo, no dijo nada, pero le dio por mirar a la mujer que había entrado y esta le miró a ella y le sonrió. Y Celeste, al verla sonreírle, también le sonrió.

—¿Pero cuándo se han ido? —inquirió Pancracia, refiriéndose al médico.

—Ayer. —contestó Petra.

—¿Y cuándo viene el nuevo médico? —preguntó Romualdo.

—Ya está aquí. —dijo la mujer.

Todos la miraron sorprendidos.

La mujer sonrió.

—¡Ah! —exclamó Petra —¡No me diga que usted es la mujer del nuevo médico!

—No. —respondió la mujer —En realidad, soy la nueva médica.

Todos se quedaron mirándola sorprendidos, salvo Celeste que empezó a reírse.

—¡Ah, bueno! —dijo Petra —Perdone, pero no se nos había ocurrido que sería una doctora la que vendría, porque llevamos tantos años acostumbrados a un doctor...

La mujer le contestó sonriendo:

—Lo entiendo. No os preocupéis por eso.

Pero ya Petra se quedó algo más cortada, y como Romualdo le había dado todo lo que quería, acabó definitivamente la conversación, pagó al panadero, se despidió y se fue.

Ya era el turno de Celeste, pero por amabilidad le dijo a la doctora:

—Quizás tenga usted prisa. Si quiere, pida, que a nosotras no nos importa esperar un poco.

La mujer sonrió y le dijo:

—Eres muy amable. Sin embargo, no tengo ninguna prisa. He venido a lo que he venido, y a hacer lo que tengo que hacer, en su momento.

Celeste la miró sorprendida, mientras pensaba: “¿Qué galimatías me está diciendo?”.

Pancracia y Romualdo, también la miraron con extrañeza, pero no dijeron nada.

—Bueno,— dijo la joven, dirigiéndose al panadero — pues entonces danos dos barras y una bolsita de harina.

Mientras él les servía, la doctora le dijo a Pancracia:

—Si necesitas alguna cosa, no dudes en venir a la consulta.

Luego le tomó el pulso y después le miró el iris. Y a continuación le dijo:

—Vas muy bien. Pronto estarás como nueva.

Pancracia sonrió agradecida y le contestó:

—Gracias, doctora.

Celeste estuvo observando todo el tiempo a la doctora mientras miraba a Pancracia, y luego le dio también las gracias por interesarse espontáneamente por Pancracia.

Cuando pagó al panadero, este les preguntó, como solía hacer últimamente, por dónde pasearían esa tarde. Y Celeste le dijo que como el día anterior habían estado en el paseo del Carcabeño, seguramente darían un paseo por la carretera en dirección hacia el puente de los Tilos.

—Entonces nos veremos. —dijo Romualdo, mirando a Celeste y luego a Pancracia.

Las dos asintieron y Celeste le dio la compra a Pancracia y empezó a girar la silla de ruedas para salir, y al mirar a la doctora, le dijo:

—Sea usted bienvenida a Rocangosta.

Y Pancracia añadió:

—Y gracias.

La doctora sonrió y asintió.

Luego Celeste y Pancracia salieron de la panadería y se fueron en dirección a la carnicería.

—¡Vaya sorpresa! — exclamó Pancracia —¡Y vaya corte!

Celeste sonrió.

—¿Por qué? Dijo ella — ¿Porque supusisteis que el nuevo doctor sería un hombre?

—Pues sí. ¿Tú no lo supusiste también?

—No, yo no supuse nada. Ten en cuenta que ni yo conocía al doctor de siempre, y por otro lado, yo misma tengo algunas amigas que son médicas. Para mí es algo normal.

—Claro. —contestó Pancracia, pensativa —Es que la vida en una gran ciudad debe de ser tan diferente a la de un pueblo pequeño como este...

—Es diferente, sí. Pero no mejor. Tiene sus ventajas, pero también tiene sus desventajas. La vida en el pueblo es mucho más tranquila, familiar y más sana, entre otras ventajas. En todo caso a mí me encanta estar en Rocangosta.

—¿De verdad? ¿Pero no echas de menos a tu familia?

—Bueno, eso sí. Aunque no estoy triste ni nada de eso, pero me acuerdo de ellos a menudo. Además tenemos una aplicación en el teléfono móvil de mensajería instantánea, y mi familia y yo estamos en contacto diario, aparte que ya sabes que hablamos por teléfono también de vez en cuando.

—Ah, ya. —respondió Pancracia —Yo, como hasta ahora no he tenido amigos, ni me he llevado demasiado bien con mis hermanos...

Celeste le sonrió y le dijo:

—Pero todo eso ha cambiado.

Pancracia sonrió y asintió:

—Sí. Gracias a ti.

—No. Gracias a Dios.

Pancracia se quedó pensativa un momento y luego asintió.

—Gracias a Dios, sí.

## Capítulo 36

A la salida del pueblo, horas más tarde, se encontraron la comitiva compuesta por Celeste, Perseo, Pancracia y Antonia, con Romualdo, que los esperaba sentado en el banco del olmo viejo.

Los cinco emprendieron la marcha en dirección hacia el puente, y Romualdo le dijo a Perseo:

—Déjame empujar yo la silla de Pancracia, y ve con Celeste.

—De acuerdo. —contestó Perseo.

Pancracia le miró sorprendida, y luego miró a Celeste.

Esta le sonrió, pero como Pancracia puso cara de susto. La joven no pudo evitar tener que reprimirse las ganas de reír.

Pero Romualdo se dio cuenta y le dijo a Pancracia riéndose:

—¿Qué pasa? ¿No te fías de mí o qué?

Pancracia le miró algo cortada y le contestó:

—Sí, sí. Sí me fío.

Romualdo y Perseo se rieron.

—Lo que pasa Romualdo,— dijo Perseo, entre risas —es que yo soy su sobrino preferido y quizás no le guste mucho que tú le empujes.

—¡Ah, con que es eso! — contestó Romualdo, riéndose — ¡Yo pensaba que utilizabas una técnica de conducción que no todo el mundo conoce!

—¡Bueno, eso también! —respondió Perseo.

Celeste y Antonia se rieron, pero Pancracia aún estaba muy cortada.

Romualdo se dio cuenta y entonces le dijo a Perseo:

—Anda, mejor llévala tú.

Perseo le miró y luego miró a su tía.

Pero Pancracia reaccionó y le dijo a Romualdo:

—No. Perdona, soy una tonta. Deja a Perseo que vaya con Celeste. Es solo que me ha sorprendido que quisieras llevarme.

—¿Por qué? —preguntó Romualdo.

Celeste pensó para sus adentros: “Porque está enamorada de ti, y teme enamorarse más aún.”

Pancracia se encogió de hombros y luego contestó:

—Porque como siempre he sido tan antipática contigo, pensé que no...

Romualdo sonrió.

—Pancri, te conozco desde que naciste. Te he visto crecer, y he sido testigo de muchas cosas que tú has vivido. ¿Crees que no sé el origen de lo que provocó un cambio en ti?

Pancracia lo miró sorprendida y luego bajó la cabeza.

—No te preocupes por eso. —continuó Romualdo — Gracias a los chicos, tanto tú, como tu tía y yo, conocemos muchas cosas que explican el origen de nuestros sufrimientos, y también cómo acabar con ellos.

Pancracia asintió y emitió una tímida sonrisa.

Romualdo le sonrió y todos los demás también.

Y de esta manera, Perseo y Celeste pudieron caminar juntos un poco más rápido, mientras dejaban a sus tías con Romualdo.

Después del segundo kilómetro, había una roca junto a un pequeño camino de tierra que se desviaba de la carretera, y que se dirigía hacia un bosque de la parte baja de la montaña. Cuando los jóvenes se fueron acercando, vieron desde lejos que había alguien sentado en la roca.

No se veía todavía bien quién era, pero Celeste sintió un golpe en el corazón, pues le recordó a Botan sentado en la piedra cúbica.

Miró a Perseo y este la miró a ella, con cara de asombro, y le dijo:

—No puede ser Botan.

—No. —contestó la joven —No creo. Pero por un momento lo he pensado.

—Yo también. —dijo él —Pero... dijo que estaría fuera un tiempo.

—Sí. —respondió Celeste —Aunque también dijo que no estaríamos solos y que seguiríamos recibiendo ayuda.

—Sí, —dijo la joven— también lo he pensado.

Aunque estaban convencidos de que no era Botan, Celeste aún tenía el corazón acelerado del nerviosismo.

“¿Quién será?”, se preguntó.

Perseo se quedó callado.

Pero conforme se iban acercando, Celeste la reconoció:

—¡Ah! ¡Es la doctora!

—¿La doctora? repitió Perseo —¿Qué doctora?

—Pues la nueva. Se ve que el doctor de siempre se ha cogido unas vacaciones, y ella es la sustituta. La hemos conocido Pancracia y yo esta mañana. Es muy amable.

—¡Ah! —respondió Perseo, algo defraudado.

La doctora les sonrió a medida que ellos se iban acercando.

Celeste también le sonrió y le gritó:

—¡Buenas tardes, doctora!

—Buenas tardes. —dijo también Perseo.

—Buenas tardes, chicos. —contestó ella, levantándose.

Y antes de que Celeste le presentara a Perseo, la doctora les dijo:

—¿Os habéis dado cuenta de que la mente es algo que no es fácil de controlar?

Los jóvenes se quedaron asombrados por esas palabras, y se miraron entre ellos.

La doctora sonrió y les dijo:

—Si queréis que os salgan bien las prácticas que hagáis, tenéis que adiestrar vuestra mente, o mejor debería decir vuestras mentes, ya que cada Yo tiene su propia mente. Y al Ego no le interesan las prácticas que sirven para el despertar de la conciencia.

Celeste y Perseo le escucharon con atención y luego comenzaron a reír de alegría.

—¡Así que es usted quien nos anunció Botan! —exclamó Perseo.

La doctora volvió a sonreír y les dijo:

—Para formar parte de la Cadena de seres que trabajan por el Despertar de la conciencia y que luego quieren enseñar a otros, tendréis que seguir Trabajando fuertemente sobre vosotros mismos, pero aún os hace falta más información que os ayude a conseguirlo. Mirad, para desarrollar la concentración, es necesario que os

tracéis una disciplina durante el día. Al igual que para ayudaros a despertar conciencia en el astral os hacéis la pregunta durante el día de si estaréis en el astral o en el físico cada vez que veáis algo extraño o simplemente cuando se os ocurra preguntároslo, para ayudaros a concentraros mejor cuando queréis hacer el desdoblamiento astral, también es muy útil que durante el día os acostumbréis a concentraros en lo que estéis haciendo, y no dejar la mente suelta. Es decir, si estáis trabajando, estad concentrados en vuestro trabajo, sea el que sea. Si estáis caminando hacia algún lugar, solo caminad en estado de alerta interior, no fantaseando o haciendo proyectos, o recordando algo. Puede ayudaros el planearos el día con todas las cosas que tengáis que hacer, y dedicar a cada actividad su tiempo, y concentrados en esa actividad y no en recuerdos del pasado o proyectos del futuro. De esa manera, una mente disciplinada durante el día, será más fácil de controlar cuando queremos concentrarnos para hacer un desdoblamiento astral, por ejemplo. Digo por ejemplo, porque hay otras prácticas que sirven para el despertar de la conciencia, como son la meditación, o el trabajo con las energías internas. Pero de esos trabajos, os hablaré otro día.

—¿Pero si estamos con otras personas? preguntó Celeste —¿Cómo hacemos? Porque por ejemplo, en una conversación, ¿cómo nos concentramos?

—Bueno, ahí lo que tiene uno que hacer es recordar a su Ser interno, y estar en alerta novedad, en autoobservación de sí mismo. Auto-observando los distintos defectos psicológicos que surjan. Lo que pasa es que cuando estamos solos, estamos solos en apariencia, porque normalmente estamos muy mal acompañados por nuestros defectos psicológicos, que no paran de hablar, opinar, criticar, temer, desear, recordar, etcétera. Es por eso que cuando estamos solos también debemos estar alertas, y concentrados en la actividad que estemos haciendo. ¿Comprendéis?

Los jóvenes asintieron.

—Bien,— dijo la doctora — por ahora lo dejaremos aquí, pues debéis regresar, ya que vuestra familia os espera.

Los jóvenes asintieron y le dieron las gracias.

—¿Cómo le podemos llamar? preguntó Perseo.

—Mi nombre es Frella. Aunque en el pueblo me conocen por Doctora Angelina.

Perseo y Celeste asintieron.

Y Celeste no pudo aguantarse el decirle:

—Estamos muy contentos de que esté aquí. Muchas gracias por venir.

—Sí, muchas gracias. — reafirmó Perseo.

Frella les sonrió y les dijo:

—Si os parece bien, podemos seguir hablando el próximo domingo.

—¿Aquí? — preguntó Perseo.

—Podemos quedar aquí, sí.

—De acuerdo. —respondió el joven, contento.

Celeste sonrió y dijo:

—De todas formas, puede que nos veamos por el pueblo, ¿no?

—Puede, sí. —contestó la mujer, sonriéndole.

Y los jóvenes regresaron hacia el pueblo, en busca de su familia. Y por cierto que regresaban muy contentos...

Por la noche, cuando Celeste iba a darle las buenas noches a Pancracia, le preguntó:

—¿Te lo has pasado bien esta tarde?

Ella le miró pensativa y luego le contestó:

—Sé lo que estás pensando, pero no te hagas ideas falsas. Es que él es así. Siempre lo ha sido.

Celeste se rio.

—Está bien. No te voy a insistir. El tiempo dirá.

Pancracia sonrió y negó.

—No te empeñes. No le conoces bien, y por eso te imaginas cosas que no son. Pero no me importa. Me conformo con lo que hay, y ya es mucho.

Celeste asintió y le dio las buenas noches y se fue a acostarse.

## Capítulo 37

El resto de la semana fue pasando de manera muy tranquila. Celeste procuró llevar a cabo todo lo que pudo las recomendaciones que les había dado Frella de mantenerse atentos en cada momento, y de concentrarse en cada actividad que hicieran.

Y así se lo enseñaron Perseo y ella a Pancracia, a Antonia y a Romualdo.

Por las tardes los paseos continuaron, y el panadero ya se reunía cada día con ellos, y a veces también Bartolomé y Sinforosa. Y de esta manera, los jóvenes también podían ir aparte hablando de sus cosas, y conociéndose más.

El viernes por la noche, mientras cenaban, Antonia les comentó a sus sobrinas:

—¡Qué amable es Romualdo! ¡Y qué bellísima persona es! ¿No os parece?

Pancracia le miró sorprendida y Celeste le contestó:

—Sí, tía. Así es.

Antonia se quedó pensativa y luego dijo:

—Lo que me parece raro es que no se haya casado. No me lo explico, porque no solo es una buena persona, sino que también es bastante majo. A no ser que sea uno de esos que no les gusta casarse porque les parece que pierden la libertad. Seguro que más de una de las del pueblo tendrá el corazón roto por él. ¿No creéis?

Pancracia miró a Celeste y ella le sonrió y luego le dijo a su tía:

—Puede ser.

Antonia se quedó pensativa mirando a Pancracia y le dijo:

—El caso es que a mí me parece que te aprecia bastante.

Pancracia se puso nerviosa y luego contestó:

—No es eso. Es que como tú bien has dicho, es muy amable.

—Sí, pero creo que te tiene cariño, seguramente porque eres la hermana de su mejor amigo. Además, me he dado cuenta de que él siempre te llama con el diminutivo cariñoso de tu familia.

Pancracia se quedó sorprendida, pensativa, y luego respondió:

—Pero eso es porque está acostumbrado desde que yo era pequeña a la forma en que me llamaban mis hermanos.

Antonia asintió.

—Sí, claro.

Luego se quedó pensativa, mientras Celeste miraba a Pancracia, y esta la miraba a ella con cara de alivio, como un chiquillo que se libra de que los mayores se enteren de la trastada que ha hecho.

Celeste tuvo que aguantarse la risa para no delatarla.

Pero entonces Antonia dijo:

—¿Y si le invitamos mañana a comer?

Las otras dos la miraron sorprendidas, y Celeste le contestó:

—¡Buena idea! ¡Me parece estupendo!

Pancracia se quedó callada y volvió a mirar a Celeste.

—¿Estás de acuerdo tú también, Pancracia? le preguntó su tía.

—Pues... lo que digáis me parece bien.

Antonia se quedó mirándola unos momentos y luego dijo:

—Muy bien. Voy a llamarle por teléfono y se lo voy a decir.

Y se levantó para llamarle desde el viejo teléfono que tenía enganchado en el aparador.

Celeste miró a Pancracia, que se veía nerviosa, y le sonrió y le puso una mano sobre una de Pancracia y le dijo:

—¡Tranquila! Solo viene a comer, eso es todo. Además, también estará Perseo, como cada sábado.

Pancracia asintió, conforme.

Y el sábado a mediodía, llegaron Perseo y Romualdo juntos, muy contentos.

Tanto Celeste, como Pancracia desde su silla de ruedas, habían ayudado en la preparación de la comida a Antonia.

Y tanto Perseo como Romualdo alabaron a las cocineras, especialmente a Antonia, por los exquisitos platos.

Antonia se reía por los halagos de los hombres, y les dio las gracias.

Luego estuvieron charlando largo y tendido sobre todas las cosas que habían aprendido acerca del autoconocimiento y de las salidas en astral, y después se fueron al paseo del Carcabeño, donde se reunieron con Bartolomé y Sinforosa.

Durante el paseo, Perseo y Celeste se adelantaron y dejaron a todos los demás para poder ir solos, como otras veces.

Pero cuando se dieron la vuelta, se toparon con Angustias y su madre. Estas se pararon con ellos, y Remedios le dijo a Celeste:

—¡Qué! ¡Aprovechando que tu tía está acompañada, para escaparte con Perseo a solas, ¿eh?

La joven, se quedó sorprendida y sonrió tímidamente, sin saber qué contestar.

Pero Perseo se sonrió y le respondió:

—¡Te equivocas del todo, Remedios! ¡Lo que pasa es que mi tía quería contarles un secreto a mis padres y nos ha mandado a pasear solos! ¡Con las ganas que tenía yo de saber lo que van a hablar!

—¡Oh! respondió la mujer, sorprendida.

A Celeste le dieron ganas de reírse, pero se contuvo como pudo. Entonces se dio cuenta de que Angustias la miraba como si estuviera examinándola, y luego esta le dijo a Celeste, como con desgana:

—Así que tú también eres maestra.

—Sí.

—Pero hará poco que terminaste, ¿no? ¿El año pasado o cuándo?

—No, ya va a hacer dos años.

—¡Ah, sí! —dijo Angustias, con desdén — Ya me dijo Perseo que habías trabajado en un colegio.

Celeste asintió.

—¿Y por qué no seguiste trabajando allí? inquirió Angustias.

—Porque se me acabó el contrato. Era un contrato de un año.

—¿Y no te lo renovaron?

—No. En realidad se trataba...

Mas la otra le cortó:

—¡Vaya! ¡Supongo que no será porque no les gustó cómo enseñabas! ¿O sí?

Celeste sintió un golpe en el pecho, como consecuencia de un yo de amor propio herido. Pero no le dio tiempo a contestar porque Perseo se adelantó:

—¿Qué tonterías estás diciendo, Angustias? replicó el joven, muy serio— ¡No sé a qué viene esto!

—No pasa nada, Perseo. —dijo Celeste dándole la mano, para calmarlo – Angustias, lo que pasa es que se trataba de un colegio de monjas y yo estuve sustituyendo a una de ellas. Pero ella murió, y trajeron a otra monja.

Angustias le escuchó, fijándose en las manos de Celeste y Perseo unidas, pero luego miró muy seria a Perseo y le contestó muy suavemente:

—No sé por qué me hablas así. Solo estaba tratando de ser amable con tu prima. Y le estaba preguntando, porque me ha extrañado que no le hubieran renovado el contrato.

—Tú sabes bien que Celeste no es mi prima. —contestó el joven — Es mi novia. Y por otro lado, no me gusta lo que estabas insinuando.

Celeste intervino:

—No pasa nada, Perseo.

Pero Angustias continuó hablándole a Perseo con mucha suavidad:

—Yo no estaba insinuando nada más que suponía que ella no sería una mala maestra. Perseo, no tienes que ponerte así. Al fin y al cabo, nosotros sí nos conocemos de toda la vida, y sabes muy bien que yo te aprecio.

—¡Ya vale, Angustias! —dijo Perseo algo enfadado— ¡Vamos a dejarlo así!

—Como tú quieras, Perseo. —contestó ella suavemente, mirando de reojo a Celeste.

Celeste pensó: “Pero esta, ¿de qué va?”.

Pero entonces habló la madre:

—¡Hijo! ¡Qué rápido te has picado! ¡Encima de que mi hija te ha dado explicaciones, y te ha hablado con educación, tú erre con erre! ¡Que puede que la niña sea tu novia, pero como dice mi hija, a ella la conoces de toda la vida! ¡Y no tienes por qué chillarle así!

Perseo la escuchó callado, con aire tenso. Luego miró a Celeste. Esta, que le adivinó sus pensamientos, le dijo que no con la cabeza. El joven cerró un momento los ojos y suspiró, y luego miró a la mujer y le dijo:

—Remedios, tú no te preocupes, que como bien dices, Angustias y yo nos conocemos de toda la vida, y esta pequeña discusión no tiene mayor importancia. ¿A que no, Angustias?

La otra le miró y luego miró a Celeste. Esta le sonrió, y Angustias miró a su madre y le dijo:

—Déjalo mamá. Ya está.

—¡Pero hija, es que no me gusta que te insulten! —

—¡Déjalo ya, te digo! —le dijo con fuerza su hija —¡Estoy harta de decirte que no te metas en mis cosas!

—¡Encima que te defiendo! —exclamó la madre.

—¡Cállate ya y vámonos! —replicó Angustias.

Remedios se quedó callada, y Angustias tiró de ella, para seguir adelante.

Celeste miró a Perseo, que estaba muy pensativo.

—¿Estás bien? —le preguntó.

El joven la miró y tras unos segundos le sonrió y asintió.

Y ella se cogió a su brazo y le dijo al oído que le quería. Él se rio y le contestó que él también. Y siguieron caminando sin volver a hablar del rato pasado.

Un poco más adelante se encontraron con los padres del joven y con Antonia hablando entre ellos muy animadamente, pero Pancracia y Romualdo estaban mucho más atrás.

Celeste miró a estos últimos y se sonrió.

Y cuando poco después se unieron a ellos, la joven se dio cuenta de que Pancracia tenía la cara como más iluminada. Pero no dijo nada, para no ser indiscreta delante de todos.

Más cuando se despedían en la puerta de Antonia, Romualdo les dijo:

—¡Hasta mañana!

E inmediatamente después miró a Pancracia y le sonrió. Y esta sonrió también, pero más tímidamente.

Más tarde, cuando Celeste le daba las buenas noches a Pancracia, le dijo:

—Hoy también te lo has pasado bien, ¿verdad?

Pancracia sonrió y asintió.

—Celeste, me ha pasado una cosa que no me esperaba.

La joven se imaginó qué podía ser, pero solo le sonrió y le preguntó:

—¿Qué te ha pasado?

—Romualdo me ha preguntado que si podríamos pasear los dos solos.

Celeste sonrió y asintió.

—¿Y qué le has contestado?

Pancracia se quedó callada, como recordando, con una sonrisa en los labios, y le contestó:

—Pues al principio me he puesto muy nerviosa, y le he preguntado por qué me pedía eso. Y... entonces me ha confesado algo que nunca se me había ocurrido. Él me quiere. Siempre me ha querido, y sabía que yo había cambiado a partir de lo del accidente de mi amiga, porque él mismo fue uno de los que la sacó del agua. Él pensaba que eso me había dejado muy traumatizada, aunque desde luego no sabía qué fue lo que originó nuestra riña. Y claro, con mi forma de actuar, cuando se acercaba a mí para hablarme, yo siempre le trataba mal y le rechazaba. Hasta que ya desistió y decidió dejarme con la esperanza de que algún día cambiase. Y como ahora ha visto que por fin he dado ese cambio...

Celeste se rio contenta y luego le dijo:

—¿Pero entonces le has contestado que sí?

Pancracia asintió con la cabeza.

Celeste volvió a reírse. Y Pancracia le dijo:

—Y también le he confesado que yo también le quería.

Celeste le dio un abrazo de alegría y Pancracia se reía contenta.

Luego las dos se dieron las buenas noches y Celeste se marchó muy contenta a su dormitorio.

## Capítulo 38

Por fin llegó el domingo y Perseo y Celeste se fueron hacia el lugar de encuentro con Frella.

Mientras caminaban, Perseo le comentó a la joven que Romualdo le había dicho que estaba empezando una relación con Pancracia. Y Celeste le dijo que Pancracia se lo había contado, pero no le explicó los detalles que conocía porque pensaba que eso pertenecía a la vida íntima de Pancracia y se lo había contado a ella en confidencia.

Perseo se reía contento, y le dijo:

—Esto es gracias a ti, Celeste. Has cambiado la vida de muchos, empezando por mí.

Celeste se rio.

—¡Qué tonto eres! Yo no he hecho nada. Cada cual hace las cosas por sí mismo.

—Pero si no te hubieras empeñado en llevar a mi tía Pancracia con vosotras, todo ese cambio que ha tenido no lo habría dado.

—No. Eso no es verdad. Nuestra tía Antonia ha hecho mucho, y tú también. Y yo creo que realmente el cambio lo ha hecho Pancracia por comprensión y porque quizás el accidente que tuvo fue lo que le hizo plantearse muchas cosas de su vida.

Perseo se quedó pensativo y asintió.

—Celeste lleva razón. —escucharon decir un poco más adelante.

Los jóvenes, que caminaban mirándose entre ellos, no se habían dado cuenta de que Frella se encontraba bajo un pino que había junto a la carretera.

Ellos le sonrieron, le dieron los buenos días y se acercaron hasta ella, mientras Frella los miraba sonriendo.

—Si os apetece podemos dar un paseo. —dijo.

—¡Claro! —contestó Perseo.

—¡Vale! dijo Celeste, muy contenta.

—Muy bien,— dijo Frella —vayamos por allí. —señalando hacia una colina poblada de fresnos y álamos.

Los chicos le acompañaron, mientras Celeste le decía:

—¿Es usted esposa de Botan?

Frella sonrió y contestó:

—Así es.

Celeste sonrió contenta.

Y Perseo se sonrió por la pregunta de su novia, pero luego le preguntó:

—¿Qué quería decir antes con que Celeste lleva razón?

—Que las adversidades nos pueden servir para plantearnos nuestra vida. El karma es una ley cósmica de acción y consecuencia. Así como actuemos, así serán las consecuencias. Mucha gente habla del karma como algo negativo, simplemente porque lo ven como un castigo, pero en realidad no es así como funciona. El Karma es una ley regida por Maestros conscientes, o sea que no es una ley mecánica, no es la ley del talión: ojo por ojo... Pero es mejor que os hable antes de otras dos leyes cósmicas que son la Ley del Retorno y la Ley de la Recurrencia. La Ley del Retorno se aplica tanto a la

naturaleza como a los seres. Como ya sabéis, una cosa es nuestro cuerpo físico y otra muy distinta nuestra psicología. Sabéis ya por experiencia propia que existe el Ego que son una multitud de defectos psicológicos que mantienen atrapada la mayor parte de la Esencia, que es en realidad nuestra verdadera naturaleza. La Esencia y el ego usan el cuerpo físico mientras estamos despiertos, físicamente quiero decir. Y cuando dormimos, nos salimos del cuerpo y nos movemos en el mundo astral, como también habéis podido comprobar. Cuando llega la muerte, ocurre lo mismo que cuando dormimos, es decir que el Ego y la Esencia libre se escapan y se mueven en el astral, solo que la diferencia está en que el cordón de plata que es el que nos une al cuerpo, es cortado por los Ángeles de la Muerte, que en realidad son Maestros despiertos que actúan de acuerdo al Karma. Después de la muerte, el ego con la esencia se mueven en el astral durante un tiempo, hasta que regresan a un nuevo cuerpo físico, es decir: vuelven a la existencia en el físico. Y vuelven a tener la oportunidad de otra existencia para poder Despertar. Y así una y otra vez durante un número limitado de veces. El dónde se nace, la situación, el sexo, la familia, etcétera, dependen también de la Ley del Karma. Esto que os he explicado por encima es lo que se llama la Ley del Retorno, que no es lo mismo que la Reencarnación, pues esta es para seres despiertos que eligen cuándo, en qué situaciones y dónde nacer, mientras que el Retorno depende de nuestros hechos en la existencia anterior. Y por otro lado está la Ley de la Recurrencia que en realidad se basa en la repetición constante de los eventos de nuestra vida. Es decir que nosotros vivimos situaciones repetidas de una existencia, en las siguientes. Se podría decir que nuestras vidas actuales son un calco de nuestras vidas anteriores, más las consecuencias. Nos encontramos con las mismas personas, volvemos a pasar por circunstancias muy parecidas y a la misma edad, discutimos, nos enamoramos, o cualquier otro tipo de vivencia con las mismas personas, etcétera, más las consecuencias. Es decir que ahí ya actúa la ley del Karma. Si en una existencia, por ejemplo, nosotros engañamos a alguien, en la siguiente seremos nosotros los engañados. Si en una existencia dañamos a alguien, ese alguien nos dañará en la siguiente. Si robamos, en la siguiente nos robarán, etcétera. ¿Comprendéis?

Celeste y Perseo asintieron.

—Y el Karma, —prosiguió Frella —actúa ahí, porque es una ley de Acción y Consecuencia. Pero en realidad su fin no es castigar, sino zarandear a la esencia con el fin de que aprenda. Cuando vienen enfermedades, o carestías, u otras situaciones que nos parecen desgracias, y no son la consecuencia directa de abusos nuestros, pensad que la Ley del Karma está actuando con la intención de que la Esencia aprenda, y hay que plantearse la vida que llevamos. Cuando se trabaja sobre sí mismo, se evitan muchos errores y por tanto no se acumula Karma, sino todo lo contrario, pues también existe el Dharma. Por decirlo de una manera simple: a malas acciones: malas consecuencias, y a buenas acciones: buenas consecuencias. Cada uno de nosotros tiene en el Templo del Karma un libro con todas las cosas que ha hecho a lo largo de todas sus vidas, apuntadas. Y también existe una balanza cósmica en la que se pesan las buenas acciones y las malas. Si el platillo de las buenas acciones pesa más, nuestra vida será más o menos buena, pero si pesa más el de las malas acciones, entonces nos vendrán enfermedades o carestías económicas, o problemas conyugales o familiares, o de otros tipos. Por eso, cuando no nos va muy bien en la vida, en vez de protestar o amargarse, lo mejor es hacer buenas acciones, para poder equilibrar la balanza del Karma. Y por supuesto la mejor opción es trabajar sobre sí mismos para eliminar el

Ego que en definitiva es quien nos hace actuar incorrectamente. Y también enseñar lo que sabéis a otros, para que esos otros también tengan la oportunidad de despertar, si así lo quieren. Con esta acción también se puede equilibrar la balanza del Karma.

Los jóvenes la escucharon muy atentamente y luego asintieron. Y Celeste preguntó:

—¿Entonces, si nosotros hemos vivido otras vidas, es posible que por ejemplo Perseo y yo estuviéramos juntos en una vida anterior?

—Sí, claro que es posible.

Celeste sonrió y asintió conforme.

Y Perseo preguntó:

—Pero si eso es así, ¿podría ser que nosotros viviéramos en la raza Atlante?

—Claro que sí. Y así fue, efectivamente.

Los dos jóvenes se quedaron callados asombrados.

Frella les sonrió y les dijo:

—Otro día os hablaré de la rueda del Samsara. No quiero saturaros de información.

—Lo que yo me pregunto es que si nosotros vivimos en la raza atlante, y estamos aquí otra vez con el Ego, ¿quiere decir que nosotros nos salvamos de la destrucción de la Atlántida?

Frella sonrió y le dijo:

—En realidad todos nosotros hemos vivido en la época atlante, pero también en la Lemur y en las anteriores, y no solo eso, sino en otros planetas en otras épocas muy anteriores. Pero eso os lo explicaré mejor otro día, porque tenéis que conocer mejor otros conceptos, para entenderlo. —

—¡Guau! —exclamó Perseo, impresionado.

—¡Vaya! dijo Celeste, también sorprendida.

Subiendo la colina, llegaron hasta una zona en la que había varios menhires de distintos tamaños.

—¡Oh! exclamó Celeste — ¡Pero si son menhires!, ¿no?

Perseo se rio y Frella sonrió.

—Así es. —contestó el joven.

Celeste dio un salto para comprobar si se encontraba en el mundo astral o en el físico. Y como no flotó, vio que en verdad estaba en el físico.

—¿Tú conocías este sitio? le preguntó a Perseo.

—Sí. —contestó él —Sí lo conocía, aunque hace tiempo que no había venido por aquí.

—¡Ah, ya! — respondió Celeste

Frella los miraba sonriendo y les dijo:

—Os voy a enseñar una práctica que sirve para transformar de manera consciente las energías que circulan en todo el cosmos.

Los jóvenes asintieron contentos.

—Habéis de saber que en el Universo se mueven energías cósmicas entre los distintos planetas y el sol, que hacen que exista una estabilidad en cada planeta. Pero esas energías no entran y salen en el planeta así como así, sino a través de todos los habitantes: humanos, animales, vegetales y minerales. Cada tipo de animal o cada tipo de vegetal o mineral transforma las energías de manera distinta. Y el ser humano, lo mismo. Y todas esas energías diferentes son necesarias para el planeta. Todo esto

sucede de manera, digamos mecánica, sin que el humano sea consciente de ello. Sin embargo, nosotros podemos hacer una transformación consciente de las energías cósmicas de manera que, aparte de ayudar en la estabilización del planeta, podamos también utilizar inteligentemente ese traspaso de energía a través de nuestros cuerpos para fortalecimiento de nuestras propias energías internas.

Celeste y Perseo la escucharon atentamente.

—Podéis hacerlo de dos formas. —continuó Frella —Una forma es estando de pie, extendéis los brazos así, en forma de cruz, con las palmas de las manos hacia arriba y, al mismo tiempo que inspiráis lentamente, con los ojos cerrados imagináis que desde el cosmos os llega una energía que penetra por la cima de vuestra cabeza y por las palmas de las manos, y luego recorre todo vuestro cuerpo. Luego expiráis lentamente e imagináis que esa energía sale de vuestros pies hacia la Tierra. Después volvéis a inspirar lentamente pero esta vez imagináis que desde la Tierra entra la energía por vuestros pies y luego va recorriendo todo el cuerpo hacia arriba. Y seguidamente expiráis lentamente mientras imagináis que esa energía comienza a salir por las palmas de las manos y desde la cima de vuestra cabeza hacia el cosmos. ¿Habéis comprendido?

—Sí. —respondieron los dos jóvenes.

—Hay una variante,— dijo Frella —También podéis hacerla sentados, apoyando las manos con las palmas hacia arriba sobre vuestras rodillas, y haciendo la misma operación.

Los jóvenes asintieron.

—Los pies deben estar descalzos, en contacto con la Tierra. —aclaró Frella.

Celeste y Perseo volvieron a asentir.

—¿Queréis que la pongamos en práctica y así lo veis mejor? propuso Frella.

—¡Claro! —contestó Celeste.

Perseo se rio y dijo:

—Por supuesto que sí. ¿Cuántas veces lo hacemos?

—Tantas veces como queráis. —respondió Frella —Podéis parar cuando queráis.

—De acuerdo. —dijo Perseo.

Y de esa manera, los tres se descalzaron, y se pusieron al lado de uno de los menhires con los brazos en cruz y cerraron los ojos mientras respiraban de forma consciente e imaginaban las energías cósmicas que entraban por la cima de su cabeza y por las palmas de las manos, se extendían por todo su cuerpo, y luego expiraban, imaginando la energía cósmica descendiendo hacia la Tierra a través de sus pies. Luego volvieron a inspirar mientras imaginaban la energía de la Tierra que penetraba por la planta de sus pies y se extendía por todo su cuerpo, y luego salía por la cima de sus cabezas y por las palmas de las manos hacia el cosmos. Esto lo repitieron muchas veces, hasta que cada cual lo dejó cuando quiso.

Los jóvenes estaban contentos por la nueva práctica que les habían enseñado.

Frella sonrió y les dijo:

—El próximo domingo hablaremos de otras cosas, si os parece bien.

—¡Claro que nos parece bien! —exclamó Perseo.

Celeste se rio y dijo:

—Nos parece estupendamente.

—Como sabéis volver solos,— dijo Frella —os dejo. Tengo algo que hacer.

Perseo, sorprendido le respondió:

—Sí, claro.

Celeste asintió.

Y Frella se marchó por otro lado.

Los jóvenes se miraron y Perseo le dijo:

—¡Ya estamos con los misterios!

A Celeste le entró la risa.

Y Perseo también se rio.

Luego volvieron los dos muy animados, hablando de todas las cosas que habían aprendido ese día.

## Capítulo 39

La semana siguiente comenzó muy tranquila.

Romualdo y Pancracia empezaron a dar sus paseos aparte de los demás, y Antonia volvía a salir acompañada de Celeste y de Perseo, aunque a veces seguían añadiéndoseles Bartolomé y Sinforosa.

Bartolomé estaba muy contento de la relación entre su hermana y Romualdo.

Un día que paseaban por la carretera, Bartolomé comentó riéndose:

—Nunca me hubiera imaginado que esos dos terminaran juntos. — y poniéndose más serio, —dijo —Pero me alegro mucho, porque mi hermana, en el fondo, ha sido muy infeliz desde hace mucho tiempo. De pequeña era una niña alegre, pero después de lo del accidente de aquella chica... Bartolomé suspiró —Desde eso, ella cambió radicalmente... Pero bueno, ya por fin creo que empiezo a verla feliz, como cuando era niña.

Sinforosa asintió, sonriendo.

—Es verdad. —dijo —Yo también la recuerdo de pequeña, y era revoltosilla y muy alegre.

Celeste sonrió mientras pensaba en Pancracia. Y Perseo se rio, diciendo:

—¡Lo malo es que no sé si podré acostumbrarme a llamar a Romualdo, tío Romualdo!

Todos se rieron y Bartolomé respondió:

—¡Pues anda que yo, que tendré un nuevo cuñado! ¡Con la mala fama que tienen los cuñados!

Todos volvieron a reírse.

Pero de repente, Celeste, que estaba mirando hacia una de las montañas que se veían desde lejos, le pareció ver algo en el cielo que se movía, pero no parecía un avión. Se quedó mirándolo, hasta que vio que se iba acercando, y entonces, al darse cuenta de que efectivamente no era un avión, muy sorprendida dijo, señalando hacia el objeto que se acercaba:

—¡Mirad allí!

Todos miraron, y se quedaron asombrados.

Perseo se sonrió y exclamó.

—¡Vaya, vaya! ¡Pero si es una nave extraterrestre!

Efectivamente así era.

Esta se acercaba lentamente hasta ponerse encima de ellos.

—¡Recórcholis! exclamó Bartolomé —¡Con que es cierto que existen los extraterrestres!

—¡Oh, Dios mío! —gritó Sinforosa, aterrorizada, llevándose las manos cerradas hacia su boca.

Pero la nave se quedó quieta sin moverse.

—¡Tranquila, mamá! — le dijo Perseo cogiéndola por los hombros —No van a hacernos daño. Vienen en son de paz.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Sinforosa, temblando de miedo — ¿Y si te equivocas?

—No se equivoca. —dijo Antonia, mirando la nave, muy fijamente —No van a hacernos daño.

Celeste estaba completamente emocionada, pero acordándose de que en varias ocasiones había soñado con naves galácticas, se dio un tirón del dedo, para comprobar si estaba soñando o no.

Perseo, hizo lo mismo, y Antonia también.

Luego la nave se fue levantando, empezó a desplazarse hacia la misma montaña de la que venía y luego salió disparada y desapareció en un segundo.

Sinforosa suspiró en señal de alivio, y su marido le dijo:

—¡Tranquila Sinforosa! ¿Has visto cómo no ha pasado nada?

La mujer asintió.

—Pero me pregunto por qué habrán venido. ¿Para qué? —dijo Bartolomé.

Entonces Antonia respondió con los ojos brillantes, como si se hubiera emocionado:

—Han venido para que sepamos que no estamos solos en el universo. Y que hay más mundos habitados. Y para que no tengamos miedo y veamos que no quieren hacernos ningún daño.

Celeste miró a su tía sorprendida, porque de ese tema nunca habían hablado.

—¡Claro! —dijo Perseo.

Bartolomé se quedó pensativo y Sinforosa asintió y les dijo:

—Puede que lleves razón, Antonia. La verdad es que me he asustado muchísimo, pero luego he visto que verdaderamente no había motivo para ello. Pero... por otro lado... esto es algo muy extraño y sorprendente para mí.

—¿Pero creéis verdaderamente que solo han venido para darse a conocer? —inquirió Bartolomé.

—Ellos quieren avisarnos de algo que va a venir. —dijo Antonia.

Perseo y Celeste la miraron más sorprendidos aún.

—¿Qué sabes tú de eso, tía? —preguntó Celeste.

Antonia se quedó mirándolos emocionada y luego les dijo:

—Pues es que de repente lo he comprendido. Hijos, nunca he querido hablar de esto, porque pensaba que eran invenciones de mi hijo. Pero quizás ha llegado la hora de contaros algo. Cuando Néstor vivía, ya sabéis que en una ocasión le visitaron unos amigos de la universidad, y juntos hicieron una excursión de varios días. Pero cuando regresaron, él nos contó a su padre y a mí que había tenido una experiencia asombrosa. En aquella excursión pudieron ver una nave extraterrestre que se posó en tierra, muy cerca de ellos. De la nave salieron dos tripulantes, y les dijeron que este planeta estaba llegando al final de un viaje y que pronto iniciaría otro. Pero que los habitantes de la Tierra nos habíamos vuelto egoístas, violentos, y mentirosos, y que andábamos soñando en nuestro propio egoísmo, y estábamos acabando con la naturaleza. Y que antes de que la Tierra volviera a iniciar el siguiente viaje, en el planeta habría muchas remodelaciones y el propio ser humano acabaría autodestruyéndose. Y que solo aquellos que hicieran el esfuerzo de cambiar realmente su condición interna, lograrían escapar de esa autodestrucción. Néstor luego nos lo contó. Pero su padre y yo no le creímos, pues pensamos que quería burlarse de nosotros. Pero como él insistió, y además notamos un cambio muy grande en él, empezamos a pensar que se le estaba yendo la cabeza y su padre le prohibió que

volviera a hablar del tema ni con nosotros ni con nadie. Pero se ve que él no estaba dispuesto a olvidar, y semanas después él se fue... Nos dejó una nota explicándonos que se iba y por qué, pero como seguíamos sin creerle, ya supusimos que se le había ido totalmente la cabeza. Y... bueno, después, como ya sabéis se le buscó...hasta que... En fin, ya mi marido y yo nos conformamos pensando que al menos ya no sufriría más.

Antonia se quedó callada, y triste, y luego dijo:

—¡Qué tonta fui! ¡Ahora me lamento de no haberle creído! Si le hubiera creído, quizás él no se habría ido y no habría muerto.

—No, tía. — le dijo Bartolomé —No te eches la culpa de algo que no es. No tiene nada que ver una cosa con la otra.

—¿Tú crees? Durante mucho tiempo, pensé que él no era consciente de lo que hacía, y...

Perseo se acercó a Antonia y le rodeó los hombros con su brazo, y le dio un beso:

—No pienses eso. —le dijo — El que tú le creyeras o no, no cambió su experiencia. Lo que le pasó fue un accidente y eso es todo. Tú no tienes la culpa.

Bartolomé y Sinforosa se quedaron callados.

Luego todos siguieron caminando pensativos, hasta que Perseo miró a sus padres, pero al ver que seguían callados, les dijo:

—¿Y vosotros qué pensáis de todo esto? Me refiero a lo de la nave extraterrestre.

—Pues yo no sé qué decirte. —contestó Bartolomé —Esto de los extraterrestres es algo que me ha sorprendido enormemente. Pero por otro lado, lo que nos cuenta tía Antonia que le pasó a mi primo... creo que es muy posible que sea cierto, porque visto cómo va el mundo...

—¿Y tú, mamá? inquirió Perseo — ¿Qué piensas?

—Yo no sé qué decirte, hijo. — contestó ella, pensativa —A mí esto me ha impactado mucho. Y si es verdad lo que nos cuenta Antonia, pues... no sé...

—Por otro lado,— dijo Bartolomé —lo que el otro día nos estuviste hablando de lo de que las personas no son siempre las mismas porque cambian de yo a cada momento... eso es posible que sea cierto. De hecho, varias veces he pensado en ello, porque el cambio de tu tía Pancracia ha sido algo que nos ha sorprendido a todos. Y me he preguntado, si sería por esas cosas que nos quisiste hablar el otro día.

Perseo sonrió y asintió.

—Pues yo creo que no andas muy descaminado. —contestó.

Celeste sonrió y les dijo:

—Sí. Ella ha comprendido muy bien eso, y eso le ha transformado totalmente su vida.

Bartolomé y Sinforosa se quedaron callados pensativos y luego él le dijo a Perseo:

—Hijo, me gustaría que volvieras a explicarme un poco lo que estuviste hablando el otro día.

—Yo también. —dijo Sinforosa.

Perseo sonrió, contento y asintió.

—¡Claro que sí!

Celeste se sintió contenta por el buen resultado que había tenido la experiencia con la nave extraterrestre.

Luego los cinco decidieron regresar, y Perseo fue explicando a sus padres algunas de las cosas que había aprendido con Botan y con Frella; y Celeste y Antonia también intervinieron varias veces para apoyar las explicaciones del joven.

Un rato después, se enteraron de que no habían sido ellos los únicos en ver la nave extraterrestre, pues otras personas del pueblo también la habían visto de lejos, incluyendo Pancracia y Romualdo.

## Capítulo 40

Al día siguiente Celeste fue temprano a hacer los recados sola, pues Perseo no iba a ayudar a Pancracia a levantarse hasta media mañana, que era la hora del recreo.

Pero cuando terminó de hacer las compras que le había encargado su tía, se fue rápidamente a la casa, con idea de poder encontrarse con el joven.

Y efectivamente lo encontró en la casa a punto de irse.

—Espérame un momento. —le dijo ella —Voy a dejar esto en la cocina y salgo, que quiero decirte algo.

El joven asintió y la esperó.

Unos momentos después salió de nuevo Celeste y le dijo:

—¿Te puedes escapar del recreo un rato?

Perseo se sorprendió por la pregunta y sonrió:

—¿Dónde quieres que vayamos?

Celeste le sonrió también y le dijo:

—He pensado que como la consulta médica está al lado de la escuela, podíamos ir a preguntarle a Frella sobre la nave extraterrestre de ayer.

Perseo se quedó pensativo y luego sonrió y asintió.

—Está bien. Pasaremos por la escuela, echo un vistazo a esos mequetrefes y luego vamos a la consulta.

Celeste se rio.

Y así hicieron, pues la escuela estaba justo al cruzar el puente que estaba a solo unos metros de la casa de Antonia.

La joven vio a los niños jugando dentro del recreo, vallado adecuadamente, y supervisados por Angustias.

Celeste sonrió al ver a los críos, recordando a sus alumnas de unos meses antes. Pero al mirar a la maestra, le pareció, como otras veces, que la miraba a la defensiva.

Perseo se acercó con su novia hasta la otra maestra y le dijo:

—Angustias, ¿puedes quedarte sola con los chicos un poco más? Voy un momento a ver a la doctora.

Esta miró a Celeste detenidamente y luego resopló y contestó:

—Bueno. Está bien...

Celeste le sonrió, pero la otra no le devolvió la sonrisa, sino que más bien la miró con un gesto de fastidio.

—Creo que sigo cayéndole mal. —le dijo a Perseo, mientras se dirigían a la consulta.

—No le hagas caso. —contestó el joven.

Cuando llegaron, Frella salió por la puerta, y les sonrió.

—¡Hola chicos!

Los jóvenes le sonrieron y la saludaron.

—Frella,— dijo Perseo — ayer tarde vimos una nave extraterrestre que se acercó hasta nosotros de una manera sorprendente.

La doctora asintió:

—Fue un primer contacto. Y su misión era la de crear la inquietud en algunas personas del pueblo. No solo a tus padres,— dijo dirigiéndose a Perseo – sino a otros vecinos.

Los dos jóvenes sonrieron contentos, y Perseo contestó:

—Es cierto. Desde ese avistamiento, mis padres se han interesado mucho por saber por qué la humanidad vive como vive y de qué manera se puede despertar.

Frella asintió.

Celeste le dijo:

—Nuestra tía abuela nos contó ayer que su hijo tuvo un contacto directo con unos extraterrestres y le hablaron sobre cómo estaba la Humanidad y que era necesario un cambio.

La doctora volvió a asentir.

—Así es. Hay personas que han alimentado sus inquietudes de existencia en existencia y que son buscadores del verdadero Conocimiento que es el Conocimiento de sí mismos y del Universo. Vuestro tío es así. Y a personas así, a veces se les dan regalos para seguir alimentando esas inquietudes y esa búsqueda, para que a su vez puedan seguir ayudando a otros.

Celeste se quedó extrañada y quiso aclararle:

—Bueno,— dijo Celeste –en realidad nuestro tío ya murió. Eso le ocurrió hace muchos años. Incluso antes de nacer yo.

Frella sonrió, pero no dijo nada.

—Pero Frella,— intervino Perseo —¿podremos tener la oportunidad de volver a ver otra nave? Y es más, me pregunto si podremos llegar a hablar directamente con algún extraterrestre.

—Todo depende de vosotros y de vuestros avances. —contestó la doctora.

Los jóvenes se quedaron callados y asintieron.

—Tened en cuenta,— continuó Frella –que conforme más vais sabiendo, más se os va exigiendo. Y que para avanzar en el camino del autodescubrimiento, los gimnasios psicológicos que se os presentarán serán de todo tipo. Para ello, os animo a no decaer y a no olvidaros de vuestros Padres internos.

Celeste y Perseo volvieron a asentir.

Luego le dieron las gracias y regresaron hacia la escuela.

En la entrada de la escuela, Perseo le dijo a su novia:

—Luego nos vemos y hablamos. Que ya no me puedo escaquear más.

—Vale. —contestó ella, mientras miró a la otra maestra, que a su vez la estaba mirando a ella, muy seria –Sí, me parece que a Angustias no le hace ninguna gracia que te vayas durante el recreo y la dejes sola con todos los niños.

Perseo sonrió y le contestó:

—No te preocupes por eso. Ya le compensaré yo en otra ocasión.

Celeste asintió y regresó a casa de Antonia.

## Capítulo 41

Por fin llegó el domingo, y aunque Celeste y Perseo no habían quedado en un lugar fijo con Frella, emprendieron la marcha hacia el mismo punto de encuentro del domingo anterior.

Y allí la encontraron, junto al pino.

Después de saludarse, los jóvenes se sentaron a su lado, y Frella les dijo:

—Hoy os voy a hablar un poco sobre las leyes de evolución e involución. Estas leyes que podríamos decir que van juntas, rigen en muchos niveles. Por ejemplo en las civilizaciones. Veis que a lo largo de la historia de la humanidad han surgido grandes civilizaciones, pero que luego han ido decayendo hasta su desaparición, mientras otra civilización posterior surgía potente en evolución, para luego, con el tiempo, involucionar también. También lo podéis ver en el ser humano: se nace y se crece y se desarrolla hasta llegar a la madurez. Ahí ha actuado la ley de evolución. Pero luego, viene su hermana gemela que es la ley de involución, y se envejece y al final se muere. Lo mismo ocurre con los animales, e incluso con las plantas. Es decir que las dos leyes van siempre juntas. Primero una, y después la otra. ¿Comprendéis?

—Sí. —contestaron los jóvenes al mismo tiempo.

—Pero también actúan estas leyes a niveles más internos, o diríamos a niveles entre dimensiones. —dijo Frella —Cuando en el ser humano el ego va fortaleciéndose, va cayendo en la degeneración paulatinamente. Hay humanos en los que el ego se ha fortalecido de tal manera, que ya no tienen nada de conciencia. Se convierten en lo que se llaman "casas vacías". La casa es el cuerpo, simbólicamente, y está vacía, porque la conciencia está ausente. Pues bien, cuando mueren, en su próxima existencia ya no tendrán un vehículo físico humano, sino animal. Por ejemplo, los simios son cuerpos de egos que anteriormente fueron humanos pero que degeneraron totalmente. Por eso entran en involución. Luego se les va dando cuerpos de animales cada vez más involutivos, como por ejemplo algunos insectos. Y tras muchas vidas volviendo en el reino animal, seguirán el proceso involutivo incorporándose al reino vegetal, y más adelante en el tiempo al reino mineral. Pero al mismo tiempo, el ego, con la esencia atrapada, se moverá, no en la quinta dimensión, como los humanos hacen cuando duermen, no, sino que en el momento en que se entra en la involución, el ego se mueve en las infradimensiones de la naturaleza, que se localizan en el interior del planeta. Entiéndase: no son físicas, sino infradimensionales. Existen nueve infradimensiones, tal y como hablaba Dante Alighieri en la Divina Comedia. En cada infradimensión predominan un tipo de yoes u otros, por ejemplo en unas dominan los yoes de la ira, de la violencia, etcétera. En otras los de la glotonería, en otras los de la lujuria, en otras las del robo o el fraude o el engaño, en otras los de la tiranía, en otras los de la traición, etcétera. A lo largo de este trayecto, el ego se va fosilizando hasta que al final es aniquilado completamente, y la esencia se libera por fin. Esto es lo que llaman la Muerte Segunda. Y es también la Divina Madre Cósmica la que desintegra el Ego.

Los jóvenes la escucharon atentamente.

Frella sonrió y continuó:

—Cuando el Ego ha sido desintegrado, la Esencia sale de las Infradimensiones y comienza un nuevo ciclo de evolución. Entonces se le conecta con un nuevo cuerpo físico en el reino mineral pero de tipo evolutivo. Ella no está dentro de la roca o del

mineral en cuestión, sino que solo está ligada, pero se mueve en la cuarta dimensión. Allí, la esencia a la que se llama Elemental, es feliz y va aprendiendo muchas maravillas y poderes de la Naturaleza. Más tarde en el tiempo, evoluciona y se le liga a cuerpos vegetales. Primero plantas más sencillas, y conforme va evolucionando, se le van dando cuerpos de árboles. También el elemental va aprendiendo mientras pasa por ese reino. De hecho, las virtudes y poderes medicinales de las plantas son dadas por los elementales de las mismas, que en realidad son esencias puras. Los elementales de los minerales y de las plantas se mueven en la cuarta dimensión y son lo que se conocen como gnomos, nereidas, silfos, y salamandras, y se relacionan con los cuatro elementos de la naturaleza: tierra, agua, aire y fuego, respectivamente. Por eso hay plantas relacionadas con el elemento fuego, otras con el elemento agua, etcétera.

Frella hizo una pausa, y luego continuó:

—Más tarde en el tiempo, la esencia liberada, ingresa en el reino animal. Entonces ya se incorpora dentro del cuerpo animal. Primero tendrá cuerpos físicos muy sencillos, e irá evolucionando a cuerpos más evolutivos. Y llegará un momento en que de nuevo volverá a coger un cuerpo físico humano. Este ser humano con la esencia inocente, como no eliminó el ego a base de trabajos conscientes sino que fue a través del proceso de involución, aunque ya tiene algo más de experiencia, vuelve poco a poco a crear el ego comenzando por pequeños errores, y con la identificación cada vez en aumento, hasta que a lo largo de muchas vidas, si no ha hecho ese trabajo que le da la verdadera conciencia de sí, el ego vuelve a fortificarse y después vuelve a involucionar. En el reino humano, se dan un número limitado de vidas para poder auto—realizarse mediante el trabajo psicológico sobre sí mismo. Si no se trabaja interiormente por la eliminación consciente del Ego, cuando se acaba la última existencia como humano, y se ha degenerado por causa del ego, vuelve a involucionar otra vez, y a pasar por el mismo proceso que os he explicado. Esto es lo que se conoce en otras culturas como la Rueda del Samsara, o la ley de la Transmigración de las almas, de la que hablaba Krishna. ¿Lo habéis comprendido?

Los jóvenes asintieron, pero Perseo preguntó:

—Pero entonces, ¿esto es para siempre?

—Esta rueda gira así para todos mientras no se detenga. Y solo se detiene cuando alguien se sale de la rueda, trabajando sobre sí mismo de manera consciente. dijo Frella — Sin embargo, también hay un número limitado de vueltas de la rueda. Lo que ocurre después y cómo empieza la rueda, os lo explicaré más adelante, porque requiere que tengáis algunos conocimientos más. Ahora bien, del Trabajo sobre sí mismos, por ahora os he explicado lo que es la muerte del ego, y cómo hacerla. También os he hablado del factor enseñar a otros lo que habéis aprendido. Sin embargo, hay otro punto muy importante en este Trabajo, del cual no os he hablado aún, pero lo haré muy pronto.

Celeste y Perseo se quedaron callados, y Frella les sonrió.

—¿Queréis hacer la transmutación de las fuerzas cósmicas?

—¡Sí! —contestaron los dos a un tiempo.

—Pues vayamos un poco más adentro del bosque, y hagámosla.

—¿Pero no importa que haya árboles? —preguntó Celeste —Yo pensaba que tenía que ser a cielo abierto.

—No, no importa. —aclaró Frella —Las energías cósmicas pasan de todas formas.

La joven asintió.

Así fueron hasta una zona apartada de la carretera, y se descalzaron y luego hicieron la práctica de Transmutación de las Fuerzas cósmicas. Luego se calzaron, y Frella les dijo:

—Os dejo, seguimos hablando en la próxima ocasión, ¿de acuerdo?

—Sí. —dijeron los jóvenes al mismo tiempo.

Frella se marchó, metiéndose más en el bosque, y los jóvenes dejaron de verla enseguida.

Perseo miró a Celeste, que a su vez le miraba con una media sonrisa.

—¿En qué piensas? —le dijo él.

—Pues en que Frella también desaparece siempre de forma misteriosa. ¡Como no podía ser de otra forma!

Perseo se rio.

—La próxima vez, me voy a traer los prismáticos. —dijo Celeste.

Perseo siguió riéndose.

—Es temprano. —dijo —Vamos a darnos una vuelta, ¿quieres?

—Claro. —contestó ella —¿Por qué no vamos hasta el puente de los Tilos?

Después de estar varios meses caminando por esta carretera, como vamos lentos, no he llegado a verlo todavía.

El joven se rio y le contestó:

—Es cierto. Vamos, si quieres. Solo está a unos tres kilómetros de aquí.

Así, los dos se dirigieron hacia el puente, hablando sobre las cosas que estaban aprendiendo.

Hasta que Perseo le dijo a la joven:

—Está claro que estamos aprendiendo muchas cosas nuevas con Frella. Cosas prácticas encaminadas a despertar conciencia, pero hay un tema al que le he dado varias veces vueltas y no sé cómo orientarlo. Se trata de nosotros, y de nuestra relación.

Ella le miró y le contestó:

—Ya. Entiendo.

—Llevamos ya casi dos meses saliendo. Pero en realidad casi siempre estamos con otras personas. Y si estamos a solas, es apenas un rato. No es que me esté quejando, porque soy consciente de que estás aquí precisamente para estar con nuestra tía, y tienes que dedicarte la mayor parte del tiempo a ello. Y encima, con mi tía Pancracia ha aumentado tu dedicación. Pero... nosotros, es decir nuestra relación... en fin, es buena, y soy feliz cuando estoy contigo, pero... me gustaría poder avanzar un poco más. ¿Me entiendes?

Celeste asintió y le contestó:

—Sí te entiendo. Yo también he estado pensando sobre ello, pero la verdad es que estoy un poco confusa. Yo te quiero sinceramente, pero quizás me doy cuenta de que hay cosas que te... en fin, que quieren estar contigo, pero ya no sé si desde el punto de vista del trabajo interior, cómo se ven las relaciones sexuales. Si tal vez solo deberían ser para tener hijos y, salvo eso, todo lo demás son solo alimento para el ego, o qué.

—Sí, yo también me lo he preguntado. Pero también he pensado que el otro día tú le preguntaste a Frella si era la esposa de Botan y ella dijo que sí. Yo no sé si

tendrán hijos o no, pero en todo caso entre ellos debe de haber algún tipo de relación, ¿no crees?

Celeste se quedó pensando y asintió.

—Sí, tienes razón.

Luego los dos se quedaron callados, reflexivos mientras caminaban.

¿Qué te parece si buscamos a Frella en el centro de salud y le preguntamos directamente? propuso Perseo.

—Pero recuerda que hoy es domingo.

—Cierto.— contestó Perseo pensativo —¡Vaya! Pues no nos queda otra, que tener paciencia y esperar.

Celeste asintió y le sonrió.

—Sí. Tendremos que tener paciencia. —dijo.

## Capítulo 42

Aquella tarde se auguraba con muy buen tiempo, y se volvieron a juntar con los padres de Perseo en el paseo del Carcabeño. También Romualdo y Pancracia, se animaron a ir con los demás.

Y de esa manera, la joven pareja pudo separarse de los demás, caminando un poco más deprisa.

Mas para sorpresa suya, vieron a lo lejos a la doctora hablando con una pareja de ancianos, que estaban sentados en uno de los asientos que había a lo largo del camino.

Celeste y Perseo pasaron al lado de los ancianos y Frella. Saludaron y siguieron caminando.

Pero pocos metros más allá, se toparon con Angustias y su madre.

—¡Que! — dijo Remedios a Perseo —¿Ya tenían tus padres otro secreto que contar a tu tía?

Perseo se rio, recordando que esa fue la excusa que le dio días antes cuando los vio pasear a solas.

—¡Qué guasona eres, Remedios! ¡Las coges todas al vuelo!

Celeste tuvo que aguantarse la risa, pero al mirar a Angustias, vio que ésta la miraba muy detenidamente, casi como examinándola.

Esto le empezó a molestar, pues le estaban surgiendo pensamientos de un yo de amor propio que decían: "Pero esta tonta, ¿qué me mira?". Y claro, tuvo que pedir a su Madre Divina que desintegrara ese defecto de amor propio.

Pero entonces Angustias le dijo en un tono, que parecía más bien de ironía:

—¿Ya estás mejor?

Celeste se sorprendió.

—Estoy bien. ¿Por qué me preguntas eso?

—¡Ah! ¡Pues me alegro! —contestó la otra, en el mismo tono.

Perseo la miró también extrañado, hasta que pareció comprender.

—Celeste está bien. Fuimos a ver a la doctora por otro asunto.

—¡Ah, ya! —contestó Angustias asintiendo, con un gesto de desprecio, y luego mirando a su madre.

Pero entonces Remedios empezó a decir:

—¡Entonces es verdad que...!

—¡Mamá! — le regañó su hija —¿Quieres callarte?

La otra se quedó parada unos momentos, y luego le dijo a su hija:

—¡No me grites! ¡Hablo lo que quiero!

—¡No! ¡De eso, no! —le gritó Angustias.

Y cogiéndola de un brazo, añadió —¡Anda, vámonos ya!

Y tiró de ella, y se fueron las dos discutiendo.

Celeste y Perseo se miraron y ella le dijo:

—¿Qué se traerán entre manos?

—No les hagas caso. A saber lo que tienen en mente.

—Dices bien. —les dijo Frella, que se estaba acercando a ellos.

Los dos jóvenes la miraron y sonrieron contentos.

—¿Damos un paseo y hablamos un poco? —les propuso la doctora.

—¡Claro! —exclamó Perseo.

—¡Sí! —dijo Celeste.

—¡Qué bien que volvemos a encontrarnos! —exclamó Perseo.

Frella sonrió y caminó con los chicos, cada uno a cada lado.

—Debéis saber que en la máquina humana hay diferentes tipos de energías que se mueven de los distintos centros y que en realidad son las que mueven la vida en nuestro cuerpo. Cada centro tiene su energía: El centro intelectual utiliza energías intelectuales, el centro emocional, energías emocionales, y así el resto de centros. Todas estas energías nos sirven para vivir en el mundo físico, pero lo más normal es que sea el Ego quien las maneje, a no ser que estemos en estado de alerta novedad interior, en recuerdo de sí mismos y apliquemos la autoobservación precisamente a pensamientos, emociones, hábitos, movimientos, sensaciones, etcétera. Cuando recibimos el cuerpo físico, es decir, cuando nacemos, tenemos una cantidad de energía en cada uno de esos centros. Si estamos trabajando sobre nosotros mismos, de forma natural esa energía se mantiene equilibrada, pero si nos dejamos llevar por el Ego, entonces viene el desequilibrio. Por ejemplo, un ataque de ira puede hacernos perder muchísima energía emocional e intelectual e incluso motora. El miedo puede provocar muchos desajustes en la energía instintiva y emocional. La gula, puede también producirnos problemas instintivos. La lujuria nos hace gastar energía sexual, emocional e incluso intelectual, por los malos pensamientos. Etcétera. Cada yo abusa siempre de las energías del centro que utiliza. Pero además cuando un centro agota sus energías, le roba la energía al centro sexual, y luego este también le roba energía a otros centros y de esta manera vienen los desequilibrios y las enfermedades. ¿Comprendéis?

Los jóvenes asintieron.

Frella continuó:

—Por eso cuando estamos trabajando sobre nosotros mismos, estando en Íntima recordación de sí, en autoobservación y aplicando la técnica de eliminación del Yo cada vez que captemos un pequeño detalle de cualquier defecto psicológico, logramos tener un equilibrio de las energías de los distintos centros. Tener ese equilibrio no es solo importante para tener una buena salud, sino que también es necesario para poder crear algo superior en nosotros. Os hemos hablado de dos aspectos del trabajo interior que son la eliminación del ego y el compartir con otros lo que se ha aprendido. Sin embargo, hay otro aspecto que es básico y fundamental para poder llegar a la verdadera autorrealización del Ser.

Frella hizo una pausa, y los jóvenes la miraron expectantes.

—Hemos hablado de las salidas en astral, y ya habéis tenido algunas experiencias. —dijo Frella — Como sabéis, en realidad todo el mundo se sale de su cuerpo físico todas las noches y se mueve en el mundo astral. Recordad que es en esos momentos cuando el cuerpo vital repara el cuerpo físico del desgaste de energías del día. Y fijaos que os hablo de un cuerpo vital, que incluso ya hay aparatos que logran vislumbrarlo. Pero ¿qué podemos decir del cuerpo astral? Pues que la mayoría de los seres humanos no lo tienen. Todo el mundo se desdobra al astral por las noches, pero la mayoría solo tienen un vehículo fantasmagórico, una especie de saco en el que se mueven los distintos yoes. Sin embargo el cuerpo astral se puede crear. Es un cuerpo parecido al físico en el sentido de que tiene sus órganos como el físico, sus funciones,

etcétera. Pero no solo se puede crear el cuerpo astral, sino también el cuerpo mental, y el cuerpo causal. Nuestros cuerpos físicos los crearon nuestros padres con su energía sexual, pero para crear los cuerpos de otras dimensiones se tiene que utilizar la propia energía sexual. Pero de una forma distinta, pues lo que se va a crear no es algo físico y ajeno a nosotros, sino que se trata de cuerpos propios para otras dimensiones. Y por tanto, la energía sexual se va a utilizar de manera diferente. Es decir que esa energía no debe perderse, sino que debe ser transmutada, es decir transformada, de forma consciente, para poder ir creando poco a poco esos cuerpos que en realidad son cuerpos superiores que nuestro Ser interno podrá utilizar.

Los jóvenes la escucharon muy atentos y aprovechando la pausa que hizo Frella, Perseo le preguntó:

—¿Eso quiere decir que para crear esos cuerpos, las relaciones sexuales tienen que ser de otra forma?

—Exactamente —contestó Frella —Os explicaré la técnica cuando estemos a solas, porque quiero que os quede muy clara. ¿De acuerdo?

Celeste y Perseo asintieron. Y Frella les dijo:

—Pero lo que sí puedo recordaros es que procuréis tener equilibradas las energías de vuestros centros. Ya sabéis, el centro intelectual, el emocional, el motor, el instintivo y el sexual. La manera es estar pendientes de sí mismos, en autoobservación y en recuerdo del Ser interior. Y aplicar la técnica de muerte del ego cada vez que veáis la manifestación de cualquier detalle que provenga de cualquier defecto psicológico.

Frella hizo otra pausa y les recordó:

—Y no olvidéis que si estáis dispuestos seriamente a trabajar sobre vosotros mismos, os vendrán gimnasios y pruebas que os ayudarán a autodescubrirlos.

Los jóvenes asintieron

Frella les sonrió y les dijo:

—En fin, chicos, os dejo, para que reflexionéis.

Ellos asintieron, y Frella se metió entre el bosque de hayas y desapareció de la vista de ellos.

Celeste le preguntó al joven:

—¿Qué hay más allá del bosque?

—Pues que yo sepa, más bosque y luego montaña.

Perseo y Celeste se miraron y se rieron.

—¡No podía ser de otra forma! —dijo él.

—¡Sí! ¡Siempre con los misterios! —contestó Celeste.

Los dos jóvenes siguieron riéndose.

Y luego, mientras regresaban, estuvieron hablando sobre las explicaciones de Frella.

## Capítulo 43

A la mañana siguiente, Celeste fue con Pancracia a la panadería.

Cuando estaban llegando, vieron a Remedios, la madre de Angustias, que salía de la panadería. Esta miró a Celeste durante unos momentos y esgrimiendo una sutil sonrisa de desprecio musitó:

—¡Ea! ¡La mosquita muerta!

Y luego se fue.

Celeste la miró extrañada, y Pancracia se la quedó mirando, mientras decía:

—¿Qué bicho le habrá picado a esta?

Celeste se sonrió por la expresión y le contestó:

—A saber...

Pero Pancracia la miró y le dijo:

—No habréis tenido alguna discusión, ¿verdad?

—¡No! ¡Qué va!

—Pues entonces debe ser que Angustias le ha tenido que decir alguna cosa.

—¡Bah! —exclamó Celeste —¡No le demos importancia!

Pancracia suspiró y asintió:

—Tienes razón. No merece la pena quebrarse la cabeza con las historias de otras personas.

Celeste sonrió y asintió.

Luego entraron en la panadería y vieron que estaban dos mujeres del pueblo y Petra, la mujer de Venancio, pero todas estaban calladas. Mas al entrar, las tres miraron a Celeste y luego se miraron entre ellas.

Celeste se extrañó de la manera en que la miraron, pero saludó como siempre con un "buenos días", y Pancracia hizo lo mismo. Las otras mujeres también las saludaron, pero luego volvieron a quedarse calladas.

Hasta que Petra le dijo a Celeste:

—¿Cómo estás?

La joven se extrañó por la pregunta, pero le sonrió y le respondió:

—Muy bien, gracias. ¿Y tú?

La otra se quedó cortada y tras unos segundos le contestó:

—¿Yo? Yo estoy bien.

—Me alegro. ¿Y Venancio?

—Pues... también está bien.

Celeste sonrió y asintió.

—Me alegro mucho.

Pancracia, mientras tanto, estaba observándolas a ellas dos, pero también a las otras mujeres, y también miró a Romualdo, que, a su vez, estaba observando toda la escena desde detrás del mostrador, muy pensativo.

Hasta que este dijo:

—Petra, ¿quieres algo más?

Ella miró a Romualdo, y le contestó:

—No, nada más. Cóbrate.

Y le pagó.

Y luego se marchó.

Las otras mujeres también pidieron y se marcharon.

Y por fin le llegó la vez a Celeste.

Entonces Pancracia le dijo a Romualdo:

—¿Tú sabes por qué estas estaban tan raras?

El panadero iba a contestar, pero entonces llegó otra mujer, y dijo:

—Luego hablamos.

Celeste estaba muy extrañada porque le parecía que todos estaban actuando muy raro. Pero se dijo: "Tal vez estoy haciendo una montaña de un grano de arena."

Y pidió lo que querían.

Pero como llegaron más clientas, Romualdo le dijo a Pancracia y a Celeste:

—Luego nos vemos.

Y les guiñó un ojo.

Y las otras asintieron.

Por la tarde, después de comer, Perseo se acercó a la casa y le dijo a Celeste en voz baja:

—Tenemos que hablar.

Y luego, dirigiéndose a Antonia:

—¡Tía! ¿Te puedo robar a Celeste un rato?

Antonia se rio y asintió:

—¡Claro, hijo!

Celeste se dio cuenta de que el joven parecía enfadado, pero entonces intuyó que el asunto estaba relacionado con lo ocurrido por la mañana.

—¿Qué pasa? preguntó algo asustada.

—Ven, salgamos afuera. —le dijo él.

La joven salió con él, y este le dijo en voz baja:

—Vamos un poco más lejos. No quiero oídos indiscretos. Vayamos por el paseo.

—¿Pero qué pasa, Perseo? dijo ella, mientras le miraba algo asustada —¡Me estás asustando! ¿He hecho algo mal?

Perseo la miró y negó con la cabeza. Y luego dándose cuenta de que estaba asustando a su novia, le sonrió:

—Claro que no. Tú no has hecho nada.

—¿Entonces qué pasa? Pareces enfadado.

Perseo se quedó callado, como en una lucha interior y luego suspiró y se paró.

—Sí. Tienes razón. Estaba siendo presa de la ira.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

El joven volvió a suspirar, y caminando más despacio, le dijo:

—Ha sido Angustias. Siento decirlo, pero es una persona muy problemática, y yo no he sabido torearla bien.

—¡Oh! ¿Habéis discutido?

—No. No precisamente. Lo que pasa es que ella misma se ha montado una historia, y se ve que se la contó a su madre y esta lo ha difundido a todo el que ha visto, y el cotilleo se ha extendido por todo el pueblo, hasta que ha llegado a oídos de mi madre. Y cuando he llegado a casa, se me ha puesto a llorar, pidiéndome explicaciones de por qué no se lo había contado yo. Hasta que por fin la he convencido de que no era

cierto. Mi padre me ha creído desde el principio pero a mi madre, me ha costado convencerla.

Celeste recordó la forma extraña de mirarla que tuvieron las mujeres en la panadería. Y eso le produjo miedo, pues aunque no sabía de qué se trataba, sí intuía que todos habían estado hablando de ella, y eso sacó a la luz el yo del amor propio y el del miedo al qué dirán. Pero se dio cuenta, y pidió a su Madre Divina que eliminase de su interior ese defecto. Y luego le preguntó al joven:

—¿Tiene algo que ver conmigo? Lo digo porque esta mañana, todos me miraban muy raro.

Perseo la miró pensativo, y luego la abrazó y le dijo:

—Perdóname, amor mío. Creo que con mi enfado te he asustado. Soy un tonto. En realidad cuando te lo cuente, verás que es la tontería más grande del mundo, e incluso nos vamos a reír juntos.

Ella se extrañó y le dijo:

—Pues dímelo ya. ¿Qué es lo que están comentando?

Él hizo un silencio, como si no supiera cómo decírselo y luego suspiró y le respondió:

—Creen que estás embarazada. Que vamos a tener un hijo.

Celeste se quedó asombrada.

—¿Pero de dónde han sacado eso? ¿Qué les ha hecho pensar eso?

—Pues Angustias. Yo he estado recordando algunos detalles y he deducido que el día que fuimos a ver a Frella a la consulta, le dijimos a Angustias que íbamos a ver a la doctora, y como ella vio que tú no estabas enferma, se imaginó que estabas embarazada, y se lo dijo a su madre. De hecho, si recuerdas bien, Remedios quiso decir algo sobre ello, y Angustias la regañó muy fuerte para que no hablara. Pero ya no sé si con permiso de Angustias o no, su madre se ha encargado de contárselo a todo el mundo.

Celeste se quedó callada, recordando las últimas escenas con Angustias.

—¡Oh, vaya! — exclamó — ¡Pues sí que es fantasiosa tu compañera!

Perseo hizo un gesto de fastidio.

—¡Ahora entiendo por qué me miraba todo el mundo tan raro! — exclamó la joven — Pero por otro lado,— continuó — aunque todo esto haya sido un cotilleo basado en una mentira, o digamos en una mala interpretación, no sé por qué la gente ha reaccionado así. Al fin y al cabo, un embarazo no es algo malo. Y hoy día, que muchas parejas no se casan, el que tengan un hijo no es nada escandaloso. No sé por qué me miraban así, la verdad.

Él volvió a abrazarla y le dijo:

—Siento mucho que te hayan tratado así. Tienes razón en que los tiempos han cambiado mucho, pero en un pueblo como este, la gente menos joven sigue pensando de una forma antigua. Pero lo que me ha dado rabia es que se metan contigo. Eso no puedo soportarlo.

Celeste le sonrió y le acarició la cara, diciéndole:

—No te preocupes por mí. Yo estoy bien. Esto me ha servido de gimnasio psicológico, y a ti también te sirve. De hecho, recuerda que Frella nos lo advirtió.

Perseo la miró y luego asintió.

—Sí. Llevas razón.

Luego suspiró y le dijo:

—Creo que me he identificado más porque tenía miedo por ti. Temía que te pudiera hacer daño. Pero ya veo que eres más fuerte y más lista que yo.

Celeste se rio y le contestó bromeando:

—En eso sí que llevas razón.

Perseo se rio, y volvió a abrazarla.

—Bueno, — dijo la joven riéndose —¿y ahora qué hacemos? ¿Desmentimos la historia, o dejamos que se la crean todos?

—¡Eh! ¡No te pases! —le contestó Perseo riéndose.

Los dos siguieron riéndose y al final ella le dijo:

—Creo que será mejor cortar el chisme. En todo caso, quizás tendríamos que hablar con Angustias.

—Sí, iré a hablar con ella ahora mismo.

—Iré contigo.

Perseo la miró pensativo y luego le contestó:

—No. Mejor voy solo.

—¿Por qué? ¿Temes que le arranque de los pelos? —dijo Celeste riéndose.

El joven se rio.

—No. Ya en serio. Temo que te diga cualquier barbaridad. Creo que no le caes muy bien.

—Es porque está enamorada de ti, —dijo ella— ¿verdad? ¿Es eso, no? Está celosa, ¿no?

Perseo la miró pensativo.

—¿Eso crees?

—Sí. Eso me ha parecido las veces que la he visto. En realidad, creo que ha sido una venganza contra mí.

El joven se quedó pensativo y luego le dijo:

—No puedo asegurarte que no lleves razón. Pero si eso es así, creo que si vas tú, va a ser peor, porque se le van a remover algunos yoes y puede que te coja más rabia. Yo le hablaré, y si noto en algo que tú llevas razón, la desilusionaré.

Celeste se quedó pensativa y luego le contestó:

—¿Y si no le decimos nada? ¿Y si simplemente hacemos correr a través de las personas más allegadas a nosotros que era solo un bulo? Igual que se ha corrido una información, se puede correr la otra. Y tal vez Angustias se dé cuenta de su error, sin necesidad de encender una mecha innecesaria. Incluso puede que se arrepienta. Y su madre también.

Perseo se quedó pensativo, y luego asintió.

—De acuerdo. Haremos lo que dices.

Celeste sonrió y él se rio.

—¡Qué suerte que tengo una novia lista! —exclamó Perseo.

Y ella se rio, también.

Tal y como dijeron, así hicieron. Le contaron la historia a Antonia, y a Pancracia, y por otro lado, a los padres de Perseo, a Romualdo y a Venancio y a su esposa, y poco a poco, la verdad se fue extendiendo, y aunque algunos no sabían lo que era cierto y lo que no, al final estaba claro que se sabría la verdad. Pero a Celeste y a Perseo ya les daba igual lo que pensarán los demás. Y de hecho, la gente seguía siendo amable con Celeste.

En cuanto a Angustias, esta no dijo nada al respecto, ni a Perseo ni a Celeste. Hizo como que no sabía nada. Pero durante la semana, aunque se cruzaron un par de veces durante el paseo de las tardes, ni ella ni su madre se pararon a hablar con ellos.

## Capítulo 44

Y por fin llegó el domingo. Los jóvenes se fueron entusiasmados al punto de encuentro con Frella. Y allí les esperaba ella.

Frella les explicó largo y tendido lo que significaba el trabajo con la Alquimia interior, transmutando las energías sexuales para poder crear primero un cuerpo astral, más tarde y a base de trabajos continuos, un cuerpo mental, y más adelante, con la misma técnica un cuerpo causal.

Les dijo que esos cuerpos no desaparecían cuando llegaba la muerte, pues aunque el cuerpo físico podía morir, teniendo por ejemplo un verdadero cuerpo astral, se seguía teniendo su vida en el astral. Y cuando se volvía a nacer con otro cuerpo, el astral era ligado al nuevo cuerpo, en el momento en el que el espermatozoide del padre se unía al óvulo de la madre, y de esa manera, cuando la criatura naciera, se incorporaba uno directamente con su cuerpo astral creado en la existencia anterior. Y lo mismo ocurría con los otros cuerpos. De hecho, había gente en el mundo que poseía esos cuerpos por haberlos creado en existencias anteriores. Mas no todo el mundo los había creado.

Les dijo que la primera clave fundamental estaba en ahorrar energías durante el día no identificándose con las circunstancias de la vida, y trabajando con la eliminación del ego, para poder tener una energía sexual adecuada para la transmutación o transformación con el objetivo de crear aquellos cuerpos sutiles.

Y luego les insistió en la necesidad de no perder jamás la energía en el acto, para poder transmutarla o transformarla para crear esos cuerpos, utilizando la respiración, la imaginación, y la oración con la Madre Divina. Y les recomendó un libro para que lo leyesen y pudieran tener más información.<sup>1</sup>

Los jóvenes le escucharon muy atentos, y le hicieron todas las preguntas que quisieron, hasta que todo les quedó claro.

Luego hicieron la práctica de Transmutación de las fuerzas cósmicas, y después Frella se marchó a través del bosque, y los chicos regresaron al pueblo muy entusiasmados por todo lo que les había explicado Frella.

—Celeste— dijo de repente Perseo —¿y si nos casamos?

Ella le miró y sonrió.

—Me gustaría mucho, pero ahora tengo que ayudar a nuestras tías. No las puedo abandonar ahora.

—¿Y qué? Eso no tiene por qué interferir. Yo voy a seguir trabajando. ¿Por qué no vas a poder tú seguir trabajando para ellas?

Celeste se quedó pensativa.

—Pero es que... ¿cómo haríamos?

—Yo me puedo ir a casa de tía Antonia a vivir contigo.

—Pues sí, pero... empezó a decir ella —no es lo mismo que vivir solos.

Perseo la miró, y asintió.

—Sí. Tienes razón. —dijo.

---

<sup>1</sup> Véase: [http://judas—iscariote.org/para\\_emprender\\_el\\_vuelo.html](http://judas—iscariote.org/para_emprender_el_vuelo.html)

—A mí me gustaría que viviésemos solos. Con las tías nunca tendríamos intimidad. Siempre tendríamos testigos de todo. No, eso no me apetece mucho.

El joven asintió.

—Sí. Comprendo. Pero... es que de otra forma, así podemos tirarnos años.

Celeste asintió y suspiró.

Perseo se quedó callado pensativo.

Y los dos caminaron juntos en silencio, cogidos de la mano, hacia el pueblo.

## Capítulo 45

Aquella semana se les hizo larga. Los dos andaban poco animados, por no poder hacer ningún plan que les pudiera permitir poder estar juntos.

Una noche, cuando Celeste entró a darle las buenas noches a Pancracia, esta le dijo:

—Celeste, siéntate un poco conmigo. Quiero hablar contigo.

La joven le sonrió y se sentó con ella. Y Pancracia le dijo:

—He notado que Perseo y tú, estáis menos risueños que de costumbre. ¿Os pasa algo?

—No —contestó Celeste, sonriéndole —No pasa nada.

—Pues yo creo que sí —le dijo Pancracia —Creo que no es que hayáis discutido, pero noto como si estuviérais un poco tristes. No será por lo que pasó con la historia que montó Angustias, ¿no?

—¡No, qué va! ¡Eso ya es pasado! Estamos bien, Pancracia, no te preocupes.

Pancracia le miró y le sonrió:

—Escucha, te debo mucho, porque tú lograste ayudarme a cambiar mi vida. Tú me has ayudado a volver a reír, a ilusionarme, y a cambiar mi forma de ver la vida y a mí misma. Ten confianza conmigo y dime si te puedo ayudar en algo.

Celeste le sonrió y le contestó:

—Gracias Pancri. Pero de verdad que estamos bien. Perseo y yo nos queremos y somos felices estando juntos. No necesitamos nada.

Pancracia la miró pensativa y luego le dijo:

—Está bien. Si me aseguras que estáis bien, no te insistiré.

Celeste le sonrió y le dijo:

—Gracias, de todas formas.

Y le dio un beso de buenas noches y luego se fue a su dormitorio.

Pero aquella noche, Celeste volvió a tener otro sueño:

*"Perseo y ella iban subiendo por un camino de montaña juntos. A su alrededor la vegetación era solo de plantas aromáticas, más no había árboles por allí.*

*De repente la tierra empezó a tambalearse bajo sus pies, y ellos se miraron asustados.*

*Entonces miraron hacia el cielo, y vieron que aparte del sol, había otro planeta. Y no se trataba de la Luna.*

*—¡Oh, Dios mío! — exclamó ella —¿Qué planeta es ese?*

*En aquel momento escucharon por detrás:*

*—Es un planeta que se está acercando a la Tierra, y aunque no van a chocar, sí va a pasar lo suficientemente cerca para atraer magnéticamente el magma terrestre, y provocará terremotos, maremotos, hundimientos de tierras, y resurgimientos de otras.*

*Era Botan quien les hablaba.*

*Los jóvenes dieron un salto para comprobar la dimensión en que se encontraban, y vieron que flotaban.*

*—Botan,— le dijo Perseo —¿esto es un sueño simbólico, o es algo que va a ocurrir?*

—*Ya sabéis que estamos en la última parte de este año sideral de la quinta raza, la raza aria. Y está muy próximo su final. Este planeta que veis es el que ayudará a la remodelación de la Tierra, y lo ha estado haciendo al final de cada año sideral. Lo hizo en las razas anteriores, y volverá a ocurrir en esta también. Pero antes de esto, habrá guerras en la Tierra. Y surgirán epidemias y enfermedades extrañas que acabarán con parte de la Humanidad. Las gentes que no estén trabajando sobre sí mismas, serán manejadas cada vez más por el Ego y degenerarán, y serán víctimas de esta destrucción.*

—*¿Pero entonces no se salvará nadie?* — preguntó Celeste.

—*Solo aquellos que trabajen seriamente con la eliminación del Ego, con la transmutación de la energía sexual para crear los cuerpos e inmunizar el cuerpo físico, y hayan ayudado a otros a conocer lo que habéis aprendido, tendrán la posibilidad de salvarse de todas estas catástrofes, pudiendo trasladarse a un lugar seguro que les será informado a través de experiencias de la propia conciencia.*

*Los jóvenes asintieron, al comprender las palabras de Botan.*

—*¿Y esto será pronto?* preguntó Perseo.

—*Todo lo que puedo deciros, es que está cercano* —contestó Botan —*Por eso es necesario no perder tiempo. Es necesario trabajar fuertemente aquí y ahora, en cada momento, aprovechar al máximo los gimnasios de la vida para auto—descubriros y poder eliminar el Ego, y equilibrar vuestras energías para poder transmutar el excedente de cada día. Y amar a la humanidad y enseñar lo que sabéis de forma desinteresada a quien le pueda interesar.*

*Los jóvenes asintieron."*

Y Celeste se despertó.

La joven estaba muy impresionada, y se dijo que debía hablar con Perseo al día siguiente sobre aquel sueño tan inquietante.

## Capítulo 46

Hasta la tarde del día siguiente, durante el paseo por la carretera, los jóvenes no tuvieron la oportunidad de estar a solas. Y por fin hablaron sobre el sueño que habían tenido los dos, como les había ocurrido otras veces.

Ambos estaban muy impactados por aquella experiencia. Pero Perseo le dijo a la joven:

—Yo he estado reflexionando y me doy cuenta de que al menos nosotros hemos tenido la oportunidad de conocer el trabajo psicológico para producir un cambio interior. Pero hay muchos que no lo han conocido. Por eso es tan importante que compartamos lo que sabemos con otras personas. Y si esas personas lo comprenden y lo aceptan, también pueden compartirlo a su vez con otros. Por ejemplo, nosotros ya hemos hablado con nuestras tías, con Romualdo y con mis padres. Pero podemos hablar con más gente que tal vez pueda interesarse.

—Sí —contestó ella, con pena —También lo he pensado. Pero hay algo que me atormenta. Y es mi familia. Ellos no saben nada. Y estamos tan lejos... ¿Cómo podría yo hablarles de todo esto solo por teléfono? Hablo con ellos a menudo, pero siempre sobre cosas normales de lo que ha pasado con la tía o de ti, y ellos me hablan de mis hermanos, o sea lo normal. Pero explicarles todo lo que hemos aprendido por teléfono... que estamos solo un ratito hablando... Esto es muy frustrante. Y me tiene muy preocupada. Ya sé que seguramente es un Yo de apego, pero es que no puedo quitármelo de la cabeza. A veces me dan ganas de llorar, y pido a mi Madre Divina que elimine ese yo, pero aunque me calmo, después de un rato vuelvo a identificarme, y vuelvo a pensar en ello. Y no solo en mi familia, sino en mis amigos de toda la vida, y... en tanta gente...

Perseo la abrazó y le dijo:

—Cálmate, mi amor, estoy seguro de que igual que nosotros hemos tenido la oportunidad de conocer esto, habrá mucha más gente que también la tendrá.

—Pero ellos están tan lejos... —insistió la joven.

Perseo se quedó pensativo y luego le dijo:

—¿Qué sabemos nosotros? Quizás también tengan la oportunidad de conocer todo esto.

La joven asintió, aunque no estaba totalmente convencida.

El joven se quedó pensativo y luego le dijo:

—Quizás puedas hacer algo. —le dijo Perseo —¿Por qué no les escribes y les hablas de esto?

Celeste le miró pensativa.

—¿Te refieres a escribirles por carta?

—Bueno, —dijo el joven —¿no tienen ellos correo electrónico?

—Pues sí. Tanto mis padres como mis hermanos. Pero el problema es que la tía no tiene Internet. Y a través del móvil... es muy limitante.

—¡Tonta! ¿Y para qué estoy yo? En casa sí tenemos Internet. ¡Puedes venirte cuando quieras!

Celeste le miró y le sonrió.

—Sí. Podría hacer eso. Al menos podría intentarlo.

Él le sonrió y le besó en la sien.

—Claro que sí. Si quieres, yo también puedo ayudarte.

Ella por fin sonrió y le respondió:

—Vale. Lo que haré es preparar el escrito por las noches, y luego tú me lo revisas, y lo mandamos al día siguiente desde tu casa.

El joven asintió.

Y continuaron paseando, estando ella más conforme.

—Pero aun así,— dijo Celeste —hay algo que me cuesta, y es que a veces la mente no puedo pararla fácilmente. No solo por la preocupación de mi familia, sino muchas veces con otras cosas. Procuro concentrarme en las cosas que hago, pero no siempre logro concentrarme, y le doy vueltas a alguna preocupación, o simplemente no puedo manejar la mente. Creo que mañana, cuando veamos a Frella, le preguntaré sobre ello.

Y el domingo llegó, y volvieron a encontrarse con Frella.

Los jóvenes saludaron contentos a la doctora y Celeste le dijo:

—Frella, hemos aprendido prácticas en las que la concentración es fundamental. Pero a veces mi mente está rebelde y me cuesta concentrarme. No solo durante el día, sino también cuando voy a hacer una práctica de desdoblamiento astral.

La doctora le respondió:

—Ya sabéis lo importante que es la concentración para las prácticas que hagáis: desdoblamiento astral, transmutación de las fuerzas cósmicas, transmutación de las energías sexuales, y en general para todas las actividades que hagáis durante el día. Os voy a enseñar ahora a una técnica que os servirá para cuando estando en vuestras tareas tenéis la mente muy alterada, o andáis tan identificados con alguna preocupación, que olvidáis hacer el trabajo de Muerte psicológica. Lo que vais a hacer es utilizar un mantra que tiene el efecto de tranquilizar la mente. Un mantra es una palabra o una frase que tiene un cierto poder. El que os voy a enseñar tiene el poder de calmar la mente. ¿De acuerdo

Los jóvenes asintieron.

—Bien, —dijo Frella —el mantra que vais a utilizar es el siguiente: GATE. Y se pronuncia así: Gaaateeeee. Lo podéis utilizar cuando vuestra mente esté rebelde durante el día y os cuesta manteneros atentos. La repetís las veces que queráis de forma mental, hasta que veáis que vuestra mente está más serena y lográis estar en auto—observación. ¿Lo habéis entendido?

—Sí. —contestaron los dos a un tiempo.

—Bien, entonces ahora voy a complementaros esta misma técnica pero para meditar. Debéis diferenciar entre lo que es la concentración, y la meditación. La concentración es la atención plena y serena en una sola cosa, que puede ser un solo mantra, un solo pensamiento, una sola cosa, etcétera. La concentración es necesaria para cualquier práctica como por ejemplo el desdoblamiento astral o en la transmutación de las fuerzas cósmicas, por ejemplo. Y también hay que concentrarse en lo que se haga durante el día, como ya os dije en una ocasión, para desarrollar cada vez más la capacidad de concentración en cualquier otra práctica. ¿Estáis de acuerdo?

Los jóvenes asintieron. Y Frella continuó:

—La meditación va un paso más allá. Pasa de la concentración en una cosa, a hacer que desaparezca esa cosa de nuestra mente, quedándose ésta vacía por

completo. Para llegar a la meditación hacen falta dos cosas: una es el sueño controlado, es decir, una somnolencia ligera, pero que no llegue a dormirnos por completo. Y la concentración, por ejemplo en un mantra. En este caso podéis utilizar otra versión del mantra que os acabo de explicar, pero más largo. El mantra es el siguiente: GATE, GATE, PARAGATE, PARASAMGATE, BODHI, SUAJA. Lo haréis alargando las sílabas. Así: Gaaateeeeeee, gaaateeeeeee, paragaaateeeeeee, parasamgaaateeee, bodiiiiii, suaajaajaaaaaaa. Y repetís toda la secuencia todas las veces que queráis. Primeramente cogéis una postura cómoda, luego os relajáis, soltando los músculos de todo el cuerpo, ayudándoos de la imaginación consciente, y de la respiración. Podéis empezar por ejemplo por los pies, cogéis aire, y lo soltáis al mismo tiempo que relajáis los pies, luego volvéis a coger aire y relajáis las piernas, y así vais subiendo por todo el cuerpo, relajándolo por completo, hasta la cabeza. Y de esa manera ya predisponéis vuestra mente a la concentración. Luego pedís ayuda a vuestro Real Ser para hacer la práctica de meditación, y después os concentráis en los mantras que os he dado, intentando atraer el sueño controlado. Llegará un momento, puede que la primera vez que la hagáis, puede que después de varias prácticas, en que la esencia libre que tenéis, es decir, la que no está dormida atrapada por el ego, se desdoblará, pero no al mundo astral, sino al mundo causal, que es donde ella se mueve realmente. Y experimentaréis lo que se llama el Vacío Iluminador. En el mundo de las causas, o sexta dimensión, todo forma parte de un todo, y la esencia forma parte de todo el Universo. Allí la Esencia coge tal fuerza, que cuando despertáis y la esencia vuelve al mundo físico, como trae el recuerdo, eso os impulsará a Trabajar sobre vosotros mismos con mucha más Fuerza y ánimo. ¿Habéis comprendido?

Los jóvenes dijeron que sí, entusiasmados.

—Espero acordarme del mantra,— dijo Celeste —No he traído nada para escribir, pero si nos lo repite, se me quedará mejor.

Frella sonrió y se lo repitió.

—De todas formas, — dijo —si tenéis alguna duda, ya sabéis que podéis llegaros por la clínica.

—Sí, gracias. —respondió Celeste.

Luego hicieron la práctica de transmutación de las fuerzas cósmicas, y después, como venía siendo habitual, Frella se fue por su lado y los jóvenes continuaron paseando hacia el puente de los Tilos, hablando sobre lo nuevo que habían aprendido.

## Capítulo 47

Tal y como habían proyectado Celeste y Perseo, la joven preparó aquella misma noche un primer escrito acerca de las cosas que había aprendido con Botan. Le hablaba de la multiplicidad psicológica del ser humano, del sueño de la conciencia y de la auto—observación y el recuerdo de sí. Al día siguiente se lo pasó a Perseo, para que le echara un vistazo y viera si podía añadir algo. Y luego se lo enviaron a Timoteo y Marta.

Celeste estaba contenta, y Perseo se reía de verla más animada.

Pero lo que la joven no se esperaba era la respuesta de sus padres:

Al día siguiente, por la tarde, mientras paseaban, Timoteo la llamó al móvil.

—¡Hola papá! — saludó ella muy contenta.

—¡Hola Celeste! —saludaron sus padres, a través del altavoz del móvil de él.

—¿Cómo estás, cariño? — le preguntó su madre.

—Muy bien, mamá. ¿Y vosotros?

—¡Bien, hija! —contestó su madre.

Celeste sonrió y miró a Perseo, que también estaba escuchando la conversación.

Entonces Timoteo le dijo:

—Nos hemos imaginado que estáis de paseo con la tía, ¿no es así?

—Sí, papá.

—¿En el paseo del Carcabeño?

—Sí.

—¡Qué bien! ¡Cómo recuerdo aquel paseo! ¡No he jugado yo veces por allí con mi pandilla!

Celeste y Perseo se rieron.

—¿Estás con el hijo de mi buen amigo Bartolomé? — preguntó Timoteo.

—¡Sí! ¡Está aquí conmigo!

—¡Hola Timoteo! —saludó Perseo.

—¡Qué hay, hijo! — contestó Timoteo —¿Cómo está tu padre?

—Está muy bien. De hecho, está dando el paseo con nosotros. Ahora está hablando con nuestras tías.

—¡No me digas! ¡Pues ahora después me lo pasas, que hable un poco con él, a ver qué se cuenta!

—¡Claro! —contestó Perseo —¡Seguro que le alegrará hablar contigo!

El padre de Celeste se rio. Pero luego le dijo a su hija:

—Bueno, Celeste, no te he llamado solo para ver cómo estás, que también. Es que hemos leído el correo electrónico que nos has enviado y nos ha sorprendido mucho a tu madre y a mí.

Celeste miró a Perseo, pensando que tal vez no les había gustado lo que les había enviado, y, tras una pausa, contestó a sus padres:

—Pues... es que he estado aprendiendo algunas cosas que quería compartir con vosotros, aunque no sé si me he explicado bien, o si lo que os dije os interesa...

—Claro que nos interesa —contestó Timoteo —Pero lo curioso es que nosotros estábamos planteándonos hablarte de estas cosas a ti.

Celeste se quedó bloqueada.

—¿Cómo dices?

—Sí, que justamente ayer tu madre y yo, estuvimos pensando en hablarte sobre esto.

—No entiendo —dijo la joven —¿Me estáis hablando de lo que os mandé ayer?

—Sí —dijo su padre — Sobre el Ego y la conciencia, y sobre el trabajo sobre sí mismos.

Celeste miró asombrada a Perseo y éste también estaba pensativo.

—Timoteo, ¿vosotros sabéis algo sobre eso? preguntó el joven.

—Sí. Y algunas cosas más relacionadas con ello. —contestó Timoteo.

Celeste no cabía en sí de su asombro. Se dio un tirón de un dedo para comprobar si estaba soñando o despierta. Pero el dedo no se estiró.

—¿Y cómo es que lo sabéis? — preguntó Celeste, completamente atónita.

—Pues porque me lo ha enseñado un compañero de trabajo.

—¿Un compañero? —repitió Celeste, cada vez más asombrada, y mirando a Perseo.

—Sí. Bueno, él es profesor. De hecho, es profesor de idiomas de tus hermanos. Está sustituyendo a otro que está de baja por enfermedad. Pero es muy afable y nos hicimos amigos desde que llegó. Tus hermanos están muy entusiasmados con él, y están cambiando mucho. No solo tus hermanos, pues hay otros chicos...

—¡Oh! —exclamó Celeste, sorprendida.

— Hemos dado algunos paseos juntos y nos ha enseñado muchas cosas a tu madre, a mí, y a tus hermanos.

—¡Oh! —volvió a exclamar Celeste cada vez más asombrada.

Hasta que Perseo se sonrió y le preguntó a Timoteo:

—Oye, ¿y cómo se llama ese profesor?

—Todos le conocen como el profesor Ángel, pero él nos ha dicho que en realidad su verdadero nombre es Botan.

Celeste se sorprendió tanto que se quedó con la boca abierta y los ojos, lo mismo.

Y Perseo echó una carcajada y luego dijo:

—¡No sé por qué, pero intuí que era él!

—¿Entonces Botan está con vosotros? exclamó la joven, con el corazón latiéndole rápido de la mezcla de sorpresa y alegría.

Timoteo replicó:

—¿Pero qué ocurre aquí? ¿Acaso vosotros conocéis a Botan?

—¡Sí! — le contestó su hija —Él nos enseñó muchas cosas hace algunas semanas. Luego se fue y ahora nos enseña una doctora que está sustituyendo al doctor de Rocangosta.

—¡Vaya! ¡Qué asombroso! — exclamó Timoteo.

Celeste se rio contenta, y Perseo se reía de verla a ella. Entonces Celeste les dijo a sus padres:

—¡Papá, mamá! ¡Yo no sé todas las cosas que os habrá enseñado Botan, pero tenéis que venir aquí este verano y os enseñaremos sitios muy interesantes que quizás, papá, tú no conozcas! ¡Y además, tengo muchas ganas de veros!

Timoteo se rio y Marta le contestó a su hija:

—¡Claro que sí que vamos a ir! Yo ya se lo he dicho a tu padre: que este año, como sea, tenemos que ir. Incluso tus hermanos tienen ganas de ir.

Celeste estaba muy contenta, y tras hablar un poco más sobre sus nuevos descubrimientos, Timoteo le pidió que le pasase el teléfono a Bartolomé, y los dos amigos estuvieron charlando un rato entre recuerdos y risas.

—¿Te has dado cuenta de que tus temores eran innecesarios? le dijo Perseo en voz baja a la joven.

Ella le sonrió y asintió.

—Por eso se fue —dijo Celeste refiriéndose a Botan —Porque tenía que enseñar en otras partes.

Perseo asintió.

—¿No te parece todo esto mágico y maravilloso? le preguntó a su novia.

—Sí. Me parece muy mágico y muy maravilloso. —contestó ella con una sonrisa de felicidad.

## Capítulo 48

Dos días después, Pancracia y Celeste fueron a ver a la doctora, para que le quitara las escayolas a Pancracia.

Después de ello, la doctora les dio unos consejos para la rehabilitación de la pierna, y Celeste apuntó todo para poder ayudar a Pancracia.

Ésta estaba muy contenta y le dio las gracias a la doctora por su amabilidad.

— ¡Estoy deseando poder caminar, correr, subir y bajar escaleras! —exclamó Pancracia.

Pero luego algo nubló su mirada y se quedó mirando pensativa sus piernas.

—Pero... ¿y si me fallan las piernas y se me rompen otra vez? ¿Puede pasar eso?

—Recuerda que no solo se trata de cuidar tus piernas —le dijo la doctora— Más importante es vigilar tus pensamientos, emociones y actos. No tienes por qué temer.

Pancracia la miró sorprendida y luego se quedó reflexiva, y contestó:

—Es cierto. Lleva razón.

La doctora sonrió y Celeste también.

Cuando Celeste y Pancracia regresaban a la casa, ésta le dijo a la joven:

—Oye, ¿te has dado cuenta de lo que nos ha dicho la doctora? Yo creo que ella también sabe algo del trabajo psicológico.

Celeste se sonrió.

—Sí. — contestó —Ella sabe muchas cosas.

Pancracia se quedó reflexiva y luego le dijo:

—No me cuadra.

—¿El qué no te cuadra? dijo Celeste.

—No me cuadra que sea ella la que os ha enseñado a Perseo y a ti, todo lo que nos habéis enseñado a nosotros.

—¿Por qué?

—Pues porque tú me empezaste a explicar cosas antes de que ella viniera.

Celeste se quedó pensativa y se dio cuenta de que Pancracia sabía muy bien hacer cuentas.

Y sonriendo le contestó:

—Tienes razón. Está bien, te contaré nuestro gran secreto.

Y entonces le contó cómo conocieron ella y Perseo a Botan, cómo luego él se tuvo que ir, y vino Frella. Y también le contó que Botan estaba enseñándoles a sus padres y hermanos y otras personas en la ciudad natal de Celeste. Y Pancracia se quedó muy asombrada.

—¡Vaya! exclamó —¡Con razón la primera vez que vimos a la doctora me pareció una mujer bastante enigmática!

Celeste se rio.

—Pues Celeste,— dijo Pancracia — cuando ya pueda andar bien del todo, me gustaría que Perseo y tú nos enseñaras a Romu y a mí esas ruinas misteriosas.

Celeste volvió a reírse y asintió.

Pero luego, cuando regresaban, se lamentó mientras pensaba: "Espero que a Perseo no le importe que le haya contado nuestro secreto."

Ese temor la estuvo martirizando durante el resto de la mañana, y no pudiendo esperar, a la hora que sabía que se cerraba la escuela, se fue rápidamente a buscarlo.

Lo vio cerrando la puerta, mientras Angustias le hablaba.

"¡Qué tonta!", pensó Celeste, "¡No me acordaba de Angustias! Tendré que ser diplomática".

La joven esperó afuera de la cerca del colegio y cuando los otros dos se volvieron, la vieron.

Perseo le sonrió, pero Angustias la miró con fastidio.

Los dos se acercaron y Celeste les saludó:

—¡Hola! —dijo.

—¡Hola! —contestó Perseo, contento —¿Qué haces por aquí?

Angustias no dijo nada, solo la miró muy seria.

—Pues es que quería hablar contigo. —contestó Celeste al joven.

La otra seguía sin decir nada.

Pero Perseo se extrañó y le dijo a su novia, acercándose a ella:

—¿Pasa algo? ¿Están bien nuestras tías?

—Sí. Sí. No te preocupes. —respondió Celeste.

Entonces Angustias se quedó pensativa y luego le dijo:

—Así que no estás embarazada.

Celeste la miró sorprendida y le contestó:

—No.

Angustias se encogió de hombros y le dijo:

—No sé de dónde saldría ese rumor.

—¿Cuál rumor? dijo Celeste, a posta, mientras Perseo observaba pensativo.

—Pues uno que corría por ahí. En fin, seguramente fue una confusión de alguien.

—Seguramente, sí —contestó Celeste —Pero no tiene mayor importancia.

Angustias asintió.

Luego miró a Perseo, y le dijo:

—Hasta mañana, Perseo.

—¡Hasta mañana! —contestó él.

Angustias miró a Celeste y le hizo un saludo con la cabeza, sin decir nada más, y luego se fue.

Celeste se quedó mirándola unos momentos y Perseo le dijo:

—Creo que está haciendo un esfuerzo. No le pidas más, al menos de momento.

La joven le miró y asintió. Y Perseo sonrió y le dijo:

—¿Y a qué debo esta inesperada sorpresa?

—Perseo, tengo que confesarte algo.

El otro puso cara de sorprendido y luego riéndose, le preguntó:

—¿Qué trastada has hecho?

—Le he hablado a Pancracia sobre Botan y Frella. Y no solo eso, es que le he contado lo de las ruinas de los gigantes.

Perseo se quedó mirándola sorprendido y luego sonrió y le dijo:

—¿Qué te ha pasado? ¿Has desayunado lengua esta mañana?

Celeste se rio, pero luego le dijo:

—Ya sé que era nuestro secreto, pero... es que no he podido evitarlo. ¿Estás enfadado conmigo?

Él puso cara de enfado fingido y le contestó:

—¡Muy enfadado! ¡Esto no me lo esperaba de ti! ¡Veremos a ver cómo se me quita el enfado! —

Ella sabía que él no estaba realmente disgustado, pero le dijo:

—Lo siento. Haré lo que me digas.

Perseo la miró y simulando que seguía enfadado, le dijo:

—La única manera de que se me quite el enfado es que me des un beso.

Ella se rio, y le abrazó y los dos se dieron un beso.

Luego él la acompañó hasta la casa, y Celeste le dijo:

—Todo ha sido porque Frella le ha hecho un comentario a Pancracia sobre la importancia de vigilar pensamientos, emociones y actos, y eso le ha llamado mucho la atención a Pancracia. Y claro, veníamos hablando de eso cuando salimos de la consulta, y luego una cosa ha llevado a la otra. Y entonces..., ya no he podido callarme más. Por un lado, después me sentía que había hablado demasiado, pero por otro, supongo que Pancracia y los otros tienen derecho a saber quiénes han sido nuestros maestros, ¿no crees?

—Sí. —contestó Perseo —En realidad, no creo que haya nada de malo en que se lo hayas contado. Eso tal vez incluso le avive más la inquietud y el ánimo para aprender más cosas. De hecho, creo que deberíamos hablarles también a los demás de las últimas cosas que hemos aprendido con Frella. Y me refiero entre otras cosas, al trabajo con las energías sexuales.

Celeste asintió.

—Sí. Me parece bien.

Perseo le sonrió. Y como llegaron a la casa, él le volvió a dar otro beso a su novia y se marchó a su casa, mientras ella se metía en casa de la tía Antonia.

## Capítulo 49

El domingo siguiente, Perseo fue a recoger a Celeste para ir en busca de Frella. Mas al salir del pueblo, vieron a Frella sentada en el banco junto al olmo viejo de la salida del pueblo.

—¡Hola Frella! —saludaron los dos, sorprendidos.

La doctora les sonrió y les dijo:

—Hola muchachos. Como sabéis, estamos al final de un tiempo, de una humanidad, de una raza que ha envejecido y se ha deteriorado como consecuencia del fortalecimiento del Ego. Esto hay que verlo desde un punto de vista, no trágico, sino práctico. Ya conocéis las leyes de evolución y de involución. Se evoluciona hasta cierto punto, y luego viene la involución. Solo se sale de esa rueda con la revolución. La revolución de la conciencia. Existen otras leyes que marcan nuestras vidas, y también el trabajo psicológico. La ley de octavas, por ejemplo, se llama así porque está relacionada con las octavas musicales. Ya sabéis, existen las notas musicales: do, re, mi, fa, sol, la, si. Esto aplicado en nuestras vidas, y también en el trabajo psicológico, significa que siempre hay que estar dando continuos esfuerzos para subir la nota, porque nada permanece estático. En un negocio, en una relación, en un trabajo, y por supuesto en el trabajo psicológico, hay que estar haciendo continuos esfuerzos para dar la nota, para seguir hacia adelante, pues van surgiendo cada cierto tiempo obstáculos o procesos que hay que salvar para poder seguir con esa relación, ese trabajo, etcétera. Porque si no se hace así, todo se viene abajo. Aquí interviene la Ley de la Entropía. En una relación, por ejemplo, a veces surgen inconvenientes, o problemas, en fin, obstáculos, y si no se hace un esfuerzo para vencerlos, la relación se deteriora y al final se acaba. En un trabajo, un negocio, por ejemplo, al principio todo va bien, pero llegado un tiempo, surgen problemas, pero si no se superan, el negocio se viene abajo. En el trabajo psicológico, si no se están haciendo esfuerzos conscientes de forma continua, la ley de entropía nos coge y nos vamos dejando y olvidándonos del Trabajo interior, y al final el ego nos atrapa completamente y nuestra conciencia termina completamente dormida. Como bien sabéis, la sociedad es la extensión del individuo. Si cada uno no trabaja sobre sí mismo para despertar la conciencia, en realidad, la entropía le lleva a dormirse cada vez más, y terminar con toda la conciencia atrapada por el ego. La humanidad, si no hace ese esfuerzo para subir de nota, si se sigue dejando llevar por el ego, cada vez estará más dormida, y perderá la poca conciencia que le queda. Sin embargo, el planeta sigue su curso. Ya han empezado a haber algunos cambios: deshielo de los polos, alteración del campo magnético de la Tierra, terremotos y volcanes cada vez más frecuentes, enfermedades y epidemias raras, etcétera. Vendrán guerras de diferentes tipos, y la degeneración irá cada vez a más, siguiendo la ley de entropía. Pero el sueño de la conciencia no permite ver lo que realmente ocurre. Porque el ego siempre da excusas, o interpreta, o simplemente se regodea en la degeneración, puesto que es la causa de la misma. Solo aquellos y aquellas que trabajen seriamente sobre sí mismos, podrán ir despertando conciencia y salir de esta bruma. Trabajando con la muerte psicológica, liberaréis conciencia y despertaréis. Trabajando con la alquimia interior, o sea con la transmutación de las energías, podréis tener existencia real en dimensiones superiores, y podréis recibir los

mensajes de vuestro propio Ser interior, o de otros Maestros despiertos. Y trabajando por amor a la humanidad, enseñando lo que sabéis, vuestra conciencia se alimentará y ganaréis mucho Dharma, y eso os ayudará a avanzar más rápido en la creación de los cuerpos, y en la muerte psicológica.

Celeste y Perseo asintieron.

Frella les sonrió y les dijo:

—Y ahora, sí. Con las explicaciones que os he dado y que han complementado las enseñanzas que os ha estado dando Botan, creo que tenéis la base para Trabajar sobre vosotros mismos. Por supuesto esta Enseñanza, este Conocimiento, es mucho más extenso, pero eso podréis ir aprendiéndolo poco a poco mediante vuestro Trabajo con esos tres puntos de los que os he hablado. En el mundo astral, si seguís Trabajando internamente, podréis ir despertando paulatinamente e iréis recibiendo cada vez más información, y conforme vayáis despertando conciencia, podréis investigar de forma consciente en las dimensiones superiores.

Los jóvenes intuyeron que se estaba despidiendo.

—¿Ya se va a ir? preguntó Celeste, con cierta desilusión.

Frella sonrió y le contestó:

—Me voy del pueblo, sí. Pero siempre que me necesitéis, podemos vernos en el mundo astral.

Los jóvenes sonrieron y asintieron.

—En todo caso,— dijo Perseo —le damos las gracias por todo lo que nos ha enseñado.

Frella sonrió y asintió.

—Sí. —dijo Celeste —Le estamos muy agradecidos a usted y a Botan. Estas enseñanzas han cambiado nuestra vida.

—Los cambios reales son interiores. —contestó Frella —De nada serviría aprender intelectualmente estas Enseñanzas, si no se llevan a cabo, si no se llevan a los hechos, si no se practican. Por eso, el cambio real depende de vosotros. Botan y yo os hemos dado, digamos, el modo de empleo. Ahora vosotros tenéis que poner en marcha la maquinaria del Trabajo Interno. Y de esa manera, aprender infinitas cosas que nosotros no podemos enseñaros, porque solamente se aprenden con la propia experiencia.

Los jóvenes asintieron.

Frella se levantó y les sonrió y les dijo:

—¡Nos vemos!

—¡Sí! —contestó Celeste.

—¡Hasta pronto! —dijo Perseo.

Y Frella se metió en el pueblo.

Los chicos se miraron y Celeste le dijo al joven:

—Comprendo que lleve razón, pero la verdad es que me da pena que ya hayamos acabado estas charlas. Me había acostumbrado.

Perseo le sonrió y le dijo:

—Ya. Te entiendo. Pero será que llegó la hora de empezar a andar por nosotros mismos. Ya más o menos hemos empezado, así que ahora se trata de seguir con lo que ya sabemos.

Celeste asintió.

—¿Vamos al puente? le dijo el joven.

—Bueno. —contestó ella

Celeste iba muy callada. Perseo la miró y le dijo:

—No estés triste. La Enseñanza que nos han dado es el regalo más maravilloso que hemos recibido en nuestra vida.

—Sí. —contestó ella —Lo sé.

El joven asintió.

—Perseo,— le dijo ella, al cabo de unos momentos —yo creo que, como tú dices, la Enseñanza que nos han dado es maravillosa. Estamos llevando a cabo prácticamente todo lo que nos han enseñado. Pero...

—¿Pero? —preguntó él, mirándola.

Celeste suspiró y le dijo:

—¿Crees que he sido demasiado exigente cuando te dije que no quería que viviésemos juntos en casa de nuestra tía?

Perseo se quedó pensativo y luego le dijo:

—¿Has cambiado de opinión?

La joven volvió a suspirar.

—Es que no veo otra solución, si queremos trabajar con la Alquimia interior. No es que sea una situación muy romántica, pero como tú decías, si seguimos así, podemos estar años.

Perseo se quedó callado pensativo.

—No. Yo tampoco veo otra solución.

Celeste volvió a suspirar y le dijo:

—¿Tú qué opinas?

—Pues por mí, si quieres podemos hacer eso.

—Pero por otro lado, ¿crees que nuestra tía estará de acuerdo?

Perseo se quedó pensativo y le contestó:

—Yo creo que no le importará. Pero tienes razón en que primero deberíamos preguntarle.

—Más que preguntarle, sondearle —dijo Celeste —Porque tampoco queremos que se vea forzada a decir que sí.

Perseo asintió.

Luego los dos fueron en silencio. Celeste sentía que aquella situación era extraña. Por un lado quería estar al lado de su amado y poder por fin trabajar los dos juntos en la Alquimia. Pero por otro lado, no sabía si estaba forzando las cosas, y si estarían bien los dos en casa de su tía. Porque aunque se llevaban muy bien con ella, al fin y al cabo, la intimidad que necesitaban los jóvenes se vería muy limitada. Por un lado, querían estar juntos, pero por otro se trataba de "un estar juntos a medias".

Entonces Celeste se paró y el joven la miró.

—¿Qué pasa? —dijo.

—Perseo, estoy hecha un lío. Yo quiero estar contigo. Pero... no quiero testigos. Quiero mucho a nuestra tía, pero...

El joven suspiró y le dijo:

—Vamos a pedir ayuda a nuestro Ser para ver qué tenemos que hacer. Y que nos vayan poniendo las cosas claras. ¿De acuerdo?

Ella asintió.

—Y ahora no le des más vueltas. —dijo él — Que le ego no nos deja ver claro.

—Vale. —respondió ella.

Aquella noche, Celeste pidió ayuda antes de dormir para que les hicieran ver claro a Perseo y a ella lo que debían hacer.

## Capítulo 50

A la mañana siguiente, Celeste se despertó muy temprano, como hacía últimamente, para hacer meditación con el mantra Gate, Gate, Paragate, Parasamgate, Bodhi, Swaja.

Y cuando sonó el despertador, dejó la práctica para ponerse en marcha.

Al entrar en la cocina, vio que su tía aún no se había levantado. Le extrañó porque ella solía madrugar, pero se dijo que la dejaría dormir tranquila, y preparó su desayuno.

Al cabo de un rato, como su tía no se levantaba, pensó: "¡Qué raro!".

Fue al dormitorio de Antonia, y se asomó un poco, y la oyó respirar en tono de sueño.

"Igual ha vuelto a dormir mal esta noche.", pensó. "Ya le ha pasado otras veces, que se desvela y le entra el sueño por la mañana. No la despertaré. La dejaré dormir lo que quiera."

Luego fue al dormitorio de Pancracia y vio que estaba sentada en la cama, con las piernas fuera de ella, y haciendo ejercicios.

Celeste sonrió y le dio los "buenos días".

—Buenos días. —contestó Pancracia, sonriendo —Ya me noto las piernas más fuertes. Creo que con las muletas estoy haciendo bastantes avances.

Celeste asintió.

Entonces Pancracia la miró y le dijo:

—Anoche no te quise decir nada, pero me pareció verte ayer algo decaída.  
¿Qué te pasa?

La joven le sonrió:

—No me pasa nada. Será que estaba un poco cansada.

—¿Seguro?

—Sí.

Pancracia la miró detenidamente y luego le dijo:

—Bueno, si no me lo quieres contar, no pasa nada.

Celeste le sonrió y asintió.

Entonces Pancracia le dijo:

—Por cierto, ayer se me olvidó contarte una cosa.

—¿El qué?

—Estuve hablando con Romu, y hemos decidido que en cuanto pueda caminar sin muletas, nos casamos y me voy a vivir con él.

—¿Qué? —exclamó Celeste, riéndose —¿Pero cómo puede habérselo olvidado contarnos eso? ¡Qué buena noticia!

Pancracia se rio y le dijo:

—En realidad no es que se me olvidó. Es que quedamos en no decirle a nadie todavía nuestro secreto, pero yo te lo he contado a ti, porque tú has sido mi confidente desde el principio, y me has ayudado mucho.

Celeste se rio.

—¿Y vosotros? —le dijo Pancracia —¿No pensáis casaros?

Celeste paró de reír, y solo le sonrió y le respondió.

—Ya veremos.

—¿Habéis discutido? —inquirió Pancracia.

—No. Claro que no. Perseo es el chico más bueno que he conocido nunca. No puedo discutir con él.

Pancracia se quedó pensativa y luego dijo:

—Ya comprendo.

Celeste la miró, pero no dijo nada.

Y Pancracia tampoco.

—Bueno, voy a traerte el desayuno. —dijo Celeste.

—No, espera. Ayúdame a levantarme y voy con las muletas a la cocina contigo.

Celeste sonrió y asintió.

Y así hicieron.

Mientras Celeste preparaba el desayuno, Pancracia estaba sentada junto a la mesa de la cocina, levantando y bajando las piernas.

Entonces entró Antonia y les dijo:

—¡Ay, señor! ¡Que me he vuelto a dormir!

Celeste y Pancracia se rieron y la joven le dijo:

—No pasa nada, tía. Duerme lo que te pida el cuerpo.

—¡Sí, hija, pero esto ya es demasiado!

Las otras dos se rieron otra vez.

—¿Te desvelaste por la noche? le preguntó Pancracia.

—Eso es lo que me pasó —contestó Antonia —Otra vez soñé con Néstor, y luego no me podía dormir. Últimamente sueño mucho con él. Creo que me está llamando para reunirme con él.

Las otras se quedaron calladas impresionadas. Hasta que Celeste le dijo:

—No digas eso, tía. No tiene por qué ser eso. Además tú estás muy bien de salud. —

—Claro que sí —dijo Pancracia —¡Pero si tú tienes más vida y más fuerza que cualquier chaval del pueblo!

Antonia les sonrió y se sentó junto a Pancracia.

—No sé qué deciros. Ya he soñado con él varias veces, y siempre me sonrío y me dice que pronto nos reuniremos.

Las otras dos se quedaron calladas, sin saber qué decir.

—Bueno, tal vez sea verdad, pero aún faltará mucho para ello —dijo Celeste.

—No sé —dijo Antonia, pensativa —Bueno, ya se verá.

Celeste se quedó con un pellizquito en su interior y pensó: "¡Oh Señor! ¡Yo quiero estar con Perseo, pero no a costa de la vida de nuestra tía! ¡Que no sea cierto lo que ella sospecha!".

Por la tarde, en el paseo, mientras Antonia se paraba a hablar con un vecino del pueblo, Celeste le contó a Perseo lo de los sueños de su tía, y este se quedó pensativo.

—No tiene por qué significar lo que ella dice, creo yo —dijo el joven — ¡En fin, eso espero!

Celeste asintió.

—Pero dime— dijo Perseo —¿le has dicho algo de lo de nosotros?

—No me he atrevido.

El joven se quedó callado unos momentos y luego le dijo:

—Está bien. Le hablaré yo.

La joven asintió.

Entonces Perseo esperó a que Antonia terminara de hablar con el vecino y después se dirigió a ella y le dijo:

—Tía, escucha, ¿cómo te iría tener otro inquilino en tu casa?

Celeste pensó: "¿Y a eso le llama sondear?", y tuvo que aguantarse la risa.

Antonia lo miró pensativa y luego se sonrió y le contestó:

—Pues mira, me queda libre el desván. Tiene un poco de polvo, pero ya está amueblado e incluso tiene ropa para cambiarse. Todo por un módico precio.

Perseo se rio y le dijo:

—¡Ay tía! ¡Qué guasona eres!

Antonia se rio, pero después le dijo:

—¿Acaso crees que no adivino tus pensamientos? Solo pido una condición: tenéis que casaros. Que yo soy muy tradicional, y a mí no me gustan las relaciones modernas.

Perseo se rio, y Celeste sonrió al verlos.

Luego Antonia le dijo a la joven:

—Ya hace tiempo que pensé que querríais estar juntos. Y también supuse que lo que os obstaculizaba era yo. Y lo siento. No sé de qué manera podríamos hacer. Tal vez podría buscar a otra persona que te sustituya. Pero no se me ocurre quién.

—No digas eso, tía —contestó Celeste —Si ahora estoy con Perseo es gracias a ti. Si yo no hubiera venido contigo, nunca le habría vuelto a ver. Así que tú eres en realidad como mi hada madrina que me ha cumplido mi sueño máspreciado.

Perseo se rio y le dijo:

—Es el hada madrina de los dos.

Celeste asintió.

Antonia sonrió y les dijo:

—¡Gracias, hijos! ¡Sois unos ángeles los dos!

Celeste y Perseo se rieron.

—¡No tanto, no tanto! —dijo Celeste.

Antonia se reía.

—¿Entonces te parece bien que vivamos los dos contigo? le preguntó Celeste.

—Por mí, claro que sí —dijo Antonia —Lo que temo es que no tengáis la intimidad que podríais tener, si estuvierais solos.

—Bueno, ya se verá —contestó Celeste, más animada.

Luego miró a Perseo y este le sonrió y le guiñó un ojo.

Más tarde, cuando Perseo se despedía de su novia en la entrada de la casa, le preguntó:

—¿Estás contenta?

—Sí. —contestó ella, sonriendo —Mucho. Ya no me importa tanto si no estamos solos. Lo que me importa es que estaremos juntos, por fin.

Perseo se rio y le dijo:

—¡Quién iba a decirnos hace... algo más de tres meses que íbamos a encontrarnos de nuevo y que terminaríamos estando juntos!

—¡Y que viviríamos y aprenderíamos tantas cosas juntos! —añadió ella.

Perseo asintió.

—En fin,— dijo él —ahora tengo que anunciarle a mis padres que nos vamos a casar.

—Sí. Y yo a los míos.

Perseo se rio, contento y luego le dijo:

—Mañana me llegaré al ayuntamiento y preguntaré qué necesitamos y veré qué fecha nos pueden dar. ¿Crees que te podrás librar un rato para ir juntos?

—Yo creo que sí. ¿Irás a la hora del recreo?

—Sí, claro. No puedo dejar a los niños solos en hora de clase.

Celeste asintió.

## Capítulo 51

Los chicos por fin pusieron una fecha para la boda, teniendo en cuenta que tenían que esperar que la familia de Celeste pudiera asistir. Por suerte, solo faltaban dos semanas para las vacaciones de sus hermanos, y tres para las de su padre. Pues estando tan lejos, era demasiado complicado tomarse un fin de semana solo para la boda, y más, estando en temporada de exámenes.

Pancracia, que se iba a casar el mismo día con Romualdo, ofreció su casa para que la familia de Celeste pudiera parar sin necesidad de tener que alquilar nada.

Celeste le estaba muy agradecida, y Pancracia se reía diciéndole que era ella la que le debía mucho.

Durante esas semanas, Celeste estuvo muy ocupada entre sus quehaceres habituales con su tía, y un rato que iba a casa de Pancracia con ella, por un lado para ayudarla en la mudanza, y por otro, para preparar las habitaciones para su familia.

Perseo también estaba liado con la escuela, pero siempre se llegaba por las tardes para el paseo diario, que era cuando podía ver a Celeste.

Entre tanto ajeteo, los jóvenes realmente no tenían tiempo para estar solos, pues hasta los domingos estuvieron ocupados con todos los preparativos.

Ya se acercaba el último fin de semana de antes de la boda, y Perseo le propuso a Celeste tomarse todo el domingo para ellos.

Celeste le dijo:

—¿Y qué pasa con nuestra tía?

—Mis padres se ocuparán de ella. Se lo he preguntado y me han dicho que sin problemas.

La joven sonrió y asintió.

—¿Y qué quieres que hagamos? —inquirió.

—Quiero ir a la Ruta de los Gigantes.

—¡Oh! —exclamó Celeste. ¿Te refieres a la que va a la montaña del monolito?

—Exactamente.

—¿Pero conoces la ruta?

—No he ido nunca, pero más o menos sé por dónde es.

—¿Estás seguro? ¿No nos perderemos?

—¿Ya estás dudando otra vez de mi capacidad orientativa? —dijo Perseo riéndose.

Celeste sonrió y le contestó:

—Está bien. Me fiaré. Y si nos perdemos... pues nada, nos quedaremos a vivir allí en la montaña —dijo esto último, en recuerdo de una frase que él le había dicho en una ocasión.

Perseo se rio y le contestó:

—Ya veo que vas aprendiendo.

Ella se rio también.

Y finalmente decidieron hacer la ruta.

## Capítulo 52

El domingo por la mañana salieron muy temprano después de desayunar, y se fueron en el coche, pues la Ruta de los Gigantes estaba en una zona de la montaña situada a cincuenta kilómetros de allí.

Como el camino era bastante tortuoso y con una carretera muy estrecha, aunque no se encontraron ningún otro coche ni siquiera en sentido contrario, tardaron algo más de una hora en llegar al comienzo de la Garganta. Celeste estaba encantada. Recordaba aquel lugar porque ya lo había visitado en sueños.

—¡Qué bonito es esto, Perseo!

—¡Sí! ¡Es una maravilla! —exclamó el joven.

Aparcaron el coche en un rellano casi al principio de la Garganta, y bajaron, cogieron sus mochilas con algo de comida y se pusieron a andar por la zona.

Los dos iban entusiasmados maravillándose de los paisajes que les rodeaban.

Luego vieron una vereda que se dirigía hacia la montaña más alta, y la siguieron. Al principio el camino parecía más o menos cómodo, pero conforme iban avanzando, la pendiente iba siendo mayor.

Mientras caminaban, Celeste le dijo:

—La tía me contó que su hijo había hecho esta excursión con unos amigos.

—Sí.

—¿Tu padre también la ha hecho?

—Que yo sepa, no. De hecho, no sé si alguien del pueblo la habrá hecho.

—Pero entonces, ¿cómo conocéis esta ruta?

—Pues en realidad se suponía que era una leyenda de esas que pasa de generación en generación, pero el tío Néstor... o sea, el hijo de nuestra tía, quiso comprobarla, y un día decidió investigar. Por lo que sé, debía de ser bastante inconformista y muy inteligente. Yo, lógicamente, no lo conocí, porque murió antes de que yo naciera, pero según me ha contado alguna vez mi padre, quiso estudiar arqueología y tengo entendido que fue el mejor de su promoción. Por lo visto, el verano siguiente a haber terminado la carrera, unos amigos suyos vinieron al pueblo a visitarle, y decidieron ver qué había de verdad en la leyenda. Ellos estuvieron un par de días, pero cuando volvieron al pueblo, sus amigos se marcharon, y él, según cuenta mi padre, estaba muy cambiado. Ahora sabemos por nuestra tía que debió de ver aquellas naves extraterrestres. Y eso debió de impactarle muchísimo.

—¿Y qué crees que sería lo que le pasó?

—Pues no sé bien. La versión que se cuenta es que se volvió loco y se fue de casa, y como no volvió, se le buscó por todas partes, incluso en esta montaña, y al final solo se encontraron algunos restos de su ropa al lado de su mochila. Se piensa que quizás los buitres...

—¡Qué horror! —exclamó ella, impactada.

El joven asintió.

Luego fueron en silencio, pero Celeste se había identificado con lo que le acababa de contar el joven y todo el tiempo se imaginaba la escena mortuoria, hasta que no pudo más, y se paró y le dijo:

—Perseo, quiero regresar.

El joven la miró sorprendido y le dijo:

—¿No quieres seguir?

—No.

—¿Pero por qué?

Celeste negó con la cabeza, y le dijo:

—Si nuestro tío murió aquí y encima de esa manera, no quiero seguir.

Perseo se quedó pensativo y le preguntó:

—¿Te da miedo?

—No solo miedo. Es que es muy desagradable, y no puedo dejar de imaginarme la escena.

—¡Vaya! ¡Si llevo a saber que te ibas a poner así, no te lo cuento!

Celeste le miró con ganas de llorar.

Perseo se quedó pensativo y luego le sonrió y le dijo:

—¿Quieres que paremos para hacer la transmutación de las fuerzas cósmicas?

Así contrastamos un poco.

Celeste se sorprendió por la propuesta, y por fin se dio cuenta de que se había identificado plenamente.

Entonces le contestó al joven:

—¡Qué tonta soy! Me he identificado totalmente con lo que me has contado, y con el ego haciéndome imaginar todo.

Perseo le sonrió y se acercó a ella y la abrazó.

—¿Quieres que la hagamos? repitió Perseo su propuesta.

—Sí. Vale. —respondió Celeste.

Y el joven le señaló:

—Mira, allí hay un claro. ¿Te parece bien hacerla allí?

—Sí. Me parece bien.

Y los dos se encaminaron al claro, dejaron sus mochilas en el suelo, se descalzaron e hicieron la transmutación de las fuerzas cósmicas durante un ratito.

Mucho más tranquila, Celeste emprendió la caminata con el joven.

Los dos iban hablando sobre matices del trabajo psicológico, y de la facilidad para identificarse con las cosas de la vida,

Al cabo de un buen rato de marcha, ya les quedaba poco para la cima, pero era la zona más escarpada y vertical. Así que pararon para comer un poco y reponer fuerzas.

Y luego continuaron la ascensión.

La última parte era bastante escarpada, y a Celeste le estaba costando un poco.

Pero cuando no les quedaba mucho para la cima, de repente escucharon decir desde arriba:

—¡Ánimo chicos! ¡Os queda poco!

Los dos reconocieron esa voz, y miraron sorprendidos hacia arriba.

Se trataba de Botan.

Los dos jóvenes se quedaron asombrados y a Celeste le vino rápidamente el recuerdo de un sueño que había tenido meses atrás. Trató de estirar de un dedo, con la intención de verificar si estaba soñando o no, pero el dedo permaneció igual. Perseo había hecho lo mismo. Y empezaron a reírse de contentos.

Botan les sonrió y les dijo:

—Lo estáis haciendo bien. Seguid así.

Los chicos subieron mucho más animados, y cuando ya casi estaban en la cima, le dijeron muy contentos a Botan:

—¡Hola, Botan! —exclamó Perseo —¡Qué estupendo encontrarle aquí!

Botan seguía sonriéndoles.

—¡Sí! dijo Celeste —Es como el sueño que tuvimos hace tiempo. Entonces fue un sueño premonitorio, ¿no?

Botan asintió.

—Así es.

Los dos jóvenes se reían contentos.

Y por fin llegaron a la cima, y por fin vieron el monolito.

Celeste volvió a tirarse de un dedo, y como no se estiraba, dio un salto para comprobarlo dos veces. Perseo hizo lo mismo.

—¡Vaya! —exclamó Perseo —¡Así que este es el famoso monolito atlante!

Botan asintió.

—Botan,— intervino Celeste —tengo entendido que ha estado usted también enseñando a mis padres y a mis hermanos y a otras personas en la ciudad donde nació.

Botan sonrió.

—La labor es mucha, porque es urgente. Y cuando esto se comprende, de manera natural se comparte con todos aquellos que tengan una llamita de inquietud en su interior. Hay personas a las que estas enseñanzas no les llaman o no les interesan. Es legítimo. Pero hay muchas otras en las que la conciencia quiere luchar, despertar, buscar su autorrealización, y eso se manifiesta porque en algún momento de sus vidas sienten una inquietud espiritual, o de búsqueda de algo más allá de lo que el mundo materialista les ofrece. Cuando conocemos este Conocimiento, surge de manera espontánea la necesidad de compartirla con otros a quienes les pueda interesar. Y como ya sabéis, los tiempos siguen, y cada vez están más cerca los cambios del planeta. Y es aconsejable estar bien preparados y ayudar a otros.

Los jóvenes asintieron. Y Botan continuó:

—No son solo Maestros los que están difundiendo de una forma o de otra estos conocimientos para bien de la Humanidad. Es necesario que cada cual que vaya aprendiendo, comparta lo que sepa. Pero como ya os he comentado alguna vez, también vendrán refuerzos de otros planetas.

Los chicos volvieron a asentir.

Luego Celeste miró el monolito. Era tal y como lo había visto en sus sueños.

—Entonces este monolito también forma parte de los restos de la Atlántida. —dijo Perseo —Es el que vi en sueños.

—Sí. —dijo Celeste —Yo también lo había visto. Pero parece que impresionara más, visto desde aquí.

Perseo se rio y Botan sonrió.

Entonces tal y como ocurrió en aquel sueño premonitorio, y ante el asombros de los chicos, de repente aparecieron tres naves extraterrestres que se acercaron lentamente hasta ellos.

Una de las naves descendió y se posó en un llano a poca distancia de ellos.

Los jóvenes observaron, y Celeste estaba emocionada, pero sin miedo, al tener cerca a Botan.

Una compuerta de la nave que había aterrizado se abrió. Tras unos momentos, salieron un hombre y una mujer vestidos con un traje plateado y con un extraño cinturón.

Luego la nave cerró la compuerta y se elevó por los aires suavemente a la altura de las otras dos. Y tras unos momentos, las tres naves se fueron yendo, hasta que de pronto desaparecieron del cielo.

Celeste y Perseo, aun asombrados, miraron a los dos visitantes, sin saber qué decir.

Estos se acercaron hacia ellos y Botan les habló directamente:

—Llegó vuestra hora. Es tiempo de llevar a cabo vuestra misión.

Los extraterrestres asintieron, y miraron a Celeste y a Perseo y les sonrieron.

El hombre se acercó hasta ellos y les sonrió y les dijo:

—Me alegra mucho veros aquí, con Botan. Sé que estáis trabajando sobre vosotros mismos, y que también estáis compartiendo las Enseñanzas que habéis aprendido.

Los jóvenes se quedaron muy asombrados de esas palabras.

—Nosotros también nos alegramos de poder contactar con vosotros. —dijo Perseo.

—Hablas muy bien nuestro idioma. —dijo Celeste —¿Lo haces de manera natural, o lo has tenido que aprender?

El extraterrestre se rio y luego dijo:

—No me fue difícil aprender a hablarlo, pues lo aprendí cuando era pequeño.

—¡Oh! —exclamó Celeste.

—¿En serio? —dijo Perseo — ¿Cuántos idiomas podéis hablar?

El extraterrestre volvió a reírse y miró a su compañera y a Botan.

Y estos sonrieron.

Luego ella también se acercó hasta ellos y les dijo:

—Tenéis que perdonarle, pero siempre ha sido muy juguetón y sigue siéndolo.

Celeste y Perseo no comprendieron lo que quería decir.

—Tenemos que aclararos algo. —dijo el extraterrestre, sonriendo —En realidad, nosotros no somos extraterrestres, como creéis. Lo que ocurre es que hace tiempo Elsa y yo tuvimos un encuentro, cada uno por su parte, con una nave extraterrestre. Nosotros les pedimos que nos llevaran con ellos para conocer su planeta para aprender de otros mundos, y se nos concedió. En el planeta en el que hemos estado, Elsa y yo nos conocimos. Y allí hemos estado aprendiendo de ellos durante un tiempo. En ese planeta la gente no tiene Ego, porque ya lo eliminaron hace mucho tiempo.

Celeste y Perseo se quedaron asombrados por esa revelación.

—¿Y cómo os comunicabais con ellos? —preguntó Perseo —¿Ellos sí hablaban vuestro idioma?

—En realidad ellos pueden hablar el idioma que quieran, pero también se comunican por telepatía. —contestó el hombre — Tienen esa capacidad.

—¡Oh! — exclamó Celeste.

Entonces Botan intervino:

—Tened en cuenta que la conciencia despierta no necesita idiomas, pues está más allá de este mundo tridimensional en el que existen muchas limitaciones por el

propio Ego. En los mundos superiores, en las dimensiones superiores, las conciencias se entienden de forma natural.

Perseo y Celeste asintieron.

—No obstante,— continuó Botan —aunque estos amigos sí son terráqueos y han regresado para enseñar y ayudar a comprender a otros lo que vosotros ya habéis aprendido, hay por todo el planeta, extraterrestres entre las gentes, que ayudan también en este aspecto. Como ya sabéis, siempre ha habido contactos con extraterrestres, solo que la mayoría no se han hecho públicos. Pero lo cierto es que como los tiempos se están acelerando y sabéis que vienen procesos al planeta en los que la corteza terrestre va a cambiar completamente, al igual que lo hizo al final de la Atlántida, y anteriormente al final de la Lemuria, y anteriormente también al final de las razas anteriores, se hace urgente hacer saber que es necesario acabar con el Ego y Despertar la Conciencia para poder ser las semillas de la nueva Humanidad que surgirá. Y todo el que no despierte, el que siga teniendo el Ego vivo, su destino ya sabéis que es la involución mecánica, para que la Naturaleza se encargue de desintegrarlo. Pero aún hay tiempo para enseñar las claves para el Despertar y así dar una última posibilidad a los humanos para cambiar interiormente.

Los jóvenes asintieron de nuevo.

Luego Perseo miró a los dos extraños y les dijo:

—Supongo que ahora iréis por todo el mundo explicando lo que os ha pasado para que todos aprendan. Aunque también supongo que muchos no os creerán y pensarán que estáis locos, o que queréis engañar a la gente.

El hombre sonrió y asintió.

—No importa. —dijo —Nuestro deber es enseñar lo que conocemos. Igual que lo estáis haciendo vosotros. Si otras personas lo aceptan, bien por ellas. Si otras no lo aceptan, pues allá cada cual. Pero los tiempos urgen y hay que intentar ayudar hasta el final.

Perseo y Celeste asintieron.

—Además, — continuó el hombre —yo ya he pasado por eso, y sé lo que tengo que hacer ahora. Y por otro lado, vosotros ya habéis estado haciendo labor también.

Los jóvenes se quedaron pensativos y Celeste le dijo:

—¿Qué quieres decir con que ya has pasado por eso?

El hombre sonrió, y Botan también.

—Lo que quiere decir— dijo Botan, —es que él ya vivió el hecho de que todos creyeran que estaba loco.

Los jóvenes seguían sin comprender.

De repente a Perseo se le encendió una lucecita y exclamó:

—¡Tú eres el hijo de tía Antonia! ¡Eres el tío Néstor!

El hombre se rio y asintió. Y la mujer también se rio y Botan sonrió.

—¿Quéee? —exclamó Celeste, asombrada.

Entonces Perseo también se rio contento, y Celeste no sabía qué decir. Pero cuando reaccionaron los dos, dieron un salto para comprobar si estaban soñando o estaban en el mundo físico. Y era cierto que estaban en el físico.

—¡Qué extraordinario! —exclamó Perseo riéndose.

—¿Entonces de verdad eres nuestro tío? —dijo Celeste, aún asombrada.

El hombre seguía riéndose y asintió.

Entonces Celeste también se puso a reír y luego le dijo:

—Pero todos creen que estás muerto. Vieron tu mochila y restos de tu ropa y dedujeron que habías muerto.

—Lo sé —contestó Néstor, más serio —Siento haber dado ese disgusto a mis padres, pero no tenía otra opción. Yo quise compartir con ellos lo que sabía, pero creyeron que estaba loco, y mis padres estaban sufriendo mucho por eso. Además mi padre tenía miedo de que hablase con otra gente del pueblo, y constantemente me vigilaba. Pero yo tampoco podía seguir llevando una vida normal como hasta antes del encuentro con aquellos extraterrestres. Poco después tuve un sueño consciente con los extraterrestres con los que tuve el encuentro, y les pregunté si podría ir con ellos, y me aceptaron. Así que cuando desperté, sintiéndolo mucho, les dije a mis padres que iba a hacer una excursión, pero les dejé una nota en mi cuarto en la que me despedía de ellos, y me vine hasta aquí. Dejé mi mochila y algo de ropa que traía en ella, y desde aquí partí.

Los jóvenes se quedaron callados.

—Quizás fue cruel— dijo Néstor —pero así no podía seguir. Además habría sido mucho peor decirles que me iba a ir con unos extraterrestres a aprender a otro planeta.

—Lo comprendo —dijo Perseo, sonriéndose —Entonces sí que te habrían encerrado en un psiquiátrico.

Néstor asintió.

—Eso me temo.

Celeste le escuchaba y le venía la idea de cómo reaccionaría su tía cuando le viera. Hasta que se acordó de los sueños de Antonia.

—Así que por eso le decías en sueños a tu madre que pronto estaríais juntos de nuevo —exclamó.

Néstor se rio:

—Así que te lo contó, ¿eh?

—Pues sí. Pero ella lo interpretó de otra manera, claro.

Néstor se rio:

—Tengo ganas de verla. Sé que está bien. Y más, desde que tú estás con ella.

Celeste sonrió.

—Es una tía muy cariñosa. Yo también estoy muy bien con ella.

Néstor asintió.

—Bien, chicos. —dijo Botan, — va siendo hora de que regreséis, y yo también me voy.

—Botan, ¿volveremos a vernos? —le preguntó Perseo.

—Como siempre, dependerá de vosotros. —contestó él.

—Muchas gracias Botan por todo. —dijo el joven.

—Sí. —dijo Celeste —Muchas gracias.

Botan sonrió y miró a Néstor y a Elsa y les dijo:

—Seguimos en contacto también.

Ellos asintieron.

Y Botan se marchó, bajando por el otro lado del monolito.

—¡Bueno! ¿Y ahora qué? —dijo Perseo —Supongo que os venís con nosotros.

—Pues no nos vendría mal ir con vosotros en el coche hasta el pueblo. —contestó Néstor.

Celeste se rio contenta.

## Capítulo 53

Cuando llegaron a casa de Antonia, Perseo y Celeste se adelantaron para entrar y preparar a su tía para un posible choque del encuentro con su hijo.

Antonia y Pancracia acababan de terminar de cenar.

—¿Ya estáis aquí, hijos? —dijo Antonia.

—Tía tenemos que contarte una cosa muy importante, pero también bastante impactante. —le dijo Perseo.

Antonia lo miró sorprendida y Pancracia con curiosidad. Antonia le dijo:

—¿Qué pasa, hijo? ¿Acaso vosotros también habéis contactado con extraterrestres en la montaña del monolito, al igual que mi hijo?

—Sí, y no. —contestó Perseo.

—¿Sí y no? —Explícate — dijo Antonia.

—Tía te tenemos una sorpresa, pero tienes que prepararte mentalmente.

Antonia se quedó pensativa y luego bromeó:

—¡No me digáis que habéis traído uno con vosotros!

—No. No es un extraterrestre.

—¿Entonces? — dijo ella, extrañada — ¿De qué se trata?

Perseo y Celeste se miraron y Antonia se dio cuenta y les dijo:

—¿Qué ocurre? Decidme qué pasa.

—Tía, — empezó a decirle Perseo —¿y si tu hijo no hubiera muerto, como se creía?

La mujer se quedó callada unos momentos, y Pancracia, sorprendida, intervino:

—¿Qué dices Perseo? ¿De qué hablas?

Y Antonia le preguntó:

—¿Qué quieres decir? ¿Que murió de otra forma?

—Lo que quiero decir es que ,¿y si realmente no hubiera muerto?

—¿Qué? —exclamó Pancracia, asombrada.

Pero Antonia se quedó pensativa y luego dijo:

—Yo lo pensé al principio. Pensé que los restos que habían encontrado podían no significar necesariamente que había muerto. Incluso pensé que él seguiría vivo, pero se hizo pasar por muerto porque se vio incomprendido. Pero después de un tiempo, me convencí de que eso era una fantasía mía, deseosa de que fuera cierta, pero que no tenía sentido.

Perseo y Celeste se miraron y ella les dijo:

—¿Qué es lo que me queréis decir?

—Tía— dijo Perseo, — tu hijo no murió. Él está vivo.

Antonia se quedó callada y reflexiva, y Pancracia también se quedó muda. Pero luego Antonia les preguntó:

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque le hemos visto.

Antonia se quedó callada de nuevo y Pancracia siguió sin decir nada, mirando a los dos jóvenes alternativamente. Pero tras unos momentos, Antonia les preguntó a los chicos, como si no pudiera creer lo que acababa de escuchar:

—¿Le habéis visto? ¿De verdad le habéis visto?

—Sí, tía. —le dijo Celeste.

Antonia volvió a quedarse pensativa, y Pancracia se mantuvo callada mirando la escena, con gran asombro, y luego se tiró de un dedo.

Entonces Antonia le preguntó a Perseo:

—¿Dónde le habéis visto? ¿En la montaña del monolito?

—Sí.

Antonia se quedó mirándole unos momentos y luego le dijo:

—¿De verdad? Mirad que si es una broma, no me hace gracia.

—No es una broma, tía. —le dijo Perseo— Nunca se nos ocurriría bromear con eso.

—¡Entonces es verdad! —exclamó la tía —¡Le habéis visto!

Entonces se puso a llorar.

Celeste miró a Perseo y luego rápidamente abrazó a Antonia y le dijo:

—Tía, no llores. ¿No estás feliz de saber que realmente no murió?

—¡Ay, hija! ¡Es que me ha impactado mucho! ¡Pero por supuesto me hace feliz que él siga vivo!

Perseo se rio y le dijo a Antonia:

—¿No te gustaría verle?

Antonia volvió a quedarse sorprendida.

—¿Verle? ¿Qué quieres decir? ¿Cómo podría?

—¿Te gustaría o no? —insistió Perseo.

—Pues... —Antonia le miró pensativa, asimilando todavía la noticia, —¡Claro que sí! ¡Por supuesto!

Perseo asintió y le dijo:

—Pues entonces, prepárate, porque ha venido con nosotros.

—¿Cooooomoooo? —exclamó Pancracia por fin, asombrada.

—¿Dónde? —dijo Antonia —¿Dónde está?

—Está afuera, esperando que te hagas a la idea. —le dijo Perseo.

—¿Afuera? repitió Antonia —¿Quieres decir en la calle?

—¡Claro! — exclamó Perseo.

Antonia miró al joven y le dijo:

—Mira Perseo, siempre has sido un buen muchacho. Sabes que has sido mi favorito siempre. Por eso te advierto que si lo que estás haciendo es gastarme una broma, vas a dejar de ser mi favorito.

Perseo se rio y le dio un beso y le dijo:

—¿Tú me crees tan cruel? ¡Anda, mujer de poca fe! ¡Aquí tienes la prueba!

Y se dirigió hacia la entrada de la casa y les dijo a su tío y a Elsa que entraran.

Cuando Néstor entró en el salón, su madre lo miró fijamente y tras unos momentos, asintió y empezó a llorar.

Pancracia se quedó con la boca abierta.

Pero Néstor se acercó hasta su madre, la abrazó y le dijo:

—Lo siento, mamá. Siento haberos hecho sufrir. Pero no tenía otra opción.

Antonia asentía llorando.

—Lo sé, hijo, lo sé.

Celeste estaba emocionada de ver el encuentro, y Perseo se reía, mientras que Elsa sonreía.

Y Pancracia exclamó:

—¡Esto es lo más asombroso que he visto en toda mi vida!

Por supuesto pasaron horas hablando de muchas cosas, y muy interesantes. Pero como ya se hizo tarde, Celeste y Pancracia decidieron dormir juntas y la joven preparó el dormitorio de Pancracia para que pudieran dormir Néstor y Elsa.

Y Perseo se marchó muy contento, y con muchas ganas de contarle la buena nueva a sus padres.

## Conclusión

Cuando en el pueblo se enteraron de la nueva noticia, hubo distintas reacciones. Unos les creyeron y estaban asombrados. Otros, sin embargo creían que eso era un invento y se imaginaban historias que eran más increíbles aún.

Pero en todo caso, a partir de esa historia hubo muchos que se interesaron por el Trabajo psicológico.

Por otro lado, Celeste y Perseo por fin se casaron y se fueron a vivir solos a casa de Pancracia, que se la regaló, ya que ella iba a vivir en casa de Romualdo.

Néstor y Elsa vivían con Antonia, pero viajaban muy a menudo para poder hacer la labor que se les había encomendado. Mientras viajaban, Celeste y Pancracia se turnaban para acompañar a Antonia.

Unos meses después, Angustias se pidió un traslado a otra ciudad, y la consiguió y se fue llevándose a Remedios con ella. Y Celeste se convirtió en la nueva maestra de la escuela, junto a su esposo.

Y aunque Celeste y Perseo aprendieron muchas más cosas sobre los misterios del conocimiento de uno mismo y del Universo, con Néstor y Elsa, ellos siguieron manteniendo cierto contacto con Botan y Frella en dimensiones superiores...

FIN

**Más obras de la autora en:** <http://www.elenasantiago.info>

**Para quienes quieran profundizar:**

[http://www.elenasantiago.info/para\\_profundizar.elena\\_santiago.htm](http://www.elenasantiago.info/para_profundizar.elena_santiago.htm)



**Reconocimiento – No Comercial – Sin Obra Derivada (by—nc—nd):**

No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.

<http://creativecommons.org/licenses/by—nc—nd/3.0/deed.es>